

- IRENE ROMO -

*Nunca*  
HEMOS SIDO  
*Amigos*



Nuca hemos sido amigos  
Irene Romo



Primera edición en digital: junio 2018  
Título Original: Nunca hemos sido amigos  
©Irene Romo  
©Editorial Romantic Ediciones, 2018  
[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)  
Imagen de portada ©Rock and wasp | ©lpictures  
Diseño de portada: Isla Books  
ISBN: 978-84-17474-10-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



El mayor error del ser humano es  
intentar sacarse de la cabeza aquello  
que no sale del corazón.

Mario Benedetti

*Para todos los que me han apoyado durante tantos años y me han animado a seguir soñando. Este sueño se ha hecho realidad.*

## Menú de navegación

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

## **Primera parte**

# Capítulo 1

Apenas acababa de llegar a la facultad y ya me estaba arrepintiéndome de haber salido de casa. Todavía no había emprendido el camino desde la estación de tren hasta el edificio de clases debido a la fuerte lluvia que caía sobre el campus de la Universidad Autónoma de Madrid. Como yo, había otros tantos que, indecisos, se debatían entre volver a casa o no desperdiciar el viaje e ir a clase. Yo, por mi parte, me decanté por la segunda opción. Suspiré resignada y abrí el paraguas para después empezar a caminar con sumo cuidado hacia la facultad.

Me encontraba en mi segundo año de Educación Primaria y cada vez estaba más enamorada de la que sería mi futura profesión. Me encantaban los niños y todo lo relacionado con ellos. Como todo estudiante universitario, la mayor parte de mi tiempo lo pasaba en la cafetería jugando a las cartas y perdiendo clase. Pero era buena estudiante; cuando tenía que estudiar para algún examen o preparar algún proyecto, me aplicaba como la que más. Al fin y al cabo, las asignaturas que estudiaba me resultaban realmente interesantes y entretenidas (aunque la mayoría de los profesores no me lo pareciesen).

Cuando estaba a mitad de camino, sentí una pequeña vibración en el bolsillo trasero de mi pantalón, donde solía llevar el teléfono móvil. Dejé de caminar para no chocarme con nadie mientras lo miraba y vi que tenía varios mensajes de mi compañera de piso, Mía, la cual era también mi mejor amiga de la infancia.

«No te haces una idea de cuánto te odio ahora mismo. Me has dejado tirada en casa y sabías que tenía clase a primera hora. Reza para que no haya cambiado la cerradura cuando vuelvas...»

Ciertamente no la había despertado cuando sonó mi alarma y me había ido sin decirle nada. Pero la verdad era que estaba harta de ser su despertador y con quien descargara el mal genio que tenía cuando se acababa de levantar. Sabía que no había sido la forma más correcta de decírselo, pero, tras varios intentos fallidos de comunicación amigable, me harté y decidí pasar a la



acción. Probablemente estaría enfadada conmigo durante unas horas hasta que ella misma hiciera algo que no debiera y se diera la vuelta a la tortilla. La mayoría de las veces pasaba eso.

Llegué a mi clase después de haber atravesado todo el pasillo hasta la misma y me senté en mi sitio usual: tercera fila junto a la ventana. Miré el reloj de mi muñeca y me di cuenta de que todavía quedaban cerca de veinte minutos para empezar la clase de *Didáctica de la Lengua Española*. Me levanté de mi asiento y me puse a charlar con unos compañeros hasta que la profesora entró por la puerta y todos volvimos a nuestros asientos.

Durante tres horas estuve atendiendo y tomando apuntes de esa y otra asignatura más hasta que llegó la hora de volver a casa. Me subí y bajé del tren prácticamente enseguida ya que vivíamos cerca del campus. Caminé hasta llegar a casa y cuando entré por la puerta, lo primero que sentí fue un cojín estrellándose contra mi cara.

—Eres una perra —fueron las primeras palabras del día que me dirigía Mía.

—Yo diría, más bien, que tú eres una vaga.

Recogí el cojín del suelo y entré hasta el salón para dejarlo sobre el sofá. Y allí estaba ella, con su media melena negra recogida en un moño bajo y desenfadado y lo que ella llamaba «pijama», que simplemente se componía de una camiseta de manga corta vieja y un pantalón de chándal. También viejo.

—¿No has ido a clase? —le pregunté mientras dejaba la carpeta encima de la mesa.

—No, porque alguien no me ha despertado.

Ignoré su tono de reproche y entré en la cocina para preparar algo de comer para las dos, ya que, supuse, ella no habría preparado nada. Cuál fue mi sorpresa cuando lo primero que sentí al entrar en la habitación fue un intenso olor a chocolate. Desde el umbral de la puerta, pregunté:

—¿Qué has cocinado?

—*Brownie*. Pero no te voy a dar porque eres una mala compañera de piso —dijo sacándome la lengua aún desde el sofá.

—A tu compañera de piso no hace falta que le des, pero ¿y si le das un trocito pequeñito a tu mejor amiga desde que teníamos tres años?

Mi cara de corderito y mis pucheros nunca hacían efecto en ella, pero llevaba tanto tiempo haciéndolo que resultaba extraño dejarlo de repente. Vi cómo rodaba los ojos, ignorándome y volviendo la vista de nuevo a la televisión, y eso me dio vía libre para coger lo que quisiera. Sonreí y entré en

la cocina para servirme un pedazo del bizcocho.

—Esta noche viene Oliver. ¿Va a estar Eric también? —le pregunté alzando el tono de voz para que me escuchara desde el salón.

—Vendrá un rato, pero no se quedará mucho. Tiene que seguir estudiando para las oposiciones.

—¿Cuándo tiene el examen? —pregunté en un tono un poco más moderado, entrando en el salón y sentándome junto a ella—. Ya tiene que ser pronto, ¿no?

—En teoría la convocatoria es en marzo, dentro de un par de meses. Está de los nervios. Me agobia solo verle.

Eric y Mía habían estado saliendo durante tres años, desde que estábamos en bachillerato. Al principio se llevaban de perros; es más, solo se soportaban porque yo era amiga de los dos: mi mejor amiga y mi mejor amigo, liados. Lo gracioso fue cuando estuvieron cerca de dos meses ocultándomelo porque «no sabían si era algo serio todavía». Y que me tuviera que enterar porque le vi a él saliendo de la casa de ella... Eso sí, me alegré muchísimo cuando los vi tan felices; hacían una pareja verdaderamente bonita. Al fin y al cabo, los que se pelean se desean, ¿no?

Ambas nos quedamos cerca de una hora mirando la televisión hasta que sonó mi teléfono. Cogí el aparato que había dejado encima de la mesita de café del salón, después de dejar la servilleta con la porción de *brownie*, y vi quién me estaba llamando. Descolgué y me coloqué el teléfono en la oreja.

—Hola, Oli, ¿qué tal? —saludé cruzándome de piernas sobre el sofá.

—Hola, Emmy, quería preguntaros una cosa. —Esperé a que continuase mientras cogía una patata de la bolsa que había traído Mía hacía un rato. Vaya mezcla, patatas fritas y bizcocho de chocolate—. Verás, mi primo ha vuelto de Francia, ¿te acuerdas que te he hablado alguna vez de él? —Asentí—. Bueno, pues no conoce a mucha gente aquí y había pensado que podría invitarle al guateque de esta noche. ¿Qué piensas? ¿Puede venir?

Pasé por alto el hecho de que usase una palabra tan pasada de moda como «guateque» —aunque tuve que aguantarme una pequeña sonrisa— y contesté:

—Claro, no hay problema. Sabes que solo vamos a comer y beber algo. No creo que se asuste, ¿no?

—Ya... Lo que no quiero es que te asuste a ti —replicó con un tono entre preocupado y burlón.

—¿Por qué iba a asustarme?

—Bueno... es un ligón. Va a por todas las chicas que ve que le gusten, hasta las que no son de su acera. Y, como va a estar Eric, no creo que se atreva a ir a por Mía; y la única soltera que hay ahí eres tú. Así que...

—Tranquilo, me las apañaré para bajarle los humos —intenté tranquilizarle con una pequeña risilla—. No te preocupes por mí.

—Está bien —dijo no del todo convencido—. ¿A las ocho en vuestro piso?

—Sí. ¿Traéis las pizzas?

—Sin problema, yo me encargo de eso.

Nos despedimos y colgamos. Le expliqué a Mía lo que acababa de hablar con Oliver y me miró con unos ojos marrones muy insinuantes y una sonrisa torcida y burlona. Cómo le gustaba reírse de mí.

—A ver si vamos a tener que formar guardia para que no te salte al cuello cuando te vea el semental. —Rodé los ojos y traté de no reírme de su estúpida broma—. Con lo buena que estás, lo raro será que no lo haga. Venga, hagamos una apuesta: ¿cuánto crees que va a tardar en mirarte de la cabeza a los pies y relamerse como un león antes de atacar a la gacela que será su cena?

Intenté taparme la boca para que no viera que apretaba los labios para no reírme por el símil que había hecho. Fue entonces cuando, de nuevo, sentí un cojín estrellándose contra mi cara, despeinándome.

—Qué creído te lo tienes —dijo justo antes de volver a intentar golpearme. Esta vez pude pararlo poniendo mi brazo en su trayectoria.

—Pero si eres tú la que dice esas cosas. —Cogí otro cojín y contraataqué.

—Pero no lo niegas.

Mía me atrapó con las piernas debajo de ella, con la espalda contra el sofá y, de alguna manera, consiguió tirar mi cojín al suelo. Tuve que protegerme de sus ataques con los brazos en cruz mientras las dos gritábamos y reíamos.

Fue entonces cuando escuchamos el cerrojo de la puerta abrirse y paramos para comprobar que era Eric quien entraba en la casa. Y, efectivamente, el rubio fortachón de ojos azules entraba por la puerta con su carpeta debajo del brazo y se nos quedó mirando con el ceño fruncido, hasta que decidió que ese era el comportamiento infantil que solíamos tener y cerró la puerta de la casa detrás de él. Dejó sus cosas en la mesa alta del salón mientras nosotras colocábamos los cojines y nos volvíamos a peinar.

—La próxima vez que queráis enrollaros entre vosotras, avisadme y no

os interrumpo —dijo Eric quitándose la chaqueta y colgándola en el perchero de la entrada—. O mejor, me uno a vosotras.

—Lo que le hacía falta aquí a mi amiga —contestó Mía mientras se levantaba y se acercaba a su novio para darle un casto beso en los labios y un ligero abrazo—. Se tiene más creído eso de estar buena...

—¡Pero si eres tú la que lo dice! Yo no he dicho nada —intenté defenderme.

—Razón no os falta. —Ay, Eric, en qué jardín te acababas de meter.

—¿Ah, sí? —Mía se desenganchó de su brazo y lo miró con las manos sobre su cintura y su expresión más amenazadora—.¿Crees que Emma está buena?

—No... —contestó después de unos segundos en silencio, pasando la mirada de Mía a mí, sopesando qué tipo de respuesta debía dar.

Yo, por mi parte, volví a taparme la boca de forma disimulada para que no vieran la risa floja que empezaba a tener.

—Tal vez, si tú y yo no hubiéramos empezado a salir, te habrías liado con ella.

—¡Ag! —contestamos los dos al mismo tiempo.

Cuando Mía se ponía celosa, no había forma de que parase si no era ignorándola durante un rato o que hiciéramos que se le olvidara el tema sacando otro que le mosquease o impactase más. Y eso fue lo que intentó Eric cuando se acercó a darle un beso en los labios, pero no sirvió de nada porque ella se apartó y siguió mirándolo expectante, esta vez con los brazos cruzados sobre el pecho.

Suspiré casi de forma imperceptible y me levanté del sofá para acercarme a ellos e imponer paz en aquella guerra de miradas reprochadoras e incómodas. Me puse delante de Mía y dije en tono de broma:

—¿Tú crees que yo me habría liado con esto?

—¿Como que «esto»? —contestaron al unísono. Genial, ahora en lugar de estar enfadada con él, ambos lo estaban conmigo.

—No eres mi tipo, Eric, ya deberías saberlo.

—Claro, tu tipo son los morenos de ojos negros con sonrisa encantadora que para hablar contigo tienen que sujetar la pared detrás de ti y llevar una cazadora de cuero, ¿no?

Fui a contestar, pero Mía me interrumpió:

—Se te olvida que tiene que llamarse Marcos y vivir encima.

—Encima de Emma le gustaría que viviera, ¿verdad, Emmy?

—Os odio —acabé diciendo—. Sois tal para cual. Es la última vez que me meto en alguna disputa vuestra.

Me di la vuelta y me metí en mi habitación antes de que pudieran replicar cualquier cosa. Miré el reloj de Marilyn Monroe que tenía colgado de la pared y vi que eran cerca de las cuatro y media de la tarde. Me planteé volver al salón para seguir viendo la tele hasta que fuera la hora de empezar a arreglarme, pero decidí quedarme en mi cuarto y ver una película en el ordenador, tirada en la cama. De esa forma también les daba un poco de intimidad a Pin y Pon.

Y eso hice.

Acabé viendo *Piratas del Caribe: la maldición de la Perla Negra*, mi favorita de toda la saga. Cuando volví a mirar el reloj, vi que eran casi las siete y decidí que era el momento de darme una ducha antes de que Mía o Eric acapararan el baño y tuviera que ducharme cuando Oliver ya estuviera en casa.

Entré en el cuarto de baño y me desvestí antes de meterme en la bañera. Al cabo de unos diez minutos, salí enroscándome en una toalla con otra recogéndome el pelo. Limpié el cristal de vaho y empecé a echarme en el cuerpo todas las cremas que tenía antes de salir por la puerta de vuelta a mi habitación. Eran las siete y veinte. Todavía tenía tiempo para vestirme y terminar de arreglarme.

Me decanté por unos pantalones vaqueros oscuros ceñidos y agarrados a los tobillos y una camiseta blanca de manga corta que dejaba mi hombro izquierdo al aire y con un mensaje que decía «*Let's go to the bed*» y el dibujito de una cama roncando. Me sequé la melena castaño oscuro que caía hasta la mitad de mi espalda dejando algunas ondas y me maquillé con un poco de rímel sobre mis ojos azul verdoso y un poco de brillo sobre mis labios finos y rosados. No me gustaba demasiado eso de usar maquillaje que te tapaba toda la cara. Prefería un aspecto más natural; así me sentía más a gusto conmigo misma y a quien no le gustase que no mirara y punto.

Me quedé unos minutos mirándome frente al espejo y pensando en lo que había dicho Mía hacía unas horas.

No estaba tan buena como ella me pintaba. No tenía mala figura, eso era cierto. Intentaba cuidarme, comer sano y mantenerme. Pero no hacía nada más aparte de eso. Siempre había tenido una figura delgada, piernas largas y cara redondita.

Cuando desperté de mi ensoñación, fue gracias al sonido del telefonillo.

Debían de ser Oliver y su primo. Salí de mi habitación y vi que la puerta de la habitación de Mía estaba cerrada y en el salón no había nadie. Supuse que ambos estarían todavía arreglándose y no habrían escuchado el telefonillo.

Llegué frente al aparato dando un pequeño saltito y lo descolgué.

—¿Sí?

—Soy Oliver.

Antes de que dijera nada más, pulsé el botón de apertura y coloqué el telefonillo en su sitio. Me acerqué a la mesita de café que había frente al sofá y empecé a quitar las cosas que había encima para hacer hueco para las pizzas. En aquel preciso instante, Eric salía de la habitación de Mía terminando de vestirse y con la cara roja. Estaba claro lo que acababan de hacer.

Rodé los ojos y le pedí que terminara de despejar la mesa mientras yo me acercaba a la puerta para abrir a Oliver y su primo. Cuando lo hice, estaban a punto de llamar al timbre.

—¡Hola, neni! —me saludó mi amigo con su habitual y contagiosa alegría. Me dio un abrazo y se giró para mirar a la persona que había detrás de él—. Este es David, mi primo.

Un chico de pelo rubio cenizo dos palmos más alto que yo y labios finos curvados en una sonrisa torcida de satisfacción me miraba fijamente con unos ojos del color del café mientras sujetaba las pizzas con una mano. En aquel momento, me di cuenta de que Oliver tenía razón: su primo le saltaba al cuello a cualquier chica que le entrara por los ojos y esa noche la presa sería yo.

—David, ella es Emma —siguió presentando Oliver.

Me acerqué para darle dos besos a modo de saludo y no tardé en sentir su mano libre a la altura de mis riñones presionándome con disimulo contra él. No pude reprimir una pequeña carcajada. Me separé de él, todavía sonriendo. Me adentré en el salón, donde ya estaban Eric y Mía poniendo el mantel, y le dije a mi amiga:

—Tenías razón, Mía, no ha tardado ni dos minutos en escanearme.

Ella soltó una carcajada y se incorporó para mirar a los primos. Yo imité su gesto y me quedé mirando a David de forma burlona. Al principio pareció extrañado, hasta que se dio cuenta de lo que estábamos hablando.

—Ya os ha advertido Oliver, ¿no?

—Le daba miedo que le saltases a Emma al cuello —contestó Mía por mí—. Yo soy Mía y él es Eric.

Ambos se acercaron al chico nuevo y se saludaron con besos y apretones de manos. David se acercó a la mesa baja a dejar las pizzas y entre Oliver y

yo fuimos llevando las bebidas y demás cosas para cenar. Eric y Oliver se sentaron en el suelo, ya que no teníamos sitio para sentarnos todos, David se sentó en el sillón que había en el lado opuesto a la puerta de entrada y Mía y yo en nuestro sofá.

—Bueno, David, cuéntanos algo de ti —procedió Mía a hacerle el tercer grado a nuestro invitado.

—¿Qué queréis saber?

—Oliver nos ha dicho que vienes de Francia —intervine—. ¿Hacía mucho que vivías allí?

—Un par de años. Fui un año de prácticas de Erasmus y me contrataron otro más.

—Entonces hablarás muy bien francés, ¿no?

—Me defiendo—contestó limpiándose las manos con una servilleta y dirigiéndome de nuevo esa sonrisa torcida—. Los besos franceses los manejo bastante bien. Cuando quieras, te lo demuestro.

—¡Bum! Ahí va la primera ficha de la noche —bromeó Oliver.

No pude evitar reírme, y por culpa de ello casi me ahogo con la Coca-Cola. Cuando pude hablar con una voz un poco aceptable, dije:

—No me hace falta demostración. Ya tengo la declaración de tu primo para ello.

—Ya me has creado mala fama —fingió enfadarse con Oliver.

—Perdóname, pero Emma es mi niña bonita y tenía que avisarla de lo que iba a meter en su casa.

—¿De qué trabajabas? —preguntó Eric, cambiando de tema para mi beneficio.

—Soporte informático.

—Uf, no suena a un trabajo con el que se ligue mucho —dije intentando picarle.

—Emmy, no le des más motivos para tirarte los trastos —susurró Oliver de forma que solo yo le oyese.

No era que me gustase el chico —aunque admitía que era bastante atractivo— pero me gustaba el tonto incluso si luego no llegábamos a nada. Porque yo tenía claro que no íbamos a llegar a nada; al menos, a nada de lo que él quería. No pretendía acostarme con el primer chico que se me cruzase y que mostrara un poquito de interés por mí, yo no era así. Pero a todo el mundo le sienta bien que le vean atractivo.

—No te creas, Emma...

—Llámame Em—le corregí. Escuchar mi nombre completo sonaba demasiado formal para el tonto que estábamos teniendo en aquel momento.

—Em—repuso con una sonrisa torcida—. Tenía que pasearme por todo el edificio de la empresa para arreglar los aparatos electrónicos y conocía a muchas personas.

—¿Alguna digna de mencionar?

—Sinceramente, cuando te he visto, se me han olvidado todas las mujeres que he conocido antes de ti.

Tuve que parar a pensar una respuesta unos segundos más de lo necesario, y fue lo justo que necesitaron todos para darse cuenta de que su comentario me había afectado.

—Y... la hemos perdido —dijo Mía, a mi espalda, más para los tres que miraban expectantes nuestra conversación que para David o para mí.

Pestañee un par de veces antes de seguir hablando, en un intento de demostrar que no me había dejado sin habla.

—¿Con cuántas mujeres has estado hasta ahora?

David soltó una risotada y apartó la mirada de mí mientras se echaba el pelo hacia atrás con una mano. Por desgracia, aquel gesto me pareció tan sexy que tuve que coger mi vaso de Coca-Cola y dar un trago.

—No creo que con tantas como crees.

—Venga, voy a hacer una estimación. —Dejé el trozo de pizza carbonara que me estaba comiendo de nuevo en el plato y me giré para mirarle—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

—Veintiuno—contestó con esa sonrisa torcida suya que no le abandonaba. Él también había dejado de comer y me estaba mirando con diversión en los ojos.

—Vale. Pongamos que perdieras la virginidad con... dieciséis. Estimo que te habrás acostado con una chica por mes. De modo que... —hice un cálculo de cabeza— tu cuenta actual es más o menos de sesenta chicas. ¿Me he acercado?

—No pienso contestar a eso —dijo riéndose y volviendo a coger su porción de pizza—. Solo voy a decir que te has quedado un poco corta.

—Madre mía, ¿más de sesenta chicas? Tú tienes un problema.

—¿Te apetece ser la última de esa lista? —me preguntó con una mirada intenta; esta vez no sonreía.

—Hum... La última no sé, pero un número destacable sí me gustaría ser. Cuando llegues a noventa y nueve, avísame y me lo pienso para ser la número



cien, ¿vale?

—Hecho.—Volvió a sonreír—. No me queda tanto.

Rodé los ojos, sin poder reprimir una sonrisa coqueta, y volví la cabeza para seguir conversando con todos y no solo con David. Eric, Mía y Oliver se habían puesto a hablar de las oposiciones a policía de Eric sin que David y yo nos diéramos cuenta. Aunque estuvieran hablando de otro tema distinto, sabía que todos estaban pendientes de que el tonto entre David y yo no fuera a más.

Ya me aseguraba yo de que no lo hiciera.

Al cabo de un rato de estar charlando, riéndonos, escuchando música y bromeando —también incluía el lanzamiento de fichas que se producía hacia mi persona—, llamaron al timbre de la puerta. Miré el reloj de la pared y vi que eran más de la una de la madrugada; así que seguramente fuera algún vecino quejándose del ruido.

Mía se levantó del sofá y se acercó a la puerta para comprobar quién era. Cuando se separó de la mirilla, tenía en la cara esa mirada traviesa que ponía cuando se le ocurría algún acto malicioso. Se giró hacia mí, sin abandonar la sonrisa, y, levantando las cejas, dijo:

—Abre tú, creo que te va a gustar lo que hay al otro lado.

No me hizo falta oír más. De un salto me puse de pie, me ahuequé el pelo y bajé un poco más la manga de la camiseta que dejaba mi hombro descubierto. Después me giré hacia mis amigos, de los cuales Eric y Mía me miraban con intención, Oliver parecía estar arreglándose también para abrir la puerta (cosa que no le permitiría hacer) y David me miraba frunciendo el ceño.

—¿Cómo estoy? —pregunté colocándome los pantalones.

—Muy mona pero no te va a servir de nada porque pienso abrir yo —contestó Oliver poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Que no es *gay*! Déjame a mí.

Me lancé sobre su espalda y empezamos a forcejear durante unos segundos hasta que conseguí alejarlo de la puerta y agarrar el pomo con fuerza para que Oliver no pudiera apartarme de allí. Respiré hondo un par de veces antes de poner mi mejor sonrisa coqueta y abrir la puerta.

Ahí estaba.

—Hola, Marcos —le saludé apoyándome ligeramente en el marco de la puerta.

—Hola, Em—contestó con la misma sonrisa coqueta que me volvía loca. Tenía el pelo morenodespeinado y los ojos negros un poco entrecerrados

y algo rojos. Supuse que había estado durmiendo —o intentándolo— antes de bajar a hablar con nosotras. Llevaba puesto un pantalón de pijama largo y una camiseta de tirantes que le quedaba tan holgada que dejaba bien a la vista sus trabajados pectorales.

No pude evitar recorrerlo con la mirada y darme cuenta de que él hacía lo mismo conmigo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, las sonrisas de ambos se ensancharon. Me aparté un mechón de pelo de la cara y lo coloqué detrás de mi oreja; a él pareció gustarle mi coqueteo, ya que —supuse que inconscientemente— se relamió el labio inferior.

—¡Hola, Marcos! —La voz de Oliver desde el salón nos sacó de nuestro tonto sin palabras.

Marcos asomó la cabeza por la puerta y saludó a todos con un escueto «Hola» y un movimiento de cabeza. Luego se volvió hacia mí y dijo:

—Perdona que os interrumpa la fiesta.

—No te preocupes.

—Verás, mis padres están quejándose un poco del ruido y me han pedido que bajara a preguntaros si podíais bajar un poco la música y la voz.

—Claro, no hay problema. —Me giré hacia mis cuatro amigos, de los cuales Eric y Mía se habían puesto a hablar abrazados en el sofá, Oliver estaba jugando con su móvil y David me escrutaba fijamente sin cortarse un pelo—. ¡Eh! Bajad eso, estamos molestando.

Mía se levantó para bajar el volumen de la música y volvió a sentarse en el sofá con Eric. Me giré hacia Marcos, de nuevo sonriendo, y vi que había apoyado el hombro sobre el marco de la puerta opuesto al que estaba yo. A esas alturas, después de casi dos años viviendo en el mismo edificio, él ya tenía que haberse dado cuenta del efecto que ese gesto suyo tenía en mí.

Tenía la cabeza ligeramente inclinada y me miraba, sonriendo, a través de unos mechones de pelo rebeldes que le caían por la frente y le tapaban ligeramente los ojos. Estaba segura de que lo estaba haciendo aposta para ponerme nerviosa y lo peor de todo era que le estaba saliendo bien.

—¿Te apetece quedarte un rato? —pregunté casi en un susurro pero que iba cargado de intenciones.

—No puedo, mañana me toca trabajar. Pero os veré en El Club la semana que viene, ¿verdad?

El Club era la discoteca que llevaba un amigo de Marcos y que nos dejaba entrar gratis si le hacíamos de relaciones públicas de vez en cuando. Nos pillaba cerca de casa y el ambiente estaba bastante bien; así que era el

lugar idóneo para no gastarnos dinero y poder volver a casa cuando quisiéramos.

Asentí con la cabeza y me despedí de él, recibiendo un guiño por su parte antes de que empezara a subir las escaleras. Cerré la puerta y me apoyé de espaldas en ella. Me tapé la cara con las manos y traté de frenar el latido de mi corazón.

—Pareces un tomate —se mofó Eric de mí.

—Cállate. —Volví al salón y me senté en el suelo, donde había estado sentado él antes, entre David y Oliver—. Es que es tan guapo... y lo peor es que lo sabe.

—No, lo peor es que sabe que a ti te gusta.

—Te he dicho que te calles. —Fulminé a Eric con la mirada y pareció surtir el efecto suficiente para que no volviera a abrir la boca.

—A lo mejor es *gay* y solo se está riendo de ti —soltó Oliver como quien no quiere la cosa—. Deberías dejarlo para alguien que pueda domarlo.

—Te he dicho que no es *gay*. ¿No has visto cómo me mira? Yo puedo quedarme embobada mirándolo, pero él hace exactamente lo mismo.

—Eso es verdad —intervino Mía—. Llevamos casi dos años aquí y siempre te mira como si quisiera comerte. Lo raro es que no haya intentado algo ya.

—¿Por qué no tomas tú la iniciativa? —me preguntó David, hablando por primera vez en toda la conversación y sin esa sonrisa coqueta que había tenido toda la noche—. Si yo fuera él y te me insinuases, no me lo pensaría dos veces antes de llevarte a la cama.

—Ha sido una forma muy sutil de tirarme una ficha, pero sigue sin colar. —Me encogí de hombros y fingí que no me había gustado su comentario.

—Tenía que intentarlo una última vez —contestó volviendo a sonreír de lado.

—Bueno, venga, nos vamos a ir ya. —Oliver cortó el duelo de miradas y sonrisas coquetas que estábamos intercambiando su primo y yo—. Que al final veo que la convences para hacer algo de lo que se arrepentirá.

—No se iba a arrepentir. —Oliver se había puesto de pie y David aprovechó que estaba de espaldas a nosotros para acercarse a mi oído y añadir—: Te lo puedo asegurar.

Se me escapó una risotada que a él pareció complacerle. Me levanté del suelo y entre todos empezamos a recoger las cajas de las pizzas y el resto de guarrerías que habíamos estado comiendo y bebiendo. David y Oliver se

despidieron de nosotros en la puerta cargando la bolsa de basura y los cartones de pizzas. Eric y Mía se despidieron también y Eric se fue a descansar a su casa para madrugar al día siguiente y seguir estudiando para las oposiciones. Después, Mía y yo nos metimos cada una en nuestras respectivas habitaciones y nos despedimos hasta el día siguiente.

## Capítulo 2

Me cambié de ropa y me puse mi pijama de pantalón largo y camiseta de tirantes. Abrí la cama y me metí debajo del edredón. Después de pensármelo durante un par de minutos, cogí mi teléfono móvil que había dejado sobre la mesita de noche y abrí *WhatsApp* para enviarle un mensaje a Marcos y comprobar si estaba dormido.

No tardó en leerlo y contestar: «Llevo despierto desde que he visto tu camiseta y me han entrado ganas de irme a la cama... pero no para dormir precisamente».

No pude evitar sonreír y morderme un poco la uña del pulgar, dudosa. Al final, decidí que era mejor no pensarlo demasiado y escribí: «Ya me la he quitado. Ahora solo llevo una camiseta de tirantes y un pantalón de pijama».

«¿Me vas a hacer bajar otra vez? No puedes decirme esas cosas y esperar que me duerma como si nada», fue su respuesta.

Reprimí una risotada para que no me oyera Mía. Ni ella ni Eric sabían que Marcos y yo habíamos estado escribiéndonos mensajes y hablando por teléfono por las noches durante más de dos meses. Y menos aún que de vez en cuando Marcos bajaba a casa, cuando ellos ya se habían ido a dormir, para estar conmigo.

«Mañana trabajas, ¿no? Tienes que descansar».

No leyó el mensaje; ni siquiera estaba conectado. Esperé un par de minutos más antes de cerrar la aplicación y pensar que se había quedado dormido después de su último mensaje. Volví a dejar el móvil sobre la mesita de noche y me acurruqué sobre mi almohada. A los pocos segundos, el móvil volvió a vibrar. Lo cogí de nuevo y vi que era un mensaje de Marcos: «Abre la puerta».

Aunque ya había habido otras ocasiones en las que me levantaba en mitad de la noche para abrirle la puerta de casa y que se colase en mi habitación, aquella fue la primera vez que lo hacía teniendo que trabajar al día siguiente. Así que imaginé que no se quedaría demasiado tiempo.

Me levanté de la cama y salí de mi habitación, comprobando que la luz del cuarto de Mía estuviera apagada. Caminando de forma sigilosa, llegué a la puerta de la casa y la abrí, girando la llave con mucho cuidado. Y ahí estaba él, con la misma ropa que tenía la primera vez que había bajado aquella noche, igual de sexy.

Se acercó a mí sonriendo de medio lado y me dio un beso en la sien antes de encaminarse hacia mi habitación conmigo detrás de él, apremiándole para que Mía no se diera cuenta de que se había metido en casa. Cerré la puerta de mi cuarto con delicadeza y, antes de que tuviera tiempo de girarme y mirar a Marcos, sentí una de sus manos en mi cintura, apretando mi espalda contra su pecho, y su otra mano apartándome el pelo del cuello para empezar a besarlo.

Él sabía que me encantaba que hiciera eso; sobre todo, que lo hiciera de esa forma tan dulce y suave. Lentamente, la mano que había estado en mi cintura empezó a recorrer mi vientre en dirección ascendente y por debajo de mi camiseta, hasta llegar a mis pechos. Su otra mano se había dedicado a jugar con el tirante de mi camiseta para después dejarlo caer sobre mi brazo.

Yo tenía los ojos cerrados, disfrutando de sus caricias y dejando escapar algún que otro suspiro. Como si fuera una muñeca de trapo, me obligó a darme la vuelta y estrelló su boca contra la mía. Nuestras lenguas se enlazaron inmediatamente. Enredé mis brazos en su cuello y de un saltó hice otro tanto con mis piernas en su cintura, con sus manos sujetándome por el trasero.

Se dio la vuelta, sin despegar su boca de la mía, se sentó en la cama y se dejó caer hasta que su espalda chocó con el colchón. Sus manos volvieron a meterse debajo de mi camiseta, arrastrándola hacia arriba, y me la sacó por la cabeza. Mientras sus manos recorrían mi espalda de arriba abajo, aproveché para quitarle la camiseta y presionar las palmas de mis manos contra sus músculos.

Una de sus manos se agarró con fuerza a mi trasero y lo presionó contra su cuerpo para que fuera consciente de las ganas que tenía de ir más allá. Fue entonces cuando abrí los ojos y traté de separarme un poco de Marcos, pero él pasó su boca de la mía a mi cuello y siguió besándolo y mordiéndolo. Aquello no me ayudaba a calmarme.

—Marcos... —dije en un susurro.

—Oh, por favor, Em, llevamos un mes así. —Había dejado de besarme para mirarme con ojos de cordero degollado—. No sabes las ganas que tengo de hacértelo. He cogido algunos preservativos por si tenías ganas.

Intentó volver a atrapar mis labios, pero esta vez sí que pude apartarme

lo suficiente como para no dejarle hacer lo que quisiera.

—¿Algunos? ¿Cuántos has bajado? ¿Cuántos crees que íbamos a echar?

—No sé, uno. Tal vez, dos. Prefería ir sobre seguro.

Volvió a apretar mi entrepierna contra la suya e, inconscientemente, un pequeño gemido se escapó de entre mis labios. Por desgracia, no pasó desapercibido para los oídos de Marcos.

—¿Lo ves? Tú también quieres.

—Sabes que no soy de las que se acuestan con alguien enseguida. Ya te lo dije.

Me quité de encima de él y me senté en el borde de la cama, dándole la espalda mientras me recogía el pelo.

— No es «enseguida». —Él también se incorporó y se sentó a mi lado —. Llevamos un mes enrollándonos; creo que es hora de que demos un paso más.

Solté una pequeña risotada que no resonó demasiado.

—¿Te das cuenta de que dar un paso más sería empezar a salir en serio? Esto solo es enrollarnos. No somos pareja, y yo no soy de acostarme con alguien si no es mi pareja. Creo que esto te lo dejé claro el primer día que intentaste quitarme las bragas.

Empezaba a sentirme bastante incómoda con el tema de hacerlo. No tenía intención de acostarme con él esa noche y probablemente ninguna en un tiempo. Al menos hasta que decidiéramos si nuestra relación se iba a basar siempre en el sexo o si iba a haber algo más. Cada vez que nos enrollábamos, acababa saliendo el tema, y era muy frustrante y cansado tener que repetir lo mismo tantas veces.

Después de que le dijera que no, él siempre se acababa resignando a que no había nada más que hacer por esa noche, se despedía y se marchaba. Pasaban tres o cuatro días sin que nos habláramos o llamásemos y, si no nos cruzábamos antes por los rellanos, uno de los dos acababa cediendo y llamando al otro. No tenía ni idea de qué clase de relación estábamos teniendo.

Después de que le dijera aquello, apoyó una mano en la cama haciendo que su brazo rozase mi espalda y se acercó a mi oído.

—Em, me gustas, en serio. Pero a veces me pareces un poco niña. Existe el sexo sin compromiso, ¿sabes?

Me giré para mirarlo sin poder creer lo que acababa de decir. Obviamente sabía que existía el sexo sin compromiso, pero yo no estaba hecha

para eso. Yo era de esas personas que necesitaban tener una relación más íntima y personal con alguien para poder intimar de esa manera.

No dije nada. Simplemente me limité a mirarlo con el ceño fruncido y que él se diera cuenta de que su comentario me había molestado.

Acabó suspirando y pasó una mano por mi brazo, acariciándolo. A mí se me habían pasado totalmente las ganas de hacer nada aquella noche, así que miré el reloj de mi móvil y, sin mirarle a la cara, dije con tono tirante:

—Son más de las dos. Deberías irte a casa a dormir. Mañana trabajas.

Marcos se acercó para darme un beso en el hombro y siguió subiendo hasta mi cuello, apartando el pelo que le molestaba. Cuando vio que yo no ponía de mi parte y que no quería nada —ni siquiera mostraba un poco de emoción mientras me tocaba—, suspiró de nuevo y me dio un beso en la mejilla.

—No te enfades, boba.

Se levantó de la cama y salió de la habitación sin hacer ruido, dejando la puerta abierta, y, a los pocos segundos, escuché la puerta de la calle cerrarse de forma delicada. Fue entonces cuando me levanté, salí de mi habitación y me acerqué a la puerta para echar la llave. Después, volví a mi cuarto y me metí en la cama sin muchas ganas de dormir.

Estaba enfadada, me había molestado que dijera aquello de que le parecía una niña. Solo tenía tres años más que yo; yo tenía veinte y él tenía veintitrés. No entendía qué había de malo en no querer hacer esas cosas si no era con una persona importante para uno. No quería decir que Marcos no fuera importante para mí; nos conocíamos desde hacía casi dos años y llevábamos con aquel tira y afloja casi tres meses. Pero no era la persona con la que quería compartir aquel momento de intimidad, o, al menos, en aquel momento no lo era.

Me quedé dormida a los pocos minutos, todavía dándole vueltas al mismo tema.

Cuando volví a abrir los ojos, miré el reloj de la pared, iluminado por los rayos de sol que se colaban por las ranuras de la persiana, y vi que eran cerca de las doce de la mañana. Estuve unos minutos más remoloneando en la cama, dando vueltas y sin poder volver a dormirme. Al final, desistí de seguir soñando y me levanté.

Mía no había salido de su habitación todavía, así que decidí empezar con



la limpieza de los sábados por mi cuenta y luego podría seguir ella donde yo lo hubiera dejado.

Los sábados por la mañana los dedicábamos a hacer limpieza general y organizar el resto de la semana: fregar toda la casa, poner lavadoras, quitar el polvo de todas las habitaciones, hacer la compra de la semana, planificar quién cocinaba/fregaba los platos cada día, etc.

Después de que Mía se levantara, pasamos lo que quedaba de mañana y tarde limpiando, comiendo y vagueando frente al televisor. De vez en cuando la veía mirar su móvil y teclear algo; me imaginé que estaría hablando con Eric y dándole ánimos.

La verdad era que envidiaba la relación que tenían esos dos. Habían empezado llevándose fatal, pero, de una forma u otra, habían acabado enamorándose. Era envidia sana, por supuesto. Pero no podía evitar pensar de tanto en tanto si aquello me pasaría a mí en algún momento y cuánto tardaría en llegar.

Marcos no parecía tener mucha iniciativa en lo que a relación sería se refería y seguía insistiendo en que tuviéramos sexo. De momento podía controlarlo diciéndole que no quería ese tipo de relaciones si no era algo serio. Aun así, en algún momento tendría que dejar esa relación tan extraña que teníamos y buscar algo que me llenase más con otra persona mejor dispuesta a ello.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no escuché el sonido de mi móvil sonando y Mía tuvo que darme un codazo para que despertase y me acercase a la mesa alta del salón para coger el aparato.

Número desconocido.

Fruncí el ceño y dudé unos segundos más antes de pulsar la tecla verde y ponérmelo en la oreja.

—¿Sí?

—Sí, precisamente eso es lo que me habría gustado que me dijeras anoche.

Reconocí la voz casi enseguida, aunque no conociera a su dueño nada más que de unas horas. Mis cejas y comisuras se elevaron inconscientemente. Me giré para ver qué hacía Mía y, para mi gran suerte, estaba mirando su móvil contestando a algún mensaje de Eric seguramente.

Sin parecer muy sospechosa, caminé hacia mi habitación y cerré la puerta despacio. Me senté en la cama y contesté:

—¿Te ha dado Oliver mi número?

—No pienso desvelar mis fuentes —contestó David con fingido tono serio.

—Es obvio que se lo has sacado a él, pero seguramente lo hayas mirado en su móvil sin su permiso. No me creo que te lo haya dado voluntariamente.

—No pienso desvelar mis fuentes —repitió con una clara sonrisa en los labios. Le había pillado. No pude evitar sonreír yo también y tuve la sensación de que él se dio cuenta de ello—. Me preguntaba si te apetecería quedar conmigo esta tarde.

—Mmm... ¿Qué debería hacer? ¿Seguir el consejo de mis amigos y no salir contigo? ¿O pasar de todo el mundo y juntarme con el chico malo que se ha tirado a más de sesenta chicas? Qué dilema... —dramaticé.

—No pareces de esas chicas que obedecen cuando alguien les dice que no deberían hacer algo.

—¿Ah, no? ¿Y qué clase de chica parezco? —Ahí estaba otra vez ese tonto.

—De las que aprenden de los errores. Pero si no cometes el error, ¿cómo vas a aprender de él?

Se me escapó una pequeña carcajada y tuve que taparme la boca para que Mía no viniera a poner la oreja en mi puerta. Podía llegar a ser realmente cotilla.

—¿Y bien? —insistió riéndose él también—. ¿Sales con el chico malo o vas a ser una niña buena?

—Nunca se me ha dado bien ser una niña buena. Cuando era pequeña, me decían que las niñas no debían subirse a los árboles como los niños y yo lo hacía solo por llevar la contraria.

—¿Te recojo a las seis, entonces?

Ya estaba. Ya le había dado lo que quería y había dicho lo que él quería oír. Me había llevado a su terreno con demasiada facilidad. O... tal vez me había dejado llevar adrede. No lo tenía muy claro.

—Vale. Pero no pienso ponértelo fácil, tenlo claro.

—No espero que lo hagas. Sería aburrido si lo hicieras.

«No sonrías, tonta, él se dará cuenta», me dije a mí misma, pero de poco sirvió para evitar que mis labios se curvaran hacia arriba. Nos despedimos y colgamos.

Miré el reloj de la pared de mi habitación y vi que eran las cuatro y media. La hora perfecta para empezar a arreglarme tranquilamente. Dejé el móvil cargando sobre la mesita de noche y entré en el cuarto de baño para

darme una ducha. Me recogí el pelo en un moño alto y me desnudé. Salí enrollándome en una toalla y empecé con el ritual de mejunjes y ungüentos.

Cuando volví a mi habitación, miré el reloj de nuevo y vi que eran casi las cinco y cuarto. Abrí el armario y empecé a sacar ropa. Después de veinte minutos poniéndome y quitándome trapos, acabé poniéndome un pantalón vaquero negro con las rodillas rajadas, un jersey rojo corto, que dejaba al aire parte de mi vientre, de manga corta, con una chaqueta hasta la cadera de color caqui encima y unos botines negros de cordones.

Me planté frente a mi tocador y empecé a maquillarme de forma natural, como hacía siempre. Me pinté los ojos con un lápiz negro y me di un poco de rímel para resaltar mis ojos verdes. Un poco de colorete en las mejillas y un pintalabios color carne ponían la guinda a mi *look* de aquella tarde.

Salí de mi habitación y me encontré a Mía y Eric tirados en el sofá haciéndose caricias mientras miraban la televisión. No me había enterado de que Eric había llegado a casa. Mientras cogía algunas cosas y las metía en un bolso negro y pequeño que llevaría colgado del hombro, sentí sus cuatro ojos escrutándome y cuchicheando sobre mi aspecto y adónde pensaba ir vestida así.

—Voy a dar una vuelta con un amigo —acabé diciendo para disipar sus dudas y no darles tiempo a que crearan teorías acertadas.

—¿Qué amigo? —preguntó Mía con una sonrisa burlona—. Debe de ser un amigo muy especial si vas a ir vestida así.

—Un amigo normal. —Me encogí de hombros y seguí guardando cosas en el bolso.

Escuché cómo se levantaba y se acercaba a mí por la espalda. Me cogió de los hombros y me obligó a girarme para mirarla a los ojos. Odiaba que hiciera eso.

—Confiesa: ¿con quién vas a salir?

—Con un amigo te he dicho, pesada.

—¡Oh, Dios mío! —Se separó de mí y me miró con ojos acusadores, la boca entreabierta sin poder creer algo y brazos en jarras sobre sus caderas—. ¿Vas a salir con David?

Rodé los ojos y volví a darme la vuelta. Odiaba esa manía y extraño don que tenía de mirarme a los ojos y saber en qué estaba pensando.

—Creía que no te gustaba —dijo Eric desde el sofá.

—Nunca he dicho eso. Solo... tonteamos, eso es todo. No va a pasar nada. Solo vamos a dar una vuelta, tomar algo y para casa.

Mía seguía mirándome de forma desaprobatoria y en la misma postura de antes. Volví a poner los ojos en blanco y me acerqué a ella sonriendo para darle un beso de despedida y tranquilizarla.

—No voy a hacer nada con él, ya deberías conocerme. Soy muy rara para esas cosas.

—Está bien —acabó cediendo y relajando el gesto—, pero no vuelvas tarde.

—Vale, mamá —contesté con burla.

Me despedí de Eric con la mano mientras caminaba hacia la puerta y salí de casa. Bajé las escaleras y, a través del cristal del portal reconocí la silueta de David apoyado en una moto negra esperándome. Inconscientemente sonreí. Abrí el portalón en el mismo momento en que alguien entraba. Cuando levanté la cabeza, vi que era el chico de pelo y ojos oscuros que vivía encima de nosotras.

—Hola, Em—me saludó Marcos con una sonrisa torcida, como esas que él sabía que me volvían loca.

—Hola.

Traté de sonar neutral, aunque todavía estaba un poco molesta por lo que había pasado la noche anterior. Sonreí de forma cortés y me sorprendió que se acercara a mí para darme un beso en la mejilla con dulzura. Mientras lo estaba haciendo, giré ligeramente la cabeza y vi que David nos miraba jugando con un caramelo en la boca y una ceja levantada.

—¿Vas a algún sitio? —me preguntó Marcos cuando se separó un poco de mí. Seguía vistiendo esa sonrisa de superioridad tan habitual en él.

—He... He quedado con un amigo —tartamudeé un poco, señalando a David.

Marcos se giró para mirarle y David enseguida adoptó una pose indiferente y sonrió en mi dirección. Tal vez me lo estuviera imaginando, pero parecía estar actuando de forma prepotente a propósito.

Volví la vista hacia Marcos y vi que se había puesto serio. Él volvió a mirarme y me recorrió de la cabeza a los pies, aunque esta vez no lo hacía de forma provocadora. Parecía estar evaluando si con mi aspecto aquel chico rubio intentaría algo conmigo.

En cierto modo, me gustó que se pusiera un poco celoso.

Decidí aprovechar esos celos y tomar la iniciativa.

Me despedí de Marcos con una sonrisa y un gesto de la mano y me alejé de él para unirme a David. Este, al verme, sonrió de forma coqueta y me dio

un beso en la mejilla contraria a la que había besado Marcos y colocó una mano en la parte baja de mi espalda. Después se acercó a mi oído y susurró:

—Tu novio sigue mirando. ¿Quieres que le pongamos muy, muy celoso?

—No es mi novio —le corregí en el mismo tono.

Me separé unos centímetros de él y se me ocurrió una forma de ser verdaderamente mala con los dos. Agarré a David de la solapa de su cazadora vaquera de color negro y estrellé mis labios contra los suyos. Al principio, se sorprendió, pero enseguida vio en mi mirada lo que pretendía y volvió a mirar a Marcos detrás de mí. Pareció funcionar aquel pequeño experimento porque vi cómo David cerraba los ojos y cogía delicadamente una de mis mejillas para besarme con más profundidad.

No era un beso romántico, eso estaba claro. Era simplemente para poner celoso a Marcos y, de paso, averiguaba qué tenía David que había cautivado a tantas mujeres. La verdad era que, si solo se tratase de besar, ya tendría muy buena nota.

Nos separamos y, en lugar de girarme para comprobar el efecto de aquel beso en mi vecino, preferí no llamar tanto la atención y preguntarle a David.

—Sigue ahí. Tiene esa expresión de impotencia de cuando te dicen en los restaurantes que no les queda más paella.

No pude evitar reírme por esa comparación tan absurda, y era una risa real, no fue fingida. A David pareció contagiársele y los dos empezamos a reírnos bajo la atenta mirada de Marcos.

—Se ha metido en el portal —me informó David.

—Entonces ya podemos irnos.

Me pasó un casco y me dijo que me montase detrás de él. Antes de que empezara a moverse la moto, David se levantó el cristal del casco y me dijo:

—Si vamos a hacer esto mismo cada vez que nos crucemos con un exnovio tuyo, me veo en la obligación de pedirte sus direcciones.

—No te acostumbres —contesté sonriendo. Menos mal que el casco no dejaba verlo—. No va a volver a pasar.

—A menos que me lo gane, ¿no?

—Ya veremos. —Esta vez no me molesté en ocultar mi sonrisa.

Ambos bajamos el cristal de nuestros cascos, me agarré a su cintura y él arrancó la moto. No sabía hacia dónde íbamos, pero, a juzgar por las calles que estaba tomando, no parecía tener intención de salir de la ciudad. Cuando me quise dar cuenta, ya había anochecido y nosotros estábamos aparcando junto al Tempo de Debod. David sacó del cajetín de la moto una bolsa de

plástico blanca que parecía llevar comida.

—¿Por qué el Templo de Debod? —pregunté una vez que estuvimos subiendo las escaleras para llegar al templo.

—Bueno, hace dos años que no estoy en Madrid y me gustaría volver a ver algunos sitios turísticos. Además, este es uno de los lugares más románticos de toda la ciudad. Sobre todo, de noche. ¿No lo sabías? —dijo sonriendo con sorna.

Cuando estuvimos frente al templo, me di cuenta de que él tenía razón: era precioso, iluminado por las luces que salían de los laterales del estanque. No me extrañaba que lo consideraran un lugar de película romántica.

Nos acoplamos en un trozo de césped libre cerca del templo y David empezó a sacar cosas de su bolsa. Como sospechaba, dentro había latas de bebida y sándwiches de varios tipos.

—¿Este es tu plan para seducirme? ¿Sándwiches fríos y latas de refresco? —bromeé mientras abría una lata de Coca-Cola.

—No. Realmente no intento seducirte. Ya he visto que estás más interesada en vuestro vecino y no me van los casos imposibles. Así que simplemente quería traerte aquí como amiga.

—¿Somos amigos?

—Bueno, espero que podamos serlo. No conozco a mucha gente aquí y vosotros parecéis majos.

Me quedé unos segundos mirándolo, sopesando la posibilidad de que aquella fuera una técnica de seducción que utilizaba cuando veía casos difíciles. Sin embargo, vi sinceridad en sus ojos y decidí relajarme.

—Los amigos no se besan como hemos hecho antes—comenté con tono jocoso.

—¡Eh! Me has besado tú, yo no he tenido nada que ver.

—Era por una buena causa. Pero tranquilo, que ya no lo volveré a hacer. —Le saqué la lengua justo antes de darle un trago a mi bebida.

—Ya te has enrollado alguna vez con tu vecino, ¿verdad?

Me quedé callada y aparté la mirada de él. ¿Cómo demonios se había dado cuenta? No le había dicho a nadie lo que hacíamos Marcos y yo por las noches y era prácticamente imposible que un chico que apenas nos conocía se hubiera dado cuenta tan rápido.

—Se nota en la confianza con la que hablabais en tu portal —siguió hablando cuando vio que no tenía intención de contestar—. Además, no te ofendas, pero se notaba mucho que el beso que me has dado era por despecho.

—Me giré para mirarlo con los ojos entrecerrados—. Es verdad.—Se encogió de hombros—. ¿Qué ha hecho?

Me lo pensé un poco antes de contestar. Supuse que una opinión objetiva sería más útil que si se lo contaba todo desde el principio a Mía y ella acababa diciéndome algo como «Es un imbécil, si no quiere esperar, que le den».

—De momento solo han sido besos y tocamientos. No hemos pasado de ahí. Pero él quiere más y yo... no soy de esas que se acuestan con alguien por un calentón; tengo que sentir y compartir algo con esa persona.

»Sé que soy rara, no me juzgues.

—No creo que seas rara. Tienes tu propia forma de hacer las cosas, ya está. A ver, entiendo que el chaval quiera acostarse contigo: mírate. Yo también querría —dijo señalándome y recorriéndome con la mirada. Se me escapó una risotada—. Pero no puede presionarte a hacer algo que no quieres. Tienes que dejárselo claro.

—Lo he intentado, muchas veces. Pero insiste, y no quiero dejar de gustarle.

—¿Y vas a faltar a tus principios solo por no dejar de gustarle a un chico? Creo que deberías ser más fiel a ti misma. Al fin y al cabo, los chicos vienen y van. Tú siempre estarás contigo.

Incluso mientras volvíamos a casa en su moto, seguí dándole vueltas a lo que acababa de decir. Tenía razón: no tenía motivos para ceder a la presión que ejercía Marcos sobre mí, no tenía por qué tener relaciones con alguien de quien no estaba enamorada. David me había abierto los ojos: era mejor ser fiel a uno mismo que ceder a la presión de los demás.

Aparqué un momento frente al portal para dejarme en casa y nos despedimos.

—Gracias por esta tarde. Me lo he pasado muy bien —dije, devolviéndole el casco.

—Yo también. Espero que podamos repetir otro día.

—Seguro que sí. Entonces quedamos como amigos, ¿no?

—Te vas a reír, pero creo que nunca he tenido amigas chicas.

—Madre mía.—Sonreí de forma maliciosa—. ¿Voy a tener que enseñarte a ser un amigo y nada más? Esto va a ser divertido. —Me froté las manos de forma pícarapensando en la forma más perversa de darle lecciones sobre cómo ser un buen amigo.

—No seas mala conmigo —dijo riéndose él también.

—A ver cómo sale este experimento. Me voy ya.

Me separé de él y fui a despedirme con un movimiento de la mano cuando David la atrapó y me acercó un poco más a él.

—¿No me das un beso de despedida? —susurró con una sonrisa torcida cuando apenas había un palmo de distancia entre su cara y la mía.

—Regla número uno: los amigos no se besan de la forma en que nos hemos besado antes.

—Entonces, ¿por qué me has besado así antes?

—Todavía no éramos amigos. —Me encogí de hombros de forma exagerada.

—¿Podemos dejar de ser amigos un par de minutos? —preguntó con fingida súplica, algo que me hizo reír.

—Me voy a casa.

—Un minuto —insistió—. Ni eso: 30 segundos; no necesito más.

Me separé de él, todavía sonriendo, y me despedí con la mano justo antes de entrar en el portal. Subí las escaleras y llegué a la segunda planta, donde estaba nuestro piso. Cuando abrí la puerta, me encontré con Mía y Eric acurrucados en el sofá mientras veían *Algo pasa con Mary*. Al verme, Mía se incorporó y preguntó:

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? Déjame adivinar: te ha llevado a un sitio romántico, habéis cenado algo exquisito (puede que afrodisíaco), ha hecho un par de bromas, tú te has reído de esa forma tan tonta que te sale cuando tonteeas, te ha dicho un par de cosas bonitas y te ha traído a casa para darte un beso de despedida de película. Y ¡bam!, ya te tiene en sus redes.

—Yo no me río de forma tonta cuando tonteo —me defendí intentando esquivar todo el interrogatorio, pero no sirvió de nada.

—Habla —me instó en tono autoritario.

—Casi haces pleno. Hemos ido a Debod, hemos comido un par de sándwiches sentados en el césped, hemos hablado mucho y me ha traído a casa.

—¿No ha habido beso de despedida? —preguntó frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos.

—No. —Dejé que su expresión se relajara antes de añadir—: Ha habido beso de saludo.

Dejé el bolso encima de la mesa mientras esperaba su reacción. Eric parecía querer permanecer al margen de la conversación y motivos no le faltaban: ahora llegaba la parte en la que Mía me regañaba por haberme



dejado besar y bla, bla, bla.

—Sabía que acabaría encandilándote, pero no pensé que fuera a ser al principio de la tarde.

—Bueno, realmente lo he besado yo —aclaré con total normalidad.

—¿Qué dices? —Su expresión acababa de pasar del disgusto a la estupefacción—. ¿Cómo que lo has besado tú?

—Pues eso.—Me encogí de hombros—. Marcos estaba mirando desde el portal y quería probar a ponerle un poco celoso y ver si reaccionaba. Y desde luego reaccionó.—Sonreí imaginándome la cara que debía de haber puesto al ver cómo David y yo nos besábamos—. Yo no le vi, pero David dice que se le quedó la cara blanca.

Mía estuvo unos segundos en silencio, mirándome fijamente, como si esperase que añadiera algo más.

—No ha pasado nada más, ¿vale? —añadí para tranquilizarla—. Hemos dejado claro que solo vamos a ser amigos.

—Claro —contestó con sarcasmo—, ¿y tú crees que no se ha tirado a todas sus amigas? Qué ingenua eres a veces.

—Sé de sobra que se ha tirado a todas las mujeres que se le han cruzado en su vida. Pero me da igual, no voy a tener nada con él, solo vamos a ser amigos y me voy a asegurar de ello. Confía en mí un poquito.

Me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla y dar por zanjada la conversación. Después me acerqué a Eric y le di la mano suavemente. Me despedí de los dos con la excusa de que estaba cansada y me apetecía dormir y cerré la puerta de mi habitación detrás de mí.

Me cambié de ropa, me puse el pijama y me desmaquillé frente al espejo del tocador. Dejé el móvil en silencio, cargando sobre la mesita de noche, y me metí en la cama.

## Capítulo 3

Aquel domingo me despertó el sonido de un gallo cantando a las nueve de la mañana que salía de mi móvil. Me había puesto el despertador para no quedarme dormida y asegurarme de que aprovechaba el día para terminar todos los proyectos de clase y del trabajo que tenía a medias.

Me di una ducha, me puse ropa cómoda y me tomé un café mientras hacía una lista de todas las cosas que tenía que hacer durante aquel día. Eran cerca de las diez y media cuando empecé con la primera tarea de la lista y la que consideraba más prioritaria: el proyecto de *Psicología en la educación* que tenía que entregar el jueves de esa semana a más tardar. Aquel bloque trataba el acoso escolar y cómo combatirlo. Sabía que era el que más tiempo me llevaría y por eso mismo quise hacerlo el primero de todos.

No terminé hasta que fue cerca de la hora de comer y Mía entró en mi habitación para avisarme de que iba a preparar algo para las dos. Cuando vio todos los papeles, tijeras, pegamento y cartulinas de colores que tenía encima de la cama, me miró aguantándose una risa y cerró la puerta sin decir nada.

—¡No te rías, guarra!

Aquella frase fue el detonante para que estallara en risas que se alejaban a medida que ella recorría el pasillo en dirección al salón.

Resoplé, desesperada; ese tipo de proyectos, que eran más que nada manualidades, acababan con mi paciencia. Me gustaban mucho los niños, de verdad, pero no entendía que, estudiando una carrera donde tenía que enseñar a los niños lengua, matemáticas, inglés, conocimiento del medio, entre otras cosas teóricas, tuviera que hacer manualidades. Pero no me quedaba más remedio que aguantarme y hacerlo si quería aprobar esas asignaturas.

Cuando vi que en mi reloj de pared ponía que eran más de las dos, decidí que era hora de darme un descanso y comer algo. Mía estaba en la cocina terminando de preparar unos espaguetis con salsa carbonara. Me acerqué a ella por detrás y la abracé por la cintura, apoyando mi cabeza en su espalda. En seguida se tensó.

—¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Eres la mejor del mundo —dije con voz melosa.

—No voy a ayudarte con tus proyectos, haberlos hecho antes.

—No lo decía por eso, pero, ahora que lo mencionas, no me vendría mal una manita...

—Voy a irme a casa de Eric para ayudarle con las oposiciones, no puedo ayudarte.

Me aparté de ella haciendo un pequeño puchero, aunque sabía que no serviría de nada. Me senté en la mesa de metal que teníamos en la cocina y en la que como mucho podían sentarse un par de personas y me puse a comer de mi plato cuando me lo sirvió. Cuando terminamos, recogimos toda la cocina y Mía se metió en su habitación para prepararse e irse.

Yo me quedé sentada en mi cama valorando si realmente mi tiempo valía lo suficiente como para emplearlo en pensar en los juegos que tendría que hacer durante toda la semana con los niños en el trabajo. Al final decidí que, al menos, por hacer eso me pagaban a final de mes.

Tenía un pequeño trabajo a tiempo parcial en una academia infantil en el centro de Madrid donde iba de lunes a jueves unas cinco horas cada día. Me dedicaba a enseñarle inglés a niños de como mucho ocho años mientras jugábamos y veíamos vídeos y películas. Me encantaba ese trabajo, pero la verdad era que resultaba agotador. Los niños se portaban muy bien en general, aunque siempre había alguno que destacaba y daba más guerra que el resto. Pero estaba muy a gusto allí y esperaba poder seguir incluso después de terminar la carrera.

Mía asomó la cabeza por mi habitación para anunciarme su marcha e informarme de que seguramente cenaría en casa de Eric. Así que tendría que pensar qué podía cenar yo sola. Seguí con la programación de los niños cuando escuché la puerta de casa cerrarse detrás de ella.

Al cabo de media hora, escuché el sonido de mi móvil. Estiré el brazo y lo cogí de la mesita de noche. Al principio había pensado que podía ser Marcos, que había podido escuchar la puerta cerrarse y llamaba para hablar o para hacer otro tipo de cosas... Cuando vi que era David, sonreí de forma inconsciente.

—Estás empezando a agobiarme un poco, ¿sabes? —bromeé a la vez que me colocaba el teléfono entre la oreja y el hombro y seguía mirando los papeles del trabajo.

—Qué va. Te encanta que te llame.—Sonrió. A duras penas conseguí

reprimir la carcajada que subió por mi garganta—. ¿Qué haces? ¿Quieres salir?

—No puedo. Tengo muchas cosas que hacer —contesté mirando con desgana la lista de tareas que todavía me quedaban por hacer.

—¿Algo en lo que pueda ayudarte?

—Solo si tienes imaginación y se te dan bien las tijeras y el pegamento.

—Puedo intentarlo —acabó contestando con un tono tan serio que no pude evitar reírme. Me di cuenta de que me reía demasiado cuando él decía cualquier tontería, no podía ponérselo tan fácil—. ¿Me paso, entonces?

—Lo que quieras.

—Uf... Eso se puede tomar de muchas maneras.

—No empieces —dije disimulando una sonrisa—. Los amigos no se dicen esas cosas. Al menos, no cuando están empezando a ser amigos.

—Vaaaaaaaale. Madre mía, qué profesora más estricta; ni una me pasas.

Esta vez sí que no pude aguantarme la risa. Con lo de profesora estricta, me había imaginado cuando acabara la carrera y estuviera trabajando con niños de primaria y siendo exigente con ellos. Realmente no era exigente, pero con David tenía que tener mucho cuidado, no podía dejárselas tan a huevo.

—Ven si quieres. No me vendría mal un poco de ayuda, la verdad.

—En un rato estoy allí. Hasta ahora.

—Adiós —me despedí de él y colgamos.

Volví a dejar el móvil en su sitio y me di cuenta de las pintas que llevaba en aquel momento. No podía dejar que David —o cualquier persona que no fuera Mía— me viera vestida de esa forma; perdía completamente el atractivo.

Me levanté rápidamente de la cama y saqué un par de vaqueros rotos del armario junto con una camiseta básica de tirantes blanca. Me quité ese moño de maruja que llevaba y me desenredé el pelo con los dedos. Me di un poco de rímel en los ojos y me ahuequé la melena.

No tardó mucho más en sonar el telefonillo de la calle. Me acerqué al interfono y, cuando me aseguré de que era David, pulsé el botón de apertura. Abrí la puerta de la calle y le recibí con una sonrisa amigable. Él se acercó a mí y, como ya era prácticamente costumbre, me dio un beso en la mejilla mientras apoyaba una mano en la parte baja de mi espalda. Entramos hasta mi habitación y él se quedó mirando la decoración durante unos minutos.

No tenía demasiadas cosas para no saturar la estancia. Tenía las paredes pintadas de color crema, con los muebles —tocador, armario, estantería y escritorio— de madera blanca. Encima del escritorio había un par de carpetas

con apuntes de la universidad y varios libros que utilizaba como documentación extra. En la estantería había cerca de treinta libros de ficción de todos los tamaños y colores, alternados con algún objeto decorativo. El tocador estaba hecho un desastre con todos los productos de maquillaje que había en el neceser y fuera de él; y de los cuales no utilizaba ni la mitad de la mitad. Encima del cabecero de la cama un cuadro alargado de la ciudad de París de noche daba un toque un poco más personal a la habitación.

Y, cómo no, también estaba todo el revoltijo de papeles y material de manualidades, que había utilizado durante todo el día, tirados encima de la cama.

—Ponte cómodo —dije subiéndome de nuevo a la cama y cruzando las piernas.

Ví cómo se quitaba la cazadora de cuero negra y la colgaba en los percheros que había detrás de la puerta. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros azul marino y una camiseta de manga corta cuya parte delantera llevaba por dentro del pantalón para que se le marcaran los abdominales. No se lo tenía creído ni nada, mi amigo.

Giró la silla de mi escritorio y se sentó con el respaldo hacia delante y los brazos apoyados sobre él.

—Bueno, ¿con qué necesitas ayuda?

—Tengo que pensar en algunos juegos para entretener a los niños durante las cinco horas que van a estar en la academia y me cuesta pensar en lo que quiero que hagamos todos los días sin repetir algún juego.

—¿Trabajas en una academia?

—Sí, cuido de los niños mientras juego con ellos y les enseño inglés con vídeos y canciones. Cinco horas al día, de lunes a jueves.

—¿Y no acabas destrozada?

—Cansa bastante, aunque son grupos pequeños de seis o siete niños cada dos horas, no son muchos. Pero me gusta, espero seguir ahí cuando acabe la carrera. Siempre me han gustado los niños, por eso escogí la carrera de magisterio.

—Es de esas profesiones que te tienen que gustar para poder hacerla.

—¿Y tú qué? —pregunté mientras cogía la carpeta donde estaba apoyada apuntando las actividades de cada día.

—¿Yo? Yo estudié un módulo de informática porque realmente no sabía qué hacer con mi vida. —Sonrió—. Es lo que te digo: tu profesión tiene que hacerla alguien a quien le apasione, la mía la puede hacer cualquiera que se

ponga, le guste o no.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Buscar trabajo?

—Mi tío, el padre de Oliver, me va a enchufar en su empresa para ayudar con el mantenimiento de los equipos. Así que no voy a tener problemas.

—Tienes suerte, no siempre te pueden enchufar.

—Sí, supongo que he tenido suerte.

—Y hablando de Oliver.—Levanté la cabeza con una sonrisa torcida—. ¿Sabe lo que hicimos ayer?

—¿Que salimos por ahí? Sí, claro, es un controlador, tengo que contarle con quién voy y adónde. Parece mi madre.

—No, idiota. —No pude evitar reírme al imaginarme a Oliver reprendiéndole por haber hecho algo sin decírselo—. Me refiero a lo del beso.

—Ah, sí, también se lo conté. Lo que te habrías reído al ver su cara cuando le dije que me besaste tú y no yo a ti.

Me reí a carcajadas solo de imaginarme una expresión en la cara de Oliver tan exagerada que hasta parecería falsa. Con lo expresivo que era él, tuvo que quedarse a cuadros al escuchar aquella anécdota.

—Dijo —continuó David—, y cito textualmente: «Esta chica ha tenido que volverse loca, no es normal que haya caído tan rápido, normalmente tarda como un mes o dos».

—Qué cabrón...

—¿Eso quiere decir que, si espero un par de meses, caerás? —preguntó el rubio con una sonrisa burlona.

—Estás cruzando la línea de los amigos. —Exageré señalando el dibujo de una línea imaginaria entre él y yo para que se controlara.

Aprovechando el momento de distracción a causa de la risa floja que me había entrado, David aprovechó y se levantó de la silla para sentarse en el borde de la cama, más cerca de mí. Cogió la carpeta de mi mano y miró lo que tenía escrito en la programación.

—¿Les vas a poner vídeos de *Dora, la exploradora*? —se mofó de mí sin apartar la vista del papel.

—Es una de las actividades comodín, ¿vale? —Le quité la hoja de mala manera—. Por si me sobra tiempo y no tengo nada más que hacer con ellos. Les pongo un vídeo y están un rato entretenidos hasta que llega la hora de que vayan a recogerlos.

—¿Tienes más cosas que hacer aparte de esto?

—Aún tengo que terminar unos deberes de matemáticas.

—¿Y eso te va a llevar mucho tiempo? ¿Lo puedes dejar para más tarde?

—No es mucho, puedo hacerlo mañana en el tren o antes de entrar en clase. ¿Por?

—Porque me aburro y quiero hacer algo —dijo en un tono casi suplicante mientras se ponía de pie y colocaba las manos detrás de su cabeza, haciendo que se le marcasen todos los músculos de los brazos.

—Pues menos mal que venías a ayudarme...

—Soy bueno distrayendo, tienes que admitirlo —me picó con una sonrisa torcida de superioridad.

—Me estás empezando a caer mal, ¿sabes?

—Qué va. Más bien diría que estoy empezando a gustarte. Y eso es un problema, porque solo somos amigos.—Dramatizó con un falso gesto compungido.

Cogí un cojín de los quinientos que tenía apoyados contra el cabecero y se lo lancé, con tan mala puntería —como era propio de mí— que acabó en el pasillo. David no dio muestras de querer ir a buscarlo; seguía apoyado contra mi escritorio con los brazos cruzados sobre el pecho y me miraba con sorna.

Gruñí cuando me di cuenta de que tendría que ir yo misma a buscar el cojín y me levanté de la cama con mala leche. Salí del cuarto y cogí el almohadón del suelo en el mismo momento en que sentí que David cerraba la puerta de mi cuarto. Me giré y le vi de pie agarrando el pomo para que no intentara volver a entrar, supuse.

—Zona restringida, señorita, no puede pasar.

—¿Eres tonto?

—No, soy la diversión. Voy a distraerte y hacer que dejes de trabajar tanto.

—No he hecho nada en todo el fin de semana, tengo que hacer todo lo que tenía atrasado —dije intentando apartarlo de la puerta, pero, como era de esperar, él era más fuerte que yo y me apartó con la misma facilidad que una brisa de aire se llevaba una pluma—. ¿Quieres quitarte?

—Mmm... No. ¿Vemos una peli?

—No vas a dejarme hacer nada de trabajo, ¿verdad? —Él negó con la cabeza en un gesto inocente—. En qué hora dije que podías venir...

—Venga, circula.

Colocó su manaza en mi espalda y me empujó suavemente hacia el salón. Con gesto enfurruñado, me senté en el sofá y encogí las piernas. Él se sentó a

mi lado y preguntó:

—¿Qué quieres ver?

—Podríamos ver un capítulo de *Juego de Tronos*, que la tengo a medias.

Cogí el mando de la tele y puse HBO. David aceptó ya que él la llevaba al día y no le haría ningún *spoiler*. Estuvimos una hora mirando la televisión y sin hablar. Lo curioso fue que no se trataba de ningún silencio incómodo, me encontraba muy a gusto en ese momento y no me habría importado ver otro capítulo si la situación seguía siendo tan desinhibida.

Me di cuenta de que ya había anochecido. A decir verdad, en aquella época del año anochecía bastante pronto, así que, tras echar una mirada al reloj de pared, me di cuenta de que eran más de las ocho de la noche. Fue entonces cuando decidí que debíamos cenar algo. De modo que me levanté del sofá y David me acompañó a la cocina, donde hicimos varios sándwiches mixtos a la plancha y nos sentamos de nuevo en el sofá del salón para charlar un rato.

—¿Jugamos a algo? —preguntó cuando hubimos terminado de comer. Lo miré extrañada y con cierta desconfianza. Él levantó las manos en un gesto de paz y añadió—: Tranquila, no te voy a hacer nada. Es un juego de beber, ¿tienes algo de alcohol?

—Debería haber una botella de vodka en el armario que hay junto a la mesa.

David se levantó, se acercó al armario en cuestión y sacó una botella de vodka blanco y una de ron.

—La de ron es de Mía. La de vodka es la mía, está casi llena.

Guardó la botella de ron y dejó la otra encima de la mesita de café que había delante de nosotros. Después fue a la cocina y trajo dos vasos y una botella de *Fanta* de naranja. Me hizo gracia la soltura con que hacía todo, como si estuviera en su propia casa.

—Es sencillo el juego —dijo mientras servía los dos vasos y hacía la mezcla—. De hecho, es a lo que juega Tyrion en *Juego de tronos*. Yo digo algo sobre ti y, si acierto, bebes. Si fallo, bebo yo. Y al revés, ¿vale?

Asentí con la cabeza. Me incorporé en el sofá y cogí mi vaso. Le miré un par de segundos y al final sonreí con malicia.

—Te has tirado a más de sesenta chicas.

—Eso no vale, ya sabes que es verdad. —Me reí—. Tiene que ser una suposición. Por ejemplo: eres hija única.

—¿Por qué lo sabes? —pregunté casi con indignación.



—Porque tienes esa pinta. No sé, como de no compartir nada y siempre querer las cosas en el momento.

—Te odio —murmuré acercándome el vaso a los labios y dando un trago—. Vale, me toca.

Estuvimos así durante casi una hora, entre risas, tragos y adivinaciones. Después de casi acabarnos la botella de vodka entera, me di cuenta de que la mayor parte me lo había bebido yo, porque no tenía ni idea de cómo adivinaba tantas cosas sobre mí y eso me ponía nerviosa, pero a la vez me estaba gustando conocerle un poco mejor. Aunque fuera a base de fallar la gran mayoría de las afirmaciones que hacía sobre él. Estaba ya bastante borracha y me reía prácticamente con cualquier tontería; bueno, eso ya lo hacía por regla general, pero habiendo bebido era todavía peor.

—Creo que deberíamos parar ya con esto porque al final me va a dar un coma etílico voy a decir algo que no debo —dije dejando el vaso sobre la mesa.

—La última. Me toca preguntarte. —David se acercó un poco más a mí, hasta que apenas quedó un palmo de distancia entre nuestras caras, y sonrió de esa forma que él sabía de sobra que volvía locas a las chicas—. Estás deseando que te bese.

Entre el alcohol y la cercanía que había entre nosotros, me costaba poner en orden mis pensamientos y lo que quería decir. Dejé de sonreír y paseé mis ojos por los suyos y su boca... Esa boca tan bonita que tenía y que sabía mover cuando estaba encima de otra. Cuando me quise dar cuenta de que se estaba acercando cada vez más, ya podía sentir su respiración en la cara.

Puse una mano en su pecho suavemente para frenarle los pies.

—Bebe —susurré. Su sonrisa se ensanchó y se acercó a la mesa para dejar el vaso sobre el cristal. Luego volvió a colocarse casi encima de mí.

—¿No he acertado? —Negué con la cabeza apretando los labios—. Mentirosa.

—Bebe —repetí en el mismo tono.

—Mentirosa.

Siguió acercándose a mí sin importarle que yo intentara pararle. ¿A quién intentaba engañar? No quería que se apartara, pero tampoco quería que pensara que era como las muchas otras chicas con las que había estado y que me lanzaría a sus brazos en cuanto me dijera un par de palabras bonitas o se portara un poco bien conmigo.

Mis ojos seguían fijos en sus labios entreabiertos y mi corazón cada vez

se aceleraba más. Traté de controlarme de alguna manera.

—Esto no es lo que hacen los amigos —dije casi en un susurro, intentando que no se diera cuenta del temblor de mi voz.

Dejó de acercarse, pero no abandonó la sonrisa; al contrario, se ensanchó aún más. Una de sus manos empezó a acariciar mi mejilla dulcemente y aquel simple gesto hizo que me recorriera un escalofrío que intenté disimular.

—Algunos amigos sí lo hacen —musitó antes de poner su mano en mi nuca y volver a acercarse su cara a la mía con más decisión.

Por suerte o por desgracia, escuché el ruido de una llave entrando en la ranura de la puerta de la calle y me separé de David lo más rápido que pude, antes de que Mía entrara en casa y nos mirase de forma extraña. Se sorprendió de verle allí.

—Hola —saludó en un intento de aparentar normalidad—. No sabía que ibas a venir, David.

—Ha sido improvisado —respondió el aludido con total naturalidad.

—¿Habéis cenado algo?

—Sándwiches—contesté—. ¿Qué tal lleva Eric las oposiciones? —pregunté, deseando cambiar de tema de conversación y dejar de hablar de lo que habíamos estado haciendo David y yo durante la tarde.

—Ya sabes cómo es: se agobia con facilidad, pero se lo sabe.

Mía pasó por el salón de camino a su habitación. Parecía haberse olvidado de nosotros y no querer seguir hablando. Lo cual agradecí. Me giré para mirar a David, quien me miraba con una ceja levantada, burlándose. No pude reprimir el golpe que le di en el brazo. Él se quejó, aunque estaba segura de que no le había hecho ningún daño.

—Los amigos no hacen eso —le repetí intentando no alterarme por lo cerca que habíamos estado de besarnos hacía unos minutos.

—Perdona, profé. Todavía soy nuevo en esto —se mofó de mí con una sonrisa burlona, lo que le costó otro golpe en el mismo brazo—. No te enfades, anda.

Estuvimos haciendo el tonto y forcejeando unos minutos más hasta que acabamos riéndonos y a punto de tirar uno de los vasos que había encima de la mesa de café. Al final, David decidió que se iría a casa. Volvió a entrar en mi habitación a por su cazadora y salió con ella ya puesta. Nos despedimos en la puerta con un movimiento de la mano y una sonrisa.

Después de eso, le llegó el turno al interrogatorio por parte de Mía.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó mientras me ayudaba a recoger el salón.

—Nada. Solo hemos visto un capítulo de *Juego de tronos* y hemos bebido un poco. No te alarmes, anda.

—Mírame. —Intentó sujetarme por los hombros para adivinar otra vez si le escondía algo, pero me aparté.

—No hagas eso. —Fui hasta la cocina y desde allí pude escuchar su voz gritando:

—¡Si te apartas, es porque hay algo que no quieres que sepa!

—¡Si me aparto, es porque odio que hagas eso de sugestionarme! — contesté. «Pero lo que ella ha dicho también», pensé.

La verdad era que, después de ver cómo había reaccionado Mía cuando le hablé del beso entre David y yo, no me apetecía otra charla porque hubiéramos estado a punto de besarnos otra vez. Y lo peor de todo era que esta segunda vez no habría sido para poner celoso a nadie, sino porque realmente queríamos.

Aunque por suerte estaba Mía para salvarme. Pero eso no se lo diría a ella.

Nos despedimos hasta el día siguiente y, después de recoger todo el lío que había dejado encima de la cama, me metí en ella para quedarme dormida a los pocos minutos.

Ese lunes realicé la misma rutina de toda la semana: me levanté, me duché, desayuné, cogí las cosas de clase y salí de casa, camino a la universidad. Por segunda vez, no llamé a Mía para que se despertara y fuera a clase, pero me aseguré de cerrar la puerta con un poco más de fuerza de lo normal con la esperanza de que se despertara con el ruido y decidiera levantarse.

Aquella mañana fue bastante tranquila en la universidad. El único mensaje que recibí en toda la mañana fue de Oliver para llamarme perra por las dos tardes que había pasado con su primo y no contarle nada de primera mano. Sonreí pensando que lo llamaría nada más salir de clase. Y así lo hice cuando estaba en el tren de vuelta a casa.

—Me parece muy fuerte que te hayas liado con mi primo y no me hayas contado nada. Menuda amiga que eres. No te mereces que te deje vía libre con Marcos, seguro que es *gay* y por eso pasa tanto de ti.

Puse los ojos en blanco y reprimí una carcajada al acordarme de todas

las veces que Marcos había «pasado» de mí bajando a casa de madrugada solo para que nos lo pasáramos bien un rato.

—¿Y bien? —insistió Oliver al otro lado de la línea—. ¿Algo que reseñar sobre él?

—¿Sobre David? —Asintió—. Si ya te lo ha contado él todo, ¿qué más quieres saber?

—Él solo me lo ha contado por encima y con pinzas. Quiero detalles y tú eres más morbosa con esas cosas. Venga, cuenta.

—El sábado no hicimos nada especial; solo fuimos a Debod y tomamos algo...

—¿Y el beso, qué?! ¿Eh?

Tuve que apartarme un poco el teléfono de la oreja para no quedarme sorda con su voz de pito.

—El beso estuvo bien —contesté saliendo de la estación y emprendiendo el camino andando hasta casa—. Sabe besar, eso está claro.

—Hala, ya has caído.

—Que no he caído, qué pesados sois todos.

—¿Y ayer qué? ¿Pasó algo digno de mencionar?

Entonces me acordé de todo lo que había bebido (yo, claro, porque David apenas posó los labios en el borde del vaso) y de lo cerca que habíamos estado de compartir nuestro segundo beso.

—No pasó nada —mentí—. Vimos una serie y cenamos. Luego bebimos un poco y nos reímos mucho. Fin.

—Me cuesta creerlo siendo mi primo... Pero, bueno, supongo que tendré que creerte. —Casi respiré aliviada—. ¿Nos vemos el sábado en El Club?

—Claro, ¿vas a invitar a tu primo?

—¿Por qué no lo invitas tú, ya que os lleváis tan bien?

—Qué idiota eres a veces. Está bien, yo se lo diré.

Después de unos diez minutos más de conversación, donde me hablaba de un chico que había conocido y que era muy majo, nos despedimos y colgamos. Llegué a casa y Mía todavía no había llegado; al parecer mi técnica de despertarla con un portazo había surtido efecto. Decidí hacerme algo de comer y que ella hiciera lo mismo cuando volviera a casa. Después de comer, cogí las cosas del trabajo y salí del edificio.

Tras cinco horas encerrada en una sala de juegos con niños gritando y más revoltosos que de costumbre, pude salir a la calle de nuevo y volver a casa para relajarme, ponerme el pijama y tumbarme para no hacer nada.

Cuando por fin entré por la puerta, Mía estaba sentada en la mesa del salón haciendo cosas de su trabajo, imaginé.

Mía trabajaba como correctora en una editorial. Se dedicaba a leer los libros antes que nadie y dar una valoración crítica y objetiva sobre si era bueno y si debían publicarlo. Evidentemente, no era la única persona en esa editorial que hacía eso, necesitaban más opiniones y valorar los pros y contras de cada crítica. La verdad era que ese tipo de trabajo a ella le encantaba y le ayudaba a seguir con su carrera profesional. Mía estaba estudiando filología hispánica y le encantaba leer, aunque no siempre le gustaba todo lo que leía.

De vez en cuando la convencía para que me dejara leer alguno de los manuscritos que le enviaban y que por la sinopsis sospechaba que podría gustarme.

—¿Qué lees? ¿Algo bueno y bonito que pueda interesarme?

—Es un texto ensayístico, no te va a gustar.

Me encogí de hombros y fui a la cocina en busca de un yogurt que me hiciera de cena. Estuve un rato más en el salón con ella, leyendo un libro y sin encender la televisión para no molestarla y que pudiera trabajar tranquila.

Cuando fueron cerca de las once de la noche, decidí que era buen momento para ponerme el pijama y meterme en la cama. Me despedí de Mía y le dije que no tardara mucho en acostarse antes de cerrar la puerta de mi habitación detrás de mí. Me cambié de ropa y me tumbé dentro del edredón.

Llevaba un par de días sin hablar con Marcos y no parecía que fuera a dar señales de dar su brazo a torcer. Pues bien, yo tampoco lo haría. David tenía razón: no debía ceder a su presión si no me sentía cómoda teniendo relaciones con él todavía. No me dejaría influenciar. Si quería algo conmigo, bien. Y si no, pues hasta luego.

Y hablando de David, tampoco había sabido nada de él en todo el día. Me acordé de que había comentado algo de empezar a trabajar en la empresa de su tío y pensé que tal vez ese habría sido su primer día y habría acabado cansadísimo. Bueno, no sería yo la que lo llamaría al día siguiente. Con el resto de mis amigos no hablaba todos los días y no pasaba nada; él no tenía por qué ser la excepción.

Puse el móvil en silencio y me acurruqué en la almohada para quedarme dormida a los pocos segundos.

## Capítulo 4

El resto de la semana transcurrió de la misma manera; mi rutina de lunes a jueves era siempre igual. Realmente me gustaba mi día a día, pero siempre estaba deseando que llegara el viernes para poder hacer algo diferente. Oliver y David vinieron a casa otra vez y, junto con Eric, estuvieron esperando a que Mía y yo termináramos de arreglarnos para salir esa noche.

El miércoles a última hora había hablado con David por teléfono y le había comentado que algunos fines de semana íbamos a El Club porque nos dejaban entrar gratis y lo único que teníamos que pagar eran las consumiciones. A regañadientes y gracias a mi gran capacidad de convencimiento, acabó accediendo.

Ese viernes tenía ganas de salir; el fin de semana anterior no lo habíamos hecho porque todos teníamos cosas que hacer. Pero ese día no fallaba, ese día se salía como que me llamaba Emma. Estaba tan entusiasmada con esa salida que me arreglé todo lo que pude: me puse una falda de satén negra con decorado dorado y una blusa blanca de manga corta y espalda de encaje, unas medias finas negras y unos botines de tacón negros. Me coloqué un collar dorado alrededor del cuello y unas cuantas pulseras en las muñecas. Me ondulé un poco el pelo y me lo dejé caer por la espalda. Me maquillé de forma natural y salí al salón.

Allí estaban los tres chicos, sentados en el sofá, conversando entre ellos y bien vestidos. Aunque el que más llamó mi atención fue, obviamente, David. Acostumbrada a verlo con pantalones vaqueros y camisetas básicas, me sorprendió verle con un vaquero negro, zapatos arreglados y una camisa blanca por encima del pantalón. Pero, sobre todo, me encantó su pelo rubio engominado hacia atrás.

Traté de no quedarme mirándolofijamente para que no se le subiera el ego más de lo que ya lo estaba. A los pocos minutos, Mía salió de su habitación con un vestido negro de tirantes, zapatos del mismo color y el pelo ondulado. Llevaba en el brazo una chaqueta fina para el frío. Seguramente si

necesitaba algo más gordo, acabaría pidiéndole a Eric su chaqueta.

—¿Nos vamos? —preguntó cuando vio que estábamos todos listos.

Salimos del edificio y caminamos un par de calles hasta llegar a la puerta de El Club. Nico, el portero de la discoteca, nada más vernos, nos dejó pasar con una sonrisa y un saludo amistoso. Nos acoplamos en una mesa un poco lejos de la barra y la pista, pero desde donde teníamos todo a la vista. Dejamos los bolsos y chaquetas y empezamos a bailar en un pequeño círculo. Eric y David fueron a por unas copas que nos trajeron al cabo de un rato. Debía de haber bastante gente pidiendo en la barra.

Mientras bailábamos, David me cogió de la mano y me hizo dar una vuelta sobre mí misma. Después pegó mi espalda a su pecho y se acercó a mi oído para decir por encima de la música:

—Tu novio está en la pista grande.

Inconscientemente miré en esa dirección y, efectivamente, Marcos estaba ahí bailando con un grupo de amigos suyos. Miré a Mía, quien había seguido la dirección de mi mirada y se había dado cuenta de lo que estaba preguntándole sin decir una sola palabra.

—Como no vayas a por él ahora, te echo de casa —dijo apartándome de David y prácticamente empujándome hacia donde se encontraba Marcos.

Eché una última mirada a mi grupo de amigos y vi que, cada uno a su manera, todos me estaban animando a ir a por Marcos. Hasta Oliver, algo sorprendente.

Empecé a caminar con decisión hacia el centro de la pista y, cuando llegué junto a Marcos, le di un pequeño toque en el hombro para que se girase y viera que estaba ahí. Cuando lo hizo, sonrió ampliamente y se tambaleó un poco. Se notaba que había bebido un poco a esas alturas. Empezamos a bailar muy pegados y a contonearnos el uno contra el otro.

Apoyé la espalda contra su pecho y sentí sus manos en mi cintura mientras me movía como a él le gustaba: pegando su entrepierna a mi trasero para hacerme sentir las ganas de mí que tenía. De una forma u otra se me había olvidado la discusión del viernes anterior y volvía a tener muchas ganas de besarlo y que me tocara como solía hacerlo.

Me di la vuelta todavía entre sus brazos y le sonreí apartándome un mechón de pelo de la cara mientras inclinaba ligeramente la cabeza; sabía que le encantaba ese gesto. Se acercó a mi cuello y empezó a besarlo suavemente hasta que llegó a mi oído y decir:

—Ven.

Me cogió de la mano y me sacó de la pista, arrastrándome entre toda la gente que había allí dentro. Antes de perder de vista a mis amigos, apenas pude darme cuenta de la mirada inquisitiva que nos estaba dirigiendo David. Segundos después, Marcos y yo estábamos saliendo de la discoteca y estábamos entrando en el callejón al que daba la salida de emergencia de El Club; esa salida que no utilizaba nadie.

Marcos me empujó contra la pared detrás de un cubo de basura para que no nos viera nadie y empezó a besarme de forma feroz y vehemente. Al principio me sorprendió lo directo que había empezado, pero enseguida enrosqué los brazos en su cuello y lo apreté contra mí. Sus manos estaban en mi cintura, presionando mi vientre contra su entrepierna, la cual parecía tener vida propia.

Sentí sus manos descender hasta el final de mi falda, meterse dentro e intentar subirla tela hasta la cintura.

—Marcos, aquí no.

—No sabes las ganas que tengo de hacértelo desde hace tiempo.—Ignoró mi súplica utilizando un tono que me hizo estremecer. Y no precisamente de placer.

Quise apartarlo, pero se apretó con más fuerza y brutalidad contra mí. Sentí sus manazas aferrándose a mis cachetes y sus labios besándome con tanta ferocidad que empezaba a hacerme daño. Seguí tratando de liberarme de su agarre, pero Marcos era mucho más fuerte que yo y podía retenerme tanto como quisiera.

Llegó un momento en que perdí los nervios por culpa del agobio que me producía tenerlo encima, manoseándome de esa manera y sin importarle lo que yo estuviera sintiendo o lo que deseaba. Porque en ese momento lo único que deseaba realmente era que dejara de tocarme y quemarme la piel.

—Marcos... —gimoteé—. Por favor, para.

Quería gritar. Quería llorar. Quería pedir ayuda, pero, no solo las palabras, cualquier sonido que pudiera producir mi garganta había quedado sepultado por el asco y la repulsión que sentía hacia esa persona que estaba aprisionándome entre su cuerpo y la pared.

Escuché el sonido de algo romperse y me imaginé que serían mis medias, destrozadas por su desesperación por «hacérmelo», como él había dicho. Me tenía agarrada con tanta fuerza que, incluso con el temblor de mis piernas, no podía dejarme caer al suelo.

No iba a dejarme escapar tan fácilmente.



De un momento a otro dejé de sentir la presión de su cuerpo contra mí y pude respirar. Entonces vi lo que había pasado: David había salido de la discoteca y había venido detrás de nosotros, temiéndose lo que iba a ocurrir. Me había quitado a Marcos de encima y le había encajado un puñetazo en la mandíbula con tanta potencia que lo había tirado al suelo de espaldas, donde permanecía con una expresión de desconcierto y un pequeño hilo de sangre saliendo de su labio. Estaba tan borracho que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

David seguía mirándole con los puños apretados y respirando con dificultad. Estaba de espaldas a mí y me imaginé que estaría sopesando si merecía la pena perder el tiempo con Marcos. Debí de decidir que no lo valía y se giró para mirarme con gesto preocupado.

Yo seguía de pie, pegada a la pared. Todavía me temblaban las piernas y seguía sintiendo las manos de Marcos recorriéndome entera de esa forma tan asquerosa y sucia. Me costaba respirar y el corazón me iba a mil por hora. Estaba tan asustada que no podía ni llorar ni decir nada. Tenía la mirada fija en Marcos, todavía tirado en el suelo, ignorándonos a David y a mí; parecía más preocupado por intentar ponerse de pie a causa de la cogorza que llevaba encima que por nosotros. ¿Qué acababa de pasar?

David se acercó muy despacio a mí y me tendió una mano.

—Em... Voy a llevarte a casa.

Entonces lo miré y vi que estaba realmente preocupado. Asentí como pude con la cabeza y, temblando como un flan, acerqué mi mano a la suya y la cogí con fuerza. Cuando apenas habíamos dado un par de pasos hacia la boca del callejón, David se giró y volvió a mirar a Marcos.

—Como vuelvas a acercarte a ella, te demostraré lo que le cortamos a los violadores como tú en mi pueblo. Y no es solo la polla.

Se quitó la americana que llevaba puesta y me la pasó por los hombros. Caminando muy despacio, de forma mecánica y sin pensarlo demasiado, llegamos a casa. Me costaba caminar a causa del tembleque que sentía en las piernas y el escozor que me estaban provocando las medias rotas en la cara interna de los muslos.

—Tal vez deberías darte una ducha —dijo David tras varios minutos en silencio cuando hubimos entrado en casa.

Asentí con la cabeza, todavía temblando, y caminé hasta el cuarto de baño después de quitarme los zapatos. Cerré la puerta del baño y me quité la ropa. Apenas había pasado un rato desde que había ocurrido, pero me sorprendió el

hecho de encontrarme con algunos moratones en la espalda y en los brazos.

Me metí en la ducha y abrí el grifo del agua caliente. Dejé que el chorro de agua cayera sobre mi cabeza y resbalase por todo mi cuerpo. Fue entonces cuando empecé a llorar. No era un llanto suave o tímido. No quise reprimirlo y empecé a llorar y chillar con tanta fuerza que escuché golpes en la puerta y la voz de David al otro lado gritando:

—¡Em! ¿Estás bien? ¿Tengo que entrar?

—No —respondí con un hilo de voz—. Ahora salgo.

Realmente tardé varios minutos más en volver a cerrar el grifo y colocarme el albornoz alrededor del cuerpo. Incluso después de la ducha, seguía sintiéndome sucia y mugrienta. Era culpa mía. Si le hubiera dejado hacerlo cuando me lo pidió por las buenas, no habríamos llegado a aquel extremo. Yo era la única culpable.

Me sequé un poco el pelo con una toalla y me lo dejé al aire. Lo más probable era que pillase un resfriado, pero me daba igual. Entré en mi habitación y vi a David sentado en el borde de mi cama, pasándose una mano por el pelo. Junto a la puerta estaba el par de zapatos que me había quitado en la entrada, supuse que él los habría dejado ahí.

Levantó la cabeza y volvió a mirarme con esos ojos que denotaban que no sabía cómo tratarme en aquel momento. Probablemente me veía como a una muñeca de cristal que se rompería si se atrevía a rozarla. Se levantó de la cama y vi que había descolgado mi pijama de detrás de la puerta y lo había dejado sobre el edredón.

—Te dejaré sola para que te cambies.

Volví a asentir con la cabeza. Él salió de la habitación pasando por mi lado y cerró la puerta con suavidad. Me cambié despacio por el dolor que sentía en los brazos del agarre que habían ejercido las manos de Marcos sobre ellos. Me recogí el pelo todavía húmedo en una coleta y abrí la puerta de la habitación para encontrarme a David apoyado en la pared del otro lado del pasillo.

—Le he enviado un mensaje a Mía para que venga cuanto antes. Cuando lo lea, prácticamente se teletransportará—bromeó con una sonrisa incómoda—. Ya sabes lo protectora que es contigo.

No dije nada. No tenía ganas de hablar, mucho menos de reírme. Volví a darme la vuelta y entré en mi habitación. David me siguió y me observó mientras me metía en la cama muy lentamente.

—¿Te quedas conmigo? —pregunté en un susurro.

Él tardó unos segundos en contestar, pero acabó asintiendo con la cabeza y, después de dejar su camisa sobre la silla y sus zapatos a un lado de la cama, quedándose con una camiseta básica de interior, se estiró cuán largo era a mi lado sobre el colchón. Quise acercarme a él para que me abrazara, pero no encontraba el valor. Por suerte, él pareció darse cuenta de lo que pretendía y se arrimó a mí, pasando un brazo por mi espalda y provocándome una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —Volvió a mirarme preocupado.

—Tengo algunos moratones en la espalda.

—¿Quieres que tenga unas palabras con él?

Negué con la cabeza mientras terminaba de acoplarme sobre su pecho. La expresión «tener unas palabras con alguien» nunca implicaba hablar y no quería que David tuviera problemas o acabara con algún golpe por mi culpa.

—Gracias —musité con voz temblorosa después de unos minutos en silencio—. Si no llegas a estar ahí...

—No lo pienses —me interrumpió con suavidad.

Había entrelazado sus dedos con los míos sobre su vientre y jugueteaba con ellos, haciéndome cosquillas. De nuevo y sin pretenderlo, empecé a llorar. Esta vez sí era un llanto silencioso; sentí los lagrimones resbalando por mis mejillas y aterrizando en la camiseta de David. Él debió de oír alguno de mis sollozos y me abrazó con más fuerza, pero con miedo de hacerme daño. Sentí sus labios en mi cabeza, dándome un beso casto. Cerré los ojos y traté de dormir.

Me desperté cuando sentí que David se apartaba de mí y se levantaba de la cama de forma silenciosa; no se había dado cuenta de que estaba despierta. Salió de la habitación y empezó a hablar con alguien.

—Está dormida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una preocupada Mía.

—Vuestro vecino. Ese... cabrón ha intentado propasarse con ella.

—¿Qué? —Mía parecía no creérselo—. Pero... ¿cómo...?

—Estaban en un callejón al lado de la discoteca. Me ha dicho que tiene moratones en la espalda. La tenía agarrada como si fuera un salvavidas, no me extraña que le haya dejado marcas.

David sonaba muy enfadado. Parecía tener ganas de ir a buscar a Marcos y darle una paliza. Esperaba que no hiciera ninguna tontería por mí; no quería

que se metiera en algún lío por defenderme.

— Dios...— Tuve la sensación de que Mía estaba intentando no llorar—. Es culpa mía. Yo le dije que fuera a por él.

— No podías saber lo que iba a pasar. — No sabía que Eric estaba también ahí. Intentaba tranquilizarla, pero Mía no paraba de sollozar.

— No sé si ella quería que supieras esto — siguió hablando David—. Tal vez no te lo dije para no preocuparte, pero... lleva un tiempo liándose con ese tío. Ella no quería pasar de los besos y el toqueteo, pero él estaba intentando presionarla para que se acostasen. Debe de haberse cansado de intentarlo por las buenas y ha preferido probar otro método.

— ¿Por qué no me lo ha contado? — decía Mía—. Soy su mejor amiga, podría haberla ayudado.

— Creo que ella no quería preocuparte — insistía David con voz paciente.

En aquel momento me sentí peor de lo que ya lo hacía. Mía tenía razón: debería haber hablado con ella cuando Marcos empezó a insistir, incluso si insistía de forma sutil. No debería habérmelo callado.

— Gracias — dijo mi amiga cuando estuvo un poco más calmada—. ¿Cómo te diste cuenta de lo que iba a pasar?

— Después de que Emma me contara lo que él le pedía y de ver cómo se la llevaba de la discoteca, me puse en lo peor.

— Si no llegas a darte cuenta...

— Ni lo digas. No hace falta que me lo agradezcas. Solo quería preguntarte una cosa. ¿Te importa que me quede a dormir en el sofá? Quiero asegurarme de que mañana está bien. O... al menos, mejor.

— Claro. No hay problema, ahora te doy unas mantas.

Me levanté despacio de la cama y abrí la puerta de mi habitación para encontrarme con sus miradas sorprendidas y preocupadas. Sin embargo, nadie dijo nada.

— No hace falta que duermas en el sofá. No quiero estar sola.

Los tres me miraron sin saber qué decir. David miró a Mía, buscando su aprobación. Ella acabó asintiendo y acercándose a mí para darme un abrazo. No fue muy efusivo por mis moratones, pero me di cuenta de todo lo que había en ese abrazo. Quise decirle que no se culpase porque ella no había tenido nada que ver, pero no me salieron las palabras. Cuando se separó, intentó sonreír y me acarició la mejilla antes de besarla.

David y yo entramos en mi habitación después de que Eric le dejara un

pijama y pude volver a dormirme con los brazos de David a mi alrededor.

Me desperté a causa de la luz que entraba por la ventana; se me había olvidado bajar la persiana la noche anterior. Giré sobre mi espalda y me encontré con un dolor punzante en la zona de los riñones. Entonces me acordé de lo que había pasado. Con un poco de miedo, me pasé la palma de la mano por el sitio que más me dolía y me obligué a no seguir llorando por culpa de un cabrón que había intentado violarme.

David seguía durmiendo plácidamente y decidí que sería mejor no despertarlo y que descansara. Algo curioso, porque la que debería descansar más era yo, dados los últimos acontecimientos. Salí de la cama y de la habitación de la forma más sigilosa que pude. En el salón me encontré con Mía en pijama, sentada en el sofá, mirando fijamente la televisión apagada y con una taza de café en la mano. Tenía las piernas encogidas y se mordía una uña de forma pensativa. Mi presencia la sacó de su ensoñación.

—Hola —dijo después de estar unos minutos calladas.

—Hola.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

Me acerqué al sofá y me senté a su lado. Ella me abrazó por los hombros con un brazo después de dejar la taza encima de la mesita de café y me dejó acurrucarme y apoyar la cabeza en su clavícula.

—Tengo la espalda un poco dolorida y los muslos irritados.

—¿Llegó a...? —empezó con tono preocupado.

—No. Me rompió las medias por la parte de las ingles y se me irritó la piel cuando veníamos caminando hasta aquí.

Trataba de mantener un tono calmado, pero Mía me conocía lo bastante bien como para saber que realmente estaba muy asustada y asqueada. Incluso después de haberme dado esa ducha la noche anterior, seguía sintiéndome sucia y mancillada. Odiaba sentirme así.

—No quiero que te sientas mal —acabé diciendo tras un par de minutos de silencio.

Todavía recordaba sus palabras de la noche anterior, cuando estaba hablando con David y Eric y creían que yo estaba dormida. Mía se culpaba de que Marcos hubiera intentado abusar de mí por haberme incitado a bailar con él; sin embargo, Mía no tenía la culpa de eso. Nadie había obligado a Marcos a tratarme de esa manera tan ruin y repugnante. La verdad era que nunca había

pensado que Marcos fuera capaz de forzarme de esa forma o de convencerme para acabar en la cama. Pensé que tal vez no le conocía tan bien como había pensado.

—Nadie tiene la culpa de esto —continué.

—Sí, sí que hay un culpable.

—No quiero hablar de él—le corté antes de que siguiera hablando con aquel tono tan rencoroso. No la culpaba por sentir eso, simplemente no quería hablar de ello.

Me separé de ella y me incorporé en el sofá. Me levanté la camiseta lo suficiente para dejar a la vista mi espalda entera. Quería que Mía me dijera si se veía muy mal o si era solo la sensación de dolor que sentía.

—¿Es muy grande? Anoche, cuando lo miré, no tenía mucho pero apenas acababa de pasar. —Sentí su mano en la parte de los riñones y me tensé del dolor—. Mía.

—Es grande. Se te está poniendo negro; parece un cinturón, lo tienes por toda la zona de los riñones. Ese es el más gordo. En el resto de la espalda son más pequeños, pero igualmente tienen que pasar unos días para que se te quiten.

—¿Me das pomada, por favor?

—Voy a por ella.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Enseguida volvió con un bote de pomada y David a su lado. Le miré sin decir nada y él hizo otro tanto. Me sonrió de forma tranquilizadora y se sentó frente a mí.

—¿Te duele? —Asentí ligeramente con la cabeza—. Déjame verlo.

Me giré lo suficiente para que pudiera ver las marcas de mi espalda. En ese momento llamaron a la puerta. Mía le dio el bote de pomada a David y le pidió que me lo aplicara él. Sentí la crema fría contra mi piel, pero eso no fue nada cuando sentí las manos de David extendiéndola, masajeándome la piel, y el dolor que me provocaba. No pude reprimir más de una mueca de dolor.

—No tiene perdón lo que ha intentado hacerte. —Su voz era dura y de un tono peligroso—. Se merece una lección.

—No hagas nada, por favor. No quiero causarte problemas.

—Emma... —empezó a regañarme.

—¿Qué quieres? —Escuchamos la voz enfadada de Mía desde la puerta.

Los dos giramos la cabeza para encontrarnos la figura de Marcos asomándose desde el pasillo y Mía intentando impedir que entrara en casa.

—Solo... Solo quiero saber cómo está. —El tono de voz que Marcos

utilizaba era suplicante, desesperado—. Por favor, Mía. Lo tengo como si fuera un sueño y no sé si le hice algo a Emma de verdad o...

—Quédate aquí —me ordenó David de nuevo con ese tono peligroso mientras se levantaba del sofá y caminaba con decisión hacia la puerta. Apartó a Mía con suavidad y se plantó delante de Marcos apretando la mandíbula—. ¿Lo de que iba a matarte si volvías a acercarte a ella también crees haberlo soñado?

—Solo quiero saber cómo está —repitió Marcos en un intento de parecer tan amenazador como David, pero evidentemente le salió mal. David no parecía amedrentarse con nada.

—Debería cortarte las manos para que no le hagas a otras chicas lo que le has hecho a ella —seguía diciendo David respirando con mayor dificultad por la ira que empezaba a sentir.

Mía seguía a su lado, mirando la escena sin saber qué hacer, pero también parecía tener ganas de asestarle algún golpe a nuestro vecino. Me levanté del sofá, bajándome la camiseta del pijama, y me acerqué a la puerta muy lentamente. David me miró sin decir nada y Mía intentó que volviera al salón, pero me aparté de ella. Marcos, nada más verme, soltó un suspiro de alivio —supuse que al menos se sentía aliviado al verme viva— y me miró suplicante.

—Em, lo siento muchísimo...

No dejé que dijera nada más. Le encajé un golpe con la mano abierta en la cara que fue seguido de muchos otros combinados con puñetazos. Él se tapó con los brazos e intentó alejarse de mí.

—Emma, para. —David me cogió de la cintura, haciéndome sentir de nuevo el dolor de los riñones.

—¡Sentirlo no va a hacer que deje de sentirme como una mierda, sucia y asqueada de mi propio cuerpo!

Tirando de mí y obligándome a bajar los brazos, David volvió a meterme en casa, desde donde escuché cómo Mía le decía a Marcos que no volviera a acercarse a mí y cerraba la puerta. Después volvió hasta donde estábamos David y yo, abrazada a él con fuerza y llorando con furia. Ninguno dijo nada. David se limitaba a abrazarme en silencio hasta que me calmara.

—Creo que tendrías que comer algo —dijo David muy cerca de mi oído cuando me hube calmado un poco— y distraerte.

Asentí con la cabeza todavía abrazada a él y me desenganché de su espalda; acababa de darme cuenta de que lo había estado agarrando con rabia.

Fuimos los tres hasta la cocina, donde tanto David como Mía me obligaron a sentarme y no hacer nada mientras ellos preparaban el desayuno.

La verdad era que no tenía hambre y mi estómago estaba completamente cerrado, pero si me negaba a comer en aquel momento se pondrían un poco pesados e insistirían. Además, solo estaban preocupados por mí y eso lo agradecía.

—¿Quieres que me quede esta tarde contigo? —me preguntó David cuando ya habíamos recogido la cocina y estábamos en mi habitación.

Se había cambiado de ropa y se había vuelto a poner el mismo conjunto que la noche anterior, la única diferencia era que ahora su pelo estaba despeinado. Aun así, seguía pensando que estaba muy guapo.

—No —contesté—, no te preocupes. Vete a casa y descansa.

—No voy a descansar si no estoy seguro de que estás bien. —Ay, a veces era tan mono, no me extrañaba que todas cayeran ante él.

—Estaré bien.

No sabía si estaba mintiendo o no, pero lo que sí sabía era que no quería seguir dependiendo de él como había hecho desde la noche anterior. Al final acabé convenciéndole de que Mía cuidaría de mí y que debía estar tranquilo. Nos despedimos en la puerta con un abrazo y volví a darle las gracias antes de verle bajar por las escaleras.

Oliver le había estado acribillando a llamadas toda la mañana y seguramente en cuanto saliera del portal le llamaría para contarle todo lo que había pasado. Y eso provocaría que Oliver me llamase inmediatamente a mí para pedirme todo tipo de detalles. Era un dramas de la vida, y eso que no le había ocurrido a él.

Durante aquel día, Mía me tuvo tumbada en el sofá viendo series que teníamos atrasadas y comiendo cosas precocinadas para no tener que esforzarnos demasiado para pensar en cocinar o el qué. Eric se había ido la noche anterior a su casa para poder estudiar todo el día, pero de vez en cuando veía a Mía escribiéndole mensajes por *WhatsApp* y alguna vez vi mi nombre por ahí; me imaginé que Eric también estaba preocupado por mí, pero no querría agobiarme preguntándome directamente.

Mientras Mía hablaba por teléfono con Eric, aproveché para llamar a Oliver, quien, para mi sorpresa, todavía no había dado señales de vida. Nada más descolgar, empezó a acribillarme a preguntas.

—¿Cómo estás? ¿Necesitas algo? ¿Quieres que lo mate? —preguntó de forma histérica. No pude hacer otra cosa que sonreír.



—Estoy bien. Solo me duele un poco la espalda.

—David me lo ha contado todo. Ese cabrón... Más le vale no volver a mirarte siquiera. Le arrancaré los ojos si se atreve. —Volví a sonreír—. Y, créeme, David se ha quedado con ganas de arrancarle algo más.

—No me pintes de violento y agresivo —replicó el aludido al otro lado de la línea—. ¿Es Emma?

—Sí, es ella, pero ahora está hablando conmigo, acaparador. —Volví a sonreír y le pedí a Oliver que lo saludara de mi parte—. Dice que hola. Bueno —volvió a centrar su atención en mí—, él me ha contado su versión, ahora me gustaría oír la tuya.

Suspiré de forma sonora y empecé a relatarle todo lo que había pasado desde el momento en que les perdí de vista en la discoteca: el callejón, David quitándome a Marcos de encima, el camino a casa y dormir.

—Espera un segundo. —Se alejó el teléfono de la oreja y escuché el sonido de una colleja—. No me habías contado que habéis dormido juntos. ¿Ya la estás corrompiendo?

—Me lo pidió ella —se defendió el aludido—. Yo dije que dormiría en el sofá. Además, era preferible que alguien durmiera con ella para que no estuviera sola.

—Claro, y eso a ti te vino de perlas, ¿verdad?

Volví a sonreír inconscientemente. La verdad era que Oliver siempre conseguía sacarme una sonrisa, incluso cuando no tenía ganas ni de respirar. Seguí hablando con ellos un rato más hasta que Oliver decidió que debía descansar y estar tranquila y colgamos prometiendo hablar de nuevo al día siguiente.

Mía y yo seguimos viendo series durante un par de horas más hasta que le pedí que volviera a aplicarme pomada en la zona de la espalda. Por lo que me dijo, apenas quedaban marcas pequeñas y la grande había empezado a ponerse amarilla. En unos días más no tendría nada más que un moratón mediano alrededor de los riñones. Mía me masajeaba la zona con suavidad, pero con firmeza.

—Creo que deberías denunciar —dijo de repente.

—Realmente no me ha hecho tanto como para poder ponerle una denuncia. Ha sido más el susto que otra cosa.

—No estoy de acuerdo —replicó con voz firme—. Que solo haya quedado en un intento de violación no quiere decir que no hubiera seguido hasta el final si le hubieses dejado. Ha intentado violarte, Emma. —Hablaba

con autoridad, pero intentando no asustarme—. Eso sigue siendo agresión, y es un motivo más que válido para ponerle una denuncia.

—No quiero hablar de eso. Lo único que quiero es olvidarme de este tema cuanto antes y no volver a saber de él a menos que nos crucemos en el portal.

—No voy a obligarte si no quieres, ya lo sabes—suspiró rebajando el tono firme que había utilizado—. Solo quiero que no se vaya de rositas y que tú estés bien.

—Estaré bien en unos días, cuando haya podido normalizar mi vida y hacer como si no hubiera pasado nada.

Me levanté del sofá bajándome la camiseta y dando por zanjada la conversación. Me di cuenta de que había utilizado un tono de voz más tirante del que pretendía; de modo que me volví hacia Mía y le di un beso en la mejilla antes de anunciarle que me iba a la cama.

## Capítulo 5

—Estoy bien —repetí con tono cansado por enésima vez en los diez minutos que llevábamos hablando por teléfono. David se preocupaba demasiado—. Háblame de cualquier otra cosa, por favor, distraéme. Es lo que necesito.

Aunque la noche anterior me había ido a la cama relativamente pronto, no me quedé dormida hasta bien entrada la madrugada y me había despertado de nuevo con la salida del sol. Había estado hasta las diez dando vueltas en la cama, intentando sin éxito sacarme de la cabeza a Marcos y sus repugnantes manos recorriéndome sin mi permiso. Todavía me sentía asqueada de recordarlo.

Eran casi las once y David había intentado llamarme varias veces hasta que a mí me dio por mirar el móvil —en modo silencio— que reposaba sobre mi mesita de noche.

—De acuerdo. A ver... —No habló durante unos segundos—. Ayer me comí el burrito más delicioso que he probado en mi vida—dijo con voz maravillada, algo que me arrancó una sonrisa y una pequeña carcajada.

—¿En serio? ¿Qué llevaba?

—Frijoles, carne picada, lechuga, tomate, cebolla, nata agria y salsa de queso fundido. Qué bueno estaba, en serio.

—¿Y de dónde es? —pregunté, todavía siguiéndole el juego.

—Eso es lo mejor. No es un sitio muy conocido, así que no va mucha gente y los precios son baratísimos. Está cerca de Ópera, ¿quieres que vayamos un día?

—Sí, me gustaría.

Había cumplido mi deseo y me había distraído con la cosa más simple que se le había pasado por la cabeza. No tenía ni idea de cómo lo había hecho.

—Esta semana quedamos un día y te llevo. Te va a gustar.

—Seguro que sí, me encanta la comida mejicana.

Seguimos hablando un buen rato más de cosas sin importancia, pero que conseguían apartar de mi mente el horrible incidente que había pasado hacía

dos noches y me hacían sonreír sin esforzarse.

A la hora de comer, Mía asomó la cabeza por mi habitación para decirme que había preparado un par de filetes de merluza con ensalada para las dos y comimos en pijama, como hacíamos todos los domingos. A menos que se presentara alguien sin avisar (Eric no contaba porque ya nos había visto en ese plan más veces y estaba acostumbrado), no solíamos tener visita y podíamos estar todo el día cómodas y sin hacer nada. Pasamos el resto de la tarde de la misma forma que habíamos pasado la anterior: tiradas en el sofá y en el suelo viendo la televisión, series y películas hasta que volvió a ser la hora de irnos a la cama.

Mía y yo no habíamos vuelto a hablar del tema de Marcos y agradecí que no insistiera e hiciera lo mismo que David: distraerme y no excederse en tratarme como si fuera de cristal. En algún momento de la tarde se me escapó un «te quiero» que ella me devolvió junto con un abrazo. Después de eso, todo volvió a ser como siempre y eso me gustaba.

Cuando me metí en la cama, cogí el móvil para asegurarme de que tenía la alarma preparada para el día siguiente y me encontré con dos mensajes. Uno de David y otro de Marcos. Dudé unos segundos antes de abrir el mensaje del segundo, pero finalmente me decidí a hacerlo.

«No recuerdo todo lo que pasó la otra noche ni lo que hice. De hecho, creía que lo había soñado y me asusté de lo real que parecía. Bajé a buscarte en seguida y me di cuenta de que te había hecho algo horrible. Lo siento mucho, de verdad. Me gustas muchísimo y no quería estropearlo insistiéndote, pero tenía ganas de acostarme contigo y esa no fue la mejor forma de conseguirlo. No tengo excusa. No espero que volvamos a estar como antes, pero me gustaría que tuviéramos un trato cordial. Lo siento mucho».

Cuando terminé de leer el mensaje, me temblaban las manos de rabia e ira. ¿Que lo sentía? Sentirlo no iba a cambiar nada. ¿Que no lo recordaba? Qué suerte la suya. Deseé que le viniera todo a la cabeza de repente y se sintiera tan hecho mierda como me había sentido yo mientras él me tocaba. ¿La mejor manera? La mejor manera habría sido darme espacio, tiempo y la seguridad de que no me arrepentiría más tarde. ¿Un trato cordial? ¿Esperaba que le diera azúcar cuando lo necesitaba como unos vecinos normales? ¿Que nos saludáramos en el portal con una sonrisa y total tranquilidad? Tenía que estar tomándome el pelo.

Antes de hacer ninguna tontería —como contestarle con todas las burradas que se me estaban pasando por la cabeza o subir directamente a su

casa y contarles a sus padres la clase de hijo que tenían—, le bloqueé. Cogí un cojín y, apretándomelo contra la cara, grité todo cuanto pude. No podía hacer otra cosa para desahogarme. Me había prohibido a mí misma volver a llorar.

Cuando me quedé sin aire en los pulmones, permanecí tumbada bocarriba en la cama, con el cojín todavía sobre mi cabeza y apretando la mandíbula. Empezaron a escocerme los ojos y me los froté para que no se atrevieran a dejar salir esas lágrimas tan feas. Entonces me acordé de que tenía otro mensaje de David y pensé que esa sería una buena forma de distraerme y rebajar la furia que nacía en mi estómago cada vez que pensaba en Marcos.

Volví a coger el móvil, que había dejado a un lado sobre el colchón y abrí su mensaje. Era un enlace a una calle cerca de Ópera y un restaurante de comida mejicana. Debía de ser el que me había comentado esa mañana. «¿Te recojo mañana cuando salgas del trabajo?». Como había imaginado, enseguida me sacó una sonrisa. Le contesté con una afirmación y le deseé buenas noches antes de taparme con el edredón y acurrucarme contra mi almohada.

Aquel lunes transcurrió con normalidad. El mundo no se iba a parar porque yo hubiera tenido una mala experiencia: el sol seguía saliendo, las clases seguían dándose, los trenes seguían pasando (a deshora, como de costumbre), los trabajadores seguían con su oficio. Todo el mundo continuaba con su vida, y eso era algo que yo también debía hacer.

Fui a clase y atendí en las lecciones; tal vez estuviera un poco más distraída y sería de lo normal, pero nadie pareció extrañarse. Comí en casa y salí para ir a trabajar. La parte buena era que, con tanto lío con los niños, no tenía tiempo de comerme la cabeza o de pensar algo que no me conviniera. Igualmente, algunas compañeras me miraron extrañadas al verme con el ánimo bajo.

—La regla —me excusé cuando Laura, una de las chicas más jóvenes, me preguntó.

Estaba deseando que llegaran las ocho para poder salir a la calle.

Cuando lo conseguí, David estaba en la acera de enfrente apoyado en su moto, como hacía siempre. Le sonreí ligeramente y crucé la calle para reunirme con él. Me saludó con una sonrisa y un beso en la mejilla mientras apoyaba una mano a la mitad de mi espalda. Normalmente lo hacía más abajo, pero supuse que no querría hacerlo por si me seguía doliendo mucho el

moratón.

—¿Nos vamos? —me preguntó pasándome un casco. Asentí con la cabeza mientras metía mis cosas del trabajo en la caja de la moto.

—¡Hasta mañana, Emma!

Me giré y vi a Laura un par de coches más alejada de nosotros moviendo la mano y sonriendo. Hasta que vio a David; entonces se quedó embobada mirándolo. Se acercó a nosotros con gesto amistoso y sin dejar de sonreír, esta vez de forma más tímida.

—Hola, soy Laura, compañera de trabajo de Emma —se presentó tendiéndole la mano a David, quien se la estrechó después de un segundo de desconcierto.

Me di cuenta de que no paraba de pestañear, abriendo mucho los ojos, y de echarse mechones de esa media melena rubia suya detrás de la oreja.

—Encantado, Laura. Yo soy David.

—¿Es tu novio? —preguntó mirando en mi dirección.

—Eh... No, solo somos amigos.

Su sonrisa pareció ensancharse y le brillaron los ojos. Un pinchacito me atacó momentáneamente en el pecho. Laura volvió a mirar a David con esa sonrisa coqueta que ponemos a veces las chicas cuando vemos algo que nos gusta. Me marqué otro tanto y miré al rubio para ver su reacción. Él también sonreía, pero de una forma más cordial, como si lo hiciera por educación.

—Bueno... —No habíamos vuelto a decir nada y la situación empezaba a ponerse incómoda—. Mañana te veo en el trabajo —dijo Laura en mi dirección. Después se giró de nuevo a David y añadió—: Ha sido un placer.

—Igualmente.

La vimos alejarse contoneando su culo respingón y girándose de vez en cuando de forma disimulada. Entonces me giré para mirar a David de forma inquisitiva.

—¿Estaba ligando contigo?

—Eso parece —contestó poniéndose el casco y montándose en la moto—. Pareces sorprendida. Es el efecto que causo. ¿Celosa?

—Curiosa, más bien. Todavía no había visto cómo se ponían las chicas al verte. ¿Te ha gustado? —desvié el rumbo de la conversación.

—Es mona. Me gusta su figura, ni mucho ni poco; lo justo y necesario. Pequeñita y manejable. Pero no tienes por qué estar celosa.

—Te he dicho que no lo estoy —contesté subiéndome detrás de él. Vi cómo sonreía a través del retrovisor sin llegar a contestar—. Pero, si lo

estuviera... ¿por qué no tendría que tener celos? —pregunté de forma inocente.

—Porque a mí no me gustan las rubias de ojos azules. Me parecen muy típicas. —Me devolvió una mirada intensa por el espejo y añadió—: Prefiero las morenas de ojos verdes.

No me dio tiempo a responder cuando arrancó y nos integramos en el tráfico de Madrid.

Aparcamos donde pudimos, cerca de la dirección que me había mandado el día anterior y callejamos un poco antes de llegar al sitio en cuestión. Como él había dicho, no había mucha gente dentro, así que no tuvimos problemas para sentarnos y pedir. Por fuera parecía un local pequeño y destartado, pero por dentro estaba decorado con fotos en blanco y negro de famosos del cine y la música clásicos sobre una pared pintada de color crema. Había como diez mesas para dos personas y un mostrador donde tenías que hacer tu pedido y después llevarlo a tu mesa.

David escogió un sitio pegado a la pared, situado junto a una foto de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* y al pie una frase suya que decía: «La belleza de una mujer no está en la ropa que usa, la figura que lleva, o la forma en que peina su cabello».

—Me encanta esa frase —dije observando maravillada todas las fotos y frases célebres de famosos—. Es tan cierto...

—¿Te gusta, entonces? —David me sacó de mi asombro.

—El sitio me encanta. Me gustaría poder leer todas las frases de los cuadros.

—Podemos leer una cada vez que vengamos. Así me aseguro de que volverás conmigo aquí. —Me guiñó un ojo y abrió la carta para que la ojeáramos—. Podemos pedir unos nachos completos para compartir si quieres. Yo me pediré el mismo burrito del otro día, el que te conté. ¿Tú qué quieres?

—Creo que voy a pedir la quesadilla de pollo y salsa de jalapeños.

David se levantó de la mesa antes de que pudiera decir nada más y se arrimó al mostrador para dar nuestro pedido. Volvió a la mesa y estuvimos hablando sobre cómo nos había ido el día a los dos hasta que le llamaron para recoger nuestra bandeja. Empezamos a comer y, tal y como él había dicho, todo estaba buenísimo. Compartimos el resto de la comida, además de los

nachos, y tuvimos una pequeña discusión sobre quién pagaba. Al final, acabé aceptando que me invitara él con la condición de que la próxima vez le invitara yo.

Llevábamos un rato callados, disfrutando de nuestra cena, cuando dejé de comer y un pensamiento cruzó mi mente.

Marcos.

Marcos y sus repugnantes manos tocándome, apretándome, sobándome...

Había estado tan obcecada en distraerme durante todo aquel día que, ahora que estaba más tranquila, el recuerdo de la noche del viernes me asaltó sin poder evitarlo.

—David...

Él levantó la cabeza de su burrito; había estado degustándolo muy concentrado y mi llamada casi le había sorprendido. Me miró interrogante al principio y preocupado cuando vio lo seria que me había puesto.

—¿Estás bien? —preguntó dejando el burrito en su plato y limpiándose las manos.

—¿Me acompañas a la comisaría, por favor?

Mi pregunta lo pilló por sorpresa, pero solo tardó un par de segundos en asentir con la cabeza con decisión.

David me acompañó hasta la misma puerta de mi casa casi dos horas después de haber salido del restaurante. Eran más de las diez de la noche y estaba bastante oscuro.

No había sido una decisión fácil la de denunciar la agresión, pero era lo que tenía que hacer y me sentía mejor después de haber hablado de ello con el policía que me tomó declaración y la médica que me hubo examinado y a la que tuve que explicar las marcas que tenía antes y en ese momento no. Me habían hecho muchas preguntas y más de una no había sabido contestarlas por no acordarme de algunos detalles —algo en lo que me ayudó David, quien también había estado presente—, pero finalmente pareció convencerles lo que les contaba.

Entré por la puerta de casa con David detrás de mí y vi a Mía y Eric sentados frente a la mesa alta del salón estudiando. Ambos se giraron para mirarnos y aparentaron no estar preocupados.

—Hola —saludó Mía—. Qué tarde vuelves. Debe de haberos gustado ese sitio.



—Venimos de la comisaría.

Mía me miró sorprendida y Eric parecía haber supuesto que tarde o temprano lo haría. Solo necesitaba decidirlo por mí misma y hacerlo cuando estuviera preparada. Mía se levantó de la silla y se acercó a mí, cautelosa.

—¿Has...? —Asentí con la cabeza antes de que terminara de decirlo.

En aquel momento, habría jurado que teníamos algún tipo de conexión mental, ya que las dos nos lanzamos a los brazos de la otra y nos estrechamos con fuerza.

—¿Sabéis si solo le van a poner una sanción monetaria o si también lo van a arrestar? —preguntó Eric, hablando más con David que conmigo.

—No nos han dicho nada —contestó él por mí—. Todavía tienen que valorarlo.

No quise seguir hablando de ese tema, de modo que les pedí que lo dejáramos y todos estuvieron de acuerdo para no presionarme. David y yo nos despedimos en la puerta con un abrazo largo y un «gracias» por mi parte. Le vi bajar las escaleras y lo perdí de vista antes de cerrar la puerta.

Entonces Mía me asaltó.

—Oye, oye, ¿estás saliendo con él o algo y no me lo estás contando?

—No —rodé los ojos—, solo somos amigos. Salimos en plan amigos y me ha acompañado a esto como un amigo. Eso es todo.

—Entonces, ¿te gusta o no? —preguntó Eric quitándose las gafas de leer—. Porque ya no sé qué pensar y me estáis dejando demasiado de lado en el tema salseo.

—Madre mía, eres más maruja que nosotras —dije con un ligero tono de burla—. Y no, no me gusta, somos amigos.

—Sigue repitiéndolo y puede que tú misma acabes creyéndotelo —remató Mía.

No contesté con la esperanza de que dejaran el tema y pareció dar resultado. Me despedí de ellos hasta el día siguiente y me metí en mi habitación para cambiarme de ropa y meterme en la cama para dormirme lo más rápido posible.

El resto de la semana transcurrió con la misma tranquilidad que el resto. No había tenido noticias de Marcos y deseaba que siguiera así. Por otra parte, David y yo no volvimos a vernos hasta el fin de semana. Hablábamos por teléfono incluso cuando era Oliver quien me llamaba y nos escribíamos por

*WhatsApp* muy a menudo. Me gustaba hablar con él. Me hacía reír y me entretenía.

El viernes por la tarde le mandé un mensaje después de que Mía me dijera que iba a pasar la tarde con Eric, estudiando en la biblioteca, y de que Oliver se excusara diciendo que iba a salir con unos amigos de clase a un sitio nuevo de Chueca. Esperaba que algún día nos llevara allí ya que, después de lo ocurrido con Marcos, no me apetecía volver a El Club y arriesgarme a cruzarme con él o con alguno de sus amigos a los que les hubiera contado el tema de la denuncia.

Empezamos a ver las películas de Harry Potter con un gran bol de palomitas y botellas grandes de refresco. Habíamos sacado los cojines del sofá y, de tan largos que eran, podíamos apoyar la espalda sobre el respaldo y estirar las piernas enteras sin tocar el suelo.

—¿Sabías que Emma Watson se aprendió no solo su papel, sino el de todos los actores con los que compartía escena porque quería estar bien preparada y para corregirles si se equivocaban? —le comenté mientras encogía las piernas y apoyaba la cabeza en su hombro—. Tuvieron que rodar varias escenas de nuevo porque ella repetía las frases de los demás sin darse cuenta.

—O sea que era una cerebrita, ¿no? Hace honor a su personaje.

Hicimos un descanso entre la primera y la segunda película para decidir si pedíamos pizzas o hamburguesas. Al final, nos decantamos por las pizzas por ser un clásico y más baratas. Después de llamar para encargarlas y de llevar una media hora de *Harry Potter y la cámara de los secretos*, sonó el timbre de la puerta.

—Qué raro. No han llamado abajo—me extrañé.

—Puede que entraran cuando salía un vecino.

—Puede ser. Voy a abrir.

Me acerqué a la puerta y, al abrirla, estuvo a punto de salirse el corazón del pecho. Era Marcos.

—¿Me has puesto una denuncia? —preguntó enfadado.

—Yo...

—He pasado la noche en el calabozo, Emma, hasta que he podido pagar la fianza.

—¡Eh! —La voz de David llegó desde el salón y en pocos segundos estaba a mi lado incitándome a que me metiera en casa y le dejara aquello a él—. Te dije varias veces que no te acercaras a Emma. ¿Es que eres sordo?

—No, pero no suelo hacer caso a gilipollas que se meten donde no les llaman.

—Intentaste violarla. Me estabas llamando a gritos para que te pusiera en tu sitio.

—Por favor, parad.—Intenté detenerles antes de que llegaran a las manos.

Me había quedado bloqueada al ver a Marcos delante de mí otra vez y con ese gesto tan furioso. No había sabido responderle o qué hacer. David apretaba los puños con fuerza, listos para salir disparados contra la cara de Marcos si era necesario.

—Retira la denuncia, Emma —me ordenó Marcos después de unos incómodos segundos de mirarse entre ellos fijamente.

—No lo va a hacer —contestó David por mí.

—¿Quién coño eres, a todo esto? ¿Su novio?

—Soy su amigo. Y su amigo le aconseja que mantenga la denuncia para que tú tengas un recordatorio de por qué no deberías volver a acercarte a ella.

—Sé que hice algo malo, pero ¿de verdad me merezco una denuncia? —volvió Marcos a dirigirse a mí, ignorando a David.

—Creo que mereces un castigo por hacerme lo que me hiciste... —empecé a decir.

—Solo te toqué, Emma, no llegué a hacerte nada.

—¡Tocarme ya fue hacerme algo! —Acababa de perder otra vez los nervios—. Te pedí... Te supliqué que no siguieras y tú estabas tan borracho que me ignoraste y seguiste sobándome hasta romperme las medias para intentar penetrarme —dije con la voz entrecortada por el llanto que amenazaba con mostrarse—. Me hiciste sentir como una mierda a la que solo querías follarte. El daño psicológico es peor que el físico, porque los moratones desaparecen y dejan de doler, pero no voy a poder olvidar la manera tan sucia en que me trataste.

David se había apartado un poco de la puerta para que yo pudiera estar cara a cara con Marcos. Este último seguía de pie frente a mí sin decir una sola palabra y mirándome fijamente con arrepentimiento.

—Ya te he dicho varias veces que lo siento —musitó apartando sus ojos de mí y dirigiéndolos al suelo.

—Y yo ya te dije que sentirlo no va a cambiar nada. No vuelvas a acercarte a mí, por favor.

Y, sin darle tiempo a replicar nada más, cerré la puerta y eché la llave.

Apoyé la espalda en la madera y traté de tranquilizarme y ralentizar el ritmo de mi corazón. Me pasé las manos por la cara para limpiar las lágrimas que pudieran haberse quedado en las pestañas y respiré hondo.

Levanté la cabeza y vi a David con las manos en los bolsillos, mirándome con preocupación mal disimulada. Me acerqué a él y lo abracé, agarrándolo con fuerza por la espalda. Hundí mi cara en su pecho mientras sentía cómo me acariciaba la cabeza tratando de relajarme. Poco a poco mi ritmo cardíaco fue normalizándose y, despacio, me separé de él.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras la mano que había estado acariciando mi pelo se dedicaba a hacer lo mismo con mi mejilla.

—Me siento más liberada por haber hecho algo. No hacer nada habría sido peor y me habría hecho daño por dentro. —Sonreí cuando vi que su ceño se relajaba—. Gracias por defenderme.

—De nada.

Sentí su cara tensa y su mano en mi mejilla acercándose disimuladamente a las comisuras de mi boca mientras sus ojos no se despegaban de la misma. Nos quedamos callados mientras nuestros ojos se fijaban en los labios del otro y nuestras respiraciones se entrecortaban e iban uniéndose poco a poco, a medida que nuestras caras se acercaban. Su mano en mi espalda pareció apretarse y los músculos de su cuerpo se tensaron. Vi cómo David tragaba saliva cuando apenas quedaban unos centímetros entre nuestras bocas.

Pero entonces se apartó y se separó de mí de forma abrupta.

—Es lo que hacen los amigos, ¿no? —dijo de repente con un tono tan tirante que casi rozaba el sarcasmo. Se dio la vuelta y volvió al salón para sentarse en el sofá.

Mi corazón había vuelto a acelerarse, pero esta vez no había sido por los nervios de una situación tensa. Todo lo contrario: se debía a una situación en la que me sentía extremadamente cómoda y de la que no quería salir. Me sentía extraña. Había deseado que me besara y que no parara de hacerlo en horas. No podía permitir que eso pasara. David y yo éramos solo amigos y había insistido demasiado en ello como para ahora tomar otro rumbo en nuestra relación.

Él, por su parte, parecía incómodo después de aquel momento tan intenso. Estaba sentado en el sofá con la mirada fija en la ventana, de espaldas a mí, y una mano tapándole la boca. Estaba muy pensativo. Nunca había pensado que él pudiera darle tantas vueltas a un beso que ni siquiera nos habíamos dado. Siempre le había tomado por esa clase de chicos que, si

quieren algo, lo toman y no se lo piensan demasiado. Esta nueva faceta suya me intrigó.

El sonido estruendoso del telefonillo me sacó de mis pensamientos y me provocó un pequeño sobresalto. Me di la vuelta y contesté. Eran las pizzas.

Cenamos viendo la película, sentados un poco más separados de lo que lo habíamos estado antes y sin apenas hablarnos. Después nos despedimos con fingida naturalidad y me quedé sola pensando en todo lo que había pasado esa tarde.

Cuando llegó Mía, al cabo de una media hora, le puse al día y le pedí opinión.

—Bueno, voy a pasar del tema de Marcos simplemente diciéndote que creo que has hecho bien en ponerle la denuncia y diciéndole todo lo que piensas. Punto. Ahora paso al tema de David. Sé sincera conmigo: ¿te gusta?

—No —contesté de forma mecánica. Fue tan rápida la respuesta que hasta a mí me sorprendió por lo brusco que sonaba. Mía me miró con una ceja levantada y una mirada escéptica—. Puede que un poco —añadí con reticencia.

—Yo creo que David es un buen chico. Te cuida y se preocupa por ti; además, da muestras de que a él también le gustas. La única pega que le veo es esa manía suya de tirarse a todo lo que pilla, pero, por lo demás, creo que tenéis mucha complicidad y haríais buena pareja. Ahora eres tú la que tiene que decidir si se trata solo de que te atraiga físicamente o si también hay sentimientos.

Me fui a la cama dándole vueltas a todo lo que me había dicho Mía y, por culpa de eso mismo, tardé más de lo normal en dormirme. Cuando me desperté al día siguiente, tenía un mensaje de Oliver donde decía que esa noche nos llevaría al sitio nuevo de Chueca donde había empezado a salir con sus compañeros de clase y nos instaba a arreglarnos como nunca.

No tuve noticias de David hasta que le vi frente a nuestro portal esperándonos junto con Oliver. Se había puesto un pantalón vaquero oscuro enrollado en los tobillos y una camisa blanca a rayas verticales con un botón desabrochado debajo de una americana negra. Se había echado el pelo hacia atrás engominado otra vez y estaba tan guapo que no pude evitar quedarme mirándolo embobada. Él pareció hacer lo mismo conmigo y mirar con la boca entreabierta el vestido negro de tirantes hasta la mitad del muslo con un fleco atravesando el abdomen que llevaba junto con las botas negras arrugadas hasta la rodilla sobre unas medias negras y la cazadora negra de lentejuelas que me

había puesto para no pasar frío.

Me aseguré de que la trenza desenfadada que me había hecho caía sobre mi hombro mientras le miraba sonriendo como una tonta. No podía dejarme engatusar tan fácilmente por sus encantos.

Decidimos que lo mejor era ir hasta el local en metro y luego caminar un poco, de modo que nos pusimos en marcha. David me hablaba con normalidad y parecía haber olvidado el momento tan intenso que habíamos protagonizado la tarde anterior; agradecí que todo volviera a estar como siempre. Cuando estuvimos frente al local, Oliver parecía conocer al portero y nos regaló una copa de más con la entrada. Entramos y nos acoplamos en unos sillones que había cerca de la pista de baile.

Enseguida nos dimos cuenta de que aquel local no era como los demás. Tenía una DJ tan accesible que podías pedirle la canción que quisieras y no solo para bailarla, también para cantarla. De vez en cuando veíamos algún atrevido que se lanzaba a cantar sobre el pequeño escenario que había en el lado opuesto a la barra. Oliver no perdió el tiempo y quiso mostrarnos sus dotes como cantante.

Le vimos hablar con la DJ y, poco después, subirse al escenario para empezar a cantar una de sus canciones favoritas de Eurovisión: *Occidentali's karma*, de Francesco Gabbani. Lo dio todo bailando, cantando e interpretando. Le encantaba Eurovisión desde hacía muchísimos años y era tan efusivo que consiguió que nos supiéramos sus canciones preferidos casi de memoria.

David y yo estábamos bailando un poco más pegados de lo que habríamos debido, pero nos daba igual. Mía había salido para hablar por teléfono con Eric, que había decidido quedarse en casa a descansar y poder madrugar el domingo para estudiar sin resaca. David me miraba sonriendo de medio lado y yo le correspondía sin decir nada. Nuestras miradas estaban entrelazadas mientras nos balanceábamos; no quería que se acabara la canción para no tener que separarme de él. Pero, igualmente, alguien nos interrumpió antes de que ese momento llegara.

—¡Hola! Qué casualidad —dijo la voz de la única compañera de mi trabajo que había conocido a David.

Ambos nos giramos y vimos a Laura con un vestido azul oscuro y unos zapatos de plataforma gris oscuro. Tenía el pelo suelto y ondulado y llevaba una sonrisa de satisfacción en la cara que no podía disimular ni queriendo.

David y yo nos separamos un poco para saludarla y ella volvió a quedárselomirando como una adolescente enamorada. Me sentí incómoda en

ese momento y decidí que no quería estar ahí. Me excusé diciendo que iba a por una copa y me marché sintiendo los ojos de David clavados en mi cogote. Secuestré a Oliver cuando bajaba del escenario y le pedí que me acompañara.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras esperábamos a que un camarero nos viera.

—Nada. ¿Por?

—Me has enganchado como a un salvavidas. Te pasa algo, a mí no intentes engañarme. Venga, desembucha.

—No me pasa nada. —No era que no quisiera hablar de mi dilema sobre si me gustaba David o no con Oliver; simplemente no quería arriesgarme a que se le escapara algo delante de él y tuviera que dar explicaciones—. David está hablando con una compañera de mi trabajo y quería darles intimidad.

Pareció convencerle mi mentira y cambiamos de tema. Respiré aliviada. Cogimos nuestras copas y volvimos a nuestros sitios. En el fondo esperaba encontrarme con que Laura se hubiera ido y Mía estuviera hablando con David sobre cualquier tontería. Pero sabía que no tendría tanta suerte, así que me resigné a admitir que seguirían hablando de esa forma tan amistosa que solo Laura sabía.

Aun así, desde luego no me esperaba encontrarme a David sentado en los sillones con Laura sentada en sus rodillas mientras intercambiaban saliva. Me quedé paralizada nada más ver esa imagen. Quise apartar los ojos, pero empecé a sentirme extremadamente mareada, lo cual me proporcionó la excusa perfecta para salir de allí. Le di mi copa a Oliver y le dije que me iría a casa por no encontrarme bien.

Salí del local y me cerré la chaqueta. Eran más de las tres de la mañana, hacía frío y el metro no estaría abierto. Me tocaba caminar hasta casa o al menos hasta que el metro abriera y pudiera cogerlo para el último tramo.

No quise pensar en lo que había visto en la discoteca porque me sentiría mal; aunque realmente no sabía por qué. Bueno, sí, sí que lo sabía. Antes había tenido la duda sobre lo que sentía por David, pero a esas alturas ya no tenía más misterio: me gustaba David. Me gustaba un tío que se enrollaba con chicas que conocía de dos frases y que se acostaba con todas las que le gustaban físicamente.

No había sido una buena forma de descubrirlo.

## Capítulo 6

Cuando llegué a casa, eran casi las cinco de la mañana. Había tenido que caminar bastante despacio debido a las botas de tacón y el frío. Nada más entrar por la puerta me las quité y solté un aullido de alivio. Me quité toda la ropa y me puse el pijama. Me desmaquillé y me masajeeé un poco los pies antes de meterme en la cama. No pude apenas cerrar los ojos antes de que sonara mi móvil.

David.

Me planteé no contestar y hacerme la dormida, pero imaginé que estaría preocupado por mí y por si había llegado a casa. No quise torturarlo; al fin y al cabo, no era culpa suya que me hubiera ido de la discoteca, sino mía, por sentirme como me sentí. Descolgué el teléfono y traté de actuar con naturalidad.

—Hola, ¿qué tal la noche?

—¿Dónde estás? —preguntó con urgencia.

—En casa, me acabo de meter en la cama. ¿Por qué?

—Joder, Emma... —Parecía aliviado—. La próxima vez que quieras irte antes de tiempo, avísame y te acompañaré.

—Tenías las manos un poco ocupadas—dije con un tono neutro—. Y la lengua.

—¿Te has ido por eso? ¿Porque tu amiga...?

—No es mi amiga —le corregí con más agresividad de la que realmente quería y me arrepentí al instante. Suspiré—. Me encontraba mal, había empezado a marearme y pensé que lo mejor sería volver a casa. Eso es todo.

—Emma... —empezó a decir con un tono suave. Casi podría decir que se sentía mal y arrepentido—. Si ha habido algo que no te haya gustado o te haya molestado...

—No te montes películas, francesito —volví a interrumpirle con una risa más falsa que lo siguiente que iba a decir—. No va por ahí la cosa. No creas que me he puesto loca de celos porque te hayas liado con una chica. Ya



deberías haberte dado cuenta: soy inmune a tus encantos, no me prendo tan fácilmente. —Tragué saliva para lanzarme directamente hacia la *friendzone*—. Somos amigos, ¿no? Los amigos no se prendan unos de otros.

Mentirosa. Mentirosa. Mentirosa.

Me pasé la mano por la frente y me mordí el labio inferior de la impotencia que sentía en ese momento. Sabía que no estaba bien mentir, pero todavía no había decidido si le diría a David cómo me sentía con respecto a él o haría como si nada. Bueno, qué leches, sí que lo había decidido: iba a quedarme callada como la cobarde que sabía que era y rezaría para que acabara olvidándome de él.

—Vale. Aun así, no deberías haberte ido sola. Es peligroso.

—Tranquilo, estoy viva.

Volvimos a quedarnos unos segundos en silencio. Un silencio que decía más que las propias palabras, en mi opinión. Después, él lo rompió.

—Bueno, pues que descanses. Ya hablamos otro día.

—Vale. Que descanses tú también.

Y colgamos.

Realmente sentía curiosidad por lo que había pasado con Laura. Sabía que se habían besado y habían empezado a tocarse de forma insinuante; yo misma lo había visto. Pero no sabía —y quería saber— si eso había sido todo o habían ido más lejos. Pero me daba miedo que la cosa hubiera ido a más y sentirme peor.

Tardé cerca de una hora más en quedarme dormida e, incluso así, no pude dejar de pensar en David y Laura juntos.

Como todos los domingos desde hacía varios meses, Mía se fue a ayudar a Eric a estudiar y me dejó sola en casa. Yo seguí con mi habitual rutina de hacer todos los trabajos y deberes que tenía atrasados del resto de la semana a última hora y así pasé toda la mañana y gran parte de la tarde. Hasta que sonó el telefonillo.

—¿Sí?

—Soy David.

Vale, tenía que admitir que no me esperaba que fuera a saber de él tan pronto. Había intentado distraerme durante todo el día para no pensar en él y en su lengua en la boca de mi compañera de trabajo. Pero ahí estaba.

Pulsé el botón de apertura y esperé a que llamara al timbre para abrirle.

Traté de actuar con normalidad y saludarle de manera natural.

—Hola, no esperaba que vinieras.

—Ya, así no podías negarte o fingir que no estabas en casa —bromeó con gesto burlón. Entró hasta el salón y, como si fuera su casa, se quitó la chaqueta y se acomodó en el sofá—. ¿Otra vez dejándolo todo para el último día?

—Ya sabes lo que dicen: las costumbres son difíciles de cambiar.

Me senté a su lado mientras le veía ojear la ficha de actividades de esa semana que tenía preparada para los niños. Esta vez no se burló de mí, algo que me sorprendió.

—¿Quieres hacer algo? —preguntó cuando hubo dejado la hoja de nuevo sobre la mesa—. ¿Ver una peli? ¿Jugar a algo? ¿Hablar?

—Eh... —No sabía qué hacer: decirle que sí y pasar la tarde fingiendo estar cómoda con él o decirle que no y provocar que no volviéramos a hablar. Al final, acabé cediendo—: Podemos ver una peli si quieres.

—O podemos hablar de por qué te fuiste de aquella forma de la discoteca anoche.

—Ya te dije que me encontraba mal...

—Después de verme besando a tu compañera—me interrumpió. No hablaba enfadado; simplemente me miraba entre curioso y divertido. Eso me molestó.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me fui porque realmente estoy loca por ti y me dolió el alma al ver cómo le metías la lengua hasta la campanilla a otra? —dramaticé llevándome una mano al pecho en gesto dolido—. No puedo decirte eso porque sería mentira y los amigos no se mienten. ¿Qué peli quieres ver? —pregunté cambiando de tema y encendiendo el televisor.

Le escuché soltar un resoplido cuando aparté la mirada de él y la dirigí hacia la televisión. A regañadientes, pareció aceptar haber zanjado el tema y actuar como hacíamos siempre que estábamos solos en mi casa viendo alguna serie o película. Al final, continuamos con el maratón de Harry Potter que habíamos empezado el viernes anterior y pusimos *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*. Sin embargo, llegó un momento en que él paró la película y se giró hacia mí, mirándome muy serio.

—Hay un tema del que quiero que hablemos —empezó a decir en un tono extremadamente suave—. No es por nada en especial. Simplemente me gustaría que confiaras en mí como yo confío en ti.

—Hoy estás hablador, ¿eh? —Me acomodé de la misma forma que él y le miré expectante—. A ver, dime.

—Oliver me ha advertido de que es un tema delicado y que no debía obligarte a hablar. —Solo con esas palabras ya me imaginé de qué se trataba. Aparté la mirada de él y suspiré antes de coger mi vaso de Coca-Cola y darle un trago largo—. Si no quieres hablar, córtame y no me importará parar.

—No, venga, pregunta, ¿qué quieres saber?

—¿Cómo murieron? —preguntó casi en un susurro, de forma tímida.

—Íbamos en el coche de camino a Valencia. Yo tenía dieciséis años y mis padres habían decidido que, después de tres veranos sin vacaciones, ese era el año que no dejaríamos pasar. Salimos de noche, en cuanto mi padre llegó de trabajar y hubimos cargado todo el equipaje en el coche. Habíamos hablado con unos primos de mi madre que tenían una casa grande en Gandía para que nos dejaran quedarnos una semana allí y disfrutar de la playa. Era un viernes y planeábamos quedarnos allí hasta el sábado de la semana siguiente.

»Te lo puedes imaginar: un viernes por la noche por la carretera, la gente celebra el fin de semana, sale de fiesta y se emborracha. A algunos les da igual eso de «Si bebes, no conduzcas». La mayoría piensa que solo ponen en riesgo su propia vida, pero la verdad es que ponen en riesgo la de todos los demás con los que se cruzan. Esa fue nuestra mala suerte: cruzarnos con uno que no controlaba.

»Nos sacó de la carretera dando una vuelta de campana. Él tampoco tuvo suerte en ese sentido; por lo que dijeron los médicos de la ambulancia, había muerto en el acto. Realmente si lo pienso, sí tuvo suerte, porque no sufrió. Mi madre murió en la mesa de operaciones después de que se le reventara el bazo, una hora después del accidente. Mi padre estuvo un mes en coma antes de no poder aguantar más e irse con ella. Por mi parte, salí casi ilesa; solo me rompí un brazo y acabé con varias magulladuras.

—¿Qué hiciste después del accidente? ¿Con quién te quedaste? —Seguía usando ese tono suave e incómodo que se utiliza cuando se habla de gente que ya no está.

—Los servicios sociales quisieron llevarme a Valencia con los primos de mi madre, pero cambiaron de opinión cuando la madre de Mía intervino. El mes que estuvo mi padre en coma y los dos años de bachillerato viví con Mía y sus padres. Su hermano ya se había ido de casa y pude utilizar su habitación y acondicionarla como yo quise. Cuando empezamos la universidad, nos buscamos un piso para las dos. Con la herencia y lo que saco del trabajo, puedo pagarme los estudios.

—¿Los echas de menos? —preguntó después de un par de minutos en

silencio y sin ni siquiera mirarnos.

—A diario. Pero vivo con ello. No habrían querido que estuviera lamentándome y llorando todo el día por las esquinas.

De nuevo, ese silencio tan tenso se instaló entre nosotros. No se trataba de que escondiera la muerte de mis padres. Simplemente no era un tema de conversación que me gustase mantener y no hablaba de ello a menos que me preguntasen, como David había hecho. No me sentía cómoda hablando del último día de sus vidas, pero, en cierto sentido, me alegraba haber podido compartirlo con David. Éramos amigos y los amigos podían contarse ese tipo de cosas. Además, hablar de ello ayudaba a superarlo.

—¿Y qué hay de los tuyos? —pregunté en un intento de cambiar el ambiente tan turbio que se había formado a nuestro alrededor.

—Mis padres están divorciados. Mi madre vive en una casa donde cuida de un matrimonio anciano y mi padre se mudó a Asturias con su nueva mujer y su nuevo hijo. Parece que los dos se hayan olvidado de mí.

—Lo siento.

—No lo sientas; yo no lo hago. Casi hasta lo prefiero. Eran personas tóxicas y que estaban todo el día discutiendo. No eran compatibles y están mejor separados; y, si además no estoy yo en medio para recordarles que un día compartieron algo, mejor. Así no salgo malparado.

—Vaya dos estamos hechos —Sonreí—. En cierto sentido, nos parecemos.

—Por eso nos llevamos tan bien.

David me devolvió la sonrisa y, de forma inconsciente, me quedé mirándole y sentí ganas de abrazarlo. Obviamente, me contuve. Aparté la mirada de él y apreté los labios, incómoda. Me levanté del sofá y abrí el armario que había junto a la mesa, donde guardábamos el alcohol. Saqué la botella de vodka que había allí guardada y se la enseñé a David con una sonrisa juguetona.

—¿Te apetece jugar? La compré el otro día.

Él sonrió enseguida y me instó a pasarle la botella. La abrió y nos sirvió dos vasos mientras yo me acomodaba de nuevo a su lado en el sofá.

—¿A qué jugamos? —pregunté moviendo la mezcla.

—«Yo nunca». Quiero saber las cosas guarras que has hecho —contestó con un tono divertido.

—Tampoco han sido tantas, ¿eh?

Empezamos a jugar y, tal y como yo había imaginado, el que peor estaba

era él. Bebía a casi cada frase que decíamos y algunas cosas hasta me parecían surrealistas. Pasamos cerca de una hora jugando, riéndonos y manchando la mesa de café cuando no éramos capaces de llenar bien los vasos.

—Me toca —dije con un puntito gangoso en la voz—. Yo nunca he... querido enrollarme con un «amigo».

Exageré el gesto entrecomillado y, mientras daba un sorbo de mi vaso, le miré de forma insinuante. Desde luego, no estaba hecha para guardar secretos si luego me daba por beber. Él me devolvió una mirada intensa y sorprendida antes de imitar mi gesto y beber de su vaso. Cuando tragó sonoramente, dejó el vaso sobre la mesa y se giró hacia mí, resuelto.

—Em, ¿me das un beso?

—No —contesté riéndome como solo los borrachos lo hacen.

—Venga, solo un beso, no te pediré más.

Seguí negando con la cabeza incluso cuando sentí sus manos en mi cintura y cómo me aupaban para colocarme encima de él a horcajadas. Estaba tan ida en aquel momento que no me molesté ni en oponer resistencia. A decir verdad, tampoco quería resistirme.

—Esto no lo hacen los amigos —susurré sobre su cara cuando estuve tan cerca de él que tuve que bizquear.

—Algunos amigos sí lo hacen —contestó en el mismo tono. No sonreía. Estaba completamente serio, con la boca entreabierta mientras miraba la mía con fijación.

Disimulé un escalofrío cuando sentí sus manos subiendo por mi espalda y aterrizando en mi nuca. Enredó los dedos en mi pelo, agarrándome con firmeza de la nuca, y empezó a acercar mi cara a la suya. Cerré los ojos y sentí su aliento en mi cara cuando sonó su teléfono y nos separamos sobresaltados.

David suspiró y me miró con un «lo siento» escrito en la frente. Le sonreí de forma tranquilizadora y me bajé de su regazo. Me quedé apoyada en el respaldo del sofá con las piernas encogidas y mordiéndome la uña del pulgar mientras él se levantaba y contestaba a la llamada de Oliver.

La borrachera se me había pasado en un instante y me había dado cuenta de la situación tan intensa que habíamos vuelto a experimentar. No podía. No podía pasar. No podía dejarme engatusar tan fácilmente y que él se diera cuenta de lo que sentía. David era un buen chico, se preocupaba por mí y me cuidaba. Pero era un mujeriego; le gustaba jugar con las chicas, no comprometerse con ellas. Y yo no quería que jugase conmigo y luego me tirase

como un clínex usado.

Cuando colgó, volvió a sentarse a mi lado de forma urgente y me miró sonriendo inocentemente.

—¿Por dónde estábamos? —me preguntó acariciando mi mejilla con los dedos y mis labios con el pulgar.

Yo cogí su mano con suavidad, apartándola de mí y que no me pusiera más nerviosa, y negué con la cabeza. Él me miró con el ceño fruncido.

—No podemos hacer esto —dije en un tono tranquilo—. Somos amigos y, en el caso de que quisiéramos ser algo más, no podríamos. Ya hemos intentado besarnos varias veces y siempre nos interrumpen. Creo que eso es una especie de señal de que no deberíamos seguir intentándolo —bromeé con un toque sincero.

—Em, tú a mí me gustas. Mucho, la verdad. —Se me aceleró el corazón—. Pero si solo quieres que seamos amigos, lo haré. Simplemente no me marees, por favor. A veces tengo la sensación de que quieres algo más, luego cambias de opinión, y yo ya no sé a qué atenerme.

Hablaba con un tono tan maduro y tan carente de burla que me tensé sin darme cuenta. No pretendía marearlo ni confundirlo, no pensaba que él fuera a comerse la cabeza por unos besos que ni nos habíamos dado.

—Creo que vamos a tener que aprender a ser solo amigos incluso si tenemos esta tensión sexual entre nosotros —dije de forma inconsciente.

David sonrió amargamente con un resoplido. Se levantó del sofá, se colocó la ropa y fue a ponerse la chaqueta.

—Me voy a casa, ¿vale?

—No te enfades —dije levantándome también y acercándome a él.

—No me enfado. —Se giró para mirarme cuando tuvo la cazadora puesta y me dio un beso en la mejilla a modo de despedida—. Contigo no puedo enfadarme —dijo más para el cuello de su camiseta que para mí.

Nos despedimos en la puerta con una sonrisa que pretendía ser natural pero que iba cargada de mensajes. Quise decir algo más, pero creí que cualquier cosa que dijese en aquel momento acabaría enredando más el asunto y lo mejor era dejar pasar lo que habíamos estado haciendo esas últimas semanas y seguir actuando como habíamos hecho siempre; pero esta vez como amigos de verdad.

Mía no tardó en llegar y, como era costumbre, le conté lo que había pasado.

—Estáis tardando mucho en enrollaros —fue lo primero que dijo—.

¿Cuál es el problema? Tú le gustas, ya te lo ha dicho directamente, y él te gusta a ti. Liao de una vez.

—No quiero que sea solo algo de una vez —me sinceré—. No quiero ser la chica con la que se entretiene un rato hasta que se aburre y luego pasa a otra.

—Cielo, haz lo que creas necesario. Pero, si lo que quieres es mi opinión, yo no creo que él vaya a hacer eso contigo. No sé, la otra noche tú no estabas delante, pero la forma en que trataba a tu compañera... ¿Laura? Esa. No era para nada como te trata a ti. No quiero decir que a ella la tratase mal, claro. Solo que la forma en que se comporta contigo es totalmente diferente a como lo hace con las demás. Ahora tú tienes que juzgar qué quiere decir eso.

Mía siempre me daba esa clase de consejos que me hacían cavilar durante horas y horas, y lo peor de todo era que me los daba por la noche, cuando lo que necesitaba era dormir y despejar la mente. Pues no, ella tenía que ponerse en plan consejera del amor a las diez de la noche un domingo cuando el lunes había que madrugar.

El lunes por la tarde, cuando salí de trabajar, decidí actuar con naturalidad con David y le mandé un mensaje invitándole a cenar en el restaurante de comida mejicana que me había enseñado la semana anterior. Enseguida me contestó con una afirmación y quedamos en encontrarnos en la puerta del local en media hora.

Llegué en veinte minutos, pero él ya estaba ahí, apoyado de espaldas a la pared y las piernas cruzadas mientras miraba a su alrededor (supuse que en mi busca) con las manos en los bolsillos de su pantalón. Cuando me localizó se separó de la pared, adoptando una sonrisa y se acercó a mí para saludarme como hacía siempre.

—Hoy toca la frase de un grande del cine: Cary Grant—anunció David como un guía turístico, algo que me hizo sonreír, mientras entrábamos en el restaurante y nos sentábamos en la mesa junto a la foto del actor—: «Para mí, la simplicidad siempre ha sido la esencia del buen gusto». ¿Qué opinas de esta afirmación?

—Estoy muy de acuerdo —contesté mirando la foto—. Las cosas, cuanto más simples, más fáciles. ¿Por qué hay que complicar las cosas si puedes hacerlo de la forma más sencilla posible? Las cosas claras y el chocolate espeso, ¿no?

—Mmm... Chocolate. Un día tenemos que ir a desayunar chocolate con churros. ¿Te gustan?

—Me pirran.

Sentí que de verdad estábamos actuando de forma natural y sin forzar la conversación, por muy surrealista que pudiera parecer. Tuve una sensación de satisfacción que no pude reprimir y sonreí de forma inconsciente.

—Yo voy a pedirme lo mismo del otro día —dijo sin ni siquiera abrir la carta.

—Pues creo que yo voy a hacer lo mismo.

Y sin decirle nada más, me levanté y pedí exactamente lo mismo que habíamos pedido la semana anterior. Esta vez me tocaba pagar a mí y no iba a dejar que se me adelantara y me hiciera el lío de volver a pagar él. Volví a la mesa y esperé a que me llamasen mientras David y yo hablábamos sobre cómo nos había ido el día.

—Laura parecía contenta hoy en el trabajo —comenté con toda la naturalidad que pude sacar.

—Ah, ¿sí? —Asentí con la cabeza—. Bueno, me alegro —dijo con desdén.

—No suenas como si de verdad te alegrases.

—No sé por qué crees que debería interesarme que estuviera contenta —replicó con una sonrisa pasota en la boca.

—No sé, ¿porque os liasteis el viernes, quizá?

—Solo nos besamos una vez. No fuimos a más. Cuando Oliver me dijo que te habías ido sola a casa, salí a buscarte y, como no te encontraba, te llamé por teléfono. No pasó nada más con ella. A lo mejor el sábado se enrolló con otro. —Se encogió de hombros con indiferencia.

Antes de que pudiera decir nada más, me llamaron para recoger la comida. Llegué a la mesa y no quise seguir hablando del tema. Aunque no quisiera, no pude evitar que me gustase el simple hecho de que dejase de besar a otra chica solo para venir a buscarme. Algún diablillo dentro de mi cabeza no paraba de decir que eso era a lo que se refería Mía al decir que conmigo David era diferente.

Seguimos hablando de nuestro día y bromeando sobre cualquier tontería que se nos venía a la cabeza. No podía negarlo: con David me sentí extremadamente a gusto y no existían los silencios incómodos cuando estábamos bien. El diablillo de mi cabeza repetía todo el rato que no pasaba nada por intentar algo con él, pero, tal y como decía CaryGrant, las cosas



simples son signo de buen gusto. ¿Por qué íbamos a complicar las cosas si así estábamos bien?

David me llevó a casa en la moto; no quiso subir por cansancio y yo no insistí. Nos despedimos frente al portal con un abrazo y un beso en la mejilla.

—Esta semana tengo horario de tarde —comentó—. No sé a qué hora saldré el resto de los días, pero seguramente sea tarde y no sé si podré salir como hoy.

—No te preocupes. Nos vemos el viernes de todas formas, ¿no?

—Claro. ¿Vamos a volver al sitio ese que nos enseñó Oliver?

—Supongo. No me apetece volver a El Club después de lo de Marcos. Lo más seguro es que esté ahí y no quiero estar cerca de él, si puedo elegir.

—Es comprensible. El sitio de Chueca estuvo bien, podemos volver allí.

—Lo dices porque tú pillaste cacho —bromeé con una sonrisa burlona.

—No, lo digo porque es verdad. La entrada no era cara y la música estaba bastante bien. Sobre todo, el tema del karaoke. A lo mejor me arranco y canto algo.

—Quiero estar en primera fila cuando eso pase. —Me reí—. Quiero poder grabarlo.

—A lo mejor te hago el lío, por listilla, y te hago subir a ti a cantar.

—Entonces se vaciaría el local de lo mal que canto. —Volví a reírme.

La puerta de hierro se abrió y un Marcos sorprendido de vernos salió. Nos miró a los dos y, agachando la cabeza, pasó por nuestro lado apretando los labios y sin decir una palabra. Me había puesto seria nada más verlo y David se había tensado tanto que parecía un soldado. Cuando le perdimos de vista, le toqué el hombro para que relajara los músculos y le sonreí, simpática.

—Ignóralo.

—Es difícil. Vive en el mismo portal que tú. No me quedo muy tranquilo pensando que en cualquier momento pueda intentar hacerte algo otra vez.

—No pienses eso. No quiero pensarlo yo tampoco.

Acabó resoplando con fuerza y acercándose a mí para darme un beso cariñoso en la frente que duró más de lo necesario e hizo que se me acelerara el corazón y se me secase la boca. Cuando se separó, me miró con dulzura y yo traté de aparentar que no me había afectado lo que acababa de pasar.

Nos despedimos y entré en el portal. Subí las escaleras y entré en casa para ver a Eric y Mía sentados a la mesa alta del salón, cada uno estudiando

una cosa distinta. Eric seguía con sus cuadernos de preparación para las oposiciones y Mía estaba con el ordenador leyendo algún manuscrito de la editorial.

Estuve un rato con ellos hasta que fue la hora de irme a la cama.

El viernes, Oliver vino a casa, como el resto de los viernes, para reunirnos todos antes de dirigirnos a la discoteca. Nos dijo que David saldría un poco más tarde de trabajar y por eso se reuniría con nosotros en el local directamente. Oliver y Eric estaban esperando en el salón mientras Mía y yo terminábamos de arreglarnos, como pasaba siempre.

Cuando salí de mi habitación, no pude evitar sentirme satisfecha al ver la cara que se le quedaba a Oliver al verme con un vestido negro recto hasta la mitad del muslo con el escote y la espalda de transparencia hasta la parte alta de los riñones. Una pequeña abertura ovalada al principio de la columna dejaba a la vista parte de mi espalda. Me había recogido el pelo en una coleta alta y me había dejado algunos mechones sueltos adornando mi cara, maquillada de forma natural.

—¿No vas a tener frío? —me preguntó Oliver—. Hoy vas de matahombres, por lo que veo. ¿Alguna víctima en particular o vas a ver cómo está el mercado?

—No voy con ninguna intención. Pero vamos, si he conseguido impresionar a un *gay*, que se escondan los *heteros* esta noche —bromeé.

Realmente, en el fondo, sentía ganas de impresionar a David y que se lanzase —o yo me lanzase en su defecto— a darme un beso. Pero, por otro lado, tenía que recordarme que habíamos acordado silenciosamente ser solo amigos y que no debía pasar nada más de una simple amistad entre nosotros.

Salimos de casa después de coger las chaquetas y recorrimos el mismo camino hasta el metro y después hasta la discotecadela semana anterior. Entramos y tuvimos la suerte de poder sentarnos en los mismos sillones que la otra vez. Empezamos a bailar los cuatro al ritmo de la música y Eric y Mía acabaron haciéndolo abrazaditos como una pareja de enamorados (lo que eran, vaya). Daba un poco de envidia verlos así, pero qué le iba a hacer. Ya me llegaría la hora de encontrar a alguien que me mirase como Eric miraba a Mía.

Oliver y yo les imitamos haciendo el tonto hasta que ya no pudimos aguantar más la risa y tuvimos que separarnos. Enseguida se acercó a nosotros un chico rubio y con los ojos castaños que tenía un montón de pecas en la cara y lucía una sonrisa nerviosa. Se acercó con timidez a Oliver y le dio un beso

en los labios.

—¿Este es el chico del que me has hablado? —pregunté señalándolo. Oliver asintió y procedió a hacer las presentaciones.

—Emma, este es Álex. Álex, esta es Emma, una de mis mejores amigas.

Nos dimos dos besos en las mejillas y estuvimos un buen rato hablando hasta que decidí dejarles algo de intimidad también a ellos y me metí en la pista grande a bailar yo sola. Estaba muy animada y la música que estaban poniendo era espectacular. Bailé unas cinco canciones por mi cuenta hasta que sentí unas manos en mis caderas y me giré para ver quién se atrevía a tocarme y con la intención de cortarle. Pero entonces vi sus ojos marrones y su pelo rubio engominado mirándome con una sonrisa torcida que me contagió. Dejé que me rodeara más y me pegué a él.

—Estás muy guapa —dijo acercándose a mi oído para que pudiera oírle por encima de la música. Di gracias por que estuviera oscuro y no viera mis mejillas sonrosadas—. ¿Te has puesto así por alguien en especial? ¿Alguien te impresionó el sábado pasado y querías ver si volvía por aquí?

—Créeme, solo hay una persona a la que quiero impresionar y sabía que iba a venir. Aunque un poco más tarde.

Se separó de mi oído y me dedicó esa sonrisa de superioridad que volvía locas a las chicas. Incluida a mí. Quise besarlo en ese mismo instante. No quise retrasarlo más, pero él me interrumpió.

—¿Te traigo una copa?

Asentí con la cabeza y le vi marcharse después de decir que enseguida volvía. Seguí bailando a un ritmo más moderado mientras lo seguía con la mirada. Le vi apoyar los brazos en la barra, esperando que el camarero le mirase, y girar la cabeza para observarme. Y se topó con mis ojos.

Ninguno apartó la mirada. Ninguno sonrió. Solo nos mirábamos de la forma más intensa que sabíamos casi sin pestañear. Al final, él apartó la mirada y giró la cabeza para mirar a otra rubia que lo miraba sonriendo de la misma forma boba que lo había hecho la semana anterior. Dejé de bailar y los miré. Conversaban muy animadamente y era muy obvio que Laura estaba tonteando con él.

Volví a sentirme tan mal como la otra vez.

Salí de la pista y volví a nuestros asientos para sentarme y no tener que ver su intercambio de miradas y sonrisas que sabía de sobra cómo iba a terminar: igual que el fin de semana anterior. Había tenido la sensación de que esa noche iba a ser mejor que las dos anteriores, pero de pronto me di cuenta

de que no iba a ser nada divertida.

## Capítulo 7

Llevaba tres copas encima a esas alturas y, mientras yo intentaba ignorarlos y bailar con el resto de mis amigos, David y Laura estaban sentados en los sillones hablando como si fueran amigos de toda la vida. Qué cabreo tenía encima. No aguantaba más con esa visión delante de mis narices.

Le di el último trago largo a mi cuarta copa para vaciarla, dejé el vaso sobre la mesita que había en medio de los sillones y, sin decir nada a nadie, volví a la pista grande. No quería pensar en que, cuando volviera a los sillones, lo más probable era que me encontrara a Laura sobre las rodillas de David otra vez besándose como si les fuera la vida en ello.

Pero lo hacía. Claro que lo hacía. No podía pensar en otra cosa y me odiaba por ello. Quería olvidarme de él y de todo lo que le incluía.

Fue entonces cuando volví a sentir sus manos en mi cintura. Supe que era él sin necesidad de girarme por la forma en que lo había hecho, era la misma que había usado un par de horas atrás, antes de ponerse a hablar con Laura. Sentí cómo tiraba de mí ligeramente para apoyar mi espalda en su pecho. No me resistí, fui así de débil.

—¿Estás enfadada? —me preguntó al oído.

—¿Por qué tendría que estarlo? —respondí con otra pregunta girándome para mirarlo. Incluso si no quería que lo viera, se podía adivinar fácilmente que estaba molesta y dolida.

—No sé, es la sensación que me ha dado. No hemos hablado desde que está Laura con nosotros.

—Di mejor que tú no me has hablado desde que está ella. Ni hablado, ni mirado. Has hecho como si no existiera.

—Entonces sí que estás enfadada.

—¡Que no! Me da igual lo que hagas con Laura o con las demás.

—Genial. Porque a mí me dan igual Laura y las demás. —Le miré sin entender—. A mí me importas tú.

Me quedé muda cuando dijo aquello. Me estaba mirando muy serio y con

una mirada que solo desprendía deseo y sinceridad. No supe qué responderle. Todo me daba vueltas a esas alturas y sentía ganas de vomitar. Maldito alcohol.

—No me encuentro bien... —musité respirando con dificultad.

—¿Qué? Em, no te oigo.

—No me encuentro bien —repetí en un tono un poco más alto y él pareció entenderlo.

Me cogió de la mano y me llevó a los sillones para recoger nuestras cosas e informar a los demás de que nos íbamos a que me diera el aire y seguramente a casa después de eso. Cogió mi bolso y mi chaqueta y me sacó de la discoteca. Nos sentamos en un banco de un parque cercano para que se me pasara el mareo. Me obligó a sentarme con la cabeza entre las piernas y entró en una tienda de alimentación veinticuatro horas a comprar una botella de agua para que me la bebiera. Me sentí mejor cuando me hube refrescado un poco.

—Vamos, tengo la moto cerca, te llevaré a casa.

Me levanté del banco sin decir nada y me aferré a la mano que me tendió. Fue un poco incómodo ir en la moto con el vestido, pero, por suerte, el trayecto duró poco y llegamos a casa pronto. Me bajé de la moto despacio para no volver a marearme y me coloqué el vestido con la chaqueta puesta. David se bajó de la moto también y me miró con gesto irritado.

—¿Te he estropeado la noche? —pregunté sintiéndome culpable.

—No, pero no deberías beber tan deprisa si te sienta mal.

—Si te das prisa, puede que Laura siga en la discoteca.

—Me da igual Laura, ya te lo he dicho —replicó con voz impaciente—. Me preocupa más cómo estés tú. Eso es lo que hace un amigo, ¿no?

Asentí con la cabeza muy lentamente y sin dejar de mirarle. La verdad era que no me sentía tan mal por haberle apartado de Laura. Odiaba verlo con otra chica y odiaba sentirme así. Pero no podía evitarlo.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó sacándome de mis pensamientos. Asentí con la cabeza y no dije nada—. Vale. Entonces te dejo que descanses.

Intentó volver a subirse a la moto, pero le agarré de la chaqueta y él entendió que no quería que se fuera. Me acerqué un poco más a él, tanto, que casi podría decirse que me apoyé en él. El alcohol me estaba dando el valor para hacer lo que yo sola no me atrevía.

—Puede que mañana no me acuerde de esto, pero me da igual —dije sin saber si me lo decía a mí misma o a él—. No creo que vaya a atreverme en

otro momento.

—¿De qué hablas, Em?

David había colocado un brazo alrededor de mi cintura para que no me cayera y la otra mano apoyada en la moto, al igual que su trasero. Yo tenía los brazos apoyados en su pecho y nuestras caras estaban a menos de un palmo. Respiré hondo y respondí en un susurro:

—De esto.

Cerré los ojos y alargué el cuello para unir mis labios con los suyos por fin. Enseguida me aceptó y abrió la boca para que nuestras lenguas se entrelazasen. Me sentí aliviada cuando al fin lo besé y vi que él también quería besarme. La mano que había estado apoyada en la moto subió a mi cara y empezó a acariciar mi mejilla con suavidad. Agarré las solapas de su cazadora con fuerza para que no se separase de mí y él me demostró que no pensaba hacerlo apretando mi cintura contra él.

Este beso no tenía nada que ver con la primera vez que lo habíamos hecho. Aquella vez fue muy mecánico y en este había más sentimientos por parte de los dos. Fue un beso lento y cargado de afecto; no era nada sexual, solo cariñoso. Sentía ganas de besarlo hasta el día siguiente y que él me besase con las mismas ganas.

Acabé separándome muy lentamente de él con la respiración acelerada. A él le pasaba lo mismo. Vi cómo se pasaba la lengua por el labio inferior de forma inconsciente y miraba mis labios como si quisiera más. No pude evitar la sonrisa inocente que asomó por mis comisuras cuando sentí su mano todavía acariciando mi cara. Nos miramos de forma cómplice durante un par de minutos antes de romper aquel maravilloso silencio.

—Creo que debería subir ya a casa —dije sin querer cumplir con lo que decía.

—Creo que debería dejarte descansar —dijo, y supe que realmente no quería hacerlo.

Agaché la cabeza sonriendo y acabé separándome del todo de él, soltando su mano muy lentamente. Abrí la puerta de hierro y entré en el portal. Lo último que vi fue a David todavía apoyado en la moto con una sonrisa tonta en la cara y mirándome embobado. Aquella visión hizo que mi sonrisa se ensanchara todavía más. Cerré y apoyé la espalda en el frío cristal, pero me dio igual.

Todavía tenía el corazón acelerado y la sonrisa pintada en la cara. Inconscientemente me llevé los dedos a los labios y cerré los ojos,

rememorando el sabor de su boca sobre la mía y la sensación de deshacerme dentro de ella.

—Em. —Me sobresalté cuando escuché su voz al otro lado del cristal—. Em, sé que estás ahí. Puedo ver tu silueta apoyada.

Me separé de la puerta y abrí para encontrármelo ahí, tan guapo como lo había dejado, como siempre lo estaba. Volvió a acelerármeme el corazón en un instante.

—Se me ha olvidado decirte una cosa —dijo antes de abrir la puerta del todo y entrar. Cerró detrás de él y me miró sonriendo—. Verás, es que... ya he llegado a noventa y nueve.

Me había ilusionado con la idea de que me dijera por fin que le gustaba y que quería estar conmigo. Al decir eso, entendí perfectamente a qué se refería. La primera noche que nos habíamos conocido, hicimos una especie de trato en el que yo sería la chica número cien con la que se acostaría. Pero en aquel momento me pareció algo innecesario de mencionar.

—¿Tú eres tonto? —dije con tono enfadado. Él me miró con el ceño fruncido—. ¿Crees que eso era lo que quería escuchar ahora mismo?

—Pero... dijimos que...

—Sé lo que dijimos —le interrumpí—. Pero ahora mismo, después de ese beso tan increíble que nos hemos dado, ¿tú de verdad piensas que eso es lo más adecuado que podías...?

No llegué a terminar la frase ya que su mano volvió a aferrarse a mi nuca y me acercó con urgencia a su cara. Me besó con la misma pasión y ternura con la que lo había hecho al otro lado del portal, pero en este beso había más desesperación.

—Vamos arriba —pude articular en un momento en que nuestras bocas se separaron.

Subimos casi corriendo a casa, entre bromas y más besos. Abrí la puerta con dificultad por el nerviosismo y entramos cerrándola con fuerza. David me empotró contra la misma, me cogió la cara con ambas manos y volvió a besarme con fiereza. Yo le correspondí y traté de sacarle la cazadora al tiempo que él hacía lo propio con la mía. Ambas acabaron en el suelo.

Sentí sus manos en mis caderas, hundiendo sus dedos con ansia. Yo enredé mis manos en su pelo y le devolví el beso con la misma intensidad. Me rodeó la cintura con los brazos y me aupó en el aire. Me llevó a mi habitación y me dejó encima de la cama con cuidado.

Yo me puse de rodillas sobre el colchón después de quitarme los zapatos



y empecé a desabrochar los botones de su camisa. Me temblaban tanto las manos que David tuvo que quitarse la prenda solo y me dejó a la vista sus increíbles abdominales. No pude evitar acariciar su torso. Él atrapó mi mano y la besó. Después tiró de mí para ponerme de pie y me dio la vuelta para quitarme el vestido. Sentí la cremallera bajando lentamente por mi espalda. Parecía estar deleitándose con cada milésima de segundo que pasaba.

—Uf, Emma, no sabes lo que provocas en mí.

Sus manos viajaron a mis hombros y me quitaron el vestido hasta que cayó al suelo. Me tapé, inconscientemente, tímida. No estaba segura de que le fuera a gustar mi cuerpo bajo la ropa y me sentí nerviosa de repente.

Le oí quitarse los zapatos y los pantalones a mi espalda. Antes de que tuviera tiempo a girarme, sentí el calor de su pecho pegado a mí y sus labios sobre mi hombro, arrancándome un suspiro.

—No te tapes —susurró en mi oído, apartándome las manos de los pechos.

Volvió a besarme el cuello y acariciarme el vientre. Yo cerré los ojos, disfrutando de su contacto, y le acaricié el pelo mientras me besaba. Me dio la vuelta sobre mí misma de nuevo, pegando mi cuerpo al suyo, y siguió besándome en los labios mientras sus manos recorrían mi espalda desnuda lentamente en dirección ascendente. Entonces agarró el coiletero que había utilizado al peinarme y tiró de él para dejar mi melena caer sobre mi espalda y mi rostro.

—Eres preciosa —dijo agarrando mi cara de nuevo para darme un beso tierno.

Enrosqué los brazos en su cuello y de un salto enganché mis piernas a su cintura mientras él me ayudaba sujetándome por el trasero. Seguíamos besándonos cuando él se subió a la cama de rodillas y me tumbó de espaldas al colchón para recostarse sobre mí, apoyando los brazos a cada lado de mi cabeza.

—Estoy casi seguro de que esto no lo hacen los amigos —susurró mirándome desde arriba con cariño y con la voz entrecortada.

—¿A quién queremos engañar? Nunca hemos sido amigos.

Y lo atraje hacia mí para besarle. Sus besos, sus caricias, sus palabras... Todas esas cosas desprendían un cariño infinito. No podía estar imaginándomelo. No podía tratar a todas las chicas así. Estaba segura.

—No sabes cuánto me gustas —susurré entre beso y beso.

—Me encantas —contestó en el mismo tono.

Su boca fue descendiendo desde la mía por mis mejillas, mi cuello, mis hombros... No pude evitar estremecerme cuando sentí sus labios en uno de mis pechos y su mano en el otro. Sentí la tentación de mirar cómo lo estaba haciendo y caí. Me encontré con sus ojos dedicándome una de las miradas más intensas que me habían dado nunca. Siguió bajando sus besos hasta llegar a la única prenda que todavía llevaba puesta. Deslizó la tela muy lentamente por mis piernas y la dejó caer al suelo. De un único movimiento él se quitó sus calzoncillos también y, tras sacarlo de un bolsillo de su cazadora, se colocó el preservativo.

Volvió a poner su cara a la altura de la mía y entonces fui yo quien agarró su rostro con las dos manos y lo besó con pasión. Me puse de lado para poder encajar mi cuerpo con el suyo con más facilidad y sentí su mano acariciando uno de mis cachetes y tirando suavemente de mi muslo para colocarlo sobre él. Entonces me obligó a rodar sobre la cama para volver a colocarse encima de mí, encajando su cuerpo entre mis piernas.

Volvió a mirarme con la respiración acelerada y unos ojos inseguros. Solo necesitó que yo le sonriera ligeramente y asintiera una única vez antes de decidirse a hacerlo. Volvió a recostarse sobre mí y me besó con fiereza antes de entrar en mí muy lentamente. Cerré los ojos y separé los labios inconscientemente antes de dejar escapar un suspiro. Me agarré a su espalda con fuerza mientras él acoplaba el ritmo de las embestidas. No paraba de besarme y acariciarme por todas partes: la cara, los hombros, la espalda, la cintura, el trasero...

En algún momento, separó su boca de la mía unos pocos centímetros mientras los dos jadeábamos y me miró con ternura. Entonces fui yo quien acarició su cara y sus labios. Él volvió a atrapar mi mano y entrelazó sus dedos con los míos antes de apoyarlas contra el colchón. Su otra mano seguía agarrando mi trasero con fuerza para penetrarme más profundamente. Arqué la espalda cuando sentí que estaba a punto y me deshice entre gemidos cuando ese momento llegó. Me relajé sobre el colchón y noté, un par de embestidas más fuertes después, cómo él también terminaba.

No se apartó enseguida. Siguió tumbado sobre mí tratando de normalizar su respiración. Había dejado la cabeza apoyada en la almohada al lado de la mía mientras yo le acariciaba el pelo. Le di un beso cariñoso en la cabeza y entonces la levantó y me dio un beso en los labios igual que el primero de aquella noche, junto a su moto: cariñoso, tierno, lento. Me encantó que me besara así.

—Voy a salir, ¿vale?

Asentí con la cabeza y sentí cómo lo hacía. Después se puso de pie para quitarse el preservativo. Yo recogí la camiseta de tirantes que utilizaba para dormir y me la puse junto con la ropa interior.

—Em. —Oí que me llamaba de espaldas a mí, en el otro lado de la cama, con tono serio. Me giré y le vi mirando el preservativo con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué?

—¿Por qué no me lo has dicho? —Me miró con una expresión casi dolida.

Me tensé.

—¿Decirte qué?

—No te hagas la tonta. ¿Por qué no me has dicho que era tu primera vez?

Tardé unos segundos en responder. Volví a darle la espalda y miré al suelo sin saber exactamente qué responder.

—¿Habría cambiado algo si lo hubieras sabido? ¿No lo habrías hecho? —pregunté en voz baja.

—Lo habría hecho. —Se sentó a mi lado con los calzoncillos puestos—. Pero habría sido más suave contigo.

—No. Me ha gustado—dije levantando la cabeza—. Ha sido perfecto, de verdad.

—Deberías habérmelo dicho. —Volví a agachar la cabeza, avergonzada—. ¿Por qué yo, Em? ¿Por qué has querido que tu primera vez fuera conmigo?

—Te lo dije. —Sonreí—: No me acuesto con cualquiera. Solo con quien me hace sentir de verdad. Y ahora sé que tú también sientes algo por mí.

Me miró muy intensamente y me acarició la mejilla con el dorso de los dedos —algo que me hizo sonreír aún más— antes de acercar su cara a la mía y darme un beso casto en los labios.

—¿Qué me has hecho, profe? Yo no solía sentir estas cosas.

Se me escapó una carcajada antes de volver a juntar mi boca con la suya y besarlo con intensidad. Me subí encima de él a horcajadas y volví a sentir sus manos en mi cintura jugando con el borde de mi camiseta, pensando si quitármela o no. Paseé los dedos por sus hombros y su abdomen, deleitándome con el tacto. Cada vez sentía más ganas de tenerlo dentro otra vez, pero él me paró.

—Dame un descansito, ¿no? —dijo sonriendo de forma divertida.

Me reí, en parte avergonzada, y asentí. Me bajé de su regazo y nos

tumbamos en la cama con las piernas enredadas mientras hablábamos de cosas sin importancia y nos acariciábamos de vez en cuando.

No podía borrar la estúpida sonrisa de bobita de mi cara y tuve la sensación de que David tampoco podía. No podían ser imaginaciones mías la forma en que me miraba. No eran miradas que le dedicabas a un ligue de una noche o a una simple amiga. Ya habíamos dejado claro que no éramos amigos. Después de lo difícil que nos había resultado aguantarnos, ahí estábamos: tirados en la cama después de haber estado juntos.

Esa noche hicimos el amor dos veces más antes de quedarnos dormidos. No había experimentado el sexo con anterioridad, pero estaba segura de que no era lo mismo hacerlo con cualquiera que te atrajera físicamente y para pasar un buen rato que como lo habíamos hecho nosotros. Lo importante no era la meta; lo importante era el proceso, los besos y las caricias, demostrar nuestros sentimientos, dejarlos salir. Y eso fue lo que hicimos.

Cuando me desperté, me sentí ligeramente dolorida en la zona de las ingles, pero me dio igual cuando me acordé de lo que había pasado la noche anterior. Y sonreí. Me giré para mirar a David, pero me encontré con que no estaba ahí. Me levanté y me puse un pantalón de pijama por si me cruzaba con Eric. Al fin y al cabo, era un hombre. Salí de mi habitación y fui al salón pensando que estaría allí pero tampoco. Me hice una coleta rápida y entré en la cocina para encontrarme a Mía de espaldas a mí.

—Hola —saludé con una sonrisa en los labios.

Ella se giró hacia mí como asustada y me devolvió un «hola» extraño. Pensé que acabaría de levantarse y todavía tenía las legañas puestas.

—¿Has visto a David? —pregunté—. Se quedó a dormir y no le he visto ahora al despertarme.

—Eh... No, no lo he visto.

—Ay, Mía. Anoche... —otra vez esa sonrisa de bobita—nos besamos en el portal antes de despedirnos y al final no pudimos separarnos. Subimos a casa e hicimos el amor varias veces. Me dijo tantas cosas y fue tan bonito. Nunca me había sentido así; creo que me he enamorado de él.

—Ay, cielo.

El tono de voz que utilizó no fue dulce ni de esos que salen cuando oyes algo muy romántico. No. Fue más bien un tono de lástima, de pena y de tristeza. Entonces levanté la vista para mirarla y vi que me miraba apesadumbrada.

—¿Qué pasa?

—Cielo, no he visto a David. Solo he visto esta nota que había encima de la encimera. —Fue entonces cuando me percaté del papel que había llevado todo el rato en la mano—. Está firmada por él. Perdóname, no sabía qué era y la he leído.

No presté atención a lo que me dijo. Le quité el papel de la mano más abruptamente de lo que pretendía, pero estaba más intrigada por lo que había escrito en esa nota que en cualquier otra cosa.

*Para Emmy:*

*Lo primero de todo, quiero pedirte perdón por hacer esto. No te lo mereces, pero no se me dan bien estas cosas y no se me ocurrió otra forma de hacerlo. Esta ha sido la mejor noche de mi vida y ha sido gracias a ti. No quiero que pienses que solo ha sido sexo para mí porque no es así. Tú no eres como las demás. He sentido cosas contigo que no había sentido antes con nadie. Eres muy especial para mí.*

*Eres una de las personas más importantes de mi vida y eso que no hace ni un mes que te conocí. Te cogí cariño enseguida y de la misma manera fui pillándome por ti, hasta sentir lo que he sentido hoy cuando hemos hecho el amor. Nunca le había hecho el amor a nadie como te lo he hecho a ti, tienes que saberlo. Porque no, no te he tratado como a las demás; nunca lo he hecho. Tú siempre has sido más importante que cualquiera. ERES muy importante para mí. Pero he llegado a un punto en el que me importas demasiado como para corromperte.*

*No puedo quedarme contigo. No haría más que hacerte daño. Ahora no puedo estar contigo. Tú, que eres tan pura y tan bonita... Acabaría arruinándote y no me lo perdonaría. Igual que estoy seguro de que tú no me perdonarás por esto. Voy a volver a Francia, necesito pensar y amueblar mi cabeza. No sé si volveré en algún momento, pero quiero que sepas que siempre pensaré en ti porque me has demostrado lo que es querer algo tanto como para no querer estropearlo.*

*David*

Cuando terminé de leer aquella nota, me temblaban tanto las manos y tenía los ojos tan llenos de lágrimas que apenas podía ver las letras que había sobre el papel. Me tragué lo que sentía en ese momento y me di la vuelta para volver a mi habitación.

—Emma —la voz suave y preocupada de Mía me detuvo—, lo siento mucho.

—No es tu culpa —logré decir con la voz estrangulada sin girarme.

Necesitaba estar sola para desahogarme. No me gustaba que me vieran llorar si podía evitarlo, y en aquel momento sabía que no aguantaría mucho más. Caminé hasta mi cuarto con el papel en la mano y cerré la puerta a mi espalda. Me quedé apoyada en la madera y resbalé hasta el suelo, encogiéndome las piernas y hundiendo la cara entre mis brazos. Empecé a llorar desconsoladamente mientras arrugaba la nota con rabia y la tiraba lejos.

Entonces me vinieron a la mente todas las cosas que me había dicho David la noche anterior y que me habían hecho sentir especial y se mezclaron en mi cabeza con el contenido de su nota.

«Eres preciosa».

«Yo no solía sentir estas cosas».

Nunca lo sintió. Solo fueron palabras vanas y las palabras se las lleva el viento.

«Nunca te he tratado como a las demás».

Marchándose acababa de tratarme incluso peor que a ellas.

«Eres muy especial para mí».

«La mejor noche de mi vida».

Seguro que eso se lo decía a todas antes de desaparecer como había hecho conmigo. El mejor polvo de su vida, habría querido decir, al menos habría sonado un poco más creíble.

«Eres tan pura y tan bonita».

«Me encantas».

No te creo, no te creo, no te creo. Era todo lo que mi cerebro repetí para protegerme. No podía haber dicho todas esas cosas en serio y luego hacer esto.

«Nunca le había hecho el amor a nadie como te lo he hecho a ti».

Era lo único que había querido de mí en todo el tiempo que nos habíamos conocido. Solo llevarme a la cama y luego largarse con cualquier otra. O a otro país.

«Siempre pensaré en ti».

«Me importas demasiado».

Mentira. Mentira. Todo era mentira.

Desde la primera noche, desde la primera mirada, la primera sonrisa, el primer saludo, todo lo que había querido de mí era eso: sexo. Y ahora que lo

tenía, podía marcharse y seguir con su vida. Acostarse con quien quisiera y no tener que dar explicaciones o que esforzarse tanto como había tenido que hacerlo conmigo.

Me había dejado engatusar y había caído, tal y como decían Mía y Oliver. Con el tiempo acababa cayendo y esta vez lo había hecho bien, a lo grande, enamorándome de un cabrón que me había abandonado después de echar tres polvos y susurrarme cuatro bonitas mentiras.

Estuve casi una semana sin salir de mi habitación y sin comer apenas nada. Mía entraba en mi cuarto de vez en cuando para comprobar que seguía viva y obligarme a comer, aunque fuera un mísero sándwich. No fui a clase y en el trabajo dije que me había puesto enferma. Sabía que estaba llevando aquello demasiado lejos, que casi nadie se comportaba así después de una ruptura. Bueno, si es que lo que habíamos tenido David y yo podía haberse llamado «relación» para luego tener una ruptura.

El jueves de la semana siguiente, quise obligarme a mí misma a volver a mi rutina habitual y a hacer como si David nunca hubiera tenido cabida en mi vida. Fui a clase y a trabajar. Hacía las tareas de la universidad y utilizaba cualquier excusa para no encerrarme en mi cuarto a pensar. Eso era lo peor que podía hacer.

El sábado de la semana siguiente, Mía y yo despedimos a Eric deseándole toda la suerte del mundo porque era el día de la convocatoria para las oposiciones a policía nacional. Cuando se fue, hecho un manojo de nervios, Mía y yo nos dedicamos a hacer limpieza general en el piso. Nos ocupó toda la mañana y eso también me ayudó a distraerme de pensar.

Mía dejó que yo terminara de limpiar el salón mientras ella preparaba la comida para las dos. Cuando hube terminado, entré en la cocina y me encontré con una Mía preparando una ensalada mientras se hacían unos filetes de pollo a la plancha. Le dije que yo me encargaría de aliñar la ensalada y que ella podía ocuparse del resto. Pero, antes de poder coger los cubiertos, sentí un olor muy fuerte a vinagre que venía del bote del mismo. Enseguida me entraron las náuseas y tuve que salir corriendo de la cocina para entrar en el baño y vomitar como si no hubiera un mañana. Mía vino corriendo detrás de mí, preocupada.

—¿Estás bien? —me preguntó ayudándome a sujetarme el pelo.

—Sí, ha sido el vinagre.

—¿El vinagre? —Asentí limpiándome la barbilla—. Qué raro, a ti el vinagre nunca te había dado asco. De hecho, eres de las que se pasan con él.

No contesté mientras me enjuagaba la boca un par de veces y me incorporaba para mirarla. Entonces me di cuenta de lo que quería decir con esa mirada sorprendida que me estaba dedicando.

—¿Crees que...? —empezó a decir.

—No lo digas —la interrumpí—. No puede ser. Usamos protección.

—Pero ¿y si se rompió? ¿Y si estás...?

—¡Que no lo digas! —Estaba empezando a ponerme muy nerviosa y a asustarme la idea de que de verdad podía estar embarazada.

—Está bien. Tienes que tranquilizarte. —No supe si me lo decía a mí o así misma—. Voy a mandarle un mensaje a Eric para que compre una prueba de... eso cuando vuelva del examen, ¿vale?

Asentí con la cabeza y me senté en la taza del váter con la mirada fija en la pared y la mente perdida. No quería pensarlo, no quería recordar aquella noche por muy maravillosa que pudiera haber parecido en su momento. No quería pensar en las consecuencias que podría acarrearle un simple preservativo roto.

A Mía le faltó poco para meterme el filete de pollo a presión por la garganta. Se me habían quitado todas las ganas de comer y de hacer cualquier cosa. Solo deseaba que Eric llegara con la prueba de embarazo, hacérmela y ver que salía negativo para poder estar tranquila.

No llegó hasta cerca de las cuatro de la tarde y lo hizo más blanco que la leche y muy acelerado. Se plantó delante de Mía con la prueba de embarazo en las manos, temblando.

—Vale, vamos a calmarnos —dijo más nervioso que cualquiera de nosotras—. No puede ser, ¿no? Usamos protección siempre, tú tomas la píldora. Es imposible que estés embarazada.

—Cielo, cálmate —intentó amansarle Mía.

Me levanté y me acerqué a ellos para coger la prueba de embarazo.

—No es para ella, genio —informé a Eric—. Es para mí.

Y, sin más dilación, me metí en el cuarto de baño para hacerme el test.

Tapé la barrita donde había hecho pis y me senté en la taza del retrete de nuevo para esperar los tres minutos que llevaba hacer la prueba. Movía la pierna con nerviosismo y sabía que, al otro lado de la puerta, Eric y Mía también estaban nerviosos por el resultado. Fueron los tres minutos más largos de mi vida, pero, cuando vi que ya habían pasado, todavía tardé un par más en



abrirlo y ver dos rayitas negras.

—¡Mía! —la llamé desde el interior del baño—. Repíteme qué significaba cada cosa.

—Una rayita, negativo. Dos, positivo. ¿Qué ha salido?

No respondí. Se me nubló la vista cuando volví a mirar las dos líneas negras que había dibujadas y que indicaban que estaba embarazada. Me llevé una mano a la boca, sin apartar la vista de ellas, e intenté ahogar mis sollozos. No pude hacerlo durante mucho tiempo y empecé a llorar como la mañana en que descubrí que David se había marchado dejando solo una nota. No, no solohabía dejado una nota.

## **Segunda parte**

## Capítulo 8

*Cinco años después.*

—Por favor, deja de correr y ponte la chaqueta. Al final vamos a llegar tarde —dije en tono desesperado.

Suspiré. Llevaba casi toda la mañana persiguiéndolo para que se vistiera, desayunara y recogiera sus cosas, y no me hacía caso. Se había levantado guerrero esa mañana.

Hacía cinco años que me había enterado de que estaba embarazada de David y hacía ocho meses menos que tenía al monstruito del mismo nombre dando vueltas por la casa. Nada más ver las dos rayitas en la prueba de embarazo que me indicaban que estaba esperándolo, no pude evitar llorar más desconsoladamente que en toda mi vida. Fui al médico y en varias ocasiones estuve a punto de abortar; no podía permitirme ser madre con veinte años. Además, de que tener un bebé me recordaría constantemente la noche que había pasado con David, cómo me había abierto a él y cómo él me había abandonado.

Finalmente, no lo hice y decidí seguir adelante con el embarazo. Mía y Eric me ayudaron mucho con las visitas al médico y los preparativos; casi parecía su madre de alquiler. Por suerte, no tuve que ir mucho a clase con la barriga de embarazada ya que, cuando más grande estuvo, fue verano. Dejé la universidad durante su primer año de vida y retomé los estudios a distancia. Tener un bebé no me impidió seguir con mi vida, aunque sí me la completó.

Oliver dejó de llamarme al tiempo. No sabía si yo había hecho algo o simplemente se sentía incómodo en mi presencia después de lo que había pasado entre David y yo. Para ser sincera, yo no pasaba por mi mejor momento cuando ocurrió todo en tan corto plazo de tiempo, y él no estuvo suficientemente cerca de mí como para querer seguir en contacto con él. Estar embarazada me había demostrado que quienes realmente estarían conmigo en

las buenas y en las malas eran Mía y Eric. Y los padres de ella, claro.

Cuando di a luz, un mes antes de lo previsto, Mía entró conmigo al paritorio. Fue una situación graciosa en cierto sentido—obviando el dolor del momento—; nos tomaron por una pareja y nos felicitaron a las dos por el nacimiento de nuestro bebé. Tuvimos que aclarar que no estábamos juntas. «Pero a que haríamos buena pareja», bromeó Mía con una de las enfermeras.

El tiempo había pasado por todos nosotros y habíamos madurado mucho. Mía siguió trabajando en la editorial después de acabar la carrera y el máster en edición literaria, y al año siguiente la ascendieron en la empresa a editora jefe. Eric aprobó las oposiciones a policía nacional en la primera convocatoria con una de las mejores notas. Ni él mismo podía creérselo.

Yo terminé la carrera a distancia y el máster de enseñanzas superiores. Dejé el trabajo en la academia cuando me ofrecieron un puesto en un centro de estudios de idiomas para enseñar inglés a distintos niveles. Estaba mucho mejor pagado y me dejaba las tardes libres para estar en casa con David después de recogerlo del colegio. Llevaba un año en este trabajo y él, dos en el nuevo cole después de haber estado un curso en la guardería que había cerca de nuestra casa. Antes de que él naciera, habíamos limpiado el cuarto que había junto al mío y que utilizábamos como trastero para habilitarlo y que fuera su habitación. Habíamos sacado todas las cosas (tirando casi todo lo que había allí, que no eran más que chismes y trastos acumulados de varios años) y habíamos ido acondicionándolo con muebles, pintura y juguetes varios para cuando llegara el momento.

En ciertos momentos había sido difícil seguir con todo aquello, sobre todo por el recuerdo constante de David. Pero Mía sabía cómo calmarme y animarme. Después de saber que estaba embarazada, me daban ataques de ansiedad con frecuencia por no saber cómo sobrellevar toda esa situación y necesitaba a mi mejor amiga para superarlo y que me obligara a ver el lado bueno. Cada vez sufría menos ataques y poco a poco fui olvidándome de David y considerándole un simple trámite para tener lo más bonito que tenía en aquel momento.

Eran las ocho y media de la mañana y esa era la hora a la que solíamos salir de casa y dejar a David a menos cuarto en el colegio para que a mí me diera tiempo a estar a las nueve en el trabajo. Hacía rato que Eric se había ido a trabajar y Mía estaba sentada en la mesa alta del salón frente a su ordenador mientras veía cómo David se revolvía juguetón para no dejarme ponerle la chaqueta. Al final me cansé.

—¡Eh! Ya vale, ¿no?

Seguía sonriendo de esa forma tan desafiante y que me recordaba tanto a su padre, pero no podía culparlo por heredarla. No pareció achantarse por mi advertencia y se escapó de mi agarre para volver a corretear hasta su habitación. Me incorporé y me llevé dos dedos al puente de la nariz, intentando armarme de paciencia.

Justamente en el momento en el que iba a ir detrás de él por enésima vez aquella mañana, llamaron al timbre.

—Yo me encargo de él, anda, que a este paso te va a dar algo—dijo Mía sonriendo y levantándose de su silla. Le respondí con un «gracias» antes de que desapareciera por el pasillo.

Caminé hasta la puerta y abrí sin mirar quien era mientras me giraba hacia el pasillo y decía lo bastante alto para que me escuchara Mía:

—Que coja las dos mochilas, hoy tiene piscina.

Entonces me giré para ver quién había llamado a la puerta y se me cayó el alma a los pies. Ahí estaba él. El fantasma que había tardado cinco años en olvidar estaba plantado delante de mi puerta con su pelo rubio y sus ojos castaños que me habían conseguido hipnotizar hacía tanto tiempo. Llevaba su característica cazadora negra y me miraba sorprendido, como si no se hubiera esperado verme allí; lo cual era absurdo porque era él quien había llamado a mi puerta.

—Hola, Emma —dijo con la misma voz con la que le recordaba y un tono avergonzado. Parecía querer sonreír de forma tímida y como si tuviera miedo a mi reacción.

Yo, por mi parte, me había quedado totalmente paralizada, mirándole y esperando que fueran imaginaciones mías; incluso si eso suponía que volvía a pensar en él, pero deseaba que no estuviera ahí de verdad. No podía volver a tenerlo en mi vida, no podía permitirle entrar otra vez para destrozarme los sentimientos y la vida que tanto me había costado formar.

—Ay, Dios, el que faltaba —dijo la voz de Mía a mi espalda y sacándome de mi parálisis momentánea.

Ví que David giraba la cara para mirar a Mía y se le borraba la sonrisa de la boca al ver al niño. Tragó saliva y pestañeó varias veces. Debió de ver que se parecía demasiado a él como para ser de Mía y Eric, o mío y de cualquier otro hombre. Aunque eso era algo imposible, yo no había vuelto a estar con nadie desde aquella noche.

Giré la cabeza y miré a Mía, que tenía agarrado al monstruito para que no

se escapara y había conseguido que se pusiera la chaqueta. Fue ver a mi niño y volver a latir mi corazón. Y mis pulmones a respirar.

—Mamá, la mochila de la piscina —me dijo de forma apremiante, obligándome a reaccionar.

—¿Mamá...? —escuché la voz de David a mi espalda y sentí sus ojos a punto de salirse de las órbitas clavados en mi nuca.

Pestañee un par de veces antes de desaparecer por el pasillo y entrar a la habitación de David con la intención de coger su mochila y el resto de sus cosas. Sin embargo, me puse tan nerviosa que no me di cuenta de cuándo Mía entró en la habitación detrás de mí y me obligó a calmarme y respirar hondo.

—Tranquilízate, no dejes que la ansiedad te controle.

—¿Qué quiere? ¿A qué ha venido ahora? ¿Por qué ha vuelto después de todos estos años? —no paraba de repetir hecha un manojo de nervios y la voz rota.

—Emmy, piensa con tranquilidad. Es obvio que ha venido por ti, ha vuelto por ti.

Yo negaba con la cabeza, cerrándome en banda a que ese fuera el único motivo de su regreso. Mía seguía intentando hacerme entrar en razón, pero parecía que ella se ponía más nerviosa solo de verme. Entonces me di cuenta de una cosa.

—¿Has dejado a David solo con él? —le pregunté saliendo de mi torbellino de histeria.

Mía no contestó y pareció darse cuenta ella sola de su error. Sin decir nada más, salí de la habitación con las mochilas de David en la mano y me quedé clavada al final del pasillo, observando cómo hablaban. *Él* se había arrodillado frente a David y hablaba de forma amistosa, pero se le notaba desconcertado.

—¿Tú quién eres? —preguntaba el monstruito con voz inocente.

—Pues... yo soy un amigo de tu mamá.

—¿Y cómo te llamas?

—David, ¿y tú?

—¡Hala! —Mi hijo se giró y se encontró con mi mirada preocupada—. Mamá, se llama como yo.

En ese mismo momento, vi los ojos de David padre clavados en mí y sin ninguna duda en ellos. Ya sabía sin necesidad de preguntar que era hijo suyo.

—Tenemos que irnos al cole —sentencié sin añadir nada más y cogí a David en brazos para salir de casa sin despedirme de nadie.

Ni siquiera me di cuenta de que había dejado a un desconocido dentro de mi casa con Mía dentro. Estaba tan alterada que lo único que me pedía el cerebro era alejarme de él.

Dejé a David en el colegio un rato antes de que empezaran sus clases (si no me equivocaba, la primera que tenía era inglés) y me dirigí al trabajo un poco más tranquila de lo que lo había estado los últimos minutos en casa. A mediodía me di cuenta de que había salido con tanta prisa que se me había olvidado coger la tartera donde tenía la comida; de modo que tuve que conformarme con un sándwich de máquina y una Coca-Cola light de lata.

Por suerte, estuve todo el día ocupada: cuando no tenía que dar clase, tenía alguna reunión de profesores o estaba con compañeros charlando con tranquilidad. Al salir del trabajo, me dirigí al colegio de David y estuve una hora viéndole jugar con sus compañeros en la piscina del recinto. Una vez a la semana iban allí para enseñarles y perfeccionar su natación. Me encantaba ir a ver lo bien que se lo pasaba. De vez en cuando me hacía señales para que lo mirase atentamente y yo se las devolvía a través del cristal que separaba la piscina de la zona donde esperábamos los padres.

Cuando salimos de allí, después de asegurarme de que se había secado bien y no corría el riesgo de coger un resfriado de camino a casa, me fue contando las cosas que había hecho ese día en el colegio y se nos hizo muy corto el recorrido. Entramos por la puerta de casa y vimos a Eric en la cocina preparándose la comida del día siguiente y a Mía sentada en el sillón que había a un lado de la televisión con expresión seria y hablando con David.

De nuevo, me sorprendió verlo, aunque esta vez no me afectó tanto como esa mañana. Cerré la puerta con llave, tensándome, y me preparé para una noche de discusiones y de no dormir. Le dije a mi hijo que fuera a ponerse el pijama y que ahora iría yo con él. Desapareció por el pasillo después de darle un beso en la mejilla a Mía y saludar a David como si lo conociera de toda la vida.

Este último me miró expectante. Ninguno de los dos nos movimos o dijimos nada. Mía decidió irse a la cocina con Eric para evitar estar incómoda y evitar que él nos interrumpiera. Oí cómo cerraba la puerta detrás de ella.

—Emma... —empezó él.

—¿A qué has venido? —dije cortante. Él pareció sorprenderse un segundo, pero enseguida aceptó mi actitud.

—Quería volver a verte.

—¿Y qué te hizo pensar que yo quería volver a verte a ti? —Calló.

Agachó la cabeza y pareció encogerse como un animalillo—. ¿Sabes cuánto he sufrido por tu culpa? ¿Cuánto he llorado? ¿Cuánto me ha costado olvidarte? Todo para que aparezcas de nuevo y decidas que ahora sí quieres estar conmigo.

—Sé que no vas a perdonarme, pero...

—Sería una estúpida si te perdonase después de lo que hiciste —le corté con una trémula risotada—. No creas que voy a dejarte entrar en nuestras vidas tan fácilmente.

—Emma... —parecía indeciso sobre cómo expresarse—, ese niño... ¿es mío?

Durante unos largos segundos, le miré sin articular palabra o hacer ningún movimiento y le observé. Parecía nervioso, tenso e incómodo. No entendía para qué había vuelto después de casi cinco años, pero una cosa tenía clara: no iba a dejar que me quitase lo más importante que tenía.

—No —contesté resuelta. Él pareció no comprender algo; supuse que el hecho de que se llamase igual que él. De modo que decidí aclararle algo—: Es mío. O como mucho, de los dos. Pero no es solo tuyo.

—No sabía que...

—¿Cómo ibas a saberlo? —volví a interrumpirle—. A menos, claro, que te lo dijera Oliver, de quien, por cierto, no he vuelto a saber nada desde hace casi el mismo tiempo que de ti.

—No he hablado con Oliver desde que me fui. Ni con nadie de mi familia. Todos han resultado ser un fraude. La primera persona a la que he venido a ver, nada más bajarme del avión, ha sido a ti.

Veía súplica en sus ojos. Súplica y arrepentimiento. Pero no iba a permitir que me ablandara otra vez. No. Ya había caído una vez en su trampa, no volvería a dejarme engañar por su bonita sonrisa y sus palabras aduladoras.

—No me vas a engatusar esta vez, David. Ya aprendí de la última.

No dejé que me contestara y me metí a la habitación del pequeño para comprobar que se había cambiado de ropa y estaba jugando sobre la alfombra. Apoyé la cabeza en el marco de la puerta y lo miré sonriendo. Era tan chiquitito y tan bueno cuando se portaba bien. Entré en el cuarto hasta donde estaba él y me senté enfrente para jugar un poco con él.

A los pocos minutos, entró Mía y cerró la puerta con cuidado. Me levanté y me acerqué a ella cuando me hizo un gesto.

—Sé que vas a decirme que no debería meterme —empezó diciendo—,



pero no creo que debas apartarle de su hijo. —Hablabas casi en susurros para que el pequeño David no nos escuchase—. Es su hijo, Emma. Puede tener la culpa de haberse largado después de haberos acostado, pero no tenía ni idea de que te habías quedado embarazada. Tal vez, si lo hubiera sabido, se habría quedado.

—Se «asustó» porque, en teoría, yo le importaba demasiado. ¿Cómo crees que habría reaccionado si hubiera sabido esto? ¿Crees que habría montado una fiesta? —dije, sarcásticamente, en el mismo tono.

—Em, no voy a decirte lo que tienes que hacer. Yo solo te aconsejo. Tú eres la que decide.

Salió de la habitación dejándome con la duda de lo que debía hacer (como hacía siempre, ¿por qué no se había dedicado a la psicología en lugar de a la literatura?). Todavía me dolía pensar en la época en la que David estaba conmigo y darme cuenta de que todo había resultado ser una mentira enorme para llevarme a la cama. Pero... si todo había sido mentira... ¿por qué había vuelto? ¿Para otro revolcón? Y se había encontrado con un niño que se parecía a él y que se llamaba igual.

Me pasé una mano por el pelo y respiré con fuerza por la nariz antes de acercarme a David y cogerlo en brazos. Dejó los juguetes en el suelo y se abrazó a mí con brazos y piernas. Salimos de su habitación y volvimos al salón, donde David se había vuelto a sentar con los codos apoyados en las rodillas y una mano tapándole la boca. Tenía la mirada perdida y parecía pensativo.

Me senté a su lado, con el niño todavía en brazos y lo senté sobre mis rodillas de cara a él.

—Bebé—dije en tono suave y cariñoso refiriéndome a mi pequeño—, ¿te acuerdas de cuando me preguntaste por qué todos los niños del cole tenían dos papás, dos mamás o una mamá y un papá, y tú solo tenías una mamá?

David se quitó la mano de la boca y se incorporó mirándome sin entender lo que estaba haciendo. Pero yo seguí sin mirarle y hablando con nuestro niño.

—Bueno. —Levanté la cabeza y miré al David adulto que me observaba desconcertado—. Este es tu papá.

El pequeño lo miró y, después de volver a mirarme a mí una vez más, se lanzó a abrazarlo por el cuello con un grito de júbilo. David no sabía cómo reaccionar; se limitó a cogerlo por la espalda y el trasero y abrazarlo con miedo sin dejar de mirarme.

Yo me levanté del sofá y fui a la cocina, donde me encontré a Mía

preparando la cena. Me apoyé de espaldas a la encimera y suspiré relajando los hombros. Ella sonrió ligeramente y me dio un par de toquecitos en el hombro a modo de felicitación.

—Creo que has hecho bien —acabó diciendo.

—¿Qué estás haciendo de cenar? —le pregunté evitando el tema.

—Unos sándwiches. Te guardé la tartera en la nevera. ¿Te la llevas mañana?

Asentí con la cabeza mientras me servía un vaso de agua y me lo bebía de un trago. Le dije a Mía que yo le haría al pequeño un filete de pollo con patatas para que cenara y así me distraía y no pensaba en que estaban los dos solos en el salón.

—¿Y Eric? —pregunté al no verle por las zonas comunes de la casa.

—Se ha acostado ya. Hoy ha venido muy cansado. Dice que hantenido que perseguir a un grupo de chavales que estaban robando televisiones de un camión y metiéndolas en una furgoneta. Y cuando han visto a los maderos, en vez de subirse a ella y largarse, han salido corriendo por patas.

Nos reímos las dos. De vez en cuando Eric volvía a casa con alguna anécdota graciosa y casi inverosímil. Me gustaba llegar a casa y encontrarme a alguno de los dos por allí. Lo hacían todo más alegre. Los echaría de menos cuando se fueran.

—¿Cuándo os vais al piso?

—En unas semanas —contestó—. No quiero dejarte sola con todo el peso del alquiler y también tener que pagar el cole.

—No te preocupes por mí. Me las apañaré.

—Em, con tu sueldo no te da para todo —me recordó, reprendiéndome.

—Bueno, puedo buscarme otro trabajo por las tardes. Tal vez pueda volver a la academia de niños y que David esté allí conmigo. Así lo tendría vigilado.

—También podrías decirle a David que se viniera a vivir aquí.

—Ah, no, eso sí que no. No me metas tanta presión. No sabes lo que me está costando dejarlos solos en el salón y pensar que está invadiendo mi vida otra vez. No quiero ni imaginarme cómo sería si viviera aquí.

—Bueno, ¿y qué tal si él lo cuida mientras tú trabajas?

—¿De qué lado estás? —La miré de manera acusadora—. Creía que entendías que no quisiera nada suyo en mi vida, que me apoyabas y hasta animabas a ello. ¿Y ahora quieres que le trate como a... un exmarido y que compartamos custodia?

—Custodia tenéis que compartir. Al fin y al cabo, tenéis un hijo en común.

Resoplé, cansada de hablar de David. Llevábamos eras sin hablar de él y en un solo día había estado más presente que en los últimos años. No le respondí con la esperanza de que lo dejara pasar y no me agobiase, y pareció funcionar.

Cuando tuvimos la cena preparada (incluida la de nuestro invitado), volvimos al salón y vi a padre e hijo jugando sobre la alfombra haciendo algún puzle que había sacado David de su habitación. Dejé el sándwich de David delante de él, sobre la mesa de café y coloqué el mantelito que utilizaba para poder dar de comer y cenar al peque mientras veía la tele. Cogí el mando de la misma y lo encendí para poner algún canal infantil. Dejó el puzle en cuanto vio que podía empezar a devorar su filete de pollo empanado e hizo eso mismo con la mirada clavada en la televisión.

—Gracias por dejarme con él —dijo David sacándome de mis pensamientos y mientras cogía el plato de su sándwich.

—Eres su padre, a fin de cuentas —contesté tirante pero no tanto como al principio de la tarde—. No voy a ser la madre bruja que no le deja ver a su padre.

Seguimos comiendo en silencio, sentados en el mismo sofá, pero cada uno en un extremo, sumidos en un silencio tan tenso que asustaba. Y, de hecho, Mía debió de sentirse tan incómoda como para despedirse e irse a la cama nada más terminarse su cena. Intenté pedirle con la mirada que no me dejara sola pero no quiso mirarme.

—¿No tienes que irte a casa? —acabé diciendo.

—¿Qué casa? —intentó bromear con una sonrisa sarcástica pero no surtió efecto. Enseguida la abandonó—. La otra vez me quedé con Oliver y sus padres. Ahora no estoy en buenos términos con mi familia y no tengo dónde quedarme.

—Puedes dormir aquí —intervino nuestro retoño apartando la mirada de la televisión y girándose para mirarnos—. ¿A qué sí, mamá?

Los dos me miraron, esperando una respuesta, pero yo no supe qué decir. Volví a quedarme bloqueada, alternando la mirada entre ellos.

—No te preocupes —dijo David—. Encontraré algún sitio para dormir.

—Está bien, puedes quedarte —accedí con tal de no sentirme mal—. Ahora te traigo unas mantas y abro el sofá.

Fui por el pasillo hasta la habitación de David y saqué del armario

superior unas mantas y un almohadón. No pensé que esperara que le dejase dormir conmigo como la última vez, y, si lo había pensado, es que de verdad solo había vuelto a por un polvo rápido y no porque yo le importase de veras.

Volví al salón y me encontré con que ya había abierto él solo el sofá.

—Me acordaba de cuando nos tumbábamos aquí —contestó sin que le preguntase.

No quise recordar las veces que habíamos estado tumbados en ese mismo sofá-cama viendo películas y, mucho menos, quería recordar las veces que habíamos estado a punto de besarnos en ese mismo lugar. Todavía dolía.

Dejé las mantas en una esquina del sofá y me agaché para coger a David en brazos. Ya era la hora de que se acostase.

—No tengo sueño —se quejó sin resistirse.

—Ya, pero es que mañana vuelve a haber cole y tenemos que madrugar. Así que ahora toca dormir.

Volví a su habitación y lo metí en la cama. Decía no tener sueño, pero se frotaba los ojos y enseguida se acurrucó en su almohada, cerrando los ojitos marrones verdosos, mezcla de los míos con los de David. Lo tapé un poco con su manta y salí del cuarto cerrando la puerta despacio y apagando la luz. Después, fui al salón para comprobar si David necesitaba algo más.

—No, con esto me apaño. Gracias—volvió a decir con una sonrisa simpática que yo no le devolví.

—Vale. Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Desaparecí por el pasillo y cerré la puerta de mi habitación cuando estuve dentro. Me cambié de ropa y me puse un pantalón largo de tela y una camiseta de tirantes a modo de pijama. Estábamos en pleno mayo y empezaba a hacer calor. Me metí en la cama con la vana esperanza de caer rendida a Morfeo en segundos, pero nada más lejos de la realidad.

Desde que había llegado a casa, había intentado controlar mi respiración y mi ritmo cardíaco mientras David estaba cerca para dejarle claro que las cosas no iban a ser como lo habían sido hacía cinco años. Sin embargo, fue tumbarme en la cama, territorio sagrado para mí y mi santuario, donde podía desahogarme todo cuanto quisiera, y sentí un escalofrío que vino acompañado por unos latidos acelerados de mi corazón y varios suspiros.

Me llevé las manos a la cara y traté de normalizar mi respiración a base de hondas bocanadas. No entendía por qué me había alterado de esa forma. Estaba enfadada, dolida y le guardaba muchísimo rencor; eso lo tenía claro.

Pero no era normal la forma en que me había sentido al verlo parado frente a mi puerta. No sabría describir lo que sentí en ese momento. Nostalgia. Angustia. Ansiedad. Ansiedad de él. Miedo. Enfado. Puede que incluso alivio... ¿Alivio? ¿Por qué? Tal vez por volver a tenerle en mi vida incluso si era odiándolo. Pero... yo no lo odiaba.

Conseguí dormirme con ese último pensamiento en la cabeza.

Me desperté de madrugada por el calor que me daba la sábana que tenía encima. Me levanté de la cama y salí de mi habitación para beber un poco de agua en la cocina. Pasé por delante de David, tumbado en el sofá-cama, y no dije nada. Por una parte, pensé que estaría dormido y, por otro lado, no me apetecía hablar con él. Seguía teniendo esos malditos sentimientos encontrados.

Al volver de la cocina, en cambio, fue él quien habló:

—¿No puedes dormir?

Me detuve junto a la pared que había justo antes de entrar en el pasillo y desde la cual él no podía verme. No dije nada, pero, de alguna manera, él sabía que estaba ahí.

—Yo tampoco —contestó a la pregunta no hecha y le oí suspirar mientras se incorporaba—. No paro de pensar.

Salí de mi escondite, pero me quedé de pie junto al sofá sin decir nada. No sabía qué decirle, todavía estaba confusa por los sentimientos que había despertado en mí. Tanto los buenos como los malos.

—No sé qué esperabas viniendo aquí ahora —susurré de forma calmada.

—Yo tampoco —repitió. Suspiró—. Supongo que, en algún lugar de mi cabeza, pensé que sería buena idea. Que podría recuperarte y que podríamos estar juntos.

No contesté. A esas alturas, tenía la certeza de que los dos éramos conscientes de que no volvería a haber nada entre nosotros.

—Creo que ese momento ya pasó —contesté—. Hace cinco años. Ahora lo único que podemos hacer es intentar llevarnos bien por el bien de David. No creo que le gustase vernos peleados o sin hablarnos. —Hablar por las noches a oscuras me tranquilizaba y sacaba la parte más sensata y madura de mí. ¿Por qué no lo hacía más a menudo con Mía?—. Solo quiero pedirte una cosa. —Me giré para mirarle casi suplicante—. No lo apartes de mí. Es lo más importante que tengo.

—Jamás haría eso, Em. —Em... Volvía a llamarme así. No sabía si quería que lo hiciera o no—. Ahora mismo lo más importante para mí sois vosotros dos.

No le corregí, incluso si lo que tendría que haber dicho era que *él* era lo más importante, yo no tenía cabida en esa ecuación. Suspiré y me giré para volver a meterme en mi habitación, pero él me detuvo.

—Em—me llamó y volví a girarme para verlo de pie a unos pocos pasos de mí. Apenas podía distinguir los rasgos de su cara pero sabía que me estaba mirando suplicante y con expresión melancólica—, me gustaría hablar de lo nuestro.

—¿Qué «nuestro»?

—Pues... lo que tuvimos, lo que debimos tener, lo que...

—Lo que debimos tener —le interrumpí con suavidad todavía hablando en susurros—ya no podemos tenerlo. Ese momento ya pasó y ahora tenemos que centrarnos en nuestro hijo.

—Lo entiendo, pero nosotros...

—David, no hay un «nosotros» —volví a cortarle sin querer parecer cortante. Casi podría decir que se me escapó algún ápice de nostalgia entre mis palabras—. Nunca lo hubo. Y no lo va a haber ahora. Son cosas demasiado grandes como para pasarlas por alto.

—¿Es porque me marché?

Sonreí levemente. Todavía hacía falta que se lo dijera directamente.

—Claro que es porque te marchaste. Me abrí completamente a ti, te dejé entrar en mi vida, me... —¿debía atreverme a decirlo?— me enamoré de ti. Y cuando más cerca estábamos de conseguirlo, te fuiste y me dejaste una mísera nota. Ni siquiera diste la cara. Fuiste un cobarde.

—Lo sé. Pero no solo por lo de la nota. Fui un cobarde por huir de mis sentimientos, por alejarme de la única persona que me había hecho sentir algo y por tener miedo al cambio. Tuve miedo, Em, y por eso me marché. Lo siento.

—¿Te acuerdas de lo que le dije a Marcos cuando me pidió perdón por intentar violarme estando borracho? —Gracias a las luces de las farolas que se colaban por la persiana del salón, pude ver que negaba con la cabeza—. «Sentirlo no lo va a cambiar». No podemos volver al pasado y cambiar lo que hicimos o cómo hicimos las cosas. Solo podemos aprender de nuestros errores para no volver a cometerlos.

Aunque pudiera parecerlo, no estaba enfadada en ese momento. Es más, me sentí aliviada al decirle todas las cosas que pensaba o, al menos, cómo

pensaba que debíamos actuar a partir de entonces. Volví a darle las «buenas noches» y me metí en mi habitación. Volví a tumbarme en la cama y acurrucarme sobre la almohada.

Con los ojos abiertos y fijos en la pared, repasé todo lo que habíamos hablado David y yo hacía unos minutos. Quise pensar que ya habíamos aclarado la situación y que, desde esa misma noche, nos comportaríamos como adultos donde lo más importante era el hijo que compartíamos y que debía ser el centro de nuestra atención. No había cabida para romances entre nosotros; ya no. Como le había dicho a él, nuestro momento había pasado y lo mejor era olvidarse de ello y no seguir dándole vueltas.

Cerré los ojos y esta vez no me costó tanto conciliar el sueño.

## Capítulo 9

Al día siguiente, el monstruito no dio tanta guerra para prepararse como el día anterior. David se levantó para ayudarme a vestirlo y darle de desayunar mientras yo recogía todas sus cosas y preparaba su mochila del colegio. Mía se levantó detrás de nosotros y se quedó apoyada en el marco de la puerta de la habitación de David con una sonrisa torcida, signo de que iba a decir algo molesto.

—Parecéis una familia normal —dijo burlona.

Yo la fulminé con la mirada para que no insistiera más en el tema de David y yo. Él pareció hacerse el sordo y no entrar al juego; aunque tampoco tenía mucho tiempo, el peque estaba tan dormido y David tenía tan poca práctica vistiéndolo que la simple tarea de ponerle la ropa estaba resultando ser un verdadero galimatías para ellos. Al final lo consiguió y pudimos llevarlo a la cocina para que desayunara su Cola-Cao con galletas como todas las mañanas.

—¿Puedes recogerlo esta tarde del cole? —le pregunté a David mientras terminaba de recogerme el pelo y entraba en la cocina para ver cómo le daba de desayunar a nuestro hijo—. Te daré la dirección del colegio.

—¿Quieres que vaya yo? —contestó mirándome con los ojos muy abiertos.

—Tengo una tutoría con un alumno después de las clases y saldré una hora más tarde. Normalmente va Mía cuando yo no puedo, pero...

—Lo haré —me interrumpió con urgencia y emoción—. Iré yo a buscarlo.

Asentí con la cabeza y mostré un atisbo de sonrisa, agradeciéndoselo. Volví a salir de la cocina para recoger mis cosas y respiré hondo. Me había costado dar aquel paso de incluir a David en nuestra rutina diaria, pero debía hacerlo si íbamos a tener una relación cordial por el bien de nuestro niño. Salimos de casa después de ponerle la chaqueta al monstruito y David decidió acompañarnos para conocer el colegio. Cuando llegamos allí, le conté a su



profesora que yo no podría ir a recogerlo aquella tarde y que sería su padre quien lo hiciera.

Como era de esperar, David seguía teniendo el mismo efecto en las mujeres. En cuanto la joven profesora de infantil (que tendría los mismos veinticinco años que tenía yo como mucho) lo vio, le brillaron los ojos y sonrió de esa manera tan tonta que ya había visto en otras chicas cuando miraban a David. En cambio, esta vez me di cuenta de que la sonrisa de David había cambiado; ya no era de superioridad y autosuficiencia, como la que había utilizado para seducir a las chicas cinco años atrás, cuando nos habíamos conocido. Ahora su sonrisa era mucho más madura y no mostraba ningún tipo de interés con la mirada. Estrechó la mano de la profesora como quien cierra un trato muy formal.

Nos despedimos de ella y David insistió en acompañarme al trabajo.

—No hace falta que lo hagas —insistí por enésima vez.

—Debería saber dónde trabajas por si algún día te pasa algo o David necesita algo y solo puedo localizarte aquí.

Puse los ojos en blanco y acepté que no me libraría de él hasta llegar al centro de idiomas. Apenas hablamos en todo el camino, estábamos sumidos en un constante silencio de lo más incómodo y, por una vez, estaba ansiosa por llegar al trabajo. En cuanto estuvimos frente al edificio, David me dijo que pasaría el día buscando trabajo y una habitación para alquilar. Acabé diciéndole que podría quedarse en casa cuanto le fuera necesario. A veces era demasiado blanda. También dijo que, si necesitaba cualquier cosa, seguía usando el mismo número de teléfono y podría localizarlo ahí. Nos despedimos y entré en el edificio cuando le perdí de vista.

Como el día anterior, no tuve mucho tiempo para pensar en cómo lidiar con la vuelta de David y cómo iba a trastocar eso el estilo de vida que habíamos llevado durante los cinco años en los que él no había estado. Igualmente, y sin poder evitarlo, cierta parte de mí estaba intranquila con el hecho de que fuera a ser él quien recogiera a David del colegio y no Mía o yo. Quise refugiarme en la excusa de que el instinto maternal me impedía alejarme demasiado de mi pequeño si no confiaba del todo en algunas personas. Y sí, todavía no confiaba del todo en David.

Durante la tutoría con un alumno de nivel intermedio, tuve la cabeza en otro asunto y de vez en cuando me encontraba con que no sabía de qué estábamos hablando.

—Perdona, ¿qué decías? —pregunté, incómoda, al darme cuenta de que

llevaba un par de minutos mirándome esperando una respuesta.

—Te preguntaba si crees que estoy preparado para presentarme al examen oficial. Llevo ya un año y creo que voy bien. Los simulacros de exámenes los apruebo... La gran mayoría. Y creo que soy el que mejor nivel tiene de toda la clase.

—Ah... —eché un vistazo a sus exámenes—. Sí que apruebas casi todos los exámenes que hemos hecho, pero con una nota muy raspada y compensando las partes que te salen regular con las que te salen bien. No creo que debas arriesgarte a suspender por unas pocas décimas si tienes mala suerte o te pones nervioso.

—Pero...

—Escucha —le interrumpí de forma delicada—, ¿por qué no hacemos una cosa? Vamos a esperar a terminar el curso en junio y, si entonces veo que has mejorado y que tienes buen nivel, entonces hacemos los trámites para que te presentes a examen, ¿vale? Y en el caso de que no sea así, podrías probar con el curso de verano, que solo dura un mes y te ayuda a reforzar más intensamente para el examen de agosto. ¿De acuerdo?

A regañadientes, conseguí convencerlo de que era lo mejor y me dijo que intentaría esforzarse más y poder hacer el examen cuanto antes. Salí antes de la hora extra que tenía prevista tardar en la tutoría, pero, de todas maneras, no me daba tiempo a llegar al colegio a recoger a David. Recordé que tenía algunas cosas que comprar y le mandé un mensaje a David diciéndole que tardaría un poco más en volver a casa y que Mía le ayudaría a bañar al peque en lo que yo llegaba.

Entré en el supermercado y compré todo lo que tenía apuntado en una nota del móvil y que faltaba en casa. Se trataba sobre todo de cosas para el peque y alimentos básicos para nosotros. Pagué en la caja y decidí no entretenerme más; necesitaba llegar a casa y asegurarme de que todo iba bien. De modo que decidí volver a casa directamente y, cuando entré por la puerta, me encontré con el peque correteando por el piso, riéndose y con la mitad del pijama puesto.

—Hola, bebé —dije cogiéndolo en brazos y dándole un beso en la mejilla. David llegó por el pasillo con gesto cansado y pareció aliviado al verme—. Te está volviendo loco, ¿verdad? —Él asintió con la cabeza y la camiseta del pijamita en la mano—. Suele ponerse revoltoso cuando toca pijama. Si dejas que se lo ponga él solo, lo hará sin rechistar. Le gusta hacer cosas por sí solo para parecer mayor. Por eso no deberías darle de desayunar

tampoco, él ya sabe que no debe manchar.

Caminé hasta su lado y, con la mano que tenía libre, cogí la camisetita y entré en la habitación de David. El padre me siguió y observó cómo le ponía el resto de la ropa y le hacía alguna pedorreta para que estuviera calmado. Después, dejé que fuera al salón a ver la tele y jugar. David seguía apoyado sobre el marco de la puerta con gesto abatido.

—Puede conmigo —admitió.

—Solo llevas dos días con él. Todavía no has tenido tiempo de cogerle el truco a esto de ser padre. —Él sonrió de medio lado. Salí de la habitación y me paré frente a la puerta del baño—. ¿Dónde está Mía, por cierto? ¿Te ha ayudado a bañarlo?

—Sí, estaba aquí cuando he venido; decía que estaba trabajando. Me ha ayudado y luego se ha ido cuando Eric la ha llamado por teléfono por algo de un piso.

—Ah, sí, tú no lo sabes. Se van a mudar juntos. Llevan un mes o así amueblándolo y dentro de poco se irán allí a vivir definitivamente. Su habitación está casi vacía por eso, tienen ahí lo justo para poder dormir y vivir.

—¿Y te vas a quedar sola? —Asentí con la cabeza y me encogí de hombros—. Em, ¿por qué no me lo has dicho? Puedo quedarme y compartir gastos. Así no se te haría tan cuesta arriba.

Tardé unos segundos más de lo necesario en contestar.

—Creo que puedo apañármelas sola.

—No me quieres aquí.

—No es eso —mentí—. Quiero que estés cerca de David, eres su padre, ya te lo dije.

—Pero no me quieres cerca de ti.

Me quedé mirándolo fijamente y él hizo otro tanto. Ninguno de los dos dijo nada. Él no me lo había preguntado; directamente lo había imaginado. Acabé apartando la mirada y suspiré.

—Voy a darme una ducha antes de hacer la cena.

Cerré la puerta detrás de mí y me quedé unos minutos apoyada de espaldas a ella. Realmente no había pensado en si quería tenerlo cerca o no. Lo que más me había preocupado era la reacción de David al ver a su padre y cómo iba a cambiar su vida el hecho de tenerlo en ella. De momento, no había afectado mucho a nuestro estilo de vida; es más, podría decir que lo había facilitado, pero eso no lo admitiría delante de él porque sería darle más

motivos para quedarse en casa. No estaba del todo segura de si quería que se quedase o que se fuera y que cada uno hiciera su vida sin tener que vernos las caras y evitando situaciones incómodas. Pero... sin contar los primeros minutos que habíamos estado juntos, no habíamos tenido situaciones incómodas o tensas. Estábamos centrándonos en nuestro hijo, que era lo importante y lo único que tenía que importar.

Salí del baño después de darme una ducha rápida y me puse ropa cómoda en mi habitación. Luego volví a la cocina, pasando por el salón para comprobar que todo estaba en orden, y empecé a hacer la cena. Puse a calentar en un cazo la sopa de fideos que le tocaba cenar a David esa noche, según el menú que había colgado en la nevera. Me asomé al salón y miré al David adulto, el cual me devolvió una mirada inocente y la sonrisa que había estado dedicándole a nuestro hijo. Se me encogió el corazón por algún motivo.

—¿Quieres cenar algo en particular?

—Lo que tuvieras pensado para ti. Me adapto a lo que sea.

—Pensaba hacerme una tortilla francesa. ¿Quieres otra?

—Vale.

—¿Y yo qué cenó? —preguntó el monstruito metiéndose en la conversación y con tono exigente.

—Sopa —contesté.

—¡Jo! No quiero sopa —protestó.

—¿Qué has comido hoy en el cole? —pregunté a sabiendas de la respuesta.

—*Chicha* y patatas.

—Pues ahora toca sopa. Y de postre una manzana. —Volvió a protestar. David nos observaba medio sonriendo, parecía divertirse—. Venga, no protestes. Mañana es viernes, y ¿qué toca los viernes?

—¡Pizza! —gritó volviendo a estar contento—. Viernes de pizza.

Me metí de nuevo en la cocina y empecé a hacer las tortillas. Sentí que vibraba mi móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón y, al sacarlo, me encontré con un mensaje de Mía: «Vamos a cenar algo fuera y probablemente lleguemos un poco tarde. Así que no nos hagas nada de cenar y no nos esperes despierta». Aunque no me dio ningún motivo para su retraso, me imaginé que querrían «estrenar» el piso a su manera y ese era el único momento del día.

Terminé de hacer la cena y llamé a David para que se sentara en el sitio donde siempre desayunaba para tomarse la sopa. Normalmente dejaba que cenase en el salón viendo la televisión, salvo cuando le tocaba cenar algo de

cuchara ya que corría el riesgo de que manchara algo. Además, estaba más cómodo en una mesa normal.

Cenamos los tres mientras David nos contaba cosas que le habían pasado hoy en el colegio con todo el entusiasmo del mundo. Nos reíamos y bromeábamos como una familia normal y sentí cierta calidez dentro de mí. En menos de dos días me había acostumbrado a tener a David de nuevo en mi vida y en la de nuestro hijo. O puede que me hubiera obligado a mí misma a acostumbrarme por el bien del pequeño. Este parecía haberle aceptado con total naturalidad y simpatía y disfrutar de su compañía. Eso me tranquilizó.

Después de cenar, David me ayudó a recoger la cocina mientras el monstruito se entretenía con algún juego sentado sobre la alfombra del salón.

—Bueno —rompió él el silencio—, cuéntame algo de tu vida. Seguro que tienes mucho que contarme.

—Creo que más bien, tal vez, deberías ser tú quien me contara algo de su vida. Por ejemplo, dónde has estado todo este tiempo.

No quise sonar borde o cortante, pero de verdad pensaba que me merecía una explicación y saber qué había sido de él esos cinco años que no había estado conmigo. Entendía que no supiera de nuestro hijo y de verdad quería pensar que, si hubiera sabido de su existencia, se habría presentado en el menor tiempo posible. Sin embargo, creí que merecía saber lo que había estado haciendo.

—Volví a Francia, como te dije en la nota. Quería... Quería pensar y aclarar mis ideas. No sabía qué debía hacer y yo estaba en una mala época, peleaba conmigo mismo por muchas cosas. No quería arrastrarte.

—No te he preguntado por qué te marchaste. Y no quiero oírlo si vas a decirme lo mismo que escribiste antes de irte. Ya me sé de memoria lo que ponía en ese papel.

—Busqué un trabajo y he estado haciendo eso estos cinco años —contestó por fin a mi pregunta—. No he dejado de pensar en ti. No ha habido un día en el que no lo hiciera. Quería volver, quería estar contigo otra vez y verte sonreír como solo hacías cuando estabas conmigo. Volver a tumbarnos en ese sofá a ver alguna película y acabar a punto de besarnos antes de que alguien nos interrumpiera, como nos había pasado tantas veces.

—Te lo dije anoche —le interrumpí antes de que siguiera—: no podemos volver al pasado. Solo aprender de él.

Y salí de la cocina antes de que me replicase cualquier cosa. Se me había acelerado el corazón e, inconscientemente, había cerrado los ojos, recordando

aquellos momentos y pensando en lo lejos que quedaban ahora de nosotros. Quise llorar de la misma forma desconsolada en que lo había hecho cuando se fue. Pero me contuve. Me tragué las lágrimas y fingí que no me afectaban sus palabras.

Cogí a David del suelo y le llevé a la habitación para meterlo en la cama. Sabía que tenía sueño, se le notaba en la cara, y sabía que caería rendido en cuanto su cabecita rubia tocara la almohada. Y así fue. Me quedé mirándolo desde el umbral de la puerta cuando ya había apagado la luz, y pensé que no debía dejarme afectar. Tenía que aguantar y ser fuerte por él.

Tragué con fuerza y apreté los ojos para no llorar. Cerré la puerta de su habitación y volví al salón, donde David ya había abierto el sofá-cama y estaba sentado en el borde, frotándose los ojos. Se había cambiado de ropa y se había puesto cómodo para irse a dormir. Dudé un momento antes de decidir no pensarlo más y me senté a su lado. Ninguno de los dos dijo nada. Hasta que mi voz temblorosa rompió el silencio.

—A mí también me gustaría volver a aquel entonces. Estar juntos y que todo hubiera sido diferente. Pero no puedo. No podemos —me corregí. Él seguía sin levantar la cabeza, pero sabía que estaba escuchándome con atención. Respiré hondo antes de continuar—: ¿Quieres saber cosas de mi vida estos últimos años? ¿Quieres que te diga todo lo que he sentido estos cinco años? He sentido de todo, la verdad. Cuando leí la nota, sentí cómo me rompía por dentro. Te odié muchísimo y lloré más que en toda mi vida.

»Igual que cuando me enteré de que estaba embarazada; lo pasé muy mal. Dudaba sobre si debía tenerlo o no porque, ¿qué clase de vida le iba a dar? Apenas era una estudiante de segundo año de carrera. No tenía un trabajo a tiempo completo, no tenía una casa propia, no tenía nada que ofrecerle. Y lo intenté; intenté abortar, pero no pude. Y, como has visto, al final lo tuve, aunque todo me indicara que no debía. Mía y Eric me ayudaron mucho.

»Después del parto, tuve depresión. Ahora es un poco más mayor, pero cuando no era más que un recién nacido, lloraba muchísimo y yo no sabía cómo calmarlo. No sabía si tenía sueño, hambre, si debía cambiarle el pañal... Estaba completamente perdida. Estaba tan concentrada en él y en no perder la cabeza que durante esa época ya casi no pensaba en ti.

»Pero antes de eso, te echaba muchísimo de menos y me regañaba por ello. No quería tenerte en mi cabeza, no quería pensar en ti porque me habías hecho mucho daño. Siempre te he guardado rencor, aunque prácticamente te tenía olvidado. Después de un tiempo, dejé de pensar en ti y se podría decir

que actuaba como si no existieras: solo eras un fantasma. Y, sin embargo, cuando te vi ayer delante de mi puerta, sentí miedo. Me entró el pánico de volver a verte, de volver a caer y dejarme engañar. Y lo peor era que temía que a él le hicieras lo mismo: que vinieras por algo en concreto y volvieras a marcharte, esta vez dejándonos a los dos atrás. No podría volver a levantarme si sucediera otra vez y le hicieras daño a él también, David.

—No voy a irme —dijo con voz queda cuando hube terminado de hablar—. No voy a volver a huir y no quiero seguir siendo el que te hace llorar.

Levantó la cabeza y me miró muy serio y con ojos suplicantes. Parpadeé varias veces, apartando la mirada de él, para disipar las lágrimas que se habían formado en mis ojos y me pasé los dedos por debajo de las pestañas. Tragué saliva y respiré hondo antes de decir:

—Tal vez esta vez sí que nos salga bien lo de ser solo amigos.

Él siguió mirándome con fijación, pero acabó suspirando y asintiendo lentamente con la cabeza. Pasamos varios segundos en silencio y evitándonos con la mirada hasta que decidí dar el primer paso. Alargué el brazo para coger el mando de la televisión y encenderla. Me acomodé en el sofá, cruzando las piernas, y apoyé la espalda en el respaldo. A los pocos segundos él me imitó.

—Acabé la carrera, por cierto —quise charlar en un tono amistoso. Él me miró de soslayo, interesado—. Un año más tarde por el embarazo y eso, pero la terminé. Conseguí una beca para un máster y acabé hace un año. Ahora no doy solo clases de inglés, también enseño francés en niveles bajos y lo estudio por mi cuenta cuando tengo tiempo.

—*Parles vousfrançais?* —dijo con una sonrisa torcida.

—*Un peu*—contesté con temor a equivocarme.

—*Je pourraisvousaider à améliorervotrefrançais si vousvoulez.*

Me quedé mirándolo varios segundos intentando adivinar qué acababa de decir. La forma en la que yo aprendía francés no me enseñaba a hablarlo con fluidez, simplemente aprendía las cosas básicas de gramática escrita para poder enseñarlas en el centro de estudios.

Al final, no lo averigüé y acabó entrándome la risa tonta. Esa risa que le contagié.

—Vale, ahí me he perdido.

—Decía que si quieres, puedo ayudarte a mejorarlo.

—Creo que ha quedado demostrado que me hace falta mucha ayuda —declaré todavía riéndome de mi pésimo nivel de francés.

En aquel momento, entraban Mía y Eric por la puerta con aspecto

cansado y despeinados pero radiantes. Efectivamente, habían ido a estrenar la casa. Mía se sorprendió de vernos riéndonos y con un ambiente nada tenso. También yo me sorprendí por la facilidad con la que habíamos acabado teniendo una conversación con toda la confianza del mundo.

—Hola —nos saludó mi amiga dejando las llaves en el cenicero junto a la puerta y acercándose con curiosidad. Eric nos dirigió un movimiento de cabeza antes de meterse en la cocina; seguramente no habrían cenado—. ¿De qué hablabais?

—He intentado tener una conversación en francés con David y ha sido un fracaso total —contesté llevándome las manos a la frente.

Mía asintió y de repente pareció desinteresarse en la conversación. Se dio la vuelta y se metió en la cocina con Eric. Aunque no lo demostrase, sabía que estaba preocupada por mí. No era insensible y sabía que me había afectado su regreso. Incluso si no me decía nada directamente, había situaciones en las que yo la veía pendiente de mí y de mis reacciones. En silencio se lo agradecía. Siempre habíamos sido como hermanas, para las cosas buenas y para las malas. Pero, por suerte o por desgracia, las cosas malas no habían llegado hasta hacía unos años.

Seguimos viendo la televisión durante un buen rato más en el que hacíamos comentarios esporádicos y no teníamos ningún tipo de incomodidad entre nosotros. Costaba admitirlo, pero me sentí a gusto con él.

Mía y Eric se despidieron de nosotros diciendo que necesitaban descansar. Claro... había sido muy duro tener que estar toda la tarde dándole al tema en un piso recién amueblado. Rodé los ojos y preferí no hacer comentarios sobre ello.

David y yo acabamos viendo un *reality* de supervivencia en la selva al que no prestaba demasiada atención y que no terminaba de gustarme. Llegó un momento en que no podía aguantarme los bostezos cada medio minuto y decidí irme a la cama también. Me levanté y me despedí de él dándole las buenas noches. Eché un último vistazo a la habitación de David para comprobar que estaba bien y me metí en mi cuarto para ponerme el pijama e irme a la cama.

Apenas habían pasado dos días desde que David había vuelto a mi vida y se había metido de lleno en la de nuestro hijo. Pero sentí que las cosas iban a empezar a asentarse y poco a poco nos adaptaríamos a tener una persona más en nuestro día a día. David y yo íbamos a centrarnos en el peque como nuestro único centro de atención y eso era lo único que importaba. Incluso si su regreso había removido algunos sentimientos dentro de mí, no dejaría de



enfocarme en lo que era verdaderamente relevante.

Tenía razón. Las cosas se fueron asentando y poco a poco David y yo prácticamente nos compenetrábamos en lo que a asuntos del niño se refería. Cuando uno no podía hacer algo, el otro se las apañaba para cubrir ese hueco; siempre intentábamos hacérselo más fácil el uno al otro. David encontró trabajo en un pequeño negocio a mitad de camino entre nuestra casa y el colegio. Por lo que podía llevar a David por las mañanas y luego entrar a trabajar. Esto nos vino bastante bien a los dos porque así no teníamos que despertar al peque demasiado pronto para dejarlo antes de tiempo en el colegio y que a mí me diera tiempo a llegar al trabajo.

Mía y Eric pasaban las mañanas trabajando y gran parte de las tardes arreglando cosas del piso nuevo. Tenían que ultimar los detalles de los pagos y terminar de amueblar algunas habitaciones. Mía decía que no quería enseñarnos nada todavía hasta que no estuviera perfecto. Y, conociéndola, eso le llevaría tiempo, dado lo indecisa que podía llegar a ser en cosas tan poco triviales como si un cuadro estaba torcido o no.

El viernes de la semana siguiente, la parejita se fue a cenar a casa de los padres de Eric y nos quedamos los tres solos. El monstruito estaba entusiasmado porque su padre le había dicho que veríamos *Buscando a Nemo*, una de sus películas favoritas. Pedimos pizza por teléfono, como todos los viernes, y cenamos sobre la mesa de café del salón mientras hablábamos de nuestro día. Quería que David no se acostumbrase a comer y cenar viendo la televisión y que pasara tiempo hablando con nosotros.

—Y Carlos le tiró a Sofia del pelo por quitarle el lápiz rojo.

—Carlos no se porta bien —dije cortándole un trozo de pizza—. Debería haberle dicho a Sofia que se lo devolviese antes de tirarle del pelo.

—La *seño* los regañó a los dos. Porque ella lo había cogido sin permiso.

—Me parece bien —proseguí—. Las cosas tienen que pedirse por favor.

Puse su porción de pizza de jamón y queso sobre el trozo de cartón que estaba usando como plato y empezó a morderlo con ansia. Le conté a David que me habían pedido dar las clases del curso de verano del nivel bajo de francés, además de varios niveles de inglés, y le pedí ayuda para mejorar durante el mes de junio, antes de que empezara el curso.

—Claro. ¿Qué es lo que peor llevas?

—Creo que el tema de hablarlo y el vocabulario. La gramática no la

llevo mal, pero no me importaría reforzarla.

—De acuerdo. ¿Cómo piensas pagarme?

Se me escapó una carcajada y una expresión incrédula.

—¿Pagarte? Vives en mi casa por la cara. Deberías pagarme tú a mí. Las clases de francés podrían considerarse un pago. E, incluso en tal caso, me parece que el que sale ganando eres tú.

—Vale, vale, no hace falta que me mates —bromeó levantando las manos.

—¿Por qué vosotros no os dais besos nunca? —nos interrumpió el peque.

David y yo nos quedamos observándolo por la mirada inocente que nos dedicaba, con la cara manchada del tomate de la pizza. Nos miramos entre nosotros y vi que él fruncía el ceño ligeramente antes de mirarme los labios. Entonces me giré hacia nuestro hijo y contesté:

—¿Por qué nos preguntas eso?

—Los papás de los otros niños se dan besos en la boca. Yo creo que es asqueroso, no quiero besar a una niña en la boca nunca.

—Cuando seas mayor, pensarás otra cosa —dijo David antes de darle un trago a su lata de Coca-Cola.

—Daos un beso —nos exigió el monstruito—. Quiero ver cómo os lo dais.

Me quedé atónita por la exigencia con la que nos lo pedía. Miré a David sin saber qué hacer y él me miró fijamente con la misma intención. Terminó de tragar el trozo de pizza que tenía en la boca y se acomodó más cerca de mí. Yo lo miré con los ojos muy abiertos sin poder creer que de verdad fuera a hacerlo.

—¿Qué? Solo es un beso, Em, un piquito y nada más.

Acabé suspirando y, después de limpiarme las manos en una servilleta, me acerqué a él también. Me quedé quieta mientras él se acercaba a mi cara, torciendo la cabeza, muy lentamente. Sabía que nuestro hijo de cuatro años y medio nos estaba mirando con atención y eso me puso más nerviosa. Miré fijamente la boca de David mientras se acercaba a mí; me pareció ver un ligero tembleque en su labio inferior. Cerró los ojos y yo lo imité. Sentí sus labios rozando los míos con suavidad y después su respiración alejarse.

No mentía, solo había sido un piquito.

—Ag, qué asco —se quejó el peque—. Os habéis dado un beso.

—Nos lo has pedido tú —contestó su padre volviendo a morder un trozo de pizza.

—Qué asco —repitió.

—Ven.

Reaccioné después de unos segundos de desconcierto y de no saber qué había sentido, y me lancé sobre mi pequeño para hacerle cosquillas y darle varios besos sonoros en la cara. Él intentaba resistirse, pero no podía escapar de mi abrazo. Al final lo solté y se limpió la cara con la manga del pijama. Yo me reí con tal de no volver a hablar del beso que nos acabábamos de dar David y yo, y propuse poner la película ya. Así no tendríamos que hablar durante una hora y media.

David y yo nos quedamos sentados cada uno en un extremo del sofá mientras el pequeñajo se estiraba a lo largo, apoyando la cabeza en mi regazo y los pies en el de su padre. Cuando llevábamos un poco más de media película, me di cuenta de que se había quedado dormido.

Lo cogí en brazos y, tratando de no despertarlo, lo llevé hasta su habitación. Lo recosté en su camita y dejé que se acomodara él solo. Tenía esa respiración pesada que me indicaba que estaba teniendo un sueño profundo. Sonreí mirando a mi bebé durante un minuto más y luego salí de la habitación dejando la puerta entreabierta. Volví al salón y me senté de nuevo en el sofá con una pierna doblada y gesto agotado.

—¿Estás cansada?

—Un poco —respondí mordiendo un trozo de pizza ya fría—. Hoy ha sido un día bastante ajetreado. Parecía que todos estuvieran deseando salir de allí para celebrar el fin de semana y perderme de vista.

—Deja que lo recoja yo, anda, quédate relajada un rato.

—Gracias.

Se levantó de su sitio y empezó a recoger la caja de cartón de la pizza junto con los vasos de refresco. Lo llevó todo a la cocina y volvió al cabo de un rato, cuando ya estuvo todo despejado. Se sentó de nuevo a mi lado y me miró. Me había quedado con la cabeza apoyada en lo alto del respaldo del sofá, con los ojos cerrados y relajada. Abrí los ojos cuando sentí su mirada en mí.

—¿Qué pasa?

—Em, este beso...

—No quiero hablar de eso —le corté de forma suave—. Solo ha sido un piquito de nada para calmar su curiosidad. No tiene por qué afectar la relación tan buena que estamos teniendo estos últimos días.

Le vi asentir lentamente con la cabeza, parecía decepcionado. No sin

esfuerzo, me levanté del sofá y le ayudé a abrirlo para que pudiera irse a dormir.

—El domingo, Mía y Eric quieren llevar a David al zoo, ahora que empieza a hacer buen tiempo, pero no hace demasiado calor —le informé. Él asintió con la cabeza—. Yo me quedaré en casa corrigiendo cosas del trabajo. ¿Qué vas a hacer tú?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo.

—Podrías salir a conocer a alguna chica —dije sin mala intención, pero, sin pretenderlo, usé un tono un poco más reticente de lo normal.

—No me apetece conocer a ninguna chica.

Levanté la cabeza para mirarle y vi que me estaba dedicando una mirada muy penetrante. Decidí hacer caso omiso de su insinuación y me despedí hasta el día siguiente. Me metí en mi habitación sin esperar su respuesta y me puse el pijama para meterme en la cama enseguida y no tener que pensar en sus miradas intensas y sus labios besándome con suavidad, pero también con muchos sentimientos escondidos. Algo que, evidentemente, no conseguí.

## Capítulo 10

El sábado lo pasamos con David en el parque del Retiro. Acababa de llegar la Feria del Libro y Mía quería ver las novedades literarias que había sacado la editorial en la que trabajaba y, además, cotillear los demás puestos. A mí también me gustaba mirar los nuevos títulos del año y conocer a algún autor que pudiera firmarme un ejemplar. Al final, acabé comprándome una nueva edición de *Asesinato en el Orient Express* de Agatha Christie y *A Room Of One's Own* de Virginia Woolf; este último en inglés para ampliar vocabulario.

Apenas íbamos por la mitad del paseo cuando David empezó a quejarse de que tenía hambre, y es que ya era mediodía y era su hora de comer. Buscamos algún puesto donde pudieran darnos algo para que aguantase hasta la comida de verdad y nos topamos con un vendedor de comida rápida. Compramos perritos, hamburguesas y refrescos para los cinco y nos sentamos en el césped a comer. Al peque le encantó la idea de comer en la calle y revolcarse por la hierba manchándose toda la ropa. Le cayó la recurrente regañina.

Por la tarde, llegamos a una caseta de literatura infantil y a David se le antojó un libro de dibujos, así que acabamos comprandoselo.

—¿Te gusta? —le preguntó su padre.

—Mucho —contestó abrazándose a él con ilusión.

—A ver cuánto le dura la emoción —dije para el cuello de mi camisa.

Al final del paseo, seguimos caminando un poco más a través del parque en sí hasta que empezamos a ver las primeras luces rojas que nos indicaban que el sol estaba a punto de ocultarse. Entonces decidimos volver a casa. David y Eric jugaron con el pequeñajo mientras Mía y yo preparábamos algo de cenar, lo cual acabó siendo sándwiches mixtos con patatas de bolsa para todos. Estábamos tan cansadas por la caminata que no nos apetecía cocinar nada más complicado.

—Parece que no se hubiera ido nunca, ¿eh? —soltó Mía en el momento menos esperado con tono burlón. Yo la fulminé con la mirada.

—Claro que se nota que se fue. Yo lo sé, y eso es suficiente.

—Bueno, parecía que se te hubiera olvidado.

—Créeme, no se me va a olvidar nunca. ¿Que le haya perdonado? Tal vez un poco, porque está intentando compensarlo centrándose en David y eso es lo que más me importa: que mi hijo sea feliz y haya conocido a su padre. Pero no se me va a olvidar nunca.

—Te voy a hacer una pregunta y quiero que seas totalmente sincera. —Ya empezaba a mirarme de esa manera tan odiosa que solo usaba cuando quería sugestionarme—. ¿Te gustaría volver a estar con él?

—No puedo volver a estar con él porque nunca estuvimos juntos — contesté sacando los vasos del armario alto de la cocina.

—Ya sabes lo que he querido decir. No evadas la pregunta.

Suspiré y lo pensé. ¿Quería estar con él? Sí que era cierto que seguía existiendo esa tensión sexual y sentimental entre nosotros. Incluso si no quería admitirlo en voz alta, siempre sentiría algo por él, por pequeño que fuera. Pero, tal y como le había dicho a David la primera noche que pasó en casa, nuestro momento había pasado y no podíamos recuperarlo.

—¿Gustarme? Puede. ¿Que vaya a hacerlo? No. Tuvimos una oportunidad y no pudo ser. Ahora lo más importante es la felicidad de nuestro enano, no la nuestra.

—Tu felicidad y la del bicho no son incompatibles. Lo sabes, ¿no?

La miré cansada de aquel tema. Ella se había apoyado en la encimera y me miraba con esos ojos de hermana mayor con los que quería decirme que pensara un poco más en mí misma. Lo sabía, la conocía bien.

Antes de que pudiera replicar cualquier cosa, Eric entró en la cocina.

—¿Qué cotorreáis, marujas? Ya no me contáis nada. —Mía y yo nos reímos. A veces Eric era mucho más cotilla que nosotras—. Emmy, desde que estoy con esta no me cuentas casi nada, y de eso va a hacer diez años. Tengo que enterarme de tus movidas por ella.

—Eso te pasa por liarte con mi mejor amiga—contesté entre risas—. Ahora te has convertido en el novio, es como si fueras mi cuñado. Y a los cuñados no se les cuenta nada.

—Sois lo peor. —Eric nos dirigió una mirada iracunda—. Encima os aliáis en mi contra.—Y salió de la cocina para volver al salón con los demás.

Mía y yo nos reímos un poco más del pobre Eric y seguimos haciendo la cena y sacando las cosas para poner la mesa.

—¿Sabes? —empezó a decir Mía—. El otro día por la tarde, el día que

llegó, estuve hablando con David. Le di una buena charla, la verdad.—Sonrió.

—¿Qué le dijiste? —pregunté de forma distraída y fingiendo no sentir curiosidad.

—Que si únicamente venía para meterla, podía irse por esa puerta en ese mismo momento. —Contuve una risotada, pero igualmente ella se dio cuenta de mi reacción—. Cuando me dijo que no quería eso, que había vuelto porque quería estar contigo y arreglar lo que hizo, le dije que le iba a costar mucho y que era probable que no lo consiguiera. Y aun así sigue aquí.

Seguí con la mirada fija en la tostadora y una expresión seria. Esperé que el pelo me tapara la cara lo suficiente para que Mía no viera que me había hecho pensar su conversación con David. Pero ella era demasiado lista, enseguida se dio cuenta. Se acercó a mí y me colocó algunos mechones detrás de la oreja de forma cariñosa.

—Sabes que siempre te digo lo mismo — continuó en tono afectuoso—. Aunque yo pueda meterme donde no me llaman y ser una pesada, lo hago porque te quiero y deseo que seas feliz. Y, al final, por muchas cosas que yo te diga o que le diga a él, la que decide eres tú.

—Yo ya he decidido —contesté tranquila—. Y mi decisión es que lo importante es la felicidad de mi hijo. Con eso me basta.

Mía se apartó de mí cuando vio que iba a empezar a sacar los sándwiches y llevarlos a la mesa. La oí suspirar a mi espalda.

—¿Sabes? A veces, aunque una persona nos haya hecho daño, no pasa nada por darle otra oportunidad si vemos que está cambiando.

—Solo ha pasado una semana, todavía no sé si ha cambiado.

—No salió corriendo cuando vio al enano —dijo como contraargumento, encogiéndose de hombros—. Creo que eso es un gran avance.

—No quiero seguir hablando de esto.

Salí de la cocina con el mantel de la mesa de café y algunos vasos y cubiertos. Los dejé encima de la mesa y entre Eric y David empezaron a colocarlos mientras el peque seguía viendo dibujos animados en la televisión. Mía y yo terminamos de llevar el resto de cosas al salón y empezamos todos a cenar. Seguimos hablando de cosas del trabajo y del colegio de David hasta que fue la hora de acostarlo.

David lo cogió en brazos y los dos nos levantamos para llevarlo a su habitación.

—No tengo sueño —dijo el peque con voz soñolienta.

—Siempre dices lo mismo y luego caes rendido —contestó su padre por

el pasillo.

—No —volvió a replicar frotándose un ojo y con el mismo tono de voz.

—Venga, tienes que descansar —intervine—. Mañana te vas al zoo.

El peque sonrió apoyando la cabeza en el hombro de su padre y cerrando los ojos. David lo dejó sobre su camita y, después de apagar la luz, nos quedamos mirándolo embobados desde la puerta, iluminado con la luz del pasillo.

—Hicimos algo bonito, ¿verdad? —dije sonriendo y apoyando la cabeza en el marco de la puerta.

—Sí. —Sentí la mirada intensa de David sobre mí y me giré para devolvérsela—. Porque fue hecho con amor y cariño.

Le devolví la sonrisa torcida y amable que me estaba dedicando y volví a mirar a nuestro retoño. Se parecía mucho físicamente a David; tenían el mismo pelo, la misma sonrisa, el mismo carácter descarado... Sus ojos eran igual de verdes que los míos y su parloteo era sin duda una herencia mía.

—¿Te puedes creer que hayan tenido que pasar cinco años y tener un hijo en común para que pudiéramos ser amigos? —dije con intención.

Quería que entendiera que no quería volver a tener nada con él y que, tal y como estábamos ahora, teníamos una buena relación. No quería estropearlo. Él sonrió entre divertido y apesadumbrado; una mezcla que no creí que fuera posible. Sabía lo que él quería, pero yo no podía dárselo. No iba a arriesgar la felicidad y estabilidad que teníamos en aquel momento solo por arriesgarme a tener algo con él.

En aquel momento pasaron por nuestro lado Mía y Eric anunciando que se iban a dormir para estar frescos al día siguiente y que David no les diera una paliza. Nos despedimos de ellos y David y yo nos dimos las buenas noches con un beso en la mejilla, como habíamos empezado a hacer hacía unos días. Ya prácticamente estaba acostumbrada a ello y lo consideraba normal.

Me metí en mi habitación y, tras ponerme el pijama, me metí en la cama.

A la mañana siguiente, preparamos a David entre Mía y yo con una mochilita a la espalda donde llevaba una gorra, una botellita de agua y ropa para cambiarse si lo necesitaba. Sabía que se cansaría de llevarla al rato de estar caminando y se la daría a Mía o a Eric, pero, al menos, durante un rato la llevaría él y se le quedaría un poco el mensaje de que tenía que encargarse de sus cosas. De la misma forma que había aprendido rápidamente que, cuando



terminaba de jugar con algo, debía guardarlo en su caja de los juguetes y no dejarlo tirado por el suelo.

Entre las dos preparamos unos bocadillos y metimos varias botellas de agua y refresco en el congelador para que se llevaran y comieran sin tener que gastarse demasiado dinero, aunque sabía de sobra que David acabaría sacándoles algún helado o granizado. Era lo malo de ser la tía guay: tenía que comprar el amor de su sobrino a base de darle caprichos.

Los despedimos en la puerta, deseándoles un buen día, y vi cómo David se iba dando saltos de alegría y entusiasmo. Cuando volvieran por la noche, estaría tan agotado que ni siquiera se quejaría por tener que irse a dormir.

—Voy a salir un rato a correr, ¿vale? —me dijo David una vez que estuvimos solos.

—Vale. Yo voy a empezar a corregir algunas cosas del trabajo y luego, cuando vuelvas, vemos qué podemos comer.

—Me parece bien.

Se cambió de ropa y salió de casa poniéndose los auriculares que salían del iPod que llevaba enganchado en el brazo. Yo llevé todas mis cosas a la mesa alta del salón, donde estaría más cómoda para trabajar ahora que estaba sola. Empecé a corregir ejercicios y exámenes de prueba con tanta concentración y fluidez que, para cuando David volvió de su carrera —sobre las doce de la mañana—, ya tenía gran parte del trabajo hecho.

Entró en casa con el pelo revuelto y con la respiración acelerada. Me sonrió a modo de saludo y entró en la cocina para beber agua. Salió a los pocos segundos con una botella en la mano, pasándosela por los brazos, que relucían a causa del sudor. Había estado cerca de dos horas fuera y el tiempo no era precisamente refrigerante. Había sudado mucho; se veía en las gotas que le caían por la cara y las marcas de su ropa.

«Recógete la baba, Emma», dijo mi subconsciente. Traté de apartar la mirada antes de que él se diera cuenta de que me había quedado embobada mirándolo.

David pasó por mi lado diciendo que iba a darse una ducha antes de que comiéramos y yo asentí sin decir nada. Agaché la cabeza y gruñí cuando escuché la puerta del baño cerrándose detrás de él. No podía dejarme impresionar tan fácilmente. Respiré hondo varias veces y me obligué a apartar sus marcados y sudorosos músculos de mi mente. Me levanté de la mesa y me acerqué a la puerta del baño. Llamé una vez antes de que abriera el grifo de la ducha.

—¿Quieres que pidamos comida china? —pregunté en un tono de lo más normal.

—¡Vale!

—¿Quieres algo en concreto?

Escuché cómo abría el grifo y tuve un escalofrío al reprimir el pensamiento de él bajo la alcachofa empapándose entero.

—¡Lo que tú quieras! A mí me gusta todo.

No dije nada más y me aparté del cuarto de baño. Me metí en la cocina y cerré la puerta, pero, para mi desgracia, la pared de la ducha daba con la de esta y todavía podía escuchar el agua cayendo y mi imaginación podía ser una verdadera cabrona. Cogí el teléfono y marqué el número del restaurante chino al que pedíamos siempre. Por suerte, cuando colgué, David ya había salido de la ducha y estaba en la habitación del peque cambiándose.

Estuvimos charlando animadamente hasta que llegó la comida y lo colocamos todo en la cocina. Comimos allí, donde teníamos sitio suficiente para los dos y no manchábamos demasiado. Después, recogimos todo y yo seguí haciendo cosas del trabajo con el ordenador mientras él leía un libro sentado en el sofá. Cuando fueron cerca de las cinco de la tarde, oí cómo cerraba el libro y se levantaba del sofá. Lo sentí detrás de mí sin necesidad de girarme y noté sus manos sobre mis hombros presionándolos y masajeándolos. Me tensé.

—Llevas todo el día trabajando —dijo haciéndome parar de trabajar—. Deberías tomarte un descanso.

—Ya me queda poco. Unos exámenes más y habré terminado.

—De acuerdo. Luego podemos ver una peli si quieres.

Asentí con la cabeza y seguí trabajando. Me costó un poco volver a concentrarme después del contacto que habíamos hecho. Aunque estaba acostumbrada a tenerlo cerca, vivir con él y darnos un beso de buenas noches a diario, todavía me sorprendía cuando nos tocábamos de forma accidental o adrede.

Cuando terminé de corregir exámenes, recogí todo lo que había sobre la mesa y lo dejé en mi habitación después de organizarlo. Volví al salón y me encontré con que David ya había sacado el sofá y estaba poniendo una película en la televisión.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté soltándome la coleta que me había hecho para que no me molestase el pelo al trabajar.

—Creo que la última vez nos quedamos en la cuarta película de

*Harry Potter*. ¿Te apetece?

Me encogí de hombros y fui a la cocina para coger algo de beber y picar mientras veíamos la película. Me senté a su lado y abrí la lata de refresco cuando él le daba al *play*. Estuvimos las casi tres horas que duró la película mirando la televisión y sin decir prácticamente una palabra. Los típicos comentarios de «¿Quieres beber algo más?» o «Voy al baño un momento». Se notaba que estábamos bastante incómodos.

Cuando llegaron los créditos finales, casi podía sentir cómo los dos respiramos con alivio. Nos miramos unos segundos hasta que yo aparté la mirada, intentando sonreír con naturalidad y alargué el brazo diciendo que recogería la mesa. Pero él me agarró la mano con suavidad, deteniéndome. Levanté la cabeza para mirarlo y vi que estaba serio, atravesándome con la mirada.

—Em...

—No empieces, por favor —dije soltándome de su agarre lentamente.

—No empiezo, pero... Entiéndeme. Echaba de menos estar así contigo y he estado muy a gusto.

—¿En serio? —dije con una carcajada sarcástica—. Yo te he notado tenso.

—Estaba tenso porque tú estabas tensa. Y no quiero que estemos así. Me gustaría que estuviéramos bien... y que estuviéramos juntos.

—¿Ves? Ya vuelves a estar con eso.

Me levanté del sofá y fui a la cocina para tirar las latas a la basura sin esperar una respuesta por su parte. Apoyé las manos en la encimera y cerré los ojos para intentar tranquilizarme. No sabía por qué tanto David como Mía insistían en hablar de mi relación —o del tipo de relación— que teníamos él y yo. Evitaba el tema porque llegaba un momento en el que me cansaba de repetir los mismos motivos que trataba de inculcarme a mí misma.

Oí los pasos de David entrando en la cocina y vi por el rabillo del ojo cómo se quedaba en la puerta, observándome. Yo no lo miré. No dijimos nada y aquello empezaba a volverse incómodo otra vez, así que le dije que iba a terminar de recoger la mesa, pero me cortó el paso. Había apoyado la mano en el marco de la puerta y yo me había quedado clavada delante de él sin mirarle a la cara.

—Em—dijo mi nombre en un susurro—, yo sigo sintiéndolo por ti. Cuando tú quieras, si me lo dices, estaré ahí. No voy a irme ni voy a encontrar a nadie más. Para mí tú eres la única que importa.

Levanté los ojos, con la intención de fijarlos en los suyos, pero me quedé en su boca, a la altura de mi vista. Los tenía separados y su labio inferior parecía temblar un poco. Se pasó la lengua por ellos y tragó saliva. No pude verlo, pero sentí sus ojos fijos en mi boca también y me empezaron a temblar las piernas ligeramente.

Suspiró y, dada la poca distancia que había entre nosotros, sentí su aliento en mi cara, lo cual me cortó la respiración. Apreté los labios sin poder apartar los ojos de los suyos y quise besarlos. Sí, quise besarlos y que él me besara con la misma pasión y el mismo fervor que la última noche que habíamos pasado juntos.

Me di cuenta de que la distancia entre nuestras caras se iba haciendo cada vez más pequeña y mi cerebro seguía sin reaccionar. Seguía sin saber si apartarme, dejarle, lanzarme o pararlo. Tenía un torbellino enorme de ideas en la cabeza y no podía pensar con claridad. Apreté los labios de nuevo y giré la cara ligeramente, lo suficiente para que él entendiera que no iba a pasar.

Antes de que ninguno pudiéramos añadir nada, la puerta de la calle se abrió y entraron Mía y Eric, este último cargando al pequeño en brazos, que se había quedado dormido. Tratamos de actuar con normalidad, como si nunca hubiéramos estado a punto de besarnos. David cogió al niño, con cuidado de no despertarlo de los brazos de Eric, y se lo llevó a la habitación.

Mía me dedicó una mirada interrogante con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Pasa algo? Parecía haber tensión cuando hemos llegado.

—No, no ha pasado nada —mentí.

Tensión... Sí, tensión había, pero no de la de querer matarnos. No, había sido tensión sexual, de deseo, hormonal. Había querido besarlos hasta que se me cayeran los labios y había sentido la necesidad de beber de él como quien camina por un desierto y encuentra un oasis después de varios días bajo el ardiente sol.

Salí de la cocina y vi cómo David entraba en el salón de nuevo después de cerrar de forma sigilosa la puerta de la habitación de David. Nos miramos un momento antes de aparentar normalidad. Mía y Eric no tardaron mucho en irse a la cama también; estaban agotados de aquel día y necesitaban descansar.

Apenas eran las diez de la noche cuando David y yo nos encontramos solos en el salón, envueltos en un horrible silencio que solo quedaba un poco achacado por el sonido de la televisión. No pasaron más de diez minutos para que me levantara y le diera las buenas noches de pasada. Necesitaba estar un poco apartada de él para terminar de calmarme.

—Emma —me detuvo.

Se acercó a mi espalda y me rodeó con fuerza con sus brazos. Abrí los ojos, sorprendida por la suavidad y a la vez firmeza de su gesto. Sentía su aliento en mi nuca mientras movía la cabeza, rozando su nariz con mi pelo. A los pocos segundos, sin pretenderlo del todo, me relajé y subí mis manos para acariciar su antebrazo o, más bien, rozarlo con la yema de mis dedos.

Estábamos casi a oscuras; solo había una pequeña lámpara encendida junto al sofá y la luz de la televisión. Todo estaba en silencio salvo el bajo volumen que salía de la caja y nuestras respiraciones aceleradas. Me temblaban las piernas de sentir su aliento contra mí y había cerrado los ojos, apoyando la cabeza en su pecho.

Sabía que no debía dejarme llevar por él de esa manera, pero me sentía tan bien en sus brazos... Sentí sus labios besando mi cabeza y descendiendo muy lentamente hasta llegar a la parte trasera de mi oreja y después a mi cuello. Se me escapó un pequeño suspiro de entre los labios y esa fue la señal que él esperaba.

—Emma —volvió a decir—, si tú quieres estar conmigo y yo quiero estar contigo, ¿por qué no estamos juntos?

Abrí los ojos despacio, sintiendo sus besos aún en mi piel, erizada por su contacto. Me había dejado llevar y había acabado con el corazón acelerado.

—Porque no quiero que me hagas daño otra vez —me sinceré—. Porque no soy la misma niña inexperta y acongojada que era hace cinco años y, sobre todo, porque lo que tú o yo queramos no importa: importa que nuestro hijo sea feliz y sea el único centro de nuestra atención.

Me separé de él con suavidad y lentitud y me metí en mi habitación antes de que quisiera detenerme o decir algo más. Me apoyé de espaldas a la puerta y me tapé la boca con la mano. No quería que me oyera llorar. Me deslicé hasta el suelo y encogí las rodillas. Hundí la cara entre mis brazos y me desahugué en silencio. Al cabo de unos minutos, me limpié la cara con la palma de las manos y decidí recomponerme antes de acostarme.

No podía dejar que me afectara tanto cualquier cosa que me dijera David. Seguía repitiéndomelo constantemente pero siempre volvía a caer y todavía no sabía cómo evitarlo.

La semana empezó como cualquier otra. David llevó al peque al colegio antes de irse al trabajo y después de que lo preparáramos entre los dos, y yo me fui

a trabajar como de costumbre. Por la tarde, yo lo recogía (si no tenía reunión de profesores o tutoría con algún alumno) y lo llevaba un rato al parque para que jugase al aire libre ahora que empezaba el mes de junio y hacía buen tiempo. Más tarde, volvíamos a casa, donde David ya había llegado y nos turnábamos para bañar al pequeñajo. Le dábamos de cenar y, tras pasar un rato viendo la tele o jugando con alguno de nosotros cuatro, lo llevábamos a la cama y caía rendido enseguida.

Y así, llegó el viernes. Este viernes era distinto a los demás. Me había arreglado y me había puesto un vestido azul marino muy ceñido hasta la mitad del muslo, de escote cuadrado y de tirantes anchos y con transparencias. Llevaba el pelo en un recogido de trenzas para darle elegancia y un poco de juventud a mi aspecto y unos pendientes fijos brillantes de plata. Me había calzado unos zapatos clásicos de tacón y de color gris oscuro. Un maquillaje básico y natural como solía hacerlo siempre.

Salí de mi habitación y llegué frente al espejo que había junto a la entrada para asegurarme de que estaba lista para salir a la calle. Desde allí, pude ver al padre y al hijo mirarme fijamente. Aunque, todo sea dicho, con ojos diferentes.

—¡Hala, mamá! Qué guapa. ¿Adónde vas?

—Sí —lo secundó el padre, con una mal fingida mirada extrañada—, ¿adónde vas?

—Tengo una cita —contesté acercándome al suelo donde estaban jugando con unos muñecos y le di un beso en la mejilla a mi enano. David seguía mirándome fijamente, pero ahora simplemente estaba serio—. ¿Qué pasa?

—No... Nada. No sabía que te veías con alguien.

—Y no lo hace—contestó Mía desde la mesa alta del comedor por mí con tono risueño—. Eso es lo gracioso. Es una cita a ciegas de una agencia a la que está apuntada desde hace como... ¿un año? Y una vez al mes o así la llaman diciendo que hay alguien que cumple sus requisitos. Creía que te habías borrado.

—Este es el último intento, de verdad. Si no me gusta o veo algo raro, me borro y punto —sentenció.

—¿Vas a salir con un desconocido? —preguntó David volviendo su mirada indignada y preocupada al mismo tiempo hacia mí.

—Va a ser un lugar público, relájate—contesté colgándome el bolsito plateado del hombro y comprobando que llevaba todo lo necesario—. Va a venir a buscarme en diez minutos. Si te quedas más tranquilo, cógele la

matrícula.

—¿Se te ha olvidado lo que estuvieron a punto de hacerte hace cinco años? ¿Precisamente alguien que vivía encima de vosotras? —Me giré rápidamente hacia David y le chisté para que el enano no sintiera curiosidad y preguntara qué había pasado. No era algo que me gustase recordar y mucho menos que desease que él supiera—. ¿Qué pasó con él, a todo esto? —siguió preguntando cuando vio que el niño estaba más pendiente de sus juguetes que de lo que estuviéramos hablando nosotros.

—Marcos se mudó hace tres años —contestó Mía—. Se echó una novia de otra ciudad que venía a verle de vez en cuando y al final se fue a vivir con ella.

—Pobrecilla... —susurró David. Apreté los labios para no reírme.

—Me voy a ir ya —cambié de tema—, seguramente ya esté ahí. Me han dicho que es muy puntual. Pero puntual de llegar con quince minutos de adelanto a cualquier sitio. Eso me gusta, no me gusta hacer esperar. Ni que me lo hagan, claro.

Me despedí de Mía con un beso en la mejilla y luego me acerqué a David, quien se había puesto de pie y seguía mirándome muy serio.

—Ten cuidado.

—Estaré bien, deja de preocuparte.

—Sabes que eso no voy a poder hacerlo.

Y me miró tan fijamente y con tanta intensidad que atrapó mi mirada durante casi un minuto. Acabé pestañeando varias veces y apartando los ojos hacia el suelo de forma inquieta. Sentí que se me encendían las mejillas y me di la vuelta hacia la puerta.

—Asegúrate de que cena y no se acuesta muy tarde —le dije a David sin girarme.

Descolgué un fular de color gris oscuro que me pasé por los hombros del perchero y volví a mirarme en el espejo de la entrada.

—Guau —me susurró Mía al oído en su camino a la cocina. Sabía que se estaba refiriendo a la mirada que me había dedicado David. Apreté la mandíbula y no entré en su juego. Seguí arreglándome—. Por cierto —empezó en un tono normal mientras cogía algo de la nevera—, ¿qué sabes de él? Nombre y esas cosas...

—Se llama Hugo, tiene veintinueve años y es abogado.

—Vaya, a ver qué tal percha calza —contestó pasando por mi lado con una lata de cerveza en la mano y volviendo a sentarse a la mesa—. Luego me

lo cuentas, ¿eh?

—No me interesa tanto su percha como su cerebro. ¿De qué me sirve que tenga un cuerpo de modelo si luego es un idiota?

—¡Idiota! —repitió el enano levantando la cabeza de su juguete y riéndose.

—Eh, eso no se dice —le reprendí.

—Tú lo has dicho.

—Pero porque mamá es mayor y los mayores sí pueden decirlo.

—Pues vaya, yo quiero ser mayor ya.

Hizo algún puchero, agachó la cabeza y volvió a centrarse en su juego. Volví a mirar a Mía, que sonreía de medio lado por la ocurrencia del enano, y luego a David. Este seguía de pie en medio del salón con expresión seria y los brazos cruzados sobre el pecho. Puse los ojos en blanco y volví a acercarme a él para descruzárselos y que relajara la postura.

—¿Quieres parar? No voy a venir demasiado tarde, de todas formas. Si ves que me retraso, entonces puedes empezar a preocuparte. Pero, por el momento, céntrate en que el bicho se coma el pescado que hay en la cocina para él y en que no se acueste muy tarde, ¿vale?

A regañadientes, acabó asintiendo con la cabeza, pero con la misma expresión seria y apartando la mirada de mí. Parecía que tenía dos hijos y el mayor no quería hacerse cargo del pequeño mientras mamá estaba fuera.

Me despedí por enésima vez de todos y salí por la puerta de casa, asegurándome de tener el moño en su sitio y el fular bien colocado. Bajé las escaleras con cuidado de no tropezar y caer rodando y salí del portal. No pude evitar mirar hacia arriba, en busca de la ventana de nuestro salón, y me encontré a David asomado y mirando hacia abajo, hacia mí. Seguía estando serio, pero creí ver su expresión relajarse un poco al ver que le sonreía y decía adiós con la mano.

Miré al frente y vi a un hombre con los ojos azules fijos en mí, escrutándome. Llevaba el pelo negro y corto, bien peinado con gomina y un traje de color azul marino, camisa blanca y corbata lisa roja con unos zapatos de vestir elegantes. Parecía que nos hubiéramos conjuntado adrede. Tenía la mandíbula cuadrada y las cejas muy marcadas, pero aquello me gustó; tenía que admitir que era muy guapo. Estaba apoyado junto a un Audi A6 negro, aparcado en doble fila, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

Después de unos segundos de analizarnos el uno al otro —era obvio que él también estaba escaneándome—, se separó del coche y, sacando las manos



de los bolsillos y con paso ligero, se acercó a mí. Sonrió de medio lado y dijo con una voz grave pero agradable:

—¿Eres Emma?

Asentí con la cabeza y le devolví la sonrisa.

—Tú debes de ser Hugo.

Asintió también y su sonrisa se ensanchó. Se acercó a mí para darme dos besos a modo de saludo. Me hizo un gesto invitándome a su coche y, antes de empezar a caminar, no pude evitar dirigir de nuevo la mirada a mi ventana: David seguía ahí, observándonos con la cabeza apoyada en el poyete. Volví a mirar a Hugo, quien caminaba detrás de mí y, al ver lo que hacía, él también levantó la mirada. Tuvo que darse cuenta de que miraba a aquella cabeza rubia con expresión impasible y de que esa misma persona tenía sus ojos fijos en nosotros. Sin embargo, no dijo nada. Me miró con la misma sonrisa de antes y me abrió la puerta del copiloto.

## Capítulo 11

Hugo y yo apenas hablamos en todo el camino; únicamente hacíamos los típicos comentarios sobre lo difícil que era encontrar la calle en la que vivíamos y que no había encontrado sitio para aparcar y por eso lo había dejado en doble fila. Yo sonreía por cortesía y comentaba algo también, pero no entrábamos en detalles. Se notaba lo nerviosos que estábamos los dos. Aunque seguramente por motivos diferentes. Al menos, no creí que él hubiera estado tenso por el chico rubio que nos había estado observando con atención desde la ventana del segundo piso de mi edificio. En cambio, sí que era lo que me había desconcertado a mí.

Nos paramos frente a un elegante restaurante italiano que conocía bien — estaba cerca de mi trabajo y pasaba frente a él todas las mañanas—pero nunca había podido permitirme entrar siquiera a pedir un vaso de agua. Tenía pinta de ser extremadamente caro. Salimos del coche y Hugo le dio las llaves del mismo al aparcacoches, que se lo llevó enseguida. Entramos en el local, Hugo tenía la mano en mi cintura en un gesto educado. Me sentí totalmente fuera de lugar allí. El restaurante estaba lleno de pequeñas lamparitas que hacían el ambiente más íntimo y romántico. Todo a mi alrededor era precioso y tenía acabados en color teja y dorado. Yo desentonaba por completo en aquel lugar.

Nos atendieron enseguida y nos dieron una mesa con un cartelito de «Reservado» encima, que quitaron en cuanto estuvimos sentados. Todo el tiempo tuve la sensación de que allí todos conocían a mi acompañante; tal vez habría ido allí en más ocasiones, probablemente con otras mujeres. Nos dieron las cartas y empecé a ojear los platos de pasta, pero enseguida Hugo llamó mi atención con una sonrisa.

—¿Me permites? —Qué educado, pensé—. Ya he estado aquí más veces y puedo recomendarte los mejores platos.

Me desconcertó un poco su seguridad, pero acepté. Entonces se dirigió al maître.

—Para empezar, compartiremos un foie y jamón de pato. Después un

risotto de marisco y raviolis de calabaza con nueces y queso gorgonzola. También para compartir. Y, para beber, un vino rosado, por favor. ¿Te parece bien? —preguntó en mi dirección.

—Claro. —Sonreí—. Todo suena genial.

El maître se marchó después de tomar nota de todo y nos dejó solos. Hugo apoyó los codos en la mesa, uniendo las manos, y me miró con una sonrisa torcida.

—Bueno, cuéntame, ¿a qué te dedicas? —me preguntó.

—Pues seguramente ya te lo habrán dicho, pero soy profesora. —Llegó el maître con el vino y empezó a servirnos. Continué hablando cuando se hubo ido—: Trabajo en un centro de estudios de idiomas, enseñando inglés. ¿Y tú?

—También sabrás ya que soy abogado. —Asentí con la cabeza y cogí la copa para darle un traguito—. Trabajo en el bufete de mi padre desde hace casi cinco años.

—¿Te gusta tu trabajo?

—La verdad es que empecé a estudiar derecho porque mi padre insistió en que debía seguir el negocio familiar, pero sí que acabé cogiéndole el gustillo a esto de atrapar a los malos. —Entonces sonrió él.

—Bueno, en algún momento os tocará representar a alguno de esos malos, ¿no?

—Sí, claro, aunque pueda sonar ilícito, a los abogados nos pagan; da igual quien lo haga, sea bueno o malo.

Llegó la ensalada. Me coloqué la servilleta sobre las piernas y cogí el tenedor para empezar a comer. Seguimos hablando mientras comíamos y bebíamos.

—Bueno —empecé—, ¿y cómo es que un abogado con trabajo y guapo no ha encontrado a alguien por su cuenta y tiene que recurrir a una agencia de contactos? —Después de unas pocas copas de vino, empezaba a soltarme y no tenía pudor en preguntar cualquier tipo de cosas. No estaba hecha para beber vino.

—La verdad, no te voy a mentir, es que casi no tengo tiempo para salir y conocer a nadie. El trabajo me ocupa todo el tiempo.

—Es una pena. El trabajo no lo es todo.

Nos trajeron los platos principales y nos dedicamos a picar del plato del otro. La verdad era que estaba todo muy bueno y no podía dejar de comer, incluso cuando ya estaba llena.

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —me preguntó mientras me

servía otra copa de vino rosado.

—No suelo tener demasiado tiempo libre, la verdad —contesté con una sonrisa.

—¿También trabajas demasiado?

—Bueno... Salgo a las cinco de trabajar si no tengo reunión o tutoría con algún alumno. En tal caso, suelo salir a las seis o así. Cuando llego a casa son las seis y media y no tengo ganas de hacer gran cosa. Incluso en casa tengo cosas que hacer.

—¿Compartes piso?

—Por el momento. Mi amiga Mía y yo nos fuimos a vivir juntas cuando empezamos la universidad y hasta ahora. Pero dentro de poco ella se va a ir a vivir con su novio a otro sitio, quien también es un buen amigo de la infancia.

—¿Y te quedas sola?

—No. —Aquí llegaba la bomba—. Todavía quedamos tres en esa casa: mi ex, el niño que tenemos en común y yo.

Dejó de masticar en cuanto escuchó mis últimas palabras. No sabía si lo que le había impactado más era que viviera con mi ex o que tuviéramos un hijo. Bueno, qué leches, seguro que lo segundo fue lo más fuerte. Me dirigió una mirada inquisitiva sin abrir los ojos demasiado y sin mover un solo músculo.

Esperé unos segundos a que reaccionara.

—¿Tienes un hijo? —preguntó con sorpresa.

—Sí—respondí con un pequeño movimiento de cabeza—, de casi cinco años.

—¿Cinco? Pero ¿con cuántos años te quedaste embarazada?

—Veinte. No fue planeado y me asusté mucho cuando pasó, pero no me arrepiento de haberlo tenido. Al fin y al cabo, habría acabado teniendo hijos tarde o temprano. Ha sido más pronto de lo que esperaba, pero estoy contenta.

—Y... el padre... ¿era el chico rubio que nos miraba desde la ventana de tu edificio? —Asentí con la cabeza—. Creía que era tu hermano o un simple compañero de piso.

—Bueno, ahora solo es un compañero de piso, por así decirlo.

Qué mentira, pensé. David no era solo un compañero de piso. Él estaba buscando su propia casa y, mientras, estaba viviendo en nuestro sofá. No tenía pensado quedarse a vivir con David y conmigo pasado un tiempo. Sería más fácil no tener que convivir el uno con el otro; cada uno podría hacer su vida.

—Vaya, no me esperaba todo eso —dijo Hugo cogiendo su copa de vino

y dándole un trago largo sin atreverse a mirarme.

—Es normal. —Quise tranquilizarlo.

A partir de ese momento, el resto de la cena transcurrió en un ambiente más tenso e incómodo. Sabía que iba a surtir ese efecto, ya que era lo que ocurría siempre que salía a alguna cita y mencionaba el tema de David. Tomamos el postre y tratamos de seguir con una conversación normal, pero él no parecía tan dispuesto como al principio, por lo que deduje que la cita no acabaría bien.

Lástima, era guapo.

Insistió en pagar él la cuenta, pero le convencí para que dejara que pagase la mitad. No estaba del todo de acuerdo con esa manía que tenían algunos hombres de querer pagar la cuenta solo para demostrar que manejan más dinero que las mujeres. Hombres del mundo, el dinero no lo es todo para ganarse a una mujer.

Volvimos al coche y, de camino a mi casa, no dijimos prácticamente nada, lo cual agradecí. No tenía muchas esperanzas en ninguna cita de la agencia a esas alturas. Había pasado un año y, después de unas quince citas, ninguno de los hombres que había conocido me habían conseguido convencer de que debía volver a verlos.

Llegamos frente a mi portal y aparcó en segunda fila. Agradecí que no aparcase, ya que eso habría querido decir que tenía esperanzas de subir y de hacer algo más. Y, sinceramente, ya no era por el simple hecho de que estarían todos ahí arriba y no quería que mi hijo me viera con un hombre. También influía el hecho de que yo no tenía ganas de volver a ver a este chico, por muy simpático y guapo que fuera.

Entendía que no le gustase la idea de salir con una mujer que tuviera un hijo, pero a mí no me gustaba salir con un hombre que ponía cara de horror al oír hablar de un niño.

—Bueno. —Me quité el cinturón de seguridad con la intención de despedirme lo más rápido posible e irme a casa. Los tacones me estaban matando—. Ha estado bien la cena. Nunca había ido a ese restaurante.

—Sí, me lo he pasado muy bien. —No pude retener una pequeña carcajada sarcástica cuando dijo aquello. Él me miró con el ceño fruncido—. ¿De qué te ríes?

—No te lo has pasado bien, no mientas. Desde que te he dicho que tengo un hijo has estado muy tenso. Y lo entiendo, créeme. No te lo esperabas y me imagino que será porque en la agencia no te habrán dicho nada.

—Lo siento —contestó con gesto apurado—. La verdad es que no me gustan demasiado los niños. Por no decir que no me gustan nada.

—¿Eres de esas personas que no piensan tener hijos nunca?

—No se me dan bien los niños. No creo que se me diera bien ser padre.

—A ver, no te digo esto con la intención de convencerte de que deberíamos tener una segunda cita. Porque creo que a estas alturas los dos hemos decidido que no deberíamos tenerla. —Él no me contradijo y también lo agradecí; no habría sabido qué decir si me hubiera insistido en quedar otra vez—. Solo te comento que hay mucha gente que piensa igual y luego son unos padres maravillosos. Sin ir más lejos —señalé mi edificio con el pulgar y una sonrisa torcida—, el padre del niño no era de los que pensaban en ser padre. No sabía si le gustaban o no pero, de todas maneras, yo creo que él también era de los que no sabía si sería un buen padre o no. Y, en cambio, lo está haciendo de maravilla.

»Espero que te vaya todo bien y encuentres a alguien que te guste más que yo.

Me acerqué a él para despedirme con un beso en la mejilla y salí del coche. Entré en el portal sin girarme para comprobar si seguía ahí y subí las escaleras agarrándome a la barandilla. Entré en casa, abriendo la puerta con mucho cuidado para no despertar a nadie, y cerré de la misma manera.

—Ya estás de vuelta —dijo la voz de David en un susurro.

Me giré y le vi sentado en el sofá, a oscuras.

—¿Te he despertado? —pregunté en el mismo tono.

Él negó con la cabeza y se levantó para acercarse a mí. Yo había encendido la luz del recibidor para no chocarme con nada y no hacer ruido. Me quité los zapatos y tuve que reprimir un suspiro de alivio cuando mis pies pisaron suelo liso.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó David mientras entrábamos en la cocina.

—Bueno, solo te digo que voy a borrar me de esa agencia.

Saqué una taza del armario superior y la botella de leche fría de la nevera. La serví y lo metí en el microondas.

—¿Un gilipollas? —siguió David tras apoyarse de espaldas sobre la encimera.

—No, no era un imbécil. Pero se ha sorprendido mucho cuando le he dicho que tenía un hijo. Es normal. Además, es de esos tíos que no quieren tener hijos. Si no quieren tener hijos suyos, ¿cómo van a cuidar o estar

pendientes de los de otra persona?

Saqué la leche caliente antes de que pitara el aparato y le eché una cucharada grande de miel. Empecé a removerlo suavemente con la cuchara.

—No entiendo por qué has ido a esa cita.

—Ya que me llamaron, aproveché.—Me encogí de hombros.

—Em. —David se acercó a mí y me miró muy serio—. No tienes que buscar a nadie en ningún sitio. Me tienes a mí aquí. Y yo no voy a sorprenderme porque tengas un hijo, porque ese niño también es mío.

Se me escapó una pequeña sonrisa.

—Tú ya te sorprendiste cuando le oíste llamarme mamá y cuando te dije que eras el padre. Al final, todos os sorprendéis al saber de su existencia.

Me llevé la taza a los labios y le di un sorbo. Qué bien iba a dormir esa noche.

—Emma, tú y yo...

—Por favor, ¿podemos hablar de esto en otro momento? —le interrumpí sin pretender ser borde. Empecé a quitarme las horquillas del pelo y enseguida mi melena cayó por mi espalda—. Estoy cansada y lo único que me apetece ahora mismo es beberme esto —señalé la taza de leche con miel—, ponerme el pijama y dormir diez horas. Aunque sé de sobra que acabaré durmiendo seis —añadí con una pequeña sonrisa de resignación.

—Claro —contestó apesadumbrado—. Que descanses.

—Y tú.

Le di un beso en la mejilla como ya era costumbre y salí de la cocina. Atravesé el salón y, antes de entrar en mi habitación, entreabrí un poco la puerta del cuarto de David para comprobar que dormía plácidamente. Sonreí y cerré la puerta de mi habitación para cambiarme de ropa.

Dejé los zapatos con cuidado en el suelo, junto al armario, e intenté bajarme la cremallera trasera del vestido. No lo conseguí. Lo intenté por todos los medios, pero seguía sin lograrlo. Suspiré resignada; volví a salir de la habitación y fui al salón. David ya había apagado la luz de la cocina y se podía distinguir su cuerpo tumbado en el sofá. Debió de verme en la oscuridad y se incorporó rápidamente.

—¿Estás bien? —preguntó en tono preocupado.

—No puedo bajarme la cremallera. ¿Me ayudas?

Dudó unos segundos, pero finalmente se levantó y se acercó a mí. Me di la vuelta y me aparté el pelo. Sentí el calor de su cuerpo detrás del mío y reprimí un escalofrío. Sentí su mano deslizando la cremallera con facilidad,

pero con lentitud. Apreté los labios y cerré los ojos. Sabía que él estaba disfrutando y, al mismo tiempo, sufriendo por tener que hacer eso y no poder tocarme.

Bueno, realmente no *debía* tocarme. Pero yo sentí el tacto de sus dedos recorriendo suavemente mi columna a medida que esta quedaba al descubierto. Se me aceleró el corazón. Suspiró de forma casi inaudible. Casi. Cuando la cremallera llegó al tope, al final de mi espalda, subió sus manos por mi piel, temblorosas, y me sujetó con delicadeza por los hombros.

Escuché su respiración muy cerca de mi oído y sentí su nariz rozando mi oreja. Bajó la cabeza y entonces sentí sus labios posándose en mi hombro. Un suspiro se escapó de mis labios y, sin darme cuenta, eché la cabeza hacia atrás y chocó con su pecho. Abrí los ojos cuando sentí sus manos intentando deslizar la tela del vestido por mis hombros para quitármelo. Entonces le frené.

—Para —susurré.

No me atreví a decir nada más por si notaba el temblor en mi voz. Se me había acelerado la respiración y el corazón. En aquel momento, me alegré de no haber encendido ninguna luz, así no podría ver cómo mi pecho subía y bajaba con rapidez y lo avergonzada que me sentía.

—Emma...

—Hasta mañana —le corté y, antes de que pudiera darme una respuesta, salí casi corriendo hacia mi habitación y cerré la puerta con menos delicadeza de la que debía.

Me quité el vestido lo más rápido que pude y me puse el pijama. No podía creer que le hubiera dejado ir tan lejos. ¡Otra vez! Era demasiado vulnerable a su tacto, sus miradas, sus palabras... Sobre todo, si le tenía tan cerca como lo había tenido unos momentos antes. No había solo cercanía física; la verdad era que me había asustado al sentirme tan a gusto y cómoda mientras me tocaba y besaba. No quería que parase, pero tenía que hacerlo.

La vez anterior le había dicho que no podíamos tener nada, que no podía haber nada entre nosotros, por el bien de nuestro hijo y porque no quería que me hiciera daño otra vez. Y era verdad. La única diferencia era que aquella noche estaba segura de lo que decía incluso si después, en la soledad de mi habitación, no había podido retener las lágrimas. Pero esta vez... no sabía si de verdad quería estar segura y convencerme a mí misma de que había hecho lo mejor.

¿Pensábamos estar toda la vida con aquel tira y afloja? ¿Pensaba yo



seguir sintiendo aquello por él eternamente? ¿Pensaba él seguir teniendo esos gestos conmigo? Besos, caricias, palabras de cariño... Si aquel iba a ser el plan para los próximos cincuenta años de nuestras vidas, no estaba segura de quererlo.

Y aun así... Me sentía bien cuando me abrazaba como lo había hecho la otra noche, cuando me besaba con suavidad como lo había hecho hacía unos minutos, cuando me acariciaba con sus dedos temblorosos como cuando estaba quitándome el vestido. No quería que parase, no quería pararle, no quería que nos interrumpieran. Me habría gustado parar el tiempo en esos besos, esas caricias y la pregunta que él me había hecho la otra noche: «Si yo quiero estar contigo y tú quieres estar conmigo, ¿por qué no estamos juntos? ».

Me desperté cuando los primeros rayos de sol se colaban por la ventana. Me había quedado dormida pensando en David sin darme cuenta. Suspiré con la cabeza todavía sobre la almohada y los ojos fijos en algún punto de la pared. Al final, acabé levantándome porque sabía que tenía cosas que hacer y no podría hacerlas cuando el peque se levantara.

Caminé por el pasillo con sigilo y pasé por el salón, donde David dormía. Traté de no mirarlo demasiado tiempo y entré en la cocina. Saqué el horario de comidas del enano y empecé a revisar las comidas del colegio y a organizar las cenas para que no coincidieran. Estaba tan concentrada que no me di cuenta de cuando David entró en la cocina.

—Buenos días —me saludó.

Me sobresalté y por poco no se me cayó el bolígrafo que tenía en la mano. Lo miré de reojo, intentando aparentar normalidad, y le devolví el saludo. Todavía me duraban los efectos de lo que había pasado la noche anterior y no estaba demasiado fina todavía. Volví a agachar la cabeza y fijé la mirada en el menú.

—Emma. —Su voz me sacó de nuevo de mis pensamientos.

Se me aceleró el corazón y noté que se me erizaban los pelos de los brazos cuando lo sentí de nuevo a mi espalda y cuando vi sus manos apoyadas en la encimera, rodeándome. Dejé el bolígrafo sobre la mesa y permanecí de espaldas.

—Anoche dejamos una conversación pendiente.

—Ya —contesté en un susurro.

Su voz volvía a sonar muy cerca de mi oído y eso no ayudó a ralentizar

mi ritmo cardíaco. Tragué saliva inconscientemente y quise armarme de valor para darme la vuelta y plantarle cara. Y eso hice: me di la vuelta y le miré a la cara, pero enseguida sentí que me bloqueaba por lo cerca que estaba su rostro del mío. Sentía su aliento en mi cara y estaba segura de que él podía sentir el mío, entrecortado.

Al cabo de unos segundos, la intensidad de su mirada clavada en mis ojos empezó a provocarme escalofríos y, de forma inconsciente, bajé ligeramente la mirada y me topé con sus labios. Tan carnosos, tan bonitos, tan cerca... Los separó un poco y no pude evitar mordirme el labio inferior y dejar escapar un suspiro.

Ya no lo aguanté más.

Rodeé su cuello con mis brazos y me puse de puntillas para besarlo con desesperación. Él no se hizo de rogar y me lo devolvió enseguida. Rodeó mi cintura y mi espalda, abrazándome. Nuestras respiraciones se sincronizaron y nuestras lenguas no perdieron el tiempo y se entrelazaron. Apreté todo mi cuerpo contra el suyo y sentí sus manos presionándose con fuerza a mi espalda.

Sin perder un segundo, me cogió en brazos por el trasero y obligó a mis piernas a colocarse alrededor de su cintura. Me sentó en el borde de la encimera y seguimos besándonos mientras las manos de ambos se centraban en acariciarnos el uno al otro. Mis dedos se enredaron en su pelo y fueron bajando por su cuello, sus hombros, sus brazos y su espalda, donde se recrearon más tiempo que en otras zonas. A su vez, sus manos presionaron mis piernas y mi trasero para que no dejaran de tocarlo.

Había olvidado la sensación que provocaba en mí el simple hecho de besarlo. Era electrizante y conseguía dejarme sin aliento. Sentía la necesidad de besarlo hasta que se me cayeran los labios o de tocarlo hasta que me quemase las yemas de los dedos. Aquel deseo era mucho mayor al que había sentido la noche que habíamos estado juntos. No quería que dejara de rozarme y tocarme como si hubiera sido la última vez que lo hiciera.

Hasta que oí el carraspeo.

Entonces abrí los ojos desmesuradamente y aparté a David de un empujón de mí. Cerré las piernas y me tapé la boca con la mano. No podía creer lo que había hecho. David me miraba con deseo en los ojos y la respiración muy acelerada. Me giré hacia la puerta para ver quién nos había interrumpido y allí estaba Mía, apoyada de lado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa torcida y burlona en la cara.

¡Tierra, trágame!, pensé. Me bajé de la encimera despacio y agaché la mirada, avergonzada.

—No... No es... —Me costaba muchísimo hablar con la respiración tan frenética que se me había quedado—. No es lo que parece.

—¿En serio? —empezó a decir Mía, en tono de mofa—. ¿Vas a decirme que tenías una miga en la cara y él intentaba quitártela con la boca? Se ha resistido mucho la miga, por lo que he podido ver.

Seguía mirándome con burla en los ojos y sabía de sobra que yo me estaba muriendo de la vergüenza. Volví a mirar a David, quien parecía un poco más calmado y con la respiración normalizada. Se pasó la lengua por los labios sin apartar los ojos de mí y yo me sentí débil y vulnerable de nuevo.

Miré a Mía, que me observaba con una ceja levantada y una sonrisa burlona. Cómo le gustaba reírse de mí. Me separé de la encimera y, sin mirar a ninguno de los dos, me encaminé a la puerta, diciendo:

—Voy a despertar a David.

Pero Mía no me dejó salir. Apoyó la mano en el marco de la puerta contrario al que estaba apoyada y me impidió el paso. Yo la miré casi suplicante, para que me dejara ir, y entonces dijo:

—Creo que eso ya lo has hecho.

Seguí la dirección de su mirada y me topé con la entrepierna de David, más abultada de lo que solía estar. Se me subieron los colores y él se dio cuenta. Bajó la mirada al mismo punto que nosotras y enseguida se tapó con la mano y se dio la vuelta para intentar normalizarlo.

Volví a girarme hacia Mía y, al ver que no apartaba el brazo, me agaché un poco y salí por debajo. Recorrí el pasillo y entré en la habitación de David para despertarlo con cuidado. Él se dio la vuelta cuando subí un poco su persiana y me miró frotándose un ojo. Me acerqué a él y lo cogí en brazos.

—Ay, mi bebé.

Él se abrazó a mi cuello y salimos de la habitación mientras se desperezaba. En el salón, estaba David sentado en el sofá con los brazos apoyados en las rodillas y la mirada fija en la televisión apagada, pensativo.

—¡Papá!

Nada más oírlo, levantó la cabeza y se topó con mis ojos. Yo aparté la mirada, sintiendo cómo se me secaba la boca y acerqué al pecho al sofá. Se sentó con su padre y empezaron a jugar mientras yo volvía a la cocina para preparar el desayuno a todo el mundo. Allí me encontré a Mía, que ya había sacado varias tazas, había preparado el tostador y tenía la nevera abierta para

sacar la leche y todas las demás cosas.

Cuando me vio, me pasó el tetrabrik y empecé a servir un poco en cada taza; algunas de ellas ya tenían el café echado. Mía se apoyó de espaldas a la encimera, de la misma forma que lo había hecho David la noche anterior, y me miró con intención. Traté de ignorarla, pero, cuando vio que no pensaba hablar por voluntad propia, me quitó lo que tenía en la mano de mala manera y me obligó a mirarla.

—Bueno, ¿me vas a dar alguna explicación creíble? —Me encogí de hombros y traté de liberarme de su agarre—. Empieza por la cita de anoche. Imagino que no fue muy bien si estabais besándoos de esa forma tan frenética.

—No, no fue bien. —Me deshice de su mano y seguí haciendo el desayuno mientras le contaba—. El tipo era majo y muy guapo. Pero no le gustaban los niños y no había nada más que hacer. Luego me trajo a casa. Y... —Pensé que también debía contarle lo que había pasado al volver a casa con David—. David me ayudó a quitarme el vestido, porque yo no podía, y... no llegamos a besarnos, pero nos pusimos un poco... cariñosos. Me acarició la espalda y me besó el cuello con mucha ternura. Y me descolocó bastante.

—¿En serio no os besasteis?

Negué con la cabeza.

—Le paré los pies antes de que fuera a más. Y esta mañana todavía estaba un poco confusa por lo que había sentido anoche...

—¿Qué sentiste? —me interrumpió.

Suspiré sin ni siquiera saber por dónde empezar.

—Sentí que quería seguir, que siguiéramos tocándonos y besándonos. Pero también sentí que no debíamos estar haciendo eso. No quiero que vuelva a hacerme daño y se marche. Esta vez dejándome con un niño que no dejaría de preguntarme dónde está su padre. Y yo no sabría qué hacer en ese caso, Mía. No podría soportar que le decepcionara también a él.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo con suavidad—. Pero tú no eres de echarte para atrás. No te achantas con nada. No es propio de ti tener miedo de arriesgarte.

—Ya me arriesgué una vez y mira cómo acabó.

—Haz lo que veas. Yo solo te digo que creo que los dos habéis cambiado. Ahora sois más maduros y él te ha dejado claro que se quedará pase lo que pase. Si los dos queréis estar juntos, ¿por qué no lo estáis?

Otra vez esa pregunta. Parecía que se hubieran puesto de acuerdo. No se trataba de querer o no querer, sino de poder. No podía estar con alguien en

quien no terminaba de confiar.

—¿No confías en él? —me preguntó Mía, sacándome de mis pensamientos.

—No lo sé.

—Yo te lo voy a decir. Confías en él cuando se trata de cuidar de David. Cuando necesitas que lo recojan del cole, que le den de comer, que lo lleven al médico y todas esas cosas. Desde que ha vuelto, ha sido la primera persona a la que se lo pedías. Pero, cuando se trata de cuidarte a ti, no eres objetiva.

»Tú ves al peque con David y lo ves feliz. Eso te da la seguridad de que, si es por él, se esfuerza. Pero es que no ves cómo hace exactamente lo mismo contigo. Yo lo veo desde fuera y a ti te cuida tanto como al enano. Si necesitas algo, cualquier cosa, él está ahí y te dice que sí a la primera. ¿No lo ves?

—No sé, Mía. —Bajé la mirada y removí el Cola-Cao de David—. Es que...

—Es que tienes miedo. Y es comprensible. Pero ¿vas a estar toda la vida con miedo de ser feliz?

Esa última pregunta suya me dejó pensativa, en silencio. Mía se dio cuenta de que había dado en el clavo y decidió dejarme sola en la cocina. Se llevó el desayuno de los dos que estaban en el salón y se quedó allí. Yo seguía delante de mi taza de café y la miraba sin verla realmente.

¿Tenía miedo de ser feliz? No estaba segura de la respuesta, pero de lo que sí estaba segura era de que tenía miedo. Miedo a que me hicieran daño, a que se marchase otra vez y volviese a dejarme sola. Esta vez con un niño también decepcionado y triste por la huida de su padre. Me había costado mucho esfuerzo y tiempo levantarme después de caerme cinco años atrás y con un embarazo sorpresa. No me veía capaz de volver a hacerlo, y menos aún de levantar a nuestro hijo yo sola.

Sin embargo, por otro lado, sabía que, se fuera las veces que se fuera y volviese las veces que lo hiciera, yo seguiría ahí y, resistiéndome más o menos, seguiría abriéndole la puerta de mi casa, de mi vida y de la de todos los que me rodeaban e importaban. De una forma u otra, sabía que siempre tendría aquellos sentimientos por él, por mucho que quisiera negarlos.

Entonces, ¿qué podía hacer?

«¿Qué vas a hacer, Emma?», decía la voz de mi conciencia en mi cabeza. «¿Qué eliges? ¿Ser feliz o ser una cobarde?».

## Capítulo 12

El resto del fin de semana estuvimos fingiendo que no había pasado nada en la cocina y Mía no pareció poner pegas. Aunque estaba más que segura de que se lo había contado a Eric y por eso él me miraba de vez en cuando con intención. Otro más que adoraba reírse de mí. Realmente eran tal para cual.

El lunes volvimos a la rutina de siempre en la que David llevaba al peque al colegio antes de irse a trabajar y yo lo recogía cuando salía del centro de estudios. Por las tardes nos turnábamos para ir al parque con él. Aunque tenía que admitir que casi siempre iba yo porque las madres de los otros niños del vecindario se habrían extrañado de ver a David después de cinco años sin que el peque tuviera un padre físicamente. Y, para qué voy a mentir, me sentía extraña imaginándome a ese grupo de madres mirándolo fijamente y comiéndoselo con los ojos.

El viernes por la tarde recogí a David en la puerta del colegio y fuimos caminando hasta casa. Era mediados de junio y empezaba a hacer bastante calor, así que me tocó cargar con la chaqueta de David, la mía, su mochila y todas mis cosas del trabajo. Al llegar a casa, me quitó su mochila de las manos con ansia y empezó a rebuscar en su interior. Entré en el salón y dejé las cosas encima de la mesa. Mía salió a nuestro encuentro.

—Hola, ¿qué tal el día? —la saludé.

—Estaba terminando de sacar algunas cosas del armario —me contó—. Ya casi estamos terminando la mudanza. Solo queda llevar algunas cosas de ropa y eso.

—Ya os iréis pronto, ¿no?

—¿Qué pasa? ¿Tienes ganas de que nos larguemos? —dijo con tono enfurruñado.

—Sabes que no.

—¡Mira, mamá!

David se colocó a mi lado y tenía en la mano un bote de cristal con flores de varios colores pintadas alrededor y caramelos blandos dentro. Estaba

tapado con una pequeña tela que quedaba sujeta a los bordes con una goma elástica.

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Ay, mi bebé, muchas gracias!

Me agaché a su lado y cogí su regalito. Lo abracé y lo besé con todas mis fuerzas. No me esperaba un regalo así. Más bien, esperaba los típicos que a veces hacían los niños de un marco de colores hecho por ellos mismos y con alguna foto suya o de los dos. Me encantaba el botecito con caramelos, pero estaba claro que le habían echado una mano. Seguramente, Mía. Me giré para dirigirle una mirada acusadora, pero ella levantó las manos, exculpándose.

Me separé de David y abrí con cuidado el botecito, intentando no romper el papel que funcionaba como tapadera.

—¿Quieres uno? —David asintió con la cabeza—. ¿De qué sabor?

—Papá me ha dicho que no coja de limón porque son tus favoritos y así te los comes tú. Así que de fresa o de naranja.

Me quedé mirándolo fijamente unos segundos, asombrada.

—¿Papá te ha ayudado con esto?

—No, lo he hecho yo solo.

—Uy, qué mentiroso. —Le chinché un poco en la tripa, haciéndole cosquillas, y él se rio—. Coge uno de limón si quieres. No se lo diremos a papá, ¿vale? —susurré.

Él asintió con entusiasmo y metió la mano en el bote para sacar un caramelo amarillo. Lo desenvolvió y se lo llevó a la boca. Vi cómo iba corriendo a la cocina y escuché el cubo de basura abrirse y cerrarse cuando tiró el envoltorio.

—Se está currando eso de ser padre, ¿eh? —dijo Mía detrás de mí. Me giré hacia ella.

—La verdad es que sí. Y además se ha adaptado bastante rápido; creía que iba a costarle más hacerse a la idea de que tenía un hijo.

—Se lo está tomando en serio —repitió mirándome con intención. Rodé los ojos y decidí ignorarla e ir a la cocina.

Me encontré al peque bebiendo agua de una botella pequeña con el dibujo de una jirafa. Qué rápido se había comido el caramelo. Lo aparté de la nevera y cerré la puerta porque acabaría poniéndose malo. Terminó de beber y dejó la botella en la encimera para que yo la llenase y volviera a meterla en el frigorífico.

—¿Nos cambiamos de ropa y vamos al parque?

—¡Sí! —contestó con entusiasmo.

Lo vi salir de la cocina de camino a su habitación. Por la mañana le había dejado un conjunto preparado para salir por la tarde. Salí de la cocina y me encontré a Mía en el salón, recogiendo sus cosas. Me imaginé que habría quedado con Eric en el piso nuevo para alguna gestión.

Nos dimos un beso en la mejilla y nos despedimos con un «hasta la noche». Caminé por el pasillo y, asomándome un poco a la habitación de David, vi que ya tenía los pantalones puestos y estaba intentando quitarse la camiseta del uniforme del colegio. Se veía que tenía ganas de ir al parque y salir un poco a la calle. La verdad era que a mí también me apetecía que nos diera un poco el aire y, si solo era yendo al parque que había a un par de calles, tendría que conformarme.

Entré en mi habitación y me encontré un sobre de color verde encima de la colcha. Estaba abierto, así que saqué la tarjetita que tenía dentro y la leí con curiosidad.

*¡Feliz cumpleaños! Es el primero de todos los que quiero que celebremos los tres juntos y el primero que va a ser especial y diferente a todos los que hayas tenido. Tengo varios planes para esta tarde (y para esta noche). Pero de momento todo es secreto, ¡ssh! Por ahora, David y tú deberéis salir de casa porque estoy abajo, esperándoos. ¡Si no os dais prisa, me iré sin vosotros!*

*David.*

Salí de la habitación y fui casi corriendo al salón para asomarme a la ventana. Ahí estaba: apoyado de espaldas en su moto con los tobillos cruzados y las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa blanca arrugada con unas zapatillas negras. Se había echado el pelo hacia atrás, engominado, igual que solía hacer cinco años atrás. Mi corazón se aceleró aún más cuando levantó la cabeza y me sonrió ampliamente.

—¿Estáis listos? —Negué con la cabeza, ya que las palabras no querían salir de mi boca—. Pues venga, o me marcharé yo solo de fiesta.

—No bromees con eso. —Me salió solo, me habría gustado no decirlo porque enseguida se puso serio. Aunque intentó disimularlo.

—Tienes razón, perdona.

—En un minuto estamos abajo.



Volví a meter la cabeza y me di cuenta de que David se había sentado en el sofá, con los pies ligeramente alzados para que le atara los zapatos. Me incliné un poco y, cuando lo hube hecho, le dije que me esperaba ahí mientras yo me cambiaba de ropa también. Volé, prácticamente, hacia mi habitación y abrí el armario. No quería ir demasiado arreglada, como si me hubiera hecho ilusiones, pero tampoco debía ir demasiado informal. Entonces, ¿qué demonios me ponía?

Al final, con tal de no hacer esperar ni al padre ni al hijo, me puse unos vaqueros pitillos y ajustados, con una camiseta negra y holgada metida en el pantalón y una rebeca de flecos sin mangas de color negro y estampado floral. Me ahuequé un poco el pelo con espuma para darle algo de volumen y me maquillé ligeramente. Me calcé unos botines negros con un poco de tacón y salí de la habitación.

Por suerte, David me había hecho caso y no se había movido del sofá. Tenía la televisión encendida y estaba viendo unos dibujos animados cuando me vio.

—¿Por qué te pones tan guapa para ir al parque? —me preguntó con su vocecita inocente.

—Porque al final no vamos a ir al parque —contesté mientras cogía algunas cosas y las metía en un bolso negro grande—. Nos vamos a dar una vuelta con papá. Está abajo esperándonos.

De un salto se levantó del sofá y se plantó delante de la puerta, listo para salir corriendo. Se entusiasmaba enseguida. Fui detrás de él y abrí la puerta. Salimos de casa y nos reunimos con David frente al portal. No se me pasó por alto la mirada que me dedicó. Me había recorrido tan minuciosa e inconscientemente como había hecho yo al tenerlo enfrente.

El peque había saltado directamente en los brazos de su padre y le estaba susurrando algo al oído. El mayor me dedicó otra mirada más discreta; estaban hablando de mí, seguramente sobre el detalle de los caramelos. No pude reprimir una sonrisilla al imaginarme a David pintando aquellas flores en el bote que claramente no habían sido dibujadas por un niño de cinco años.

—Bueno —interrumpí su conversación susurrada—, ¿dónde nos vas a llevar?

David dejó al peque en el suelo y le cogió de la mano para que no se escapase y saliera corriendo a la carretera. Cuando se entusiasmaba, se volvía un poco loco y no controlaba nada.

—Ya he dejado claro que era un secreto. De momento, vamos caminando

hacia el centro.

Emprendimos el camino y David iba cogido de nuestras manos, balanceándose, contento de poder salir los tres solos y hacer algo diferente. Mientras tanto, David y yo íbamos hablando sobre cómo había ido nuestro día y sobre alguna anécdota curiosa que hubiera ocurrido. No se me escapó en ningún momento la mirada cariñosa y de aprecio que me dedicaba constantemente. Intentaba disimularlo, pero se le daba muy mal. En más de una ocasión tuve que apartar mis ojos de los suyos para no ponerme demasiado colorada. Se me había olvidado cómo era que te mirasen de esa forma.

El trayecto hasta la plaza del Sol se nos hizo corto con tanta cháchara. Seguimos caminando hasta llegar a Ópera y ahí David nos paró. Se plantó delante del peque y de mí y me miró fijamente con una sonrisa torcida.

—¿Te acuerdas de esto? —me preguntó.

—Ah... Vengo de vez en cuando. ¿Qué tiene de especial?

—¿Se te ha olvidado de verdad? —dijo con fingido dolor.

Me encogí de hombros, incómoda. Entonces me señaló una calle que salía por una de las esquinas de la plazoleta y caí. Sonreí de forma inconsciente al recordar las veces que habíamos ido a aquel local de comida mejicana y lo bien que lo habíamos pasado en todas esas ocasiones.

—David no lo conoce —interrumpió mis pensamientos.

Se había dado cuenta de que ya sabía a qué se refería. Sonreí aún más y pusimos rumbo al local. El peque pareció un poco reticente a entrar, pero David y yo sabíamos que le gustarían tanto el interior como la comida. Nos sentamos en una mesa para cuatro personas y nos dedicamos a mirar el menú infantil. Al final, David se levantó y se acercó al mostrador para pedir.

Me di cuenta de que nos habíamos sentado junto a una foto del actor Bruce Willis y una frase suya: «No se puede deshacer el pasado, pero puedes no repetirlo». Me quedé embobada mirando esa frase y pensando en David y en cómo se había ido hacía cinco años. Lo mal que me dejó, el corazón roto, la mente destrozada, un niño en camino, una vida completamente dada la vuelta...

—Ya estoy aquí.

Parpadeé un par de veces antes de mirarlo. Se me habían acumulado unas pocas lágrimas en los ojos y necesitaba disiparlas. David estaba repartiendo nuestra comida y me di cuenta de que, aunque yo no se lo había dicho, él había asumido que querría la misma quesadilla de pollo picante que pedía siempre que veníamos juntos. Todavía se acordaba.

—¿Estás bien? —me preguntó después de unos segundos observándome minuciosamente.

—Sí, no te preocupes. Solo... estaba pensando en la frase de la foto.

Él le dirigió una mirada rápida al texto y después me miró serio, pero con decisión. Entonces me cogió la mano derecha, que había apoyado sobre la mesa con firmeza, y dijo con decisión:

—No me voy a ir. Nunca más.

Sonreí tranquila.

—Te creo.

Y lo decía en serio. No intentaba convencerme a mí misma o a él; realmente creía que no se iría, que habíamos madurado los dos y teníamos más claros nuestros sentimientos y responsabilidades. Ahora teníamos un hijo y debíamos ponerlo a él por delante de cualquier cosa.

—Me gusta —declaró el peque masticando un trozo de su burrito de queso.

Le habíamos pedido el menú infantil, que no era tan fuerte como algunos de los menús normales, y tenía un burrito de varios quesos fundidos, patatas fritas con pimentón y una quesadilla de chocolate para el postre. Mientras, nosotros disfrutábamos de nuestros nachos y cada uno de su quesadilla y su burrito.

—Me ha dicho el señor del mostrador —estaba contando David entre risas— que cuánto hacía que no nos veía.

—¿Se acuerda de nosotros? —pregunté riéndome e intentando no mirar al hombre ni elevar demasiado la voz.

—Eso parece. —David dio un bocado a su burrito—. Dice: «¡Y con un churumbel! Se parece muchísimo a su padre». Aunque yo creo que, si es tan guapo, es porque lo ha sacado de su madre.

Aunque no le estaba mirando directamente, sabía que estaba sonriendo y le había gustado ver cómo me ponía un poco colorada sin pretenderlo. Estaba intentando que David no se manchase de chocolate con su postre y agradecí no tener los ojos fijos en su padre. Me habría puesto aún más nerviosa.

Seguimos hablando con normalidad hasta que el peque empezó a gritar:

—¡No te hemos cantado el cumpleaños feliz!

—No hay tarta —dije para tranquilizarlo.

En realidad, agradecía que no lo hicieran; habría pasado mucha vergüenza. Había pocas personas en el local y no habría ocurrido nada realmente, pero habría sido una situación embarazosa de todas formas.

—¿Quién ha dicho que no hay tarta? —replicó David padre mirándome con fingida indignación.

Se levantó de su asiento y fue a hablar con el hombre del mostrador otra vez. No podía escuchar lo que decían, pero veía cómo de vez en cuando miraban en nuestra dirección o señalaban nuestra mesa. Esperaba que no se le hubiera ocurrido comprar una tarta solo para cantarme el cumpleaños feliz...

Pues me equivocaba.

A los dos minutos, vi a un hombre salir por la puerta de la cocina con un pastel de nata en las manos y unas velas sobre este con el número 25 en color rojo. No pude hacer otra cosa que llevarme la mano a la cabeza mientras el enano empezaba a cantar el cumpleaños feliz y su padre le coreaba. No podía creer que de verdad lo hubiera hecho. Qué vergüenza...

Cuando terminaron de cantar, el peque me insistió en que soplara las velas y pidiera un deseo. No sabía qué pedir así que simplemente me limité a apagar el fuego y ruborizarme con los aplausos de las demás personas en el restaurante.

—¿Qué has pedido? ¿Qué deseo has pedido? —insistía el peque.

—Si te lo digo, no se va a cumplir.

Nos comimos un buen pedazo de tarta y pedimos que nos guardaran el resto para poder llevárnoslo a casa. Salimos del local y seguimos paseando un buen rato por el centro de Madrid hasta que llegamos al templo de Debod. Cuando estuvimos frente al templo, David nos preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es un templo egipcio —contestó su padre.

—¿Y hay momias dentro?

—No, claro que no —intervine riéndome por su ocurrencia.

Nos apoyamos en una barandilla cercana al templo y observamos la puesta de sol. No había sido nada del otro mundo, pero me había gustado ese cumpleaños. Hacía cinco años que no íbamos a aquel restaurante y me hizo ilusión volver allí con David y nuestro nene. No solíamos salir demasiado a menos que hubiera algún evento especial, y yo no consideraba mi cumpleaños uno de esos.

Miré a David, que sostenía la mano de nuestro pequeño con suavidad mientras apoyaba el antebrazo contrario sobre la barandilla y miraba maravillado el paisaje. Debió de sentir mis ojos sobre él ya que giró la cabeza para encontrarse con mi mirada. Después de unos segundos de simplemente mirarnos, decidí sonreírle y él me devolvió el gesto.

Tal vez no estuviéramos juntos y quizá no lo estaríamos nunca, pero teníamos algo muy bonito en común y ese era nuestro pequeñajo.

—Bueno —dijo una voz familiar detrás de nosotros, interrumpiendo nuestro contacto—, creo que a partir de aquí del enano nos ocupamos nosotros.

Me giré y vi a Mía y Eric mirándonos con una sonrisa torcida. ¿A qué se refería?

—Campeón —habló David dirigiéndose al niño—, ahora te vas a ir con la tía Mía y el tío Eric al cine, ¿te apetece?

—¿Y por qué no puedo ir con vosotros?

—Porque... —intervino Mía— a mamá y a papá no les gusta la peli que vamos a ver.

—¿Cuál?

—*Buscando a Dory*, la segunda parte de *Buscando a Nemo*.

—¡Bien!

Enseguida se separó de nosotros y se cogió de la mano de Eric y de Mía, sonriendo con entusiasmo. Cuando se trataba de Nemo, cambiaría hasta a su propia madre... De hecho, lo había hecho: me había cambiado por ir al cine.

—¿Debo suponer entonces que nosotros tenemos un plan distinto? —le pregunté al padre de mi hijo.

—Por supuesto —contestó con sorna—. Como decía en tu tarjeta de cumpleaños, todavía tengo planes para esta noche. Y... —Se acercó un paso a mí de forma insinuante y con una mirada intensa para susurrar—: Esos solo nos incluyen a ti y a mí.

Reprimí el escalofrío que quiso sacudir mi cuerpo y aparté la mirada de su boca, la cual quedaba a la altura de mis ojos. Me giré hacia Mía y Eric y vi que la primera me miraba con una sonrisa torcida y los ojos brillantes mientras Eric jugaba al *pilla-pilla* con el peque un poco más alejados.

—Bueno, nosotros nos vamos ya, ¿vale? —dijo Mía despidiéndose con la mano y sonriendo de manera cómplice.

Se unió a David y Eric y se agachó junto al peque para decirle algo. Acto seguido, este nos miró y empezó a hacer aspavientos con los brazos como despedida.

—¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá!

—Adiós, enano.

—Adiós, cariño —me despedí y me giré hacia David cuando los hube perdido de vista a los tres—. Bueno, ¿adónde vamos primero?

—Eso es secreto. Pero, de momento, quiero que volvamos a casa para que podamos coger la moto.

No dije nada más y pusimos rumbo a nuestro piso. Íbamos con paso ligero y en algún momento del camino nuestras manos se unieron y sentía sus dedos sujetando con firmeza los míos. No me resistí ni me quejé; poco a poco estaba ganándome terreno y no sabía si debía dejarle hacerlo o pararle los pies. Por el momento, opté por la primera opción.

Llegamos frente a nuestro portal en la mitad de tiempo que el camino invertido y nos plantamos junto a su moto. David abrió la guantera y sacó un pañuelo de color blanco que me tendió.

—Tienes que ponerte esto.

—¿Adónde planeas llevarme? —pregunté mientras lo cogía y enrollaba lo justo para poder atármelo alrededor de la cabeza.

—Otra vez. Mira que eres insistente. —Se colocó detrás de mí para hacer el nudo del pañuelo, tapándome los ojos, y me colocó el casco después para que no se moviera—. No pienso dejar que lo sepas hasta que estemos allí.

Me ayudó a subirme a la moto y a sentarme en la parte de atrás. Después, se subió delante de mí y dirigió mis brazos alrededor de su cintura, donde me agarré con fuerza. No tenía especial miedo a montar en moto —ya lo había hecho antes con él y sabía que conducía bien—, pero el hecho de no poder ver nada despertaba mis nervios y mi inquietud.

Arrancó y emprendimos el camino hacia solo él sabía dónde.

En ningún momento aceleró más de lo necesario para incorporarse a alguna carretera principal, por lo que supuse que todo el camino transcurrió por las calles de Madrid. Al cabo de unos veinte minutos, sentí que aflojaba la velocidad e intuí que estaríamos cerca de nuestro destino.

Apagó el motor y se bajó de la moto. Menos de un minuto después, estaba cogiendo mi mano para ayudarme a bajar también. Me sujetó por los hombros, colocándome frente a algo, y me quitó la venda de los ojos. Llegó un momento en que empecé a reírme porque ni él mismo sabía cómo deshacer el nudo que había hecho. Al final, con un poco de esfuerzo y tras ponerse nervioso por mi risa, consiguió desatarlo.

Cuando pude enfocar la vista, me di cuenta de que nos encontrábamos frente al Teleférico. No pude evitar sonreír al ver el plan que había escogido para celebrar mi cumpleaños. Cualquier otro se habría conformado con el típico plan de salir a cenar a un restaurante elegante, regalarme rosas y

despedirse en la puerta de mi casa. Aunque esto último habría sido un poco extraño, dado que vivíamos en el mismo piso.

—¿Teleférico? —Asintió con la cabeza mientras enganchaba la cadena a la moto—. Y si llego a tener vértigo, ¿qué hubiera pasado? ¿Tienes un plan B?

—No, porque sé que no te dan miedo las alturas. Me lo confesaste una de las veces que jugábamos a beber.

Se me había olvidado que aquellas veces habíamos hablado de todo tipo de cosas. Tal vez fuera un poco inocente por mi parte, pero me sentí bien por dentro cuando me di cuenta de que todavía se acordaba de aquellas cosas. Traté de que mi entusiasmo interno no se notara demasiado y le seguí hasta la entrada. Me sorprendió que no hubiera casi gente a aquella hora de la tarde de un viernes. El sol estaba empezando a ponerse y había supuesto que las parejitas se amontonarían en la entrada a las cabinas para tener unas vistas románticas.

Enseguida nos llegó el turno y David pagó lo correspondiente a los dos tickets antes de que el encargado nos dejara subir a la cabina. David no dijo nada mientras nos acomodábamos en nuestros asientos y la cabina empezaba a deslizarse por el cable. Nada más salir del edificio nos llegó la luz anaranjada de la puesta de sol y vimos cómo se iba posando sobre los edificios más emblemáticos de la ciudad. Sí que eran unas vistas preciosas.

Me había quedado embobada mirando a través de los cristales hasta que el carraspeo tímido y nervioso de David me obligó a apartar la vista de ellos y dirigirla hacia él.

—Emma, perdóname por esto, pero tengo que intentarlo una última vez. —Se me aceleró un poco el corazón aunque traté de disimularlo—. Sé que tú no quieres oír hablar de lo nuestro. Sin embargo, creo que hay algunas cosas que tenemos que aclarar, sobre todo respecto a nuestros sentimientos. — Parecía un discurso ensayado; él estaba nervioso, se le notaba—. Estos cinco años que hemos estado separados no he hecho más que arrepentirme de la decisión que tomé al marcharme y huir de ti y de mis sentimientos. No dejaba de pensar: «¿Habrá llorado mucho?», «¿Pensará en mí?», «¿Y si ha hecho alguna tontería?». Luego me di cuenta de que pensar aquello era egoísta por mi parte. Siempre te consideraré más fuerte de lo que realmente aparentas y quise pensar que habías sabido salir adelante incluso habiéndome comportado como lo hice.

»Traté de olvidarte, porque no quería que pasara el tiempo y seguir pensando en alguien que seguramente me había olvidado o que había

empezado a odiarme. De una manera u otra, me convencí de que no volveríamos a estar juntos... Bueno, aunque, según tú, nunca hemos estado juntos —dijo con una pequeña sonrisa nerviosa; se notaba que quería destensar el ambiente, pero sus palabras estaban haciendo mucha mella en mí y estaban tirando abajo el muro que había tardado cinco años en construir—. Pensaba en ti a diario, te lo juro. Deseaba llamarte, decirte que te amaba y que no podía seguir si no era contigo. —Tuve que coger aire y dejar de mirarlo para controlar mis emociones—. Y si no lo hice, fue porque, como te decía en mi nota de despedida, no estaba pasando un buen momento y no quería arrastrarte y que acabáramos peor. Aunque... la verdad es que no acabamos muy bien.—Torció el gesto.

»Al principio quise distraerme de cualquier cosa que me pudiera recordar a ti; y, créeme, esa fue una tarea realmente difícil. Salía por la noche (casi todas las noches), bebía muchísimo y volvía a casa cada noche con una chica distinta. Ninguna me llenaba, ninguna me hacía sentir una milésima parte de lo que sentía pasando una simple tarde contigo. Pasaron las semanas y yo seguía destrozado por no tenerte y frustrado por no olvidarte. Hasta que llegué al punto en el que decidí madurar, olvidar mis demonios (incluso si sabía que siempre estarían en alguna parte de mi ser) y esforzarme por recuperar lo que más quería: tú.

Antes de que pudiera continuar hablando y sacudiendo mis entrañas, llegamos a lo alto de la línea del teleférico. La encargada de aquella parte del trayecto nos abrió la puerta y nos dio el resguardo para poder hacer el viaje de vuelta cuando quisiéramos. Salí a los miradores con la cabeza hecha un lío después de recibir tanta información referente a los sentimientos que había albergado David con respecto a mí durante los últimos cinco años.

Me quedé clavada junto a una barandilla de madera, cerca de unos merenderos, con la vista fija en la puesta de sol sobre el Parque de Atracciones y David un par de pasos por detrás de mí. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada: yo, porque no sabía cómo gestionar todo aquello que acababa de contarme, y él, supuse que porque esperaba una reacción por mi parte.

—¿Por qué me dices todo esto? —dije en un susurro todavía de espaldas a él.

—Porque quiero que comprendas que desde la primera vez que te vi, en tu casa, con aquella camiseta del hombro al aire y esos ojos que me sonreían alegres, mi cerebro solo ha tenido pensamientos para ti. Para protegerte, para



animarte, para consolarte, para ser tu amigo, como tú tanto querías. Tú siempre ibas antes que cualquier otra cosa o cualquier otra persona. Eras mi prioridad en todo momento.

Se había colocado junto a mí frente a la puesta de sol. Su voz en mi oído había conseguido erizarme la piel y sabía que él se había dado cuenta incluso si no mostraba ningún tipo de emoción.

—Te has guardado muchas cosas todo este tiempo, ¿verdad? —pregunté con una pequeña sonrisa torcida.

—No te imaginas cuántas. —Sus dedos acariciaron ligeramente los míos sobre la barandilla. Ambos bajamos la mirada hacia aquel punto—. Después de darme cuenta de que tenía que empezar a luchar por ti y por nuestro futuro, dejé de ser un capullo y decidí que, te recuperase o no, no podía dejar de intentarlo. Así que empecé a trabajar, alquilé un piso y dejé de salir y beber. El alcohol solo me nublabá de mi objetivo y no pensaba tocar a ninguna otra mujer que no fueras tú.

—¿Vas a decirme que en cinco años no has estado con nadie? —dije con tono burlón. David siempre había sido un ligón y no pensaba creerme tan fácilmente que no había tocado a nadie en tanto tiempo.

—No, no voy a decirte eso. —Su tono de voz se había relajado y hasta parecía que sonreía—. Voy a decirte que llevo tres años sin tocar a una mujer y que por eso me emocioné tanto... físicamente hablando, cuando el otro día nos dimos ese beso.

Se me escapó una carcajada al recordar el incidente en cuestión y la mirada que Mía nos echó a los dos cuando nos encontró besándonos en la cocina. Me llevé la mano libre a la boca, pero no oculté la risa que salía de mí cuando no pude retenerla. Él pareció entenderlo y me acompañó, destensando la situación.

Por primera vez desde que estábamos ahí arriba, nos miramos a los ojos. Y no me sentí incómoda o tensa con sus ojos sobre mí. Sus dedos se enlazaron con los míos y, aunque lo propio habría sido mirar la puesta de sol tan preciosa que teníamos delante, nos dedicamos a mirarnos entre nosotros.

—¿Quedan muchas sorpresas de cumpleaños esta noche? —pregunté intentando prolongar nuestro duelo de miradas.

—Unas pocas. Tengo algunas cosas pensadas y no creo que vayamos a volver pronto a casa. Seguramente David ya se haya dormido para cuando volvamos.

—Y... ¿esas sorpresas incluyen más relatos sobre tus aventuras y

desventuras los últimos años?

—Los últimos años no sé. Pero de las últimas semanas te aseguro que sí.

Nos miramos sonriendo, con los dedos todavía entrelazados, y volví a sentirme como una adolescente en su primera cita con un chico. Realmente, si lo pensaba bien, aquella era nuestra primera cita de verdad; nunca habíamos salido los dos solos ni habíamos hecho nada romántico. Nuestra única aventura había sido una noche loca de sexo y después... nada.

—De todas formas —me sacó de mis pensamientos—, no pienses en las historias que tengo que contarte o en las siguientes sorpresas. Piensa que todavía nos queda el viaje de vuelta en el teleférico.

## Capítulo 13

Estuvimos alrededor de media hora sentados en un banco de cara a la puesta del sol mientras charlábamos y picábamos de una bolsa de patatas fritas que David había ido a comprar al quiosco del teleférico. Después, nos dirigimos de nuevo a la zona de las cabinas para recorrer el camino inverso. Nos montamos en uno de los cubículos y volvimos a dirigir la mirada hacia los últimos rayos de sol que se alargaban en el horizonte.

—Cuando decidí volver a Madrid —continuó—, sabía que recuperarte no iba a ser una tarea fácil. De hecho, llegué a pensar que sería imposible. Pero igualmente tenía que intentarlo; tenía que volver a verte y, aunque fuera, que me dejaras claro que me habías olvidado y que ya no sentías nada por mí. Pero no fue así. En nuestro primer encuentro, vi en tus ojos que no te habías olvidado de mí, que, sintieras lo que sintieras, fuera bueno o malo, yo todavía tenía un pequeño hueco en tu corazón. Y pensaba abrirme paso hasta él.

»Aunque tengo que admitir que me sorprendió mucho ver que habías tenido un hijo. Y más saber que ese hijo era mío; la verdad es que físicamente se parece mucho a mí, no lo podemos negar—añadió con una sonrisa torcida—. Me descolocó bastante los esquemas de su existencia, pero después de una larga conversación con Mía (por cierto, me dio una increíble charla protectora, como buena hermana tuya), me di cuenta de que mi objetivo no había cambiado: todavía tenía la esperanza de recuperarte; puede que incluso tuviera más posibilidades. Pero ahora David también era mi prioridad, y tenía que empeñarme en estar con él tanto como contigo.

Llegamos al final del trayecto. Bajamos de la cabina y salimos a la calle para volver a situarnos junto a la moto. Nuestras manos estaban unidas sin tensión entre nosotros; parecía que lleváramos años cogiéndonoslas así.

—Todavía nos queda una parada más antes de volver a casa. Esta vez no voy a pedirte que te tapes los ojos, pero sí que te pongas estos auriculares.

Me tendió unos cascos blancos que estaban conectados a su teléfono móvil. Cuando los tuve metidos en los oídos, vi cómo accionaba el botón de

*play* en una lista de reproducción con mi nombre como título y empecé a escuchar la melodía de *Bailarina*, de Maldita Nerea.

Sonreí de forma inconsciente.

También se acordaba de que era mi grupo favorito. Seguro que esa lista de reproducción estaba llena de canciones tuyas. Me quitó uno de los auriculares y acercó su boca a mi oído para susurrarme:

—Vamos a tardar un poco en llegar a nuestro último destino y quiero que disfrutes de las calles de Madrid con una buena banda sonora.

Me colocó el auricular de nuevo en la oreja y me ayudó a colocarme el casco de la moto sin que se me cayeran. Estaba teniendo muchos detalles minúsculos pero que, como él había dicho, estaban consiguiendo que se abriera paso poco a poco en mi corazón. Menos mal que no se dio cuenta del temblor de mis piernas; o fingió no hacerlo, lo cual agradecí.

Me subí a la moto detrás de él, coloqué los pies en los soportes mientras él arrancaba y me agarré a su cintura de nuevo al tiempo que emprendíamos camino.

Recorrimos las calles más emblemáticas de toda la ciudad mientras yo seguía escuchando la voz de Jorge Ruiz cantando *El secreto de las tortugas*, *Seis*, *Hace tiempo que dices*, *Su película*, *En el mundo genial de las cosas que dices*, *La respuesta no es la huida*, *Perdona si te llamo amor* y muchas otras canciones que me encantaban. Las luces de los edificios, que iluminaban la noche, me maravillaban y parecían tener un brillo especial que solo esa banda sonora era capaz de darle.

Sonreí.

David estaba consiguiendo darnos la primera cita que no habíamos tenido hacía cinco años. Estaba siendo una noche especial e inolvidable; estaba esforzándose, y eso me hacía tener miedo. Miedo de cómo pudieran acabar las cosas. No solo aquella noche, sino todo. Si me dejaba llevar igual que la vez anterior, ¿terminaría yéndose y dejándome otra vez? En mi interior había una batalla sobre lo que de verdad quería y sobre lo que debía hacer. Si me equivocaba otra vez, la única culpable sería yo por haberle dejado entrar una vez más en mi vida y revolucionarlo todo. Y no sería la única que saldría malparada.

¿Qué debía hacer? ¿Obedecer a mi corazón o a mi mente?

Al cabo de unas diez canciones, sentí que David aflojaba la marcha. Había

cerrado los ojos sin darme cuenta para disfrutar del aire que golpeaba mi cara por la abertura del cristal del casco. Cuando los abrí, me di cuenta de que nos encontrábamos frente a uno de los hoteles más céntricos y famosos de todo Madrid: el hotel Santo Domingo. David aparcó en una de las plazas reservadas para motocicletas y ambos desmontamos de la misma, dejando los cascos en la guantera y poniéndole el candado. David volvió a cogerme de la mano y me llevó hasta la entrada del restaurante Sandó.

Mientras él hablaba con el maître sobre una reserva a su nombre, yo me quedé maravillada con la fachada de aquel edificio. Los muros iban cambiando de color progresivamente y le daban un toque moderno y romántico.

La voz de David a mi espalda me sacó de mis pensamientos y me tendió de nuevo la mano para que entráramos juntos en el restaurante. Mientras caminábamos a nuestra mesa, me acerqué un poco a su oído para decirle:

—No puedo permitirme cenar en un sitio así.

—Me parece bien —contestó—. Porque pensaba pagar yo.

—No me gusta que me inviten.

—Lo sé, lo recuerdo. Pero esto no lo hago porque quiera hacer ver que el que gana más dinero soy yo (más que nada porque sé que tú eres la que más gana de los dos). Lo hago porque quiero tener este detalle contigo y porque venir aquí fue idea mía. Además, déjame que lo convierta en tu regalo de cumpleaños, ¿vale?

Rodé los ojos mientras nos sentábamos el uno frente al otro y el camarero nos tendía las cartas. Siempre acababa saliéndose con la suya. Antes de que pudiera siquiera abrir la carta, David me detuvo y dijo:

—Si te parece bien, he visto lo que entra en el menú degustación y creo que podría gustarte. ¿Te apetece que lo pidamos para los dos?

—Claro. Aunque sea menos cantidad, podemos probar varias cosas.

—Viene en la cara de atrás, por si quieres echarle un vistazo.

Le di la vuelta a la carta y leí rápidamente lo que incluía el menú degustación. Como David había dicho, todo parecía tener muy buena pinta —y eso que solo venía la lista de los platos y ninguna imagen—, así que estuve de acuerdo en pedirlo. Cuando el maître estuvo de nuevo a nuestro lado, David pidió agua para los dos y después le comunicó al maître que tomaríamos el menú degustación.

Empezamos a charlar y prácticamente enseguida nos trajeron el ajo blanco de coco con granizado de piña y los torreznos de chutney de plátano.

Con lo fanática que era yo de la fruta, y más si me la servían de esa forma tan exótica, aquella prometía ser la mejor cena de mi vida. Todo estaba riquísimo, y nosotros bromeábamos sobre cómo podríamos imitar la receta y la presentación en casa. Aunque sabíamos que no nos saldría ni la mitad de bien que al cocinero del restaurante.

En cuanto terminamos, con los aperitivos de la casa, que fue más pronto que tarde, nos sirvieron los platos principales: foie *micuit*, queso y mango; milhojas de berenjenas con brandada de bacalao y miel de arce; pulpo braseado con cremoso de trigueros y queso y solomillo de pato y *duxelle* de champiñón con *bacon*. Me pareció una cantidad increíble de comida para ser un menú degustación, y, con mucha ayuda por parte de David, conseguí llegar a los postres con un poco de hueco en el estómago para poder probarlos. Estos consistían en un *tatín* de manzana con helado de canela y sándwich de chocolate con vinagreta de naranja.

Al terminar, no pude evitar apoyar la espalda en el respaldo de la silla y sentirme increíblemente pesada por toda la comida que acabábamos de ingerir. A ver cómo bajaba yo todo eso y que no se me quedase en las cartucheras. David pidió la cuenta y, como era de esperar, no me dejó ni siquiera ver cuánto había sido el precio final. Fingí enfadarme con él, pero no pareció dar resultado; por lo que decidí que ya le invitaría yo a él en algún momento a algo tan digno como aquello.

Nos despedimos del camarero, y David, como ya venía siendo costumbre, volvió a coger mi mano con decisión, pero con suavidad y me llevó al lado del hotel, donde me encontré con algo maravilloso. Un muro que simulaba un jardín colgante pegado a una de las paredes del edificio, iluminado por las luces cambiantes del hotel. Estaba adornado con flores de varios colores y tenía el olor propio de un jardín silvestre, pero bien cuidado.

—Mide veinticinco metros de alto —me informó David al ver que me había quedado embobada mirándolo—. ¿Quieres que nos hagamos unas cuantas fotos?

Me giré enseguida hacia él, sonriendo, y asentí con la cabeza. Por lo visto, habían contratado un fotógrafo para que estuviera frente al jardín colgante para las parejas y familias que quisieran tener un recuerdo de aquel precioso paisaje. Saludamos al fotógrafo, le pedimos que nos hiciera una foto juntos y David le pidió que primero me hiciera una a mí sola. Me coloqué de espaldas al muro de flores y sonreí posando para la foto.

Después de que saltara el flash, vi la figura de David acercándose a mí y

colocándose a mi lado. Me agarró de la cintura y me pegó a él sin llegar a tocar nuestros torsos. Sus ojos estaban fijos en los míos y sonreía de esa forma tan prepotente y superior que solo parecía salirle conmigo. No estaba segura de si eso era bueno o malo.

De reojo vi al fotógrafo acercándose más a nosotros. Supuse que querría sacar nuestras caras a menos de un palmo de distancia; casi tenía que bizquear para poder mantenerle la mirada a David. Él seguía sonriéndome, pero veía en sus ojos el mismo cariño que había visto la última noche que habíamos pasado juntos hacía ya cinco años. Y tuvo el mismo efecto en mí que entonces: acelerarme el corazón y la respiración, ruborizarme —menos mal que las luces del hotel disimulaban ese rubor— y descolocarme los sentimientos.

—Sonríe —dijo sin mover los labios para no dejar de posar—. Están a punto de hacernos una foto.

Tardé un par de segundos en reaccionar, pero finalmente sonreí y fijé los ojos en los suyos. Cuando saltó el flash de nuevo, casi respiré aliviada por poder separarme de él y no tener que aguantarle más la mirada. Sin embargo, él no me soltó. En su lugar, se giró hacia el fotógrafo y le hizo un gesto para que tomara otra fotografía más.

Entonces subió su mano hasta mi mejilla y la acarició, colocando un mechón de mi pelo detrás de la oreja muy suavemente. Dejó la mano ahí, tensa, posando. Acercó su cabeza aún más a mí y dejó su boca a apenas un par de centímetros de distancia de la mía. No llegó a unir nuestros labios, simplemente se quedó ahí hasta que vimos de nuevo el flash que indicaba que la fotografía estaba hecha.

Se separó de mí como si nada y se acercó al fotógrafo para que este le enseñara cómo habían quedado las imágenes. Mientras tanto, yo me quedé donde estaba, sintiéndome confusa por lo que había sentido al tenerlo tan cerca, decepcionada porque no hubiéramos llegado hasta el final y vacía por haber perdido el contacto con él.

Al cabo de un par de minutos, David volvió a acercarse a mí con las tres fotografías en la mano, sacudiéndolas para que se fijase bien la imagen. Pegó su hombro al mío para que pudiera ver las fotografías bien y ese simple gesto volvió a ponerme alerta. Me tensé. Pensé que él se había dado cuenta, dado que se apartó un poco sin decir nada, y yo se lo agradecí.

—¿Te gustan? —me preguntó.

Asentí con la cabeza, sin mirarle directamente a los ojos y tocándome la oreja, de forma nerviosa.

David me tendió las fotografías y me pidió que me las quedara. Las guardé en mi bolso bandolero y emprendimos el camino de vuelta a la moto, cómo no, cogidos de la mano. No dijimos nada durante ese par de minutos, y tampoco mientras nos colocábamos los cascos y nos subíamos a la motocicleta. Recorrimos de nuevo el mismo trayecto hasta llegar a nuestro piso (ya lo consideraba de los dos sin darme cuenta). Cuando estuvimos frente al edificio, David apagó el motor y encadenó la moto después de que hubiéramos guardado los cascos en la guantera. Me giré para mirar a David mientras hacía todas esas cosas y esperé a que hubiera terminado. Él se quedó mirándome, como si no esperara verme tan seria, y frunció el ceño.

—¿Te pasa algo?

—¿Por qué has hecho todo esto? —contesté con otra pregunta, sin poder aguantarme—. ¿Por qué has preparado toda esta tarde para los dos solos? ¿Solo para jugar tu última carta?

—Emmy... —dijo con un tono conciliador y una sonrisa preciosa—, nunca voy a jugar mi última carta. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza. Él se apoyó de espaldas a la moto y me acercó a él, sujetándome ligeramente por la rebeca—. Porque contigo siempre compraría una baraja nueva cuando la anterior estuviera a punto de terminarse. Nunca dejaré de intentar recuperarte; solo cuando lo consiga.

Me quedé mirándolo embobada y en silencio. La verdad era que, siempre que hacía alguna de esas cosas, conseguía removerme todo por dentro y hacerme dudar hasta de mi propio nombre. Aquella noche había jugado una buena baza: la del cumpleaños. La de hacerme pasar el mejor cumpleaños de mi vida con cosas tan simples como merendar con mi pequeño, montar en teleférico o cenar en un restaurante romántico. Me había hecho sentir muy especial durante esas horas.

En ese momento, los dos solos, apoyados en su moto y abrazados de esa manera, volví a sentirme como una veinteañera que acababa de salir de una discoteca y a la que el chico que le gustaba había acompañado a casa. Aquella noche... sentí ganas de besarlo de nuevo, de agarrarle de las solapas de su cazadora y estrellar mis labios contra los suyos.

—Quiero contarte una historia.—Oí que interrumpía mis pensamientos con voz susurrada—. Es la historia de la mejor noche de mi vida.

Sentí la palma de su mano abriéndose ampliamente sobre mi espalda y apretándome contra él. Entonces sus ojos cambiaron de fondo. Antes reflejaban cariño y aprecio; ahora habían adoptado un trasfondo más oscuro y



sensual. Lujurioso, habría dicho.

—Una noche, hace cinco años, estuve apoyado en este mismo lugar con la misma mujer que ahora. Nos besamos. Bueno, más bien me besó ella. Porque decía que, si no estaba borracha, no se atrevería a hacerlo. —Me sonrojé al recordar aquel detalle. David se apartó de la moto y, sin separar su cuerpo del mío, me obligó a caminar de espaldas hacia el portal—. Luego la dejé marchar. Pero no durante mucho tiempo; creo que apenas pasaron un par de minutos —choqué con el frío acero— hasta que me decidí a no dejar escapar a la que era la única chica que me había hecho sentir algo en toda mi vida.

Sacó la copia de la llave del portal que le habíamos hecho a los pocos días de su llegada y la introdujo en la ranura. A los cinco segundos ya estábamos dentro y él me había empotrado de espaldas en el mismo cristal en el que había estado saboreando sus labios la noche que él estaba narrando.

—Me la encontré en este mismo rellano pensando Dios sabe qué...

—Pensaba en ti —le interrumpí en un susurro tímido—. Pensaba en ese beso.

Él sonrió, pero no dijo nada. En cambio, siguió narrando *aquella* noche:

—Hice un comentario estúpido y por poco no lo estropeé todo. —Se me escapó una pequeña risa al pensar en las noventa y nueve chicas que había habido antes de mí—. Fue entonces cuando decidí que no me hacían falta las palabras para decirle lo que quería que ella supiera. Así que la besé. Esta vez sí que la besé yo —matizó. Sonreí más ampliamente—. Y subimos a su casa.

Me cogió de la mano, se separó un poco de mí y me arrastró escaleras arriba. Sin soltarme, se puso de espaldas a mí e introdujo de nuevo la llave en la ranura y, después de girarse hacia mí y hacerme una señal para que no hiciera mucho ruido, entramos y cerramos la puerta detrás de mí con mucha delicadeza. De nuevo, David apoyó mi espalda contra la madera y colocó una de sus manos en la puerta junto a mi cabeza.

—Cuando estuvimos dentro, seguimos besándonos. Y nos quitamos las chaquetas, dejándolas tiradas en el suelo porque no podíamos aguantar estar más de dos centímetros separados. Después la cogí en brazos —metió las manos entre mis muslos y, de un salto, coloqué las piernas alrededor de su cintura, enganchándome y sujetándome por su cuello— y la llevé a su habitación...

—Por favor, bésame ya —volví a interrumpirle después de haber dado un par de pasos en dirección al pasillo.

Se paró en seco. Nuestras bocas estaban a milímetros de distancia y nuestros ojos estaban fijos en los labios del otro. Supe que se estaba pensando muy seriamente si besarme y dejarse de narraciones porque ya había conseguido lo que pretendía: tenerme a su merced.

—Solo un poco más, mi amor —susurró sobre mi cara—. No te haré esperar mucho, te lo prometo.

Rocé mi nariz con la suya y sentí que su respiración estaba tan acelerada como la mía. Cerré los ojos y asentí lentamente. Él reanudó el paso, sigiloso pero decidido. Entramos en mi habitación, que tenía la puerta entreabierta, y David cerró detrás de sí con un pie mientras me deslizaba hacia el suelo, recorriendo con sus manos todo mi cuerpo y provocando una descarga en mí.

—Date la vuelta —dijo con su cuerpo todavía a pocos centímetros del mío.

Lentamente, y con el ceño ligeramente fruncido, me giré y vi que toda la cama estaba cubierta con pétalos de rosas. Era algo típico, lo sabía, pero igualmente me pareció muy romántico que tirara de clásicos para hacer aquella noche especial.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ya había vuelto a caer en su red y que esta vez no tenía escapatoria. Me daba igual que se marchase otra vez y que volviera a dejarme con el corazón roto, porque sabía que, siempre que volviera, yo seguiría sintiendo aquello por él y que sería el único que me hiciera sentir así.

—Esta es la historia de un chico que no creía en el amor... y se enamoró.

Sentí su mano acariciando la mía mientras susurraba esas palabras y yo no podía dejar de mirar los pétalos de rosas rojas y blancas esparcidos sobre la colcha. Entonces me giré para mirarle y me lo encontré con una rodilla hincada en el suelo a la vez que sujetaba mi mano y acariciaba el dorso de la misma con el pulgar. Inconscientemente, la sonrisa se borró de mi cara y adopté una expresión de sorpresa y miedo.

—¿Qué es esto? —susurré más para mí que para él.

La sonrisa de David se ensanchó y pareció tomar seguridad sobre lo siguiente que iba a decir. Carraspeó una vez antes de empezar a hablar y se humedeció los labios.

—Antes de conocerte, mi filosofía consistía en pasármelo bien durante un rato con la chica que más me gustase y seguir con mi vida después. No quería depender de nadie porque querer a alguien lo consideraba egoísta. Y tenía razón: amar es egoísta. Porque básicamente consiste en encomendarte a

otra persona y confiar en que esa persona cuide de ti. Pero de lo que no me daba cuenta es que, cuando amas a alguien, también tú te responsabilizas de esa persona. Te haces cargo, inconscientemente, de que esté segura y sea feliz. Así que, en cierto modo, amar a alguien también es generoso. Y yo quiero ser egoísta y dártelo todo.

Metió su mano libre en el bolsillo de su camisa y sacó un anillo con un pequeño brillante en el centro. No pude reprimir un sollozo y llevarme la otra mano a la boca para evitar echarme a llorar. Lo sujetó en el aire para que pudiera verlo y me miró sonriendo antes de añadir:

—Esto es la garantía que puedo ofrecerte para que podamos empezar de nuevo.

Respiré hondo para intentar calmarme. De verdad que no podía creer que estuviera haciéndome pasar por eso. Me pasé la lengua por los labios en un intento de tranquilizarme y le miré después de pestañear un par de veces para disipar las lágrimas.

—No quiero que hagas esto solo porque creas que tienes que hacerlo — empecé a decir de forma atropellada—. Tú no eres de comprometerte, te entra miedo y entonces te marchas. Y no quiero que él pase por eso también...

—Emma, Emma —dijo mi nombre de forma tranquilizadora para que dejara de decir cosas sin sentido—. Hago esto por varias razones: primero, porque quiero; segundo, porque sé que tú quieres; y tercero, porque quiero que esto sirva para que vuelvas a confiar en mí y que podamos tener la historia que no pudimos tener.

Traté de ralentizar mi respiración una vez más y esta vez pareció tener más efecto. David seguía exponiendo el anillo, con la rodilla hincada en el suelo y sujetando mi mano. Y entonces lo dijo:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sabes que sí —contesté sonriendo y dejando que mis emociones se desbordasen.

David sonrió todavía más y me puso el anillo en el dedo anular con cierto temblor. Se puso de pie y me besó con pasión, cogiéndome la cara con ambas manos. Siguió dándome pequeños pero intensos besos en los labios y en las mejillas mientras yo me reía y lo abrazaba con felicidad.

—Te quiero —susurró en mis labios justo antes de volver a besarme.

—Te quiero.

Sonreímos y volvimos a besarnos. No quise pensar en el hecho de que ambos teníamos miedo por lo que aquella conversación significaba, aunque

sabía que era cierto. Pero también era cierto que no tenernos era peor que el temor a perdernos y por eso debíamos esforzarnos para que lo nuestro saliera adelante.

Nuestros besos empezaron a volverse cada vez más frenéticos y mis ganas de sentirlo más cerca aumentaban sin detenerse; la ropa me parecía un completo estorbo entre nosotros. Separando nuestros labios apenas unos centímetros para poder respirar, empecé a desabrochar los botones de su camisa de forma nerviosa.

Por suerte, a diferencia de la última vez, fui capaz de desabotonarle la camisa entera sin que él interviniera. Sus manos se deslizaron por mis brazos, arrastrando la rebeca negra que había llevado toda la tarde y toda la noche, y la dejó en el suelo, donde yo había dejado su camisa.

Recorrí con mis manos su torso, muy lentamente. La semana anterior había tenido la oportunidad de tocarlo por encima de una fina camiseta, pero aquello era distinto. Esta vez no tenía que reprimirme —ni lo hacía— porque me estuviera dejando llevar por el deseo, que me nubló el sábado anterior en la cocina.

Esta vez era muy consciente de lo que estaba haciendo y quería seguir.

Las manos de David se colaron por debajo de mi blusa, acariciándome el abdomen y subiendo la tela hasta sacarla por mi cabeza. Mis dedos seguían paseándose por su cuerpo y se detuvieron en su cuello para presionar su boca contra la mía mientras me quitaba los zapatos. Enseguida noté la diferencia de altura, pero no me importó. Nuestras bocas seguían unidas y eso era todo lo que me importaba.

Sus dedos empezaron a tantear el borde de mi pantalón y enseguida encontraron los botones. Se deshizo de ellos e introdujo sus manos por la parte trasera del vaquero, agarrándome con fuerza por los cachetes. Me obligó a dar un par de pasos hacia atrás y caí sentada sobre la cama con su pantalón a la altura de la cara. No perdí el tiempo y, en pocos segundos, su vaquero también estaba desabrochado y yo había empezado a deslizarlo por sus piernas. David terminó la tarea por mí. Sujetándome por un hombro, me tumbó en la cama y me quitó los pantalones también, uniéndolos al montón de ropa que había junto a la cama.

Se tumbó a mi lado, cuán largo era, y posó una mano en mi vientre mientras ponía su cara a la altura de la mía y seguía besándome apasionadamente. Me coloqué de lado sobre el colchón para encajar nuestros cuerpos y le pasé una pierna por la cintura. Su mano se deslizó desde mi

cintura hasta mi trasero y empezó a acariciarlo. Mis brazos seguían enrollados en su cuello y mis manos se enredaban en su pelo. Su mano subió hasta mi mejilla y la acarició con la yema de los dedos.

Empezó a trazar un camino con sus manos que siguió con los labios; desde mi mejilla pasó a mi cuello —arrancándome un suspiro—, a mi hombro, donde deslizó el tirante de mi sujetador dejando la curvatura de mi pecho al descubierto; y llegando a mi escote. Escondió la cabeza entre mis montes y sentí cómo aspiraba mientras clavaba sus ojos en los míos. Con una mano, soltó el broche de mi sujetador y terminó de deslizarlo por mi piel para tirarlo también al suelo. Su mano agarró uno de mis pechos y lo masajeó con suavidad mientras su lengua se recreaba en el otro. Aquel simple gesto me obligó a cerrar los ojos, echar la cabeza hacia atrás y morderme el labio inferior para no gemir de placer.

David, Eric y Mía estarían durmiendo y no quería despertarlos y que nos vieran en aquella situación tan íntima y comprometedor.

Sus labios se separaron de mi pecho para volver a engancharse a los míos. Una de sus manos se enredaba con varios mechones de mi pelo mientras se deslizaba por mi espalda. A su vez, la otra fue deslizándose por mi vientre hasta llegar al borde encajado de mis braguitas. Se introdujo entre la tela y mi piel y enseguida arqueé la espalda al sentir sus dedos dentro de mí. Abrí los ojos y me topé con los suyos observándome fijamente y disfrutando con lo que veía.

Después de unos cuantos movimientos, acabó sacando la mano y deslizó mi ropa interior por mis piernas, dejándome completamente desnuda. Se deshizo de sus calzoncillos también y se separó un poco para colocarse el preservativo. Se había sentado en el borde de la cama y yo aproveché ese momento para colocarme encima de él a horcajadas. Me incliné sobre su cara para besarlo y saciar mi sed de él.

Empujándolo un poco, conseguí que se tumbara de espaldas sobre el colchón. Con cuidado —y un poco de su ayuda—, conseguí introducirlo en mí. No me hizo falta más que ver su cara de satisfacción para entender que él también había esperado con muchas ansias este momento. Lentamente, empecé a moverme sobre él, sintiendo cómo entraba y salía de mí de forma acompasada.

Sus manos se quedaron en mis caderas para asegurarse de que no ralentizaba el ritmo y de que de vez en cuando lo aumentaba. No me hizo falta su ayuda para saber cuándo debía hacerlo. Al cabo de varios minutos, empecé

a sentir ese cosquilleo que me recorría por dentro cuando estaba a punto de llegar al clímax. Apoyé las manos en el pecho de David para mover las caderas más deprisa y arqueé la espalda, echando la cabeza hacia atrás, cuando me sentía ir.

Me tumbé sobre su cuerpo y empecé a darle pequeños besos en el cuello de forma ascendente hasta llegar a su boca. Había bajado el ritmo hasta llegar al punto en el que apenas me movía. David me besó con pasión cuando llegué a su boca y me pidió que me quedara en aquella postura un poco más. Entonces sentí que me agarraba por los cachetes con fuerza y me embestía desde abajo con la misma intensidad. Empecé a gemir casi sin darme cuenta y David tuvo que colocarme una mano en la boca para que no me oyera nadie.

Unos minutos más tarde, nos fuimos los dos.

Me quité de encima de él y me tumbé en la cama para recuperar el aliento. David y yo nos mirábamos y sonreíamos a pesar de nuestras respiraciones aceleradas. Se acercó a mí y me dio un casto beso en los labios antes de incorporarse y empezar a vestirse. Su ropa estaba en el salón, así que se conformó con ponerse los calzoncillos y estirar el resto de la ropa sobre el diván que tenía junto a la ventana.

Después de que yo me hubiera puesto mi pijama habitual y me hubiera acurrucado con él en la cama —igual que *aquella* noche—, me atreví a preguntar:

—Me gustaría preguntarte algo.

—Dime.

Sus dedos estaban enredados con los míos sobre su vientre desnudo y podía ver, gracias a los rayitos de luz de las farolas que se colaban por la ventana, el brillo de nuestra promesa alrededor de mi dedo anular. Aquello que significaba un nuevo comienzo para los dos.

—En la nota que me dejaste, decías algo sobre arruinarme... Que no estabas en tu mejor momento y no querías arrastrarme. Algo así. —Sentí que se tensaba ligeramente—. ¿Puedo preguntarte de qué se trataba?

Guardó silencio. Durante cerca de un minuto entero no dijimos nada. Esperaba su respuesta, pero él parecía concentrado en decidir si debía contármelo o no. Resopló contra mi pelo y apoyó la boca sobre mi cabeza, presionándola.

—Si no quieres contármelo, no hace falta. No quiero obligarte.

—No es eso. Quiero que lo sepas. Quiero que sepas todo de mí, pero... no quiero que pienses mal de mí ni sientas lástima. ¿Vale?

Asentí con la cabeza. Sabía que David había tenido una infancia dura, pero para nada me esperaba lo que estaba a punto de desvelarme.

## Capítulo 14

—Mis padres nunca fueron un buen ejemplo de comportamiento. Desde jóvenes se habían juntado y salían con gente de mala influencia: fumaban cosas peores que el tabaco, bebían de todo menos agua y cualquier droga nueva que descubriesen se aventuraban a probarla. Además de cometer varios delitos como atracos, asaltos, escándalos públicos... No eran las mejores personas del mundo. Y tampoco se trataban bien entre ellos realmente; tenían una relación muy tóxica y no se molestaban en disimularla delante de mí, ni de nadie.

»»Cuando yo nací, ellos estaban en mitad de aquella etapa. Mi padre tenía veintitrés años y mi madre veintiuno; no me esperaban y no estaba planeado tenerme. En aquel entonces, los abortos no se los podían permitir muchas personas, pero estoy seguro de que, de haber podido, se habrían deshecho de mí antes de conocerme. A base de robar y trapichear de forma ilegal, consiguieron sacar el suficiente dinero para comprarse una casa... Una casa que, a partir de entonces, se convertiría en el nido de drogadictos y traficantes que tenían como «amigos».

»»Por lo que sé por otros familiares, mi madre no dejó de tomar esas cosas mientras yo estaba formándome... y la mayoría del resto de la familia (quienes detestaban a mis padres y la vida que llevaban) siempre lanzaban ese dardo para criticarme. «Seguro que se quedó así por culpa de todo lo que se metió su madre durante el embarazo», decían constantemente. A veces delante de mí y otras veces lo escuchaba de pasada. Nunca fui bien recibido en esa familia. Pero volvamos al principio, cuando todavía era un niño y vivía con mis padres.

»»Por alguna razón que no alcanzo a comprender, mis padres se quedaron conmigo al nacer. Podrían haberme dado en adopción o abandonarme donde mejor les pareciera; sin embargo, decidieron criarme... a su manera. Los pocos recuerdos que conservo de ellos, siendo pequeño, consisten en peleas entre ellos, con otros drogatas o contra mí. En estas últimas solía salir bastante



malparado y sin comprender realmente qué había hecho para que me castigaran de esa forma. Algunas veces era simplemente porque me hacía pis en la cama... Ya ves tú, era un niño: no lo hacía adrede. Pero todo lo que hiciera les molestaba.

»»En muchas ocasiones, tal vez estaban hablando sobre algún negocio con alguien y yo les interrumpía sin darme cuenta y de ahí ya sacaban una paliza. Parecía que estuvieran deseando que hiciera algo para atizarme. Me echaban la culpa de todo lo que les saliera mal; para ellos solo era el estorbo del que tenían que hacerse cargo por obligación y que no les causaba más que problemas.

—Pero no eras más que un niño —no pude reprimirme a decir. Me estaba haciendo mucho daño en el alma oírle contar esas cosas—; no tenías la culpa de nada.

—Siempre es más fácil tener alguien a quien culpar que admitir que el error es de uno mismo.

No dije nada. Me limité a abrazarme a él con más fuerza. Quería que él supiera que yo estaba ahí para lo que me necesitase y que no le fallaría. Desde ese momento, su familia seríamos nosotros y no le trataríamos como a deshechos.

—Con trece años no pude aguantarlo más y, a pesar de que estaba muerto de miedo por si alguno de sus amigos traficantes me encontraba, me escapé de casa. Llené una mochila con ropa y comida y fingí marcharme al colegio. Compré un billete de tren con algo de dinero que había podido ahorrar y me marché a Salamanca. Acabé en una casa okupa, malviviendo con otras cinco personas en un cuarto como el tuyo de grande. Conseguí un trabajo de camarero donde me pagaban en negro y así podía conseguir comida y algo más de ropa.

»»Aquello duró tres años. Tres años en los que no supe nada de mis padres o de cualquiera que perteneciera a la familia de ellos. Hasta que, con dieciséis, de alguna forma, me encontraron los servicios sociales y me trajeron de vuelta a Madrid, a casa del hermano pequeño de mi madre: los padres de Oliver. Por lo visto, les dieron mi custodia ya que mi padre había estado dos años en la cárcel por posesión y tráfico de drogas y mi madre se desentendía completamente de mí. Fue entonces cuando me enteré de que se habían separado después de que mi padre le pusiera los cuernos a ella con su actual mujer y mi madre lo delatara a la policía. En teoría también debería de haberle caído alguna condena, pero, dado que colaboró y no llegaba a la pena

mínima, quedó en libertad.

»No estuve de acuerdo con quedarme con mis tíos; sobre todo porque nunca había tenido relación con ellos y lo único que sabía por mis padres eran insultos de toda clase. Pero parecieron normales a simple vista. Al menos, no tenían pinta de maltratadores ni delincuentes, eso ya era un gran avance.

»Me dijeron que, si quería quedarme con ellos, tendría que estudiar y comportarme. No valía poner excusas ni imitar a mis padres y sus trapicheos. Acepté. Al fin y al cabo, me daban un techo, una cama, comida y me dejaban estudiar. Básicamente me trataban con normalidad. Oliver tenía quince años entonces y más o menos nos llevábamos bien. Pero todo cambió con un simple y minúsculo error: mis tíos me vieron un día en un parque haciendo botellón y, al llegar a casa, me cayó la bronca del siglo.

»Sí es cierto que no puedo comparar aquellas peleas con las palizas que recibía por parte de mis padres. Sin embargo, me dejaron muy claro que yo ahí era un intruso y una persona *non grata* de quien, al igual que mis padres, debían hacerse cargo por obligación.

Hizo una pequeña pausa y sentí que suspiraba. Aquello debió de suponer una gran decepción para él. Eran personas que había considerado agradables y, me imaginé, de las pocas personas que se había encontrado que le trataran bien. Otra decepción más que había sufrido. No pude evitar sentirme peor por él.

—Hice un grado medio —continuó hablando un poco más relajado—, después uno superior y el último año me dieron la beca para irme a Francia. Y, al volver, te conocí a ti. —Me estrechó entre sus brazos y me arrancó una pequeña sonrisa cuando sentí un beso sobre mi pelo—. Me has cambiado la vida. Desde que era niño, he creído que el amor no existía y que lo único que se entendía por *amor* simplemente era posesión: querer ser el dueño de otra persona y tratarla como tú quisieras. Y yo no creía en un amor así. No creía en el amor... hasta que llegaste tú.

»Puede que no te lo creas, pero desde el primer momento en que abriste esa puerta, tan sonriente y tan alegre, me llamaste la atención. Pensé: «¿Y esta chica? ¿Por qué sonrío tanto?». Era una sonrisa tan sincera y real que me sentí muy confuso. Tú creíste que me había quedado embobado mirando tu cuerpo, pero realmente estaba mirándote a *ti*. No sé si sabes lo que quiero decir.

—Sí, te he entendido.

Levanté la cabeza y uní mis labios en un ligero beso con los suyos.

—Yo... Si te digo la verdad —dije—, al principio me pareciste un

musculitos cualquiera que solo quería llevarme a la cama.

Ambos nos reímos.

—Me di cuenta —contestó—. Por eso me comportaba como tal.

—Por eso y porque no sabes ligar de otra forma. Admítelo.

—Está bien —fingió enfurruñarse—. No sabía cómo llamar tu atención, pero creo que no lo hice tan mal, ¿no?

Volvíamos a reírnos y nos dimos otro beso. Seguíamos abrazados y acurrucados sobre la cama. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto como en aquel momento.

—Gracias por contármelo —me limité a decir—. ¿Significa que confías en mí?

—Siempre he confiado en ti, Emmy. Solo falta que sea recíproco.

Después de unos segundos en silencio, acabé sonriendo y contestando:

—Confío en ti. Antes de irte y cuando volviste. Siempre lo he hecho, aunque no quisiera admitirlo. Confíe enseguida en ti con respecto a David y acerté; sabía que se te daría bien y que le cuidarías.

—Pero ¿confiabas en que te cuidaría a ti?

Levanté la cabeza y lo miré con el ceño fruncido.

—Definitivamente tienes que dejar de hablar con Mía sobre mí. Odio que te cuente lo que hablamos ella y yo en confianza.

—Ella solo intentaba que me dieras otra oportunidad. Y lo hemos conseguido.

—Bueno, que no se te suba mucho porque todavía puedo darte puerta. Te recuerdo que esta es *mi* casa...

No me dejó seguir hablando. Se deslizó por mi lado y me cerró los labios con los suyos. No me dejó respirar un poco hasta que estuvo seguro de que no iba a seguir protestando. Seguimos besándonos hasta que volvimos a sentir ganas de fundirnos y no las reprimimos.

Después de aquello y de haber estado charlando un poco más, me quedé plácidamente dormida con el brazo de David sobre mi costado. Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue el despertador sobre la mesita de noche indicando más de las tres de la mañana.

Sabía de antemano que no iba a ser capaz de conciliar el sueño durante más horas de las que normalmente dormía. Pero igualmente arrugué el gesto cuando sentí los primeros rayitos de sol que se colaban por los huecos de la persiana.

David la habría bajado para que no nos molestase demasiado, pero, de todas formas, sobre las nueve de la mañana empezaba a entrar la luz y no había persiana que los detuviera.

Abrí los ojos muy despacio y casi fulminé a la ventana con la mirada. Bostecé y me llevé una mano a la boca. Fue entonces cuando lo vi: ahí, en mi dedo anular, reluciente y precioso, simbolizando lo que David y yo sentíamos y estábamos seguros de querer, estaba el anillo de compromiso que me había regalado la noche anterior. Sonreí sin poder contenerme y tuve que morderme un poco el labio inferior para no gritar de la emoción.

No podía creer que por fin fuéramos a estar juntos.

Giré sobre mí misma en la cama para despertar a David con besos y caricias, pero me encontré con un hueco vacío. Qué raro. Una parte de mí se sintió extrañamente familiarizada con esa situación y enseguida empecé a mirar por toda la habitación: su ropa no estaba.

No podía ser... No podía haberse marchado otra vez, ¿verdad? No después de todo lo que nos habíamos dicho y lo que había pasado la noche anterior. El corazón se me aceleró a una velocidad de vértigo y me sentí débil y con ganas de gritar... pero esta vez no era de entusiasmo.

Me levanté de la cama como una bala y, sin preocuparme por la poca ropa que llevaba —una camiseta de tirantes y la ropa interior—, salí de la habitación abriendo la puerta sin preocuparme por no hacer ruido. En aquel momento no estaba para estar pendiente de eso o no, incluso si eso despertaba a mi propio hijo: estaba muy alterada.

«No puede ser, no puede ser, no puede ser...», era lo único que se repetía en mi cabeza en aquel momento. Me faltaba el aire solo de pensar en volver a pasar por lo mismo: tener que asimilar que se había ido, que no sabía si lo volvería a ver y que me dejaba con un niño (esta vez a conciencia) que me interrogaría sobre dónde estaba papá. No me sentía lo bastante fuerte como para vivirlo otra vez.

De la misma forma que consigues coger el tren al que se le cierran las puertas, llegué al salón y frené en seco. Se me cortó la respiración y tuve que apoyarme en el marco de la puerta cuando no pude contener más el aliento. David estaba allí, sentado en la mesa del salón, frente a mi ordenador portátil y con expresión concentrada.

No pude por menos que sentirme ligeramente aliviada.

No me había vuelto a dejar.

Al sentir mi presencia, levantó la vista de la pantalla y sonrió al verme.

Sonrisa que se borró en cuanto vio el estado exhausto en el que me encontraba y dejó paso a un ceño fruncido de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí... Sí... —contesté a duras penas—, solo...

No llegué a terminar la frase. Estaba apoyada con la espalda en el marco de la puerta y me sujetaba el costado con la mano. Definitivamente no podía llevarme estos sustos recién levantada; ya había gastado todas las energías del día en menos de un minuto.

David se levantó de la silla y se acercó a mí. Esperó, paciente, a que hubiera recuperado el habla mientras acariciaba la mano que tenía libre. Al cabo de un par de minutos, cuando vio que estaba más tranquila, dijo:

—¿Qué ha pasado?

No me atrevía a levantar la mirada del suelo y dirigirla a él. Me sentía avergonzada por haber dudado de él pero... ¿cómo esperaba que reaccionara? Ya había pasado por aquello una vez y me había asustado demasiado. No era de esas experiencias que estuviera deseando repetir: que me abandonaran.

—Es que... —levanté la mirada hacia sus ojos y lo observé avergonzada — me he despertado y no estabas ahí... Pensaba que...

—Te has asustado —me interrumpió. No me atreví a volver a hablar—. Creías que me había vuelto a ir.

Su tono de voz era casi triste y avergonzado, como el mío. Volví a bajar la mirada a mis pies descalzos; no quería que viera algún atisbo de desconfianza en mis ojos.

—Entiendo que te hayas sobresaltado —rompió el silencio con una voz suave. Volví a mirarlo sin decir nada—. Tengo que ganarme tu confianza...

—No, ya la tienes. Confío en ti.

—Em, sé que todavía dudas un poco de mí, en tu interior, aunque no lo quieras admitir o no te des cuenta. Pero no pasa nada —me sonrió afablemente—, haré que vuelvas a confiar en mí, cueste lo que cueste.

El ritmo de mi corazón terminó de estabilizarse y mi respiración había vuelto a la normalidad. Le sonreí de vuelta y entrelacé mis dedos con los suyos. Él se inclinó hacia delante para darme un beso en los labios que, a los pocos segundos, empezó a cobrar intensidad. Por más que me hubiera gustado seguir así y volver a repetir todo lo de la noche anterior, me obligué a parar: estábamos en medio del salón.

—David...

Al ver que, de alguna forma, conseguía separar mis labios de los suyos,

decidió atacar mi cuello y dejar sus besos por esa zona. No pude evitar que me gustase y sonreí.

—Venga, para, si se despiertan Mía o Eric...

—No están en casa —me interrumpió de nuevo y subió su boca a la mía otra vez para darme pequeños besos mientras seguía hablando—. Se han ido —beso— a montar —beso— muebles —beso—. Hay —beso— una nota —beso— en la cocina.

No pude evitar reírme por la forma tan cómica en que me besaba. Acabé acariciando su nuca y besándolo como Dios manda, mientras él me cogía de la cintura y me pegaba por completo a él. Empezó a empujarme de vuelta a la habitación, tropezando con todo lo que hubiera en el pasillo y sin preocuparnos lo más mínimo por el ruido que hiciéramos.

Cuando estábamos a punto de dejarnos caer sobre la cama, le obligué a parar. David me miraba sin comprender y yo le hice un gesto para que no hablara. Agucé el oído. Era casi imperceptible pero ahí estaba: la puerta de la habitación contigua se estaba abriendo.

Me separé de David de forma abrupta y me apresuré a ponerme unos pantalones cualesquiera y no tener un aspecto tan depravado. Me quedé a un metro de David, fingiendo que recogía el cuarto, hasta que el renacuajo asomó su carita adormilada por la puerta de nuestra habitación. Descalzo, cómo no.

—Hola, bebé.—Me hice la sorprendida y me acerqué a él para darle un beso y un achuchón.

David también se acercó e imitó mi gesto. Lo cogió de entre mis brazos y empezó a zarandearlo suavemente, para que se despertase, y a hacerle cosquillas hasta que terminó riéndose.

Sonreí. Me gustó la visión de tener al fin una familia completa. No quería decir que anteriormente no la tuviera; Eric y Mía eran mi familia y me habían ayudado mucho durante el embarazo y esos cinco años con el peque. Sin embargo, ver al hombre del que estaba enamorada y con el que me iba a casar, sosteniendo a nuestro retoño, sonriendo y jugando con él era algo muy distinto... superior, habría dicho. Incluso teniendo a mis amigos y mi hijo, esos años había sentido un vacío dentro de mí que no quería admitir. Echaba de menos algo y, aunque sabía que ese algo era David y que era una tonta por seguir pensando en él, no podía evitar sentirme de aquella forma.

—Bueno, ¿qué? ¿Desayunamos? —dije en un fingido tono autoritario, con las manos en la cintura e interrumpiendo el cruce de cosquillas que estaban compartiendo.

David se revolvió en los brazos de su padre de la emoción y este tuvo que dejarlo en el suelo. En cuanto pisó tierra firme, salió corriendo hacia la cocina y nosotros lo seguimos sonriendo y dándonos algún beso a escondidas. Aunque realmente no teníamos por qué escondernos, sabíamos que era mejor que David no nos viera demasiado acaramelados por si se ponía celoso.

Entramos en la cocina y vimos cómo el pequeñajo ya había empezado a poner las servilletas debidamente dobladas en los sitios correspondientes y estaba sacando la cuchara sopera del cajón para su Cola-Cao con galletas. David sacó las tazas del armario y empezó a prepararlas mientras yo sacaba el paquete de galletas y ponía las rebanadas de pan en el tostador.

Desayunamos con tranquilidad, bromeando y haciendo el tonto. Después, decidimos vestirnos e ir a dar una vuelta al parque que había frente al edificio y de esa forma David podía montar en bicicleta. No era justo que estuviéramos encerrados en casa todo el día, siendo un sábado tan bonito de junio como era aquel. De modo que nos vestimos de forma sencilla (pantalón vaquero y camiseta de manga corta) y bajamos al parque.

David y yo nos sentamos en un banco cerca de los columpios por si David se acababa cansando de la bicicleta, la dejaba tirada por ahí y decidía que prefería subirse a algún tobogán o balancín. De esta forma, podíamos verlo bien.

—¿Cuándo quieres que le hablemos de esto? —me preguntó David a mi lado, con un brazo sobre el respaldo detrás de mí y acariciando el anillo que me había regalado con la otra mano.

—No sé, más adelante. Todavía tenemos que adaptarnos a vivir juntos. Así que puede que pase un tiempo hasta que empecemos a organizarlo todo, ¿no?

—¿Ahora vas a ser tú la que se asuste y salga corriendo?

—Idiota —mascullé entre dientes sin poder aguantarme la sonrisa.

Apoyé la cabeza en su hombro y me quedé mirando a nuestro pequeño, que iba pedaleando con fuerza por los alrededores. Sonreí. Sí, ya me sentía completa. El momento de tranquilidad no me duró mucho ya que sentí que mi móvil empezaba a vibrar en mi bolsillo. Lo saqué y vi el nombre de Mía. Descolgué.

—Hola. ¿Qué tal el piso?

—Hola —contestó con tanto entusiasmo que tuve que retirarme un poco el teléfono de la oreja—. Déjate de pisos. Lo que hiciste anoche es mucho más importante que este casucho.

Sonreí pensando que no tenía remedio. Levanté la cabeza y vi a David mirándome y sonriendo de la misma forma. Mía hablaba tan alto que no me extrañaba que David pudiera oírla.

—¿Estabais al tanto de todo, verdad?

—Por supuesto —contestó con orgullo—. ¿Quién crees que colocó todos los pétalos de rosa sobre tu cama? ¿Santa Claus? ¡Pues no, fui yo! Para ver si por fin os arrancabais a volver juntos o dejabais claro que no ibais a tener nada nunca. Era necesaria una aclaración.

—Madre mía...

La verdad era que no me había dado por pensar en cómo habían ido a parar esos pétalos a mi cama. Estaba demasiado impactada por la visión de David de rodillas frente a mí y con un anillo.

—Bueno, ¿y qué? ¿Están juntos o no? —Oí la voz de Eric de fondo. Aquí todo el mundo estaba en el ajo menos yo, que era la más afectada.

—Eso estoy intentando que me diga, pero sabe irse muy bien por las ramas.

—Sí, pesados —acabé contestando de forma divertida—: Estamos juntos.

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

Mía se emocionaba demasiado con estas cosas. Pasaba demasiado tiempo leyendo historias de amor y llegaba un momento en que se volvía una fanática histérica con cualquier tontería romántica. Era mil veces peor que yo.

—¿Eso quiere decir que hay boda a la vista?

—Bueno, eso tenemos que pensarlo aún...

—No hay nada que pensar: nos casamos y punto —me interrumpió David, alzando la voz para que le oyeran los del otro lado del teléfono.

—¡Bien! ¡Nos vamos de boda!

—Calmaos todos, por favor.

Empezaba a ponerme roja de la vergüenza. El resto de padres que estaban en el parque habían empezado a girarse para mirarnos por el escándalo que estábamos formando.

—Por cierto, así para cambiar un poco de tema —dijo Mía aún sin controlar del todo su entusiasmo—, hemos terminado de amueblar el piso. Bueno, todavía nos queda vaciar algunas cajas, pero creo que está perfecto para la cena de inauguración.

—¿Hoy? —Me incorporé en el banco y dejé de apoyarme en David.

—Claro. Es sábado, podemos quedarnos hasta tarde charlando y de



juerga en casa. Y si se duerme el peque, podemos llevarlo al dormitorio y no le molestamos.

Miré a David de forma interrogante. Ahora debíamos actuar pensando en las opiniones de la otra persona, y no creí que obligarlo a hacer algo que no quisiera fuera la mejor forma de empezar una relación.

Por suerte, él asintió con la cabeza.

—Vale —contesté al teléfono—. ¿Venís a comer?

—No, nos quedaremos por aquí. A ver si encontramos algún sitio de comida para llevar. Pero nos vemos luego, cuando vengáis, ¿vale?

—Vale.

Acordamos estar en el piso nuevo sobre las nueve de la noche y conseguí convencer a Mía de que llevaríamos algo para el postre. Después de pasar cerca de dos horas en el parque, miré el reloj y vi que era prácticamente mediodía. Así que decidimos subir a casa y preparar algo de comer para los tres.

David no pareció muy contento de tener que irse, pero le tranquilizamos diciéndole que por la noche iríamos a ver el piso nuevo de los tíos. Subimos a casa y pensé que lo mejor que podía hacer y lo que menos trabajo me llevaría era que tanto David como yo comiéramos lo mismo que tenía el peque marcado en su menú. Hoy le tocaba pollo; de modo que decidí preparar tres filetes de pollo a la plancha y hacer unos tarritos de arroz blanco con tomate.

Mientras comíamos, volví a tener esa sensación de plenitud que había sentido por la mañana al ver que nos comportábamos como una verdadera familia. Cuando terminamos de recoger todo, decidimos acostar a David para que se echara una siesta y así aguantara un poco más por la noche antes de que volviéramos a casa. Mientras el peque dormitaba en su habitación, David y yo nos relajamos en el sofá y encendimos el televisor.

—¿Qué estabas mirando esta mañana en el ordenador? —pregunté acomodándome en su clavícula y mientras él colocaba su brazo sobre mis hombros.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

Me incorporé lo suficiente para poder mirarlo con el ceño fruncido. Él me devolvió la mirada con una sonrisa traviesa.

—¿Qué veías?

—La página de deportes.

Sin duda, era una respuesta que no me esperaba; pero tampoco era algo que me entusiasmase. Y, si no hubiera sido por la sorpresa, probablemente me

habría molestado más de lo que lo hizo.

—¿En serio? ¿Para eso te has levantado en vez de quedarte conmigo y que nos despertáramos a la vez? Al menos dime que ha sido por algo gordo como que han pillado a uno defraudando a Hacienda.

Sentí que se reía un poco cuando me recolocaba sobre su pecho.

Puse los ojos en blanco. La mayoría de los hombres y su obsesión por el fútbol. Ni que les fueran a pagar a ellos por que ganara su equipo. No estaba en contra de las aficiones deportivas, al contrario. Sin embargo, yo no era muy fanática de los deportes, sobre todo de los típicos a los que les dan tanta fama, pero que lo único que hacen es eclipsar a otros igual de importantes e incluso más bonitos. No tan competitivos y violentos como se podían volver el fútbol o el baloncesto.

Dado que no había nada interesante en la televisión esa tarde, decidimos poner la siguiente película de la saga del joven mago que nos tocaba: *Harry Potter y la orden del fénix*.

Cuando quedaban apenas unos minutos para que terminara el pase, escuchamos la puerta de la habitación del peque abrirse y lo oímos caminar por el pasillo tan dócil como esa misma mañana, como lo hacía siempre nada más despertarse. Llevaba puesto su pijamita de patos de primavera y tenía los ojos hinchados de haberse pegado una buena panzada a dormir. No en vano se había dado una siesta de casi dos horas.

—Quiero merendar —ordenó en cuanto vio que lo estábamos mirando sin decir nada.

—Sí, señor —contesté a su tono exigente.

Me levanté para ir a la cocina a prepararle algo de merendar. Al final acabé haciéndole un par de tostadas con crema de cacao. Lo llevé en un plato hasta el salón y lo dejé sobre la mesita de café para que él se sentara en el suelo y merendara mientras veía los últimos minutos del metraje con nosotros. Estaba un poco preocupada por si le daba miedo (porque otra cosa no sabía, pero el gen medica lo había sacado de mí); pero estaba más concentrado en comerse sus tostadas que en mirar la televisión.

Cuando terminó de comer y nosotros recogimos todo el salón, eran cerca de las siete de la tarde y era hora de empezar a vestirse para marcharnos. Mientras le ayudaba a cambiarse de ropa, David me preguntó adónde íbamos.

—A ver la casa nueva de los tíos.

—¿Ya no viven aquí? —preguntó mientras intentaba meterse un polo azul eléctrico por la cabeza. Lo ayudé antes de que terminara por romperlo.

—No, ahora ellos van a vivir en otra casa y aquí viviremos mamá, papá y tú.

—¿Y ya no les vamos a ver nunca más?

—Claro que los vamos a ver. —Terminé de subirle los pantalones marrones y él mismo empezó a ponerse los zapatos de cordón—. Pero no tanto como ahora.

—¿Es que ya no nos quieren y por eso se van?

—No. —No pude evitar reírme mientras le ataba los cordones—. Pero aquí somos muchos y en su casa nueva tienen más espacio y podrán estar más tranquilos.

—¿Qué te parece? —dijo una voz distinta a la mía y la del enano.

Me giré, todavía agachada frente al pequeño de la casa, y vi a David en la puerta con un pantalón vaquero estilo gastado y arrugado conjuntado con una camisa blanca arremangada hasta la mitad del antebrazo y un par de botones superiores desabrochados. Llevaba unas zapatillas blancas impecables y se había echado el pelo rubio hacia atrás igual que la noche anterior. ¿Por qué se empeñaba en ponerse tan guapo si solo lo iba a ver yo?

—Estás muy guapo. —No quise decir nada más porque me imaginé que se había dado cuenta del efecto de su aspecto en mí por mi tono—. ¿Terminas de vestirlo?

Él asintió con la cabeza y se agachó en el mismo sitio donde había estado yo.

Salí de la habitación y entré en la nuestra para empezar a arreglarme. Había sacado un conjunto de pantalón vaquero con las rodillas rasgadas que seguramente acabaría enrollando un par de veces y una blusa de tirantes de color blanco con escote redondo. Me vestí y me coloqué el reloj de pulsera en la mano contraria al anillo de compromiso y un colgante largo de una flor de plata. Me calcé unos zapatos de color crema y un poco de tacón. Me ahuequé un poco el pelo y me maquillé lo justo y necesario; al fin y al cabo, íbamos a estar en casa.

Fui hasta el salón y vi que tanto padre como hijo estaban tirados en el suelo juntando piezas de un puzzle que le habíamos comprado a David hacía un par de semanas. Les insté a recoger todo aquello y ponerse las chaquetas para irnos.

Por suerte, Mía y Eric habían pensado que, aunque no siguiéramos viviendo juntos, estaría bien tener los pisos cerca el uno del otro para poder seguir viéndonos con frecuencia y en caso de que se diera alguna emergencia.

Por lo tanto, podíamos ir caminando hasta allí, aunque fuera un paseo de veinte minutos.

En cuanto llegamos, Mía nos recibió con una reverencia exagerada y nos invitó a entrar en su «palacio de verano» como ella lo llamó. David en seguida se soltó de nuestras manos y fue a subirse en los brazos de su tío Eric.

Entramos y vimos que la decoración que habían empleado para el nuevo piso era bastante parecida a la que teníamos en el nuestro; aunque un poco más *hippy*, adaptado al estilo de vida de Mía. Tenían dos habitaciones de las cuales una era el dormitorio principal —habilitado con una cama de matrimonio y un armario empotrado, con un diván de color beige y las mesitas de noche a cada lado de la cama— y la otra descubrimos que era el estudio de Mía para las veces en que necesitaba tranquilidad para trabajar en algún manuscrito de la editorial. Probablemente yo haría lo mismo con el cuarto que habían dejado libre para prepararme las oposiciones de magisterio; me apetecía volver a enseñar a niños.

En cuanto al salón-comedor, tenía lo justo y necesario: un sofá de color crema pegado a la pared con una mesita de café de cristal enfrente y una televisión al otro lado; una mesa de comedor de madera clara con toques azules. Nos sentamos en el sofá mientras charlábamos y David se tiraba en el suelo como de costumbre.

«No sé por qué me molesto en ponerle ropa nueva y bonita», pensé de forma inconsciente. Sacudí la cabeza, empezaba incluso a pensar como una madre. «Es un niño: los niños siempre se manchan, es algo normal, son inquietos».

—Bueno, ¿qué os parece? —nos preguntó Mía a la vez que dejaba unas bandejas con canapés sobre la mesa.

—Me gusta —contesté mientras cogía uno de paté con mermelada—. No es nada saturado y unos colores muy alegres.

—Hemos comprado unas pizzas de horno para cenar y así era algo que nos gustaba a todos. ¿Pasa algo porque el enano coma eso hoy?

—No, no creo que pase nada.

Seguimos hablando y bromeando mientras cenábamos esparcidos alrededor de la mesa de café como solíamos hacer en nuestro piso. En ese sentido, me sentí realmente cómoda. Mía y Eric acabaron sentados en el suelo para que tuviéramos más sitio en el sofá mientras tomábamos unos chupitos de licor. Eran alrededor de las doce de la noche y el peque ya estaba dormido en la cama de sus tíos con una mantita echada encima.

—Bueno, entonces hay boda, ¿no? —seguía insistiendo Mía.

—Qué pesada eres.

—Nos lo vamos a tomar con calma, ¿verdad? —contestó David cogiendo mi mano.

—Exacto. —Di un trago a mi vaso—. No tenemos prisa. Lo importante es que se planee bien y todo salga perfecto.

—¿Estás preparado para sus ataques de histeria?

—¡Yo no tengo ataques de histeria! —me defendí de la acusación de Eric.

—Claro, porque es todo culpa del demonio que te poseía cada vez que se acercaba la época de exámenes, ¿verdad?

—Me ponía nerviosa, eso es todo.

—Una vez me echaste de casa porque te molestaba cómo sonaban mis pasos por el pasillo...

Mía se rio, acordándose del pobre Eric saliendo por la puerta de casa sin saber qué estaba pasando. David me miraba divertido y sin llegar a creerse aquello.

—¿En serio? ¿Lo echaste de casa?

—Es que se paseaba mucho, parecía que lo estuviera haciendo a propósito—contesté sin saber cómo excusarme exactamente—. Y encima tiene la vejiga pequeña: iba al baño casi cada media hora y la cisterna molestaba mucho.

—Bebo mucho líquido para mantenerme en forma. Perdóname, delicada.

Y así seguimos durante un par de horas más, entre bromas y anécdotas. Parecía que quisieran asustar a David sobre la convivencia conmigo, pero no creí que lo estuvieran consiguiendo: él se limitaba a hacer alguna broma y reírse. Estaba claro que aquella noche el blanco de burlas era yo.

Cuando quise mirar el reloj de mi muñeca, vi que eran casi las dos de la mañana y advertí a David de que sería mejor llevar al peque a su cama antes de que se despertase allí y ya no fuéramos capaces de dormirlo. Entramos en la habitación con sigilo y David lo cogió en brazos con cuidado. Nos despedimos en la puerta con un abrazo y la promesa de volver a vernos pronto.

Recorrimos el mismo camino que habíamos trazado hacía unas horas y entramos en casa con más cuidado de no hacer ruido del que teníamos al volver a casa de fiesta. No entendí cómo nuestro pequeñajo no se despertó cuando le cambiamos de ropa y lo metimos en la cama, pero lo conseguimos.

Cerramos la puerta de su habitación y nos metimos en la nuestra para proseguir con el mismo ritual.

Cada uno se colocó su pijama correspondiente (David había trasladado todas sus cosas a mi habitación por comodidad) y nos metimos en la cama apagando la luz. Nos buscamos sobre el colchón y mis dedos encontraron su cara. Me acerqué para darle un pequeño beso; algo que él interpretó de otra manera.

—¿Tienes ganas ahora? —susurró besándome la mejilla.

—¿Qué? No, la verdad es que no. Solo quería tocarte y sentirte aquí.

—¿Todavía tienes dudas?

—No, de verdad. Pero ahora que te tengo conmigo, me gusta que una parte de mí esté tocándote. Me siento más segura.

—Podrías tocar otra parte.

—¡No seas guarro! —grité en susurros.

—Es broma. Anda, ven.

Me rodeó con sus brazos y me atrajo hasta sí. Yo me acurruqué en su pecho; me encantaba cerrar los ojos y relajarme escuchando el latido de su corazón. No dijimos nada más. Nos quedamos así y sentí cómo él caía rendido antes que yo, sentí su respiración ralentizada. Sonreí inconscientemente.

Después de ese día, definitivamente me sentía completa.

## Epílogo

*David*

### *Cinco años antes*

Me encontraba en el avión ya aterrizando en el aeropuerto de Madrid mientras nos daban las indicaciones necesarias para no taponar las salidas. No estaba prestando demasiada atención ya que yo era de los que se quedaban de los últimos en las salas de cine y en los aviones, hasta que hubiera salido la mayoría de la gente, para no tener que soportar empujones y pisotones de desconocidos.

Acababa de volver a «casa» después de dos años en Francia trabajando gracias a una beca. Y utilizo las comillas porque aquella casa, la casa de mis tíos maternos y donde había estado viviendo durante varios años, no era realmente mi hogar. A decir verdad, yo no tenía de eso. Desde mis primeros años de adolescencia, me había escapado de casa y no había disfrutado de lo que todo el mundo, o la gran mayoría, tiene: una familia.

Mis padres eran unos toxicómanos que no me querían y en el resto de mi familia me consideraban un paria por ser su fruto. El hermano de mi madre me había acogido después de varios años viviendo como un indigente y me había dado un techo decente. Aunque, a decir verdad, me jugaría el cuello a que lo hizo por compromiso y no lo perdería. No era precisamente bien recibido en aquel círculo.

Pero me tocaba volver porque no tenía otro sitio adónde ir.

Por fin, la azafata de vuelo nos dio permiso para salir del avión, momento de barullo en el que yo aproveché para encender el móvil y comprobar que tenía un mensaje de mi tío informándome de que estaría frente a la puerta de salida del aeropuerto para recogerme.

Miré al interior del avión y vi que se había vaciado bastante rápido, así que me levanté y recogí mi bolsa del compartimento superior. Bajé las escaleras y caminé por el pasillo de tubo hasta llegar a la zona de las cintas.

Pasé de largo y atravesé la puerta de apertura automática. Efectivamente, allí estaba mi tío, con las manos en los bolsillos y mirando despreocupado hacia cualquier parte.

Me acerqué a él haciendo un movimiento de cabeza y me preguntó qué tal la experiencia de camino al coche.

—No ha estado mal. Me habría quedado más tiempo.

—No habría estado mal.

Ahí estaba la primera puñalada. Lo ignoré y fijé la mirada en algún punto fuera del coche, a través de la ventana. Apenas hablamos en lo que quedaba de camino hasta la casa. Cuando estuvimos allí, mi tía —la que, podría decir, me apreciaba más— me saludó con un beso en la mejilla y una pequeña sonrisa. Mi primo Oliver me estrechó la mano a modo de saludo y me acompañó hasta mi habitación. No entendía por qué, ya sabía dónde estaba.

—Esta noche he quedado en casa de unos amigos —dijo de la nada.

—Me parece genial—contesté con desdén—, que te lo pases bien.

Dejé mi bolsa sobre la cama, de espaldas a él, y empecé a sacar la ropa, separándola entre la limpia y la sucia.

—Mi madre me ha pedido que te lleve. —Me giré para mirarlo con un gesto extrañado. Oliver rodó los ojos—. Quiere que te integres y te juntes con buenas compañías.

—No me hace falta ayuda para conocer gente, gracias.

—¿Gente o chicas con las que pasar la noche?

—¿No es lo mismo? —Retomé mi tarea.

—Por mucho que me cueste admitirlo, coincido con mi madre: deberías salir y conocer gente nueva. Gente con la que no tengas que acostarte necesariamente.

Suspiré.

—Si digo que sí, ¿me dejarás en paz? —Mi primo se encogió de hombros con un gesto que interpreté como afirmativo—. Entonces, vale.

—Bien. Vamos a ir a casa de unas amigas, y una de ellas tiene novio.

—Tranquilo, si te preocupa, iré a por la que esté soltera.

—Precisamente eso es lo que me preocupa: Emma es mi niña bonita, no te pases. Voy a llamarla para avisarle de que iré con alguien.

Puse los ojos en blanco, pero no debió de verme antes de salir por la puerta. Escuché cómo entraba en su habitación, la puerta contigua, y empezaba a hablar con alguien. Supuse que por teléfono.

Me pasé las manos por la cara, entre la desesperación y un intento de



armarme de paciencia porque aquello solo era temporal. Hasta que encontrara alguna otra forma de volver a salir de aquella casa. Realmente podía hacerlo cuando quisiera, pero necesitaba, entre otras cosas, dinero. Dinero para una casa, dinero para largarme cuanto más lejos mejor, dinero para comida, dinero... para prácticamente cualquier cosa. Y eso solo lo conseguiría con un poco de paciencia y algún tiempo aguantando los desprecios de mi «familia».

Preferí despejar un poco la mente y me tumbé en la cama cuando tuve todo recogido. Al cabo de un par de horas, mi primo entró en mi cuarto sin molestarse en llamar a la puerta o tener un poco de sutileza.

—Claro, pasa, no hay problema... —murmuré con tono irónico para el cojín que tenía pegado a la cara.

—¿Estás listo para irnos?

Me aparté el almohadón de encima y vi que ni siquiera me estaba mirando; tenía los ojos fijos en su teléfono móvil. A saber qué estaría observando con tanta concentración.

Suspiré y me senté en el lado opuesto de la cama adonde estaba él. Me calcé unas zapatillas y me fui con los mismos pantalones vaqueros y la misma camiseta que había utilizado para el viaje. Me coloqué la cazadora de cuero y me situé frente a mi primo.

—Tenemos que llevar la cena —me informó—. Solo es comprar unas pizzas y llevarlas sin tirarlas al suelo. ¿Podemos hacerlo, no? —Me miró como si fuera un deshecho que no supiera hacer la «o» con un canuto.

«Contrólate, David, contrólate», me dije internamente.

Salimos por la puerta de la casa y mi primo decidió ir en metro hasta la casa de sus amigas. Si hubiera sido por mí, habría sacado la moto del garaje —tenía ganas de sacarla a dar una vuelta—, pero, pensándolo mejor, no me apetecía llevar a mi primo de paquete, quejándose constantemente de mi manera de conducir.

Llegamos frente al supuesto edificio después de un viaje en tren de en torno a media hora sin apenas dirigirnos la palabra y prácticamente tratarnos como desconocidos. Antes de acercarnos al portal, Oliver me indicó con el dedo una pizzería que había un par de manzanas a la derecha. Cierto: nosotros llevábamos la cena. Bueno, más bien, era yo quien la llevaba: estaba bastante seguro de que mi primo no pagaría ni un mísero céntimo.

Y así fue.

Después de esperar lo necesario para que nos hicieran las pizzas y llevarlas recién hechas y todavía calientes a la casa de las amigas de mi

primo, salimos de la pizzería (yo cargando con las tres cajas de cartón y mi primo con... su móvil) y nos plantamos frente al portalón.

Oliver llamó al telefonillo y contestó una voz cantarina:

—¿Sí?

—Soy Oliver.

Y nos abrió sin más. Sin comprobar quién más le acompañaba o si realmente era él. Aquella chica debía de conocer bastante bien la voz de Oliver para reconocerlo con tan poca información.

Subimos las escaleras hasta llegar al piso correspondiente; Oliver se situó en medio de la puerta y, antes de que hubiera pulsado el timbre, oímos el ruido de unas llaves tintineando al otro lado de la puerta. Esta se abrió y dejó paso a una chica de media melena morena, con los ojos verdes y a la que le sacaría un par de cabezas de altura. Aunque eso no fue lo que me impactó.

Fue su sonrisa. Era esa clase de sonrisas que solo ves en niños cuando todavía son inocentes y se ríen con cualquier tontería o cualquier cara extraña que les hagan. Era una sonrisa inocente y tierna. Le adornaba la cara de una manera hipnótica y desconcertante.

Sentí que se me secaba la boca y todas las palabras que había aprendido a lo largo de mi vida de repente desaparecían de mi cerebro. Sin pretenderlo, me quedé embobado mirándola (y probablemente ella se dio cuenta) hasta que mi primo decidió presentarnos.

—Este es David, mi primo. David, ella es Emma.

Reaccioné ligeramente cuando ella se acercó para darme dos besos y yo entonces me di cuenta de que, después de ese ligero roce, no podría separarme de ella.

## **AGRADECIMIENTOS**

Esta novela está dedicada a todas las personas que han creído en mí y le han dado una oportunidad a esta historia que, sinceramente, escribía más por placer que para que fuera leída y al final ha resultado ser la primera novela que terminaba y de la que más orgullosa me siento. Pero en especial, quiero dedicársela y darles las gracias a mis padres, Julia y Antonio, porque siempre, desde que era muy pequeñita y escribía esos cuentos extraños sobre osos que iban al parque de atracciones, han creído en mí y me han animado a seguir escribiendo, incluso si solo era por gusto y no lo compartía con nadie.

Después, he de mencionar a todos los miembros de mi familia y darles las gracias por estar a mi lado y apoyarme en todo momento. A todos y cada uno de mis amigos que no paraban de decirme que querían leer algo mío y a mí me daba vergüenza por si no gustaba a alguien (ahora ya no tengo ninguna excusa, aunque me siento mucho más segura); pero en especial a mis dos lectoras beta: Zoe e Isa, porque fueron las primeras en leer la novela terminada y las primeras que me dijeron que les había encantado y esperaban poder verla en librerías.

Y, por último, no puedo dejar de agradecer al equipo de Romantic Ediciones por dar a conocer a Emma y a sus amigos y por portarse tan bien conmigo. De verdad, muchísimas gracias por esta oportunidad y hacer posible este sueño.